

MATERIALES DE FORMACIÓN CRISTIANA PARA JÓVENES Y ADULTOS

PRESENTACIÓN

Estas páginas que tenéis en vuestras manos son el fruto de varios años de trabajo y reflexión colectivas. Sus autores, miembros de varias pequeñas comunidades cristianas de ENCOMÚN, no somos especialistas profesionales en las materias abordadas, pero sí poseemos una larga experiencia en el intento de vivir la fe cristiana de forma comunitaria en la sociedad española actual y, en concreto, en una gran ciudad como Madrid.

Nuestra pretensión no ha consistido en ampliar la lista de publicaciones teóricas existentes sobre temas de formación cristiana para jóvenes y adultos sino intentar describir los retos que se plantean a los jóvenes que intentan configurar su vida adulta desde los criterios del Evangelio, en clave comunitaria y sensibles a los numerosos valores de la sociedad y la cultura modernas. Por ello, los materiales que ofrecemos constituyen una síntesis de vivencias prácticas y reflexiones teóricas, un intento de mantener la radicalidad evangélica y, al mismo tiempo, formular o interpretar la vida cristiana de una forma significativa para nuestros conciudadanos, si bien en clave de propuesta alternativa.

El tono elegido para desarrollar estos temas formativos ha sido el de las propuestas constructivas formuladas con utopía y realismo, con humor y con amor, con modestia e inconformismo, con esperanza y con paciencia, sabedores de que la acogida y realización del Reino exige todo de nosotros pero, especialmente, confianza en Dios y docilidad al Espíritu. Conocedores de nuestra pobreza, pero conscientes de que lo imposible para los hombres es posible para Dios, que "ha escondido estas cosas a los sabios y entendidos y se la ha revelado a los humildes y sencillos". Nos sentimos, por ello, enormemente dichosos por haber conocido una nueva manera de vivir, aquella que no defrauda porque se alimenta del cariño que nos tiene el mismo Dios.

Como podréis ver, los documentos elaborados en esta carpeta están incompletos y, muchas veces, sólo sugieren temas que merecerían una consideración más detenida. Pero lo importante para nosotros no era dar respuestas acabadas a los asuntos que nos preocupan, sino permitir el inicio de un debate interesante en el seno de nuestras comunidades. Nosotros tampoco dominamos todas las facetas de los temas tratados y creemos que lo ideal sería evaluar a final de curso la acogida que han tenido los escritos para mejorarlos o ampliarlos ante futuras reediciones. La cambiante evolución de nuestra sociedad hace que todo intento de reflexión cristiana práctica tenga que renovarse de continuo. En todo caso, nuestra finalidad principal no ha consistido en elevar el nivel cultural de nuestros grupos y comunidades, sino ayudar a vivir mejor y más significativamente nuestra común vocación de discípulos de Jesús. Si algo de esto se produce podremos darnos por contentos.

Los temas elegidos lo han sido por resultar básicos para una vivencia adulta de la fe, al afectar a las opciones fundamentales de la existencia. Su selección se llevó a cabo partiendo de las principales dificultades detectadas en la etapa final o "desembocadura" de la pastoral de juventud. Creemos firmemente que si la labor pastoral no acierta a resolver los problemas planteados en esta carpeta, los jóvenes experimentarán, en general, como su fe se diluye o

desaparece ahogada por las mil urgencias de la vida cotidiana y el influjo de una cultura hegemónica que no permite que la dimensión religiosa de las personas pueda "respirar".

En concreto, los 8 temas abordados son los siguientes: la problemática de la etapa final de la Pastoral de Juventud; la construcción de las pequeñas comunidades cristianas, las posibles relaciones entre la cultura actual y la fe cristiana; la fraternidad como forma de relación interpersonal propuesta por el Evangelio; el compromiso sociopolítico de los cristianos; el papel de los laicos en la Iglesia y en el mundo; la actitud cristiana ante la problemática del trabajo y la vivencia de la afectividad desde los valores del Evangelio. Como véis, estas cuestiones son de una importancia vital para todos nosotros y, bien planteadas, pueden permitir una profunda renovación de la Iglesia.

Respecto al plan de trabajo que estableció nuestra "*comisión de desembocadura*" hace varios años, sólo ha quedado fuera de esta carpeta el tema del acompañamiento personal en la pastoral de juventud, al publicar José Ramón Urbieto y Jesús Sastre dos magníficos libros al respecto. La reflexión sobre la identidad y misión de los laicos es la única que no ha sido realizada por nosotros, ya que corresponde a la transcripción de un interesante artículo, "Una Iglesia de laicos" de Juan Antonio Estrada publicado en *Misión Joven* este año (1997). Como sabéis, este jesuita es uno de los mayores especialistas españoles en teología del laicado.

Muchas de las ideas que nos parecen centrales se encuentran repetidas en varios de los documentos. Esto ocurre deliberadamente, ya que cada una de las unidades temáticas puede utilizarse independientemente. No creemos que estos temas deban trabajarse sucesivamente, como si formaran parte de un catecumenado sistemático. En realidad, cada grupo debería afrontarlos cuando la vida misma hubiera traído acontecimientos que fuera necesario discernir desde la fe. Para ayudar al trabajo comunitario, cada tema incluye bibliografía y algún cuestionario que podría utilizarse en las reuniones para romper el hielo. Sin embargo, lo importante no sería discutir sobre estos documentos, sino que ellos permitieran compartir en profundidad la fe y la vida de los hermanos de comunidad o de los miembros del grupo.

Aunque los autores somos responsables de todo lo aquí escrito, son muchas las personas que nos han ayudado leyendo los borradores u ofreciéndonos ideas y críticas, empezando por los miembros de nuestras respectivas comunidades (familiarmente conocidas como "Escaguis", "Agape", "los gansos" y "los pelos"). Además queremos agradecer expresamente a Ignacio Revuelta, Fernando Verdugo, Mario Águeda, Jesús Alvaro, Ignacio Joaquín su inestimable ayuda, así como a la Comisión Diocesana de Justicia y Paz y al Instituto Emmanuel Mounier de cuyas reflexiones somos deudores en varios temas.

Rogamos, por último, a los usuarios de estos materiales alguna oración benévola (que no maldición) por nosotros, que éramos jóvenes cuando iniciamos esta tarea y ahora estamos próximos a afiliarnos a Vida Ascendente.

Madrid, Diciembre de 1997
Pedro José Gómez Serrano
Emilio López Salas

Mercedes Muñoz Sánchez-Capuchino
Nacho Quirós Gracián

I. LA DESEMBOCADURA EN LA PASTORAL DE JUVENTUD

*Nuestras vidas son los ríos
que van a dar a la mar...*

Jorge Manrique

1. Introducción

Este documento de trabajo es el resultado de una reflexión que hemos venido realizando en los últimos años, desde lo que fue el equipo APJs, y a partir de las experiencias que conocemos de grupos que han seguido el proceso educativo propuesto en el Proyecto Diocesano de Pastoral de Juventud de Madrid. Poco a poco, hemos ido constatando la necesidad de configurar una nueva cuarta etapa en el proyecto, que hemos denominado Desembocadura. Así, el itinerario educativo global que proponemos estaría formado por la Convocatoria, la Propuesta Cristiana, la Iniciación en la Vida Cristiana y la Desembocadura.

Aunque parezca una obviedad, es necesario recordar que la Pastoral de Juventud termina propiamente *cuando los jóvenes dejan de serlo y articulan el conjunto de su vida adulta desde el seguimiento de Jesús, adoptando un estilo evangélico, asumiendo su protagonismo en la Iglesia y testimoniando su fe en la sociedad desde el compromiso transformador en favor de los más necesitados.*

Precisamente, en los últimos años de la juventud se toman las opciones que van a marcar la vida de las personas durante más tiempo y constatamos que, en muchos casos, se renuncia en ese momento a la labor pastoral por incapacidad, falso respeto o carencia de recursos. Naturalmente, no se trata de presionar o manipular a nadie que libremente quiera vivir al margen de la propuesta de Jesús, sino de no abandonar a los jóvenes que sí desean optar en serio por Él, en el delicado periodo en el que tienen que discernir cómo será su vida adulta. De hecho, no afrontar con lucidez esta etapa implica tirar por la borda buena parte del trabajo realizado durante muchos años.

Podemos comparar la Pastoral de Juventud con la parábola evangélica del sembrador. La Convocatoria de asemeja a la tarea de convertir la tierra dura del camino en terreno apropiado para recibir la semilla. La Propuesta Cristiana se parece a la semilla que cayó en tierra poco profunda: el entusiasmo por el Evangelio puede durar muy poco si la semilla no desarrolla raíces más profundas a través de una adecuada Iniciación a la Vida Cristiana. Pero, para que finalmente se produzca el fruto, es necesario que "la espiga venza a las espinas" que representan "las preocupaciones del mundo y las riquezas" (Lc.8, 14). Esta es la tarea de discernimiento que los cristianos realizamos durante toda nuestra existencia, pero

que se presenta como un reto especialmente urgente en el inicio de la edad adulta. De ahí la necesidad de reflexionar sobre la Desembocadura.

En nuestra opinión, al menos cuatro razones justifican la delimitación cuidadosa de la etapa de Desembocadura:

a) Durante los últimos años *la juventud se ha dilatado y precarizado*. Si en el pasado la juventud constituía una fase privilegiada de la vida, caracterizada por las actividades de formación, diversión y cierto nivel de consumo, que permitía hacer proyectos que se cumplirían en pocos años, el panorama actual es muy distinto. Siempre la adultez ha implicado cierta adaptación de los propios sueños a la realidad pero, hoy en día, para la mayoría de los jóvenes, se ha ampliado la distancia entre lo que querían ser y lo que podrán ser.

La independencia de los padres tarda mucho en producirse y la situación laboral ha conducido a que sea muy difícil obtener la autonomía económica antes de los 30 años. Esta situación plantea a la pastoral un doble reto: el de acompañar a los jóvenes que terminaron su catecumenado con 22 o 23 años y todavía no han podido realizar sus opciones fundamentales y el de fortalecer una experiencia cristiana que va a ser sometida por el ambiente a una fuerte presión de acoso y derribo. En el lenguaje de Mafalda "lo urgente no deja tiempo para lo importante".

b) *El insuficiente desarrollo del planteamiento a favor de la referencia* como criterio básico de la identidad cristiana. Seguimos pensando que lo fundamental es que Jesús y su proyecto constituyan el centro de la vida del creyente y que este hecho puede traducirse en múltiples pertenencias. Sin embargo, hay que afirmar con igual intensidad que, sin una pertenencia eclesial efectiva, la identidad cristiana tiende a desdibujarse y, finalmente, a desaparecer. El tema de la pertenencia es delicado porque un proyecto de pastoral que pretenda ser abierto no puede conducir a un solo modelo de inserción eclesial, pero, por otra parte, parece claro que tiene que ayudar a los jóvenes a que se vayan implicando progresivamente en estructuras eclesiales que sostengan su fe y potencien sus compromisos.

La dialéctica pertenencia-referencia tiene que irse resolviendo en el marco de la Desembocadura tanto a nivel personal como de grupo. Sin querer restar valor a ninguna opción u organización concreta, nosotros seguimos apostando prioritariamente por la creación de pequeñas comunidades insertas en las parroquias y cuyos miembros se impliquen en los colectivos sociales que buscan una sociedad más justa y solidaria. En cualquier caso, los espacios comunitarios en los que se comparte la vida iluminada por el Evangelio constituyen una necesidad básica de cualquier cristiano comprometido.

c) La especificidad del paso que supone *pasar de optar por Jesús a descubrir cómo, dónde y con quienes*. Realmente nos encontramos en una fase nueva porque no existe una única forma de seguir a Jesús, sino que más bien cada persona tiene que descubrir e inventar la más adecuada para ella. La opción por Jesús tiene determinadas implicaciones que afectan por igual a todos los cristianos y que hemos formulado en el Proyecto como Espiritualidad, Eclesialidad y Compromiso. Sin embargo, la forma precisa en que han de concretarse estas experiencias fundamentales pueden ser múltiples como diversas somos las personas.

Nadie puede ser todo y al mismo tiempo en esta vida, por lo que, finalmente, todos nos vemos obligados a elegir. Si la adhesión a Jesús se ha producido tras el camino de conversión de la Iniciación Cristiana, tendrá que traducirse en decisiones prácticas que ya no serán iguales para todos los miembros del grupo ni se podrán llevar a cabo al mismo tiempo. Ello no implica, naturalmente, que ese discernimiento deba realizarse sólo individualmente, pero sí que el ritmo común del grupo habrá de tomar en consideración la diversidad de situaciones personales en mucho mayor grado que en el período del catecumenado.

d) *La crónica carencia de animadores para jóvenes-adultos y de modelos de referencia adecuados.* Buena parte de las dificultades que experimentamos al final del proceso pastoral vienen derivadas de esta doble ausencia y del hecho de estar iniciando algo nuevo. Se han dado pasos importantes en los ámbitos de la convocatoria, la preparación para la Confirmación y la creación de catecumenados juveniles. Pero todavía no hemos aprendido a acompañar desde la fe a los jóvenes en su transición a la adultez. De lo acertada que resulte nuestra reflexión y práctica en este terreno dependen los resultados de toda la pastoral de juventud.

Por consiguiente, resulta prioritaria la formación de APJs especializados en la desembocadura que, habiendo experimentado ellos mismos los retos del camino, puedan ayudar a otros jóvenes a recorrer el suyo. En el mismo sentido, será imprescindible difundir y potenciar las distintas experiencias de desembocadura que se están produciendo en nuestra diócesis o nuestro país, para que del intercambio mutuo pueda venir una mayor riqueza para todos.

Nos encontramos, pues, con **una etapa pastoral nueva en contenidos, objetivos y metodología.** Conviene advertir, sin embargo, que no pretendemos encorsetar la vida de los jóvenes ni de los grupos. Toda actividad pastoral tiene que tomar muy en cuenta y respetar la situación de las personas, sus necesidades, su ritmo, su experiencia de fe, etc. En el caso de la desembocadura, la atención personalizada constituye precisamente una de las cuestiones fundamentales a valorar. Aunque la presentación del Evangelio puede hacerse de forma relativamente sistemática, la respuesta personal no debe en ningún caso violentarse o forzarse. Es la vida misma la que elige el lugar y el momento en el que el Señor sale al encuentro pidiendo una respuesta determinada. En ese instante, tiene lugar el diálogo entre la llamada del Espíritu y la libre respuesta de cada persona. La actividad pastoral debe orientarse a crear las condiciones adecuadas para este encuentro, enseñando al creyente a leer en la vida la voluntad del Padre.

Una última precisión: *todo lo que aquí se sugiere presupone haber llevado a cabo una buena Iniciación Cristiana*, que más allá de las "reuniones" y los "temas", haya conducido al joven a un encuentro personal con Jesús que le haga querer plantearse toda su existencia como seguidor suyo, con un estilo de vida que ya ha experimentado durante cierto tiempo. Si este proceso catecumenal no ha tenido lugar, todo lo que la acción pastoral intente plantear estará "construido sobre arena". El esquema de las etapas del itinerario educativo no puede aplicarse mecánicamente a las personas, cuya evolución es mucho más compleja. Sin embargo, la experiencia demuestra que los procesos de personalización de la fe no dan saltos en el aire y que las precipitaciones en el campo de la educación desembocan en decisiones equivocadas e inmaduras que suelen "quemar" a los implicados y generar después actitudes de fuerte rechazo.

2. Realidad actual de la Desembocadura

A la hora de evaluar globalmente los frutos de la acción evangelizadora entre los jóvenes surgen dos interrogantes fundamentales a los que es preciso dar alguna respuesta:

* ¿Qué se persigue en la pastoral de juventud?

* ¿Cómo medir los "resultados" del trabajo pastoral?

Está claro que la calificación como éxito o fracaso de un proyecto, depende de los criterios con los que se conteste a estas preguntas. Algunos planteamientos han hecho hincapié en acompañar a los jóvenes, otros en mantenerles vinculados a las actividades eclesiales, otros en el surgimiento de vocaciones consagradas, otros en insertarles en la acción social, otros en formarles doctrinalmente, etc. En nuestra opinión, la única meta que la pastoral de juventud puede plantearse es hacer posible que los jóvenes adquieran una identidad cristiana en la que el deseo de seguir a Jesús tras haberle reconocido como salvador, se traduzca en todas las esferas de la vida.

Que vayan surgiendo personas capaces de testimoniar y anunciar el evangelio en nuestra sociedad a través de un estilo de vida orientado al servicio del Reino no es tarea fácil. Sin embargo, la Iglesia no puede proponer ni invitar a otra cosa que al seguimiento de Jesús compartido en una comunidad de creyentes; éste es el criterio último que define al cristiano y afecta a toda su persona: valores, actitudes, acciones y opciones.

Desde este punto de vista, se puede poner en su sitio el tema de los "números". Si un planteamiento pastoral no es capaz de posibilitar a los jóvenes el encuentro con el Dios de Jesús e iniciar en su seguimiento tendrá que revisarse. Pero reunir a "muchos jóvenes" tampoco puede ser un criterio suficiente para dar por bueno un enfoque pastoral. Habrá que analizar qué tipo de experiencia cristiana se está originando en esos procesos y su autenticidad, dejando a un lado otros criterios de "rentabilidad pastoral".

En nuestra opinión, podemos considerar positivo un proyecto pastoral cuando se dan las siguientes circunstancias:

a) Los APJs son capaces de múltiples formas de *servir a los jóvenes* respondiendo a sus necesidades reales, conviviendo con ellos y ofreciéndoles, en ese servicio, el testimonio de su propia fe, aun cuando esta labor no se traduzca en la incorporación de muchos de ellos a la vida de la Iglesia.

b) El conjunto de la actividad pastoral produce entre la mayoría de los jóvenes *una experiencia de liberación personal*, de descubrimiento de la propia identidad, de un mayor sentido y, en algunos casos, de la alegría de la fe.

c) *El proceso educativo es planteado con coherencia*, lo que implica duración,

fidelidad a la situación de cada joven, progresividad, adaptación de los contenidos y las experiencias a las necesidades de los jóvenes, claridad en los objetivos, respeto a la libertad de cada persona, etc.

d) Entre quienes responden positivamente a la invitación del Evangelio la conversión conduce a una *existencia militante* caracterizada por la confianza en Dios, la capacidad para compartir la vida con los hermanos y el compromiso con las causas que pueden hacer nuestro mundo más justo y fraterno. Más aun, se persigue que el joven llegue a ser capaz de vivir y comunicar su fe en la sociedad en la que se encuentra, sin el arropamiento permanente de la institución eclesial.

Teniendo en cuenta estos criterios, cabe constatar que en la mayor parte de las parroquias va aumentando lentamente el número de jóvenes que asumen con seriedad las implicaciones de una vida cristiana, pero **sigue siendo mayoritario el grupo que tras un proceso catecumenal tiende a desvincularse de la Iglesia o a adoptar un género de vida poco influido por la fe**. Este fenómeno tiene lugar, especialmente, cuando los retos de la edad adulta se presentan en toda su amplitud, lo que obliga a replantear desde la pastoral esa etapa de la vida.

Podemos proponer aquí una breve tipología de las desembocaduras más frecuentes:

a) En primer lugar encontramos el caso en el que el punto de llegada es meramente personal. El grupo constituye para el joven una experiencia interesante y limitada en el tiempo. Cuando culmina el proceso educativo sus miembros orientan su futuro cada uno por su cuenta o bien abandonan el grupo porque otros intereses pasan a ser más importantes.

b) Es frecuente encontrar también grupos de jóvenes que carecen de punto de llegada, se renuevan continuamente y emplean sus fuerzas en alimentarse a sí mismos, ofreciendo como salida a los mayores convertirse en animadores de los de menor edad. A otro nivel, los jóvenes pueden prestar su servicio en las distintas actividades parroquiales.

c) En algunos grupos, se ofrece a los jóvenes un solo modelo de desembocadura: una comunidad adulta, un movimiento especializado, una congregación religiosa, el ministerio ordenado, etc; dejándose en un cierto abandono a quienes no se sienten llamados a ella.

d) En numerosas ocasiones, los grupos se desinflan o desaparecen por el abandono progresivo de sus miembros ante las tensiones generadas entre quienes desean avanzar y quienes se sienten cada vez menos implicados en los mismos. Las personas suelen haber sufrido cierto desgaste psicológico que las desanima a la hora de incorporarse a otros grupos.

e) Algunos grupos que han tenido una experiencia catecumenal positiva, pasan poco a poco a convertirse en pequeñas comunidades cristianas adquiriendo una mayor estabilidad y pluralismo, comenzando sus miembros, de este modo, su existencia cristiana adulta.

f) Excepcionalmente, algunos grupos de jóvenes inician una etapa de discernimiento para ayudar a descubrir la vocación específica de sus miembros. Cuando estos se van clarificando, el grupo puede proyectar su futuro y las personas que no lo comparten pueden

ser acompañadas hacia otras alternativas que respondan mejor a sus planteamientos.

La seriedad y complejidad del proceso de identificación cristiana, y el respeto escrupuloso que se debe a la libertad de todas las personas, hacen deseable que la *última alternativa se vaya generalizando en la pastoral de juventud*, a fin de que pueda aumentar el número de adultos que intentan vivir su fe con autenticidad en el seno de las distintas comunidades y movimientos que existen en la Iglesia en su pluralidad.

Los "modelos de referencia" juegan un papel decisivo, pues pueden hacer creíble y atractiva la vida cristiana para los jóvenes. Sin ellos, el Evangelio no pasa de ser un conjunto de "bonitas palabras" que nadie pone en práctica y que pueden parecer absurdas en nuestra sociedad. Tenemos que reconocer que, hoy por hoy, la mayoría de las experiencias de los cristianos adultos suelen ser poco atractivas e inspiradoras para los jóvenes. Por otra parte, existen pocas iniciativas de los propios jóvenes que se encuentren mínimamente consolidadas.

En realidad, los "modelos" no están para ser imitados sino para impulsar la propia creatividad de los jóvenes que iluminados por el Espíritu tienen que descubrir su propia manera de vivir la fe. En lugar de intentar que los jóvenes se amolden a las formas tradicionales del seguimiento, la acción pastoral debe ayudar a cada uno a encontrar su propio "modelo" que, en ocasiones, puede coincidir con alguno de los que en la Iglesia se han ido institucionalizando a través de la historia.

3. El contexto en el que se produce la Desembocadura

La desembocadura cristiana de los jóvenes no se produce fuera de nuestra sociedad y nuestra historia. Por eso, son muchos los factores que influyen en la orientación de la vida adulta de aquellos jóvenes que se han iniciado realmente en la vida cristiana. El ambiente condiciona tanto positiva como negativamente las decisiones de los jóvenes. Desde el punto de vista de la fe, la etapa de la desembocadura constituye un momento con grandes posibilidades y serios obstáculos. Podemos destacar cuatro aspectos que inciden fuertemente sobre los jóvenes de más edad a la hora de configurar su vida adulta:

a) La juventud adulta

El período de la juventud parece especialmente adecuado para realizar una opción seria por Jesús. Por una parte, frente al adulto, el joven tiene capacidad de organizar la propia vida con cierta libertad sin la hipoteca de decisiones pasadas y abierto en mayor medida a lo nuevo y utópico. Por otra, y a diferencia del adolescente, conoce mejor sus propias posibilidades, cualidades y limitaciones, lo que le permite ser realista y reconocer las dificultades que conlleva transformar nuestro mundo.

En otro terreno, el anuncio evangélico recibido conserva aún su frescura y atractivo por lo que puede sintonizar más fácilmente con el deseo de mayor justicia, autenticidad, paz y libertad que, de un modo u otro, existe en muchos jóvenes.

Sin embargo, existen también algunos rasgos en la juventud actual que dificultan la elección de la vida cristiana "a la hora de la verdad". Entre ellos podemos destacar la mentalidad pragmática, utilitaria y consumista que afecta a toda la sociedad y especialmente a los jóvenes, un realismo excesivo que incapacita para la lucha por una mayor justicia social, la tendencia a la evasión, la adaptación y el relativismo, o el miedo a la vinculación o el compromiso estable con los valores y las personas.

No se trata de idealizar ni condenar a los jóvenes sino de reconocer los pros y los contras que su situación implica para elegir la propuesta de Jesús con todas sus consecuencias frente a otras propuestas. Posiblemente, *los nuevos jóvenes aportan más humildad y realismo a la pastoral* lo que puede ser muy positivo en el futuro, pues el cristianismo es para los pobres y no para los héroes.

b) El influjo cultural

La cultura que compartimos muestra una serie de valores que desde la fe pueden considerarse muy positivos. Así, la asimilación social de la democracia va implicando actitudes como la participación, la tolerancia, la responsabilidad, la dignidad de todos, etc. El mayor acceso a la cultura y el conocimiento permite a las personas estar mejor informadas y desarrollar su propia personalidad. También podemos considerar muy positiva la valoración de los individuos y su libertad o el rechazo a toda forma de opresión o discriminación entre las personas.

En el terreno religioso, el pluralismo, la tolerancia y la ausencia de presión social permiten que la confesión de fe se convierta en un acto libre y personal. Además, la actitud militante atea o anticlesial de una parte significativa de la población ha disminuido sensiblemente.

No obstante, la cultura actual plantea importantes retos a los cristianos. De hecho, se ha venido produciendo una creciente irrelevancia e incomprensión de la experiencia creyente. Si en el pasado la presencia de Dios se "palpaba", en la actualidad se percibe más su "ausencia". La gente puede vivir y vive cotidianamente sin referir su vida a Dios. Las dificultades ambientales para la reflexión personal y la interioridad contribuyen a mantener esta situación.

Otro obstáculo evidente es el primado absoluto, que han concedido la mayoría de las personas, al progreso material y la elevación de nivel de consumo frente a la propuesta evangélica de compartir con sencillez. De esta opción se deriva la aceptación del sistema económico capitalista y la extensión de actitudes individualistas y competitivas, poco propicias a un cambio social que favorezca a los más pobres.

En definitiva, la cultura dominante actual ejerce sobre los cristianos una influencia que podríamos calificar de "erosión y seducción". No se trata de una confrontación directa y argumentada contra la fe, sino de una pérdida de valoración que cuestiona permanentemente al creyente y una propuesta de valores que se encuentra en muchos casos muy lejos de los evangélicos y que son presentados a través de los "modelos de éxito social". Llegados a este punto, al joven que desea ser cristiano, se le plantea la alternativa de *tener*

que vivir a contracorriente, teniéndose que dar a si mismo todos los días "razón de su esperanza".

No es de extrañar que cuando la adopción de un estilo de vida evangélico se traduce en pérdida de oportunidades, surja en los jóvenes el sentimiento de que la fe es una pesada carga en lugar de una maravillosa experiencia de salvación cargada de amor y sentido. Sin embargo, buena parte del "coste" de creer que achacamos al Evangelio no consiste nada más que en el hecho de que nuestros valores, comportamientos y creencias no son compartidos socialmente. Cuando esto ocurre, ser "diferente" se convierte en un gran peso y la tentación de ser "normal" se torna permanente.

c) El contexto socio-económico

Vivimos en un contexto económico de crisis y los jóvenes han sido educados en unas expectativas de trabajo y bienestar material que ahora son difíciles de alcanzar, no sólo para los hijos de las familias más humildes, sino para la mayoría de quienes terminan sus estudios. Los datos sobre empleo, ingresos y precariedad entre los jóvenes son desoladores. Según un estudio publicado por la JOC, nueve de cada diez encuentran algún trabajo gracias a sus contactos personales y no en base a sus méritos o formación.

Precisamente, cuando los jóvenes desean poder plasmar en la realidad sus aspiraciones, observan como las circunstancias han empeorado seriamente en los últimos años. Así, tomar decisiones en consonancia con el Evangelio se torna más complicado. El "tirón" social se hace más fuerte en estas condiciones.

La búsqueda de un empleo mínimamente estable que permita la independencia económica se ha convertido en una carrera de obstáculos que implica destinar grandes energías y tiempo a la formación que incluye numerosos conocimientos complementarios (idiomas, informática, contabilidad, etc). Finalmente, la mayoría de los jóvenes tendrá que aceptar ocupaciones precarias que implican bajo sueldo, movilidad territorial, horas extras y la adopción de actitudes extremadamente competitivas.

Bajo estas circunstancias sociales, y en un medio cultural pluralista, la consolidación de la propia pareja y la formación de una familia son tareas más problemáticas que en el pasado, y que tienden a absorber la mayor parte de la energía de los jóvenes que orientan sus expectativas hacia el matrimonio. La extraordinaria dificultad de acceder a una vivienda normal, añade otra presión a la vida de los jóvenes que padecen con frustración la dilatación del período de espera antes de poder casarse. Los primeros años de matrimonio y la llegada de los niños (pocos y tarde en general) suelen implicar una concentración de las energías en la propia vida familiar.

Se produce así con frecuencia entre los jóvenes, una obsesión y absolutización del trabajo y la pareja que conlleva el abandono de otros ámbitos y tareas que habían supuesto importantes centros de interés anteriormente. Muchos grupos de jóvenes cristianos experimentan el progresivo abandono de sus miembros cuando llega "la hora de la verdad" y la experiencia cristiana pasa a ser un "bonito recuerdo de juventud" propio de la etapa "idealista" de la vida. Los grupos se introducen en una etapa de provisionalidad en la que sus componentes parecen permanecer hasta que aclaran su orientación adulta.

Por consiguiente, justo en el momento en el que el proceso pastoral sitúa a los jóvenes en la situación de realizar las decisiones más importantes de la vida desde el Evangelio, éstos se encuentran en un estado de profundo agobio e inestabilidad psicológica derivado de las dificultades que encuentran para consolidar su situación profesional y afectiva. Ciertamente, el trabajo y el afecto son dos dimensiones básicas de la existencia y en ellas se encuentra buena parte de la realización de las personas. Lo que aquí interesa destacar es que muchos jóvenes viven en oposición, rivalidad, o al menos desconexión, las urgencias que nacen del trabajo y la opción de pareja y las que tienen su origen en el seguimiento de Jesús.

En definitiva, creer y vivir de la fe y conforme a ella, en lugar de ser la experiencia novedosa y gratificante de los primeros años de la iniciación cristiana, *puede convertirse en una "desventaja" para hacerse un lugar en la vida adulta*, pues los criterios, valores y actitudes evangélicas resultan poco adecuados para triunfar en la dura carrera que nuestra sociedad impone. Muchos jóvenes padecen la tensión entre su deseo de vivir como cristianos y la dificultad práctica de hacer compatible esa opción con las exigencias de la vida adulta. El proceso de la desembocadura debería por ello ayudar a los jóvenes a integrar la fe y la vida no sólo al nivel de los valores y las actitudes sino de las opciones concretas que configuran la existencia adulta.

d) La situación eclesial

La situación actual de la Iglesia impacta de forma ambigua en la transición creyente de los jóvenes hacia la adultez. Sin duda, la comunidad eclesial ayuda de múltiples formas a este proceso. De hecho, todos los que hoy en día creemos hemos recibido la fe gracias a la mediación de la Iglesia: personas, acciones, reflexión teológica, etc. La fe se transmite por contagio y sin una comunidad que la encarne el acceso y descubrimiento del Evangelio habría sido casi imposible para nosotros. Además, la Iglesia, impulsada por el Espíritu, mantiene, fortalece y enriquece, continuamente, nuestra experiencia creyente.

Reconocida la eclesialidad de la fe y su enorme valor, hay que añadir que en, este momento, esta dimensión es vivida por muchos jóvenes de forma conflictiva. Si en el pasado la adhesión a la Iglesia pudo basarse en la costumbre, la presión social o el miedo, en la actualidad sólo lo hará en la libre decisión de las personas. Hoy en día, el criterio decisivo para muchos jóvenes a la hora de pertenecer a una institución es el de "sentirse a gusto", "bien acogidos" e identificados con la "imagen" de esa organización. El hecho de que muchos jóvenes no encuentren su sitio en la Iglesia es una tragedia para las dos partes. Fuera de la Iglesia difícilmente los jóvenes mantendrán la fe, que para nosotros es el mayor tesoro que se puede descubrir en la vida. Si la Iglesia se queda sin jóvenes, será incapaz de transmitir con alegría el Evangelio y quedará reducida a una minoría marginal e irrelevante obsesionada por su identidad y supervivencia.

Los jóvenes descubren ciertamente valores muy positivos en la Iglesia entre los que cabría enumerar el formidable intento de reforma conciliar, los innumerables esfuerzos realizados en el campo de la Pastoral de Juventud, la sincera acogida que muchos jóvenes han encontrado en las estructuras eclesiales traducida en muestras de cariño y ayuda, etc. Asimismo, los jóvenes reconocen fácilmente el testimonio de servicio a los pobres, a los

enfermos, a la paz, a la justicia que realizan en el mundo muchos miles de cristianos.

Sin embargo, *existe una generalizada insatisfacción con algunos aspectos importantes de la institución eclesial* que se convierten en un obstáculo para muchos jóvenes y que dificultan su testimonio de fe. En primer lugar, habría que destacar la situación de contrarreforma eclesial que estamos viviendo en la última década, caracterizada por un discurso dogmático empeñado en mantener el orden interno y reducir la pluralidad. Este fenómeno, que tiene múltiples manifestaciones, se presenta como rechazo al espíritu del mundo moderno y tiene un carácter conservador y defensivo (p.e.: la reducción de la libertad en teología y los procedimientos poco evangélicos que se practican en este campo).

Este talante choca frontalmente con el de la mayoría de los jóvenes que aprecian el valor del espíritu crítico, la tolerancia, la igualdad, la democracia, la libertad y el valor de cada individuo, etc. Por ello, el comportamiento de la Iglesia en sus alturas es percibido como anacrónico y motivado por el deseo de mantener o aumentar el poder de sus dirigentes sobre la sociedad o sobre los miembros de la comunidad creyente. Para muchos, ciertos comportamientos y actitudes de la Iglesia no sólo son poco "modernos", sino directamente antievangélicos. Así, son motivo de muy fuerte malestar el autoritarismo clerical que afecta a todos los niveles de la estructura eclesial y que aparece muchas veces disfrazado de paternalismo, la escandalosa discriminación de la mujer o el conjunto de la moral sexual.

Es fácil percibir que el espíritu crítico de los jóvenes se desarrolla con la edad. Un adolescente puede no darse cuenta de alguna de estas cuestiones y aceptar cierto grado de manipulación, pero un joven de 25 o 30 años, acostumbrado a ser considerado mayor de edad en las esferas política, económica y social, no aceptará ser tratado en la Iglesia como un menor. De ahí que la desembocadura de la pastoral de juventud plantee un reto fundamental a la Iglesia: el de su renovación en su lenguaje y estructuras a fin de permitir a los jóvenes una presencia que no implique renunciar a valores actuales que, como cristianos, no podemos por menos de alabar, y lamentar, en todo caso, no haber contribuido de modo suficiente a su implantación.

Pero a la hora de analizar el contexto en el que se realiza la desembocadura no podemos referirnos sólo a los factores señalados y relativamente "ambientales". *Resulta obligado reconocer nuestra propia responsabilidad como Agentes de Pastoral de Juventud.* En muchos casos no se ha producido una verdadera Iniciación a la Vida Cristiana o ésta ha presentado muchas lagunas. Por una parte, el catecumenado juvenil ha quedado reducido muchas veces a las reuniones de formación con "tema", en lugar de constituir un período de entrenamiento en las experiencias cristianas básicas: orar, servir, compartir, celebrar, discernir, etc. Y sabemos que la vida es el lugar en que la verdad del Evangelio puede, de alguna manera, percibirse y contrastarse.

Asimismo, muchos procesos han carecido de la vertebración de fases y dimensiones que presupone una auténtica pedagogía catecumenal, posiblemente debido a las limitaciones formativas y experienciales de los propios agentes de pastoral. Sin embargo, *la deficiencia fundamental que podemos observar en la labor pastoral de los últimos años es que no ha implicado para muchos jóvenes una experiencia de encuentro personal con Jesús como salvador, Hijo del Padre y presente y actuante en nuestra historia por el Espíritu.* La falta de un encuentro religioso profundo ha ocultado a numerosos jóvenes la dimensión de enorme

regalo y relación interpersonal que la fe posee primeramente, reduciendo la opción cristiana a una cuestión de valores, creencias o comportamientos. No es extraño que para los jóvenes el seguimiento o la conversión implicaran esencialmente la adopción de un estilo de vida u otro, con lo que eso supone, en el fondo, de "fariseísmo disfrazado". En este campo, "el orden de los factores sí altera el producto". Es posible que la falta de aprecio de muchos jóvenes hacia la celebración de los sacramentos, sea un reflejo del problema que estamos destacando.

Por último, también queremos mencionar aquí otro error muy repetido entre nosotros: la incorporación inmediata a las actividades parroquiales de los jóvenes recién confirmados olvidando su necesidad de seguir formándose y enriqueciendo su fe. Así, al cabo de tres o cuatro años, estos chicos que iniciaron con entusiasmo su colaboración, se encuentran agobiados, escasos de recursos y experiencia, con poca motivación para seguir asumiendo sus responsabilidades y formando parte de grupos que languidecen porque una parte de sus miembros han ido orientando su vida por otro camino. Esta actitud improvisadora, que sacrifica la necesidad que tienen los jóvenes de un largo proceso de personalización de la fe a las urgencias pastorales inmediatas, sigue estando muy generalizada. Para nadie es un secreto el elevado coste de esta "miopía" del corto plazo, que no debe confundirse con la necesidad real de iniciar progresivamente a los jóvenes en el servicio eclesial y social.

4. Delimitación de la etapa

Resulta relativamente sencillo precisar la especificidad de la etapa pastoral que proponemos. Si hubiera que ofrecer una definición, diríamos que su tarea consiste en pasar **de la Vocación a las vocaciones**, reconociendo que todas las personas somos llamados por Jesús a un seguimiento radical, pero que éste puede plasmarse de múltiples formas. Por ello si la Iniciación en la Vida Cristiana puede ser común a todos, la Desembocadura tiene un carácter esencialmente individualizado (aunque sea vivida comunitariamente).

El paso de la juventud a la adultez implica en la vida de las personas *la transformación del proyecto en realidad*. Aquí surge la tensión esencial de esta fase: la necesidad de mantener la fidelidad al Evangelio y a las posibilidades que ofrece la realidad sin negar u olvidar ninguno de los dos polos. Mantener el primer polo olvidando el segundo conduce necesariamente a la frustración y el fanatismo. La opción contraria implica el aburguesamiento o disolución de la fe cristiana que, centrada en el seguimiento de Jesús y la acogida del Reino, es esencialmente profética y utópica.

A nivel pastoral y ante las urgencias que nos impone el mundo en que vivimos, vemos necesario plantearnos como meta final, *el surgimiento de militantes cristianos con experiencia comunitaria, capaces de mantener sin complejos una actitud respetuosa, confesante y servidora en nuestro mundo*. Los cristianos sociológicos o meramente practicantes van a seguir disminuyendo ante el desgaste ambiental y el envejecimiento que afecta al colectivo. Además, la debilidad de su experiencia de fe difícilmente hará posible un testimonio dialogante y significativo como el que necesitamos ofrecer en la actualidad. La

vivencia comunitaria aparece así cada vez más necesaria como signo del Evangelio vivido en medio de la sociedad y como sustrato o "terreno" básico en el que la semilla de la fe personal puede crecer y alimentarse.

Pasemos a describir el planteamiento pastoral de la desembocadura a partir del contexto en el que se realiza y tomando en consideración su meta final. Nuestra propuesta se articula en torno a cuatro palabras fundamentales: **VOCACION, OPCION, DISCERNIMIENTO y ACOMPAÑAMIENTO**. Estas palabras designan respectivamente el objetivo último de la etapa, los pasos necesarios del camino, la metodología y la tarea que tendrá que realizar el Agente de Pastoral de Juventud en esta fase.

Claves de la etapa de la Desembocadura:

a) Objetivo último: El descubrimiento de la propia vocación.

Vivir como cristianos consiste en haber descubierto el enorme cariño que Dios nos tiene y saberse llamados por Jesús para colaborar en su propia misión: la extensión del Reino de fraternidad, que Él anunció preferentemente a los pobres. Por eso el seguimiento tiene algo de creatividad y algo de fidelidad, algo de proyecto y algo de descubrimiento, algo de regalo y algo de tarea.

Profundicemos en esta cuestión. Ser seguidor de Jesús no consiste esencialmente en admirar su personalidad, ni en imitar sus acciones, ni en trabajar por el Reino, ni en asumir los valores de las Bienaventuranzas. A un nivel más radical, se trata de *haberse descubierto salvado por Jesús*, reconocerle como el Mesías de Dios, haber establecido una relación de amistad con Él y vivir de su amor. Es esta experiencia liberadora y plenificante la que transforma el conjunto de la vida y genera un cambio de mentalidad y conducta que está producida y alimentada por el mismo Espíritu de Dios. Es ese acontecimiento descrito por los profetas y los místicos como seducción y que va acompañado por un sentimiento de plenitud de sentido y misión liberadora.

Sin este punto de partida, todo lo que se sugiera en el terreno de la desembocadura sonará, necesariamente, a artificial, a impuesto, a voluntarismo, a rigidez ideológica, etc. Por el contrario, la experiencia del discípulo es haber descubierto al único del que merece la pena fiarse del todo y por eso su actitud es de búsqueda y escucha confiadas. Palabra y mundo, esos son los instrumentos para captar la invitación de Dios, que es siempre una oferta orientada a nuestro crecimiento y nuestra alegría. En la medida en que uno es discípulo y no superhéroe sabe que "el yugo es llevadero y la carga ligera" porque no se soportan en soledad y porque "lo que es imposible para el hombre no lo es para Dios". O con las palabras de la Escritura "El nos amó primero" (1ª Jn 4, 8-10) y además "ya no nos llama siervos sino amigos" (Jn 15, 13-15).

Comencemos por lo esencial: Todos hemos sido llamados, **todos tenemos vocación**. No existe ninguna razón para mantener el falso planteamiento tradicional orientado a "descubrir vocaciones" e identificar éstas con el ministerio ordenado o la vida religiosa. Surgió así la nefasta división entre los que se lo tomaban en serio y con radicalidad (los consagrados) y los simples practicantes para quienes las exigencias evangélicas eran

reducidas al mínimo (los laicos). Esta separación entre "profesionales" y "aficionados", que carece de toda posible justificación en las Escrituras, constituye uno de los mayores problemas de la Iglesia actual, siendo hoy el principal obstáculo para llevar a cabo una buena acción evangelizadora.

Ahora bien, si todos estamos llamados por Jesús, no todos lo estamos del mismo modo. Cada persona descubre su propia vocación como un regalo de Dios para ser feliz y recibe el Espíritu para realizarla, pero no existen recetas universales en este terreno. Para el creyente, la vocación, más que proyecto, es disponibilidad y capacidad para reconocer la voluntad de Dios en la realidad mirada con los ojos del mismo Jesús. Es esa fidelidad a la realidad que nos rodea y a nuestra propia realidad la ocasión de encontrar el camino que Dios nos ofrece. Como escribió León Felipe "Para cada hombre guarda, un rayo nuevo de luz el sol...y un camino virgen, Dios".

Convendría hacer algunas matizaciones a todo lo señalado hasta ahora. En primer lugar, el descubrimiento de la vocación no se realiza de una vez para siempre por dos razones. Por una parte, seguimiento quiere decir movimiento, acompañar al Señor que recorre los senderos. Por ello, determinadas respuestas nacidas de la fe en un momento dado, pueden no resultar adecuadas en otro y exigir creatividad y cambio ante las nuevas circunstancias. La vida sigue y en su novedad Dios nos sigue llamando. Por otra parte, la fe no es un programa filosófico o político sino un encuentro personal y amoroso abierto a lo imprevisto. Como ocurre en la amistad, si la relación no se cuida y alimenta se muere. Si el diálogo entre el Señor que llama y la respuesta confiada del creyente no se repite y renueva continuamente tenderá a anquilosarse antes o después.

En otro terreno, resulta poco evangélica la comparación entre la mayor o menor "dignidad" de las distintas llamadas como si cupiera hacer una clasificación objetiva de "méritos". Cabría afirmar, por el contrario, que en la Iglesia suelen ser todas necesarias y complementarias. En el fondo, la radicalidad del seguimiento es un regalo del mismo Dios y no viene determinada por la "forma" que éste adopte sino por la capacidad de entrega, amor, eficacia, alegría, y testimonio con la que el cristiano sea capaz de encarnarla.

En conclusión, poder vivir vocacionalmente la existencia adulta es una suerte. Ya señalaba Helder Cámara que "el secreto de la eterna juventud consiste en tener una causa a la que entregar la vida". La invitación de Jesús y la misión encomendada aportan, sin duda, un sentido positivo a la vida y sus esfuerzos, unificando e integrando la personalidad. En ellas, el discípulo puede sentirse dichoso y bienaventurado. La acción pastoral tiene que ayudar a los jóvenes a poder orientar su vida adulta de esta manera y no como mera adaptación a las influencias y condicionamientos cotidianos.

Nuestra vocación es una gran oportunidad para vivir en plenitud y desarrollarnos como personas y, como todo en la vida, tiene sus costes. Lo que pasa es que estos suelen percibirse hoy en día "amplificados", mientras que los costes de vivir según el modelo social dominante aparecen, por el contrario, relativamente ocultos (superficialidad, narcisismo, tensión, rivalidad, desencanto...). Por el contrario, el descubrimiento de nuestra vocación se manifestará en actitudes como el agradecimiento, la alegría, la sencillez, la esperanza o la lucha por las causas universales, que estarán sostenidas por la misma fuerza de Dios.

La juventud es una etapa que puede estar teñida de idealismo. Por eso es importante situar la vocación en el terreno de la vida adulta. Esta impone una crisis profunda a los deseos e ilusiones juveniles mediante una "cura de realidad" que tiene extraordinaria importancia para la vida de fe porque puede ser experimentada de *dos maneras opuestas*: como causa del abandono de la "utopía cristiana" o como "paso a la vida de la fe". Cuando los chicos y chicas cristianas experimentan el fracaso de sus proyectos, constatan sus limitaciones e incoherencias, superan la fase de euforia, se llevan sus correspondientes decepciones en las relaciones de grupo, reconocen sus necesidades, cansancios y heridas disimuladas, etc, pueden deprimirse y como los discípulos de Jesús decir: "Esto es imposible. ¿Quién podrá salvarse?" (Lc 18,26). Como ya hemos indicado, el mismo Jesús da la respuesta: "Lo que es imposible para los hombres es posible para Dios" (Lc 18,27).

Así, se descubre que vivir el Evangelio es una gracia de Dios y que ya no tenemos que andar demostrando nada a nadie, ni a nosotros mismos, porque nuestra obsesión no consiste en defender nuestra autoimagen sino en reconocer y agradecer la presencia de Dios en nuestra realidad, no en nuestros sueños. Nosotros no somos quienes nos salvamos sino quienes acogemos o rechazamos la salvación de Jesús. Vivir de la fe es permitir que sea el Espíritu y no nuestro voluntarismo quien nos mueva y que la preocupación por el Reino de Dios para los pobres centre nuestra mirada en lugar de ocuparnos narcisistamente de no tener fallos. Esta espiritualidad nos llevará a agradecer toda la riqueza de lo cotidiano, ilusionarnos con cada lucha sin amargarnos, ser tolerantes con nosotros y con los demás, vivir con mayor autenticidad, suprimir la tensión de autojustificarnos y testimoniar la fe sin arrogancia y sin vergüenza, reconociéndonos pobres pero liberados y salvados por Jesús. Dios será nuestra alegría y le percibiremos en cada esquina del camino y cada compañero de viaje.

Ahora bien, la opción global por Jesús, entendida del modo creyente que hemos descrito, se realiza a través de ciertas opciones fundamentales que marcan en profundidad a todas las personas. La transición a la adultez consiste, básicamente, en tomar estas decisiones.

b) Pasos: **Realizar las opciones fundamentales desde el Evangelio.**

Cuando el joven no experimenta la vida simplemente como el resultado de las circunstancias y decide tomarla en sus manos, surgen una serie de preguntas básicas que el cristiano intenta contestar a la luz de su fe. Son preguntas prácticas que requieren respuestas concretas y obligan a elegir, porque no se puede ser y hacer todo a la vez. Desde el punto de vista pastoral, este proceso consiste en traducir los valores descubiertos y las actitudes desarrolladas en el catecumenado en opciones que hagan posible un servicio estable a la causa del Reino.

Podemos enumerar las preguntas a las que nos hemos venido refiriendo:

* ¿Qué experiencia tengo yo de Dios? ¿Quién es Jesús para mi?

Esta es, naturalmente, la cuestión fundamental. Si la conversión inicial al Señor no se ha producido, carece de sentido intentar orientar la vida como discípulos. No se trata de pretender ningún nivel de perfección en este campo, sino de reconocer si hemos experimentado o no la llamada amable de Dios y la alegría de su salvación que nos invita a

encarnar en nuestra vida el espíritu de las Bienaventuranzas.

* ¿Qué rasgos tiene el estilo de vida al que Jesús me invita?

Esta pregunta nos remite a los valores y las actitudes en los que creemos, que con frecuencia no coinciden plenamente con los que profesamos. El uso que hacemos de nuestro uso dinero, bienes, tiempo, etc, es un signo visible de la fe que confesamos, así como el tipo de relaciones que establecemos con las personas de nuestro entorno. Dados los rasgos dominantes de la cultura actual, el estilo de vida cristiano tendrá que ser en buena medida alternativo y con dosis importantes de resistencia crítica.

* ¿Desde qué estado de vida me siento llamado a seguir a Jesús?

La afectividad es una dimensión esencial de las personas cuya realización positiva contribuye en gran medida a nuestra felicidad. La ausencia de cariño es una verdadera tragedia para todos los seres humanos. Sin embargo, son diversas las maneras de vivir la afectividad y en ningún caso resultan neutrales desde la perspectiva del Reino. El matrimonio, el celibato, la fraternidad, etc, son otras tantas posibilidades que presentan ventajas y limitaciones para una espiritualidad del seguimiento.

* ¿Qué relación existe entre mi profesión y mi fe cristiana?

Está claro que no podemos dividir las profesiones en "cristianas" y "profanas". Ganarse la vida forma parte de las imposiciones de la existencia. Al trabajo dedican los adultos una parte prioritaria de su tiempo y energías. Además, ser productivo y útil parece también una necesidad básica de las personas. Desde la fe resulta muy importante saber a que contribuye nuestra labor profesional y si en el terreno del trabajo contribuimos a que exista una mayor justicia, igualdad y solidaridad. Ya decía Marx que el trabajo modela la conciencia y, sin duda, es cierto que mucha gente vive para el trabajo y para el nivel de consumo que puede proporcionar.

* ¿Qué servicio o ministerio quiero desempeñar en la Iglesia?

Si ya decía Jesús que "la mies es mucha y los obreros pocos" esto no puede estar más claro actualmente. El futuro de la Iglesia depende en gran medida de que el conjunto del Pueblo de Dios asuma su protagonismo y responsabilidad tanto en la sociedad como dentro de la comunidad. Por consiguiente un aspecto de la desembocadura consistirá en discernir aquellos servicios que podemos realizar dentro de la misma y que normalmente requerirán una formación específica y una dedicación estable si deseamos que la vida eclesial se enriquezca realmente.

* ¿Cuál es mi tarea en la construcción del Reino? ¿A quiénes sirvo?

No es necesario insistir en el carácter consustancial del compromiso a la vida cristiana. Más que de una o varias acciones, se trata de que toda la existencia se oriente al servicio de los que más lo necesiten y hacia la transformación de las estructuras injustas de la sociedad. Lo propio del compromiso adulto es que trasciende la "experiencia juvenil" y puede ganar en estabilidad, realismo y cualificación. La gravedad de muchas situaciones

requeriría que la mayor parte de las fuerzas eclesiales se dirigieran al servicio de los de "fuera" en colaboración con todos los empeñados en humanizar nuestro mundo.

* ¿Con quiénes y dónde viviré estas opciones? ¿Cuál es mi comunidad?

Resulta poco probable que muchas personas puedan mantener una vida de auténtico seguimiento durante cierto tiempo sin insertarse en una estructura comunitaria que respalde y alimente la fe en un contexto ambiental relativamente adverso. De ahí nuestra permanente apuesta a favor de la potenciación de las fraternidades. La ubicación geográfica y social de las comunidades también tendrá su incidencia en la experiencia cristiana de sus miembros. Más adelante volveremos sobre esta decisiva cuestión.

Es fácil constatar como la contestación efectiva a estas preguntas configura un tipo de vida cristiana muy alejada de la que generalmente se denomina "cristianismo practicante", y que pretende ser un humilde pero convencido testimonio del Evangelio en nuestro mundo. A este conjunto de respuestas que, con modestia, intentan integrarse vitalmente es a lo que hemos llamado descubrir la vocación.

De lo expuesto hasta ahora se sigue que estas grandes opciones condicionan decisivamente la vida de las personas facilitando o dificultando el seguimiento efectivo de Jesús. La experiencia nos dice que muchas veces se pretenden vivir los valores del Evangelio desde decisiones tomadas al margen del mismo o que se le oponen. El resultado suele consistir en una vivencia interior cargada de tensiones en la que se presenta la tentación permanente de adular o rebajar las exigencias de la fe, a fin de recuperar cierta tranquilidad psicológica. Aunque no es posible plantear estas cuestiones de un modo rígido, puritano o legalista, tampoco parece viable pretender hacer compatible todo tipo de opciones en la vida de fe o dicho con palabras que nos resultan familiares "no se puede servir a dos señores".

Recordemos aquí las parábolas de Jesús cuando señalaba con extraordinaria sabiduría los principales obstáculos para entrar en el Reino: **absolutizar** el dinero (el joven rico no pudo desprenderse de sus bienes.Mt 19,16-25), el propio valor (el fariseo que rezaba en el templo no necesitaba a Dios.Lc 18, 9-14), el trabajo y el matrimonio (no pudieron acudir al banquete los que tenían tierras, querían probar los bueyes o se acababan de que casar. Lc 14,15-24). Estas siguen siendo, hoy en día, con sorprendente precisión, las mismas causas que impiden la desembocadura cristiana de los jóvenes, que se sienten muchas veces urgidos a dedicarse a "sus labores" en lugar de a "existir para los demás" como les propone el Maestro.

c) Método: **Aprender a discernir la voluntad del Padre en mi historia personal.**

Si la tarea a afrontar en la desembocadura ha quedado mínimamente precisada, queda por clarificar el método más adecuado para llevarla a cabo. En la tradición de la Iglesia la respuesta es sencilla. Los cristianos tenemos que aprender a discernir los signos de los tiempos y el proyecto de Dios para nuestra historia personal y colectiva. K. Barth decía gráficamente que el cristiano debe tener en una mano la Biblia y en la otra el periódico.

Por una parte, el discernimiento es una tarea para toda la vida porque, como ya

hemos visto, las decisiones no se toman de una vez para siempre y tienen que ser permanentemente revisadas y renovadas. Además, la vida nos sale cada día al encuentro con acontecimientos que nos interpelan desde la fe. Aprender a discernir es desarrollar una habilidad que nos permitirá seguir a Jesús por nosotros mismos sin imitaciones y dependencias. No se trata, claro está, de buscar algún tipo de experiencia "extraordinaria o alucinante", sino en desarrollar nuestra sensibilidad para descubrir en la realidad inmediata y cotidiana la presencia de Dios, y saberla mirar con los ojos y los sentimientos del mismo Jesús.

Lo más normal en nuestra experiencia pastoral es que las actitudes adoptadas para discernir las cuestiones que más nos afectan sean poco adecuadas y que los resultados se resientan seriamente de este hecho. Así, cabría destacar el hecho de que un número muy significativo de jóvenes, que parece no tomar conscientemente las decisiones que orientan globalmente su futuro, de hecho van dando respuestas a los problemas cotidianos y, finalmente, el conjunto de su vida está casi determinada por completo. Sin embargo, existe una gran diversidad de comportamientos y actitudes. Hagámos una breve tipología de las situaciones predominantes en este campo:

a) Lo más frecuente es que en los procesos de pastoral de juventud no se plantee de modo explícito el discernimiento de las opciones adultas por exceso de respeto, incapacidad, temor al rechazo, o simple inconsciencia. Cada cual resuelve sus problemas cuando le llegan.

b) Otras veces el grupo ofrece materiales, recursos y ocasiones para la reflexión de estas cuestiones, pero el proceso de la toma de decisiones queda reducido por completo al marco de la intimidad individual.

c) En muchas ocasiones existe en los jóvenes un positivo rechazo a todo lo que signifique decidirse, definirse, elegir o vincularse de un modo estable a algo. Esta táctica suele conducir a que los acontecimientos o circunstancias externas terminen configurando la vida adulta de los jóvenes de acuerdo con los patrones sociales dominantes.

d) No faltan casos en los que el discernimiento es puramente intelectual y se realiza antes de tiempo, cuando los jóvenes no están viviendo realmente la problemática del inicio de la edad adulta. Las "pomposas decisiones" tomadas en estos casos suelen ser puramente ideológicas y no se sostienen cuando llegan efectivamente los problemas.

e) Ciertos grupos más o menos rígidos o sectarios fuerzan la toma de decisiones de sus miembros creando estados de ánimo tan emotivos, eufóricos y estimulantes que los miembros creen haber descubierto la voluntad de Dios con libertad cuando, en realidad, han sido fuertemente condicionados y se ha reducido su capacidad crítica.

f) Algunos grupos de "perfeccionistas espirituales" propician entre sus componentes la dinámica de la entrega, el sacrificio, la renuncia o el heroísmo lo que, además de su talante fariseo, suele tener graves consecuencias para la personalidad de los mismos y generar profundos rechazos posteriores.

g) Muy raramente los grupos de jóvenes mayores de nuestras parroquias se plantean la necesidad de llevar a efecto un discernimiento a partir de las experiencias realmente

vividas por sus miembros y de forma comunitaria en un marco de riguroso respeto a la libertad personal.

Como puede adivinarse fácilmente, somos partidarios de que estas últimas iniciativas, actualmente minoritarias, pasen a ser en la vida de la Iglesia completamente habituales. Por eso, aunque dentro de la carpeta de materiales sobre la que estamos trabajando, se encontrará ampliamente desarrollado este tema, podemos anticipar que un buen discernimiento en el marco de la desembocadura, debe partir de los individuos, tener un momento de iluminación comunitaria y concluir con la libre decisión de la persona. Además debería tomar en consideración tanto las necesidades y urgencias de la realidad como el conjunto de circunstancias y personalidad de quienes buscan integrar su fe y su vida.

En concreto, es posible ofrecer cuatro criterios que de forma complementaria ayuden a **elegir conforme al Evangelio tomando en consideración también "nuestro barro"**, pues no sólo somos "cabeza", sino también "corazón" y "tripas":

1. **Para elegir bien hace falta SABER.** Sin un conocimiento intelectual y experiencial, al menos incipiente, de aquello sobre lo que queremos decidir, no es posible hacer una buena elección. Frente a ciertas actitudes que se están poniendo de moda hay que afirmar que la inteligencia nos la dió Dios para algo.

2. **Para elegir bien hace falta DISFRUTAR.** Si Jesús nos ha llamado es para hacernos felices y, por consiguiente, las opciones cristianas tienen que producirnos alegría, placer y gozo, aunque ciertas espiritualidades patológicas tengan dificultad para creer que Dios quiere la explosión de la vida.

3. **Para elegir bien hace falta SENTIRSE CAPAZ.** Si una tarea supera nuestras fuerzas o no es acorde con nuestras capacidades o las que podemos desarrollar, la decisión tomada sólo servirá para frustrarnos y reducir nuestra autoestima. En este ámbito la formación, el entrenamiento y la potenciación de las propias cualidades son mandatos evangélicos valiosos.

4. **Para elegir bien hace falta ARRIESGARSE.** Al final, desde la fe es necesario confiar en la fuerza del Espíritu de Dios y asumir la cruz como el coste necesario del amor y el inevitable camino a la resurrección. Sin esperanza y utopía la vida cristiana no es posible, pero creemos que la última palabra la tiene Dios y éste quiere el triunfo de la vida.

Y es aquí donde parece necesario volver a recordar la necesidad de testigos y profetas que encarnen el seguimiento de Jesús en formas atractivas, y puedan animar a los jóvenes a descubrir su propio camino. Siempre ha sido el método del contagio personal, el que ha permitido difundir los modelos de vida creyente más adaptados a cada circunstancia histórica. También ahora tiene mayor capacidad de persuasión y estímulo un grupo de creyentes que vive con alegría el intento diario de ser fieles al Evangelio de Jesús que una acumulación de razonamientos basados en citas, textos y catequesis.

Naturalmente, en todo lo que se ha expuesto se está presuponiendo una búsqueda honrada de la voluntad de Dios nacida de la convicción de que ésta será una fuente de dicha

profunda. Si la actitud con la que se afronta la elección es la de justificarse, "la tecnología de la adulteración evangélica" permitirá adaptar la llamada de Jesús a los propios gustos e intereses en la convicción de que siempre existirá "un versículo al que aferrarse en algún capítulo de algún evangelio".

d) APJ: **Necesidad de un buen acompañamiento**

Las características de la desembocadura afectan también a la tarea del Agente de Pastoral de Juventud. Si en las primeras etapas del itinerario educativo su protagonismo en el grupo como animador, educador y testigo era esencial, en esta nueva fase su misión debe ser la de hacer posible la autonomización de las personas y el grupo, permitiendo que afloren la responsabilidad personal y otras capacidades de liderazgo existentes en el grupo. Dejará de ser "el que dirige" y "el que sabe" para compartir humildemente la experiencia de su propio camino, sabiendo que necesariamente será distinto al de cada uno de los jóvenes que ha contribuido a evangelizar. Se encontrará en la fase en que, habiendo dejado la autopista conocida y transitada por todos, explora con el grupo un territorio nuevo.

Con todo, lo aprendido por cada miembro del grupo y la experiencia del APJ seguirán siendo de un valor extraordinario para cada joven. Creemos que siguen haciendo mucha falta los maestros espirituales con sabiduría de la vida, y resulta imprescindible que los jóvenes tengan, al menos, quién les acompañe sin imposiciones. Parece claro que sin algún tipo de acompañamiento, los grupos raramente llegan a estructurarse como verdaderas comunidades y los individuos experimentan serias dificultades para comprometerse.

Es evidente, que al destacar la importancia actual del acompañamiento no pretendemos restaurar ninguna forma de dominio espiritual como las que se produjeron tantas veces en el pasado, sino evitar la completa orfandad de los jóvenes creyentes en su transición a la adultez. Llegados a este punto no podemos por menos que reconocer y lamentar que carecemos de APJs preparados para realizar con competencia esta labor.

Para mejorar en alguna medida esta penosa situación, se propone la lectura de los libros de Jesús Sastre y José Ramón Urbieto sobre el acompañamiento pastoral.

5. Contenidos fundamentales de la Desembocadura

Hay que insistir en el hecho muchas veces olvidado de que **la desembocadura es un proceso tanto personal como grupal**. La atención exclusiva al grupo ha tenido graves repercusiones. Al centrar la dinámica en la vida del grupo, las distintas situaciones personales suelen quedar ocultas o desatendidas dando lugar al hecho frecuente de que, de repente, surjan crisis y abandonos cuando "todo parecía ir bien". Por otra parte, cada individuo tiene un ritmo de maduración personal que sólo casualmente coincidirá con el promedio de su grupo. Olvidar la situación de cada persona termina por deshacer el propio grupo ya que unos "no llegan" y se asfixian mientras otros "no ven ningún avance" y se desesperan.

Lo indicado hasta ahora no implica que el discernimiento personal no tenga que realizarse comunitariamente. Al revés, los hermanos han recibido el Espíritu y pueden enriquecer nuestra perspectiva evitando las actitudes frecuentes de autoengaño, complejo o falta de profundidad. Lo que queremos destacar es que las decisiones personales han de tomarse en el momento en que la vida nos plantea realmente alternativas y que debe tomar en consideración, muy seriamente, las circunstancias de cada individuo evitando todo tipo de recetas estereotipadas.

Tampoco es muy habitual que los grupos afronten de forma consciente su propia desembocadura. Y, sin embargo, el grupo educativo catecumenal tiene un inicio y debe tener un final no derivado de su progresiva desintegración. Existen básicamente dos alternativas: o bien el grupo de jóvenes desea constituir una comunidad cristiana o bien las opciones de sus miembros son distintas y cada uno de ellos busca insertarse en alguna estructura eclesial ya existente. Lo importante sería evitar que nadie quedara solo o se viera obligado a apuntarse a algo que no le convence para evitar la soledad.

No existe ningún criterio legal para decir cuando un grupo cristiano se ha convertido en comunidad. Como ocurre en toda la vida de fe estamos en un camino que no termina nunca y que tiene sus altibajos. Siempre estamos "intentando" ser cristianos aunque ya somos "hijos" del Padre y "hermanos" de Jesús. Tampoco cabe decir, sin embargo, que "todo es comunidad" por más que nadie pueda percibir los signos de una fraternidad cristiana en ese grupo de personas.

Lo más adecuado sería decir que **Comunidad se va siendo:**

1. Cuando Jesús va dejando de ser uno entre otros valores e intereses para constituirse en el Señor de la vida de cada hermano.
2. Cuando se van compartiendo crecientemente más aspectos de la vida y se orientan desde el Evangelio (fe, sentimientos, bienes, ideas, opciones).
3. Cuando van creciendo los sentimientos de vocación, estabilidad, pertenencia, pluralidad, identidad y experiencia de la salvación de Dios.
4. Cuando se tiende a vivir la fe en todas sus dimensiones: oración, fraternidad, formación, compromiso y celebración.

La comunidad no se improvisa y, sin embargo, tampoco es una realidad inaccesible para la mayoría. Jesús dirigió su propuesta comunitaria a los pobres y sencillos no a los sabios o "expertos en dinámicas de grupos". ¿Por qué entonces el número de comunidades sigue siendo reducido?. En nuestra opinión porque *se ha hecho mucho mas esfuerzo par aclarar "qué es una comunidad cristiana" que para descubrir "cómo se hace una comunidad en nuestro entorno con gente sencilla"*. La pedagogía de la comunidad sigue siendo un reto a resolver para evitar la frustración de tantos grupos de buena voluntad que iniciaron con ilusión la aventura comunitaria y sufrieron una experiencia de fracaso.

En conformidad con la problemática que hemos ido exponiendo nos parece que la etapa de desembocadura tiene un contenido formativo específico. Ahora bien, al contrario

que en la Iniciación Cristiana en la que se podía afrontar un tema después de otro y en el orden previsto, en esta nueva etapa serán los acontecimientos que vayan experimentando los miembros del grupo o éste en su conjunto, los que deberían marcar "la agenda formativa".

Con todo, parece razonable pensar que algunas cuestiones tendrán que ser estudiadas por la mayoría de los jóvenes. La importancia de este conjunto de temas nos ha animado a intentar preparar unos materiales de formación con los siguientes títulos:

- * La cultura actual y sus retos para la vida de fe.
- * La afectividad: pareja, familia, sexualidad.
- * Trabajo y profesión.
- * El compromiso sociopolítico.
- * La participación en la Iglesia: servicios y ministerios.
- * La iniciación a la comunidad cristiana.
- * El discernimiento creyente.
- * El acompañamiento pastoral.

6. Sobre el método y los recursos

La experiencia de los grupos de jóvenes mayores que conocemos permiten hacer algunas sugerencias prácticas de cara al método de trabajo en esta etapa. Las enunciaremos sin que pasen de ser sencillas propuestas que ni pretenden ser recetas milagrosas ni agotar la lista de acciones que pueden mejorar nuestra pastoral.

El centro de las *reuniones* en esta fase debería consistir no tanto en estudiar, aprender o discutir, sino en leer desde la fe la realidad que rodea al grupo, las dificultades y éxitos surgidos en el compromiso transformador o el testimonio y las vivencias más profundas de sus miembros. En este terreno la metodología de la revisión de vida puede jugar un papel positivo, junto con el aprendizaje de las pedagogías para el discernimiento personal y comunitario. Se trataría de traer lo vivido en la calle o el trabajo al grupo para buscar la iluminación de la Palabra.

Otra cuestión que merecería ser tenida en cuenta es la necesidad de proporcionar a los jóvenes mayores "*alimentos adultos*" para su fe, sobre todo cuando a nivel profesional la formación es cada vez más extensa. Las "fotocopias" y "charlas" del catequista tendrían que ser complementados con la lectura de buenos libros, la inscripción en centros de estudios teológicos, la asistencia a congresos, cursillos, retiros y ejercicios espirituales, etc. Si la experiencia creyente está sometida a una presión permanente resulta imprescindible

robustecerla buscando los espacios en que la interioridad pueda cultivarse y Dios pueda también decir su palabra liberadora para nosotros.

Recuperación de la *vivencia profunda de la celebración y los sacramentos* como fuente permanente para la vida creyente y expresión pública de la misma. Sin dejar de reconocer la pobreza estética, languidez religiosa, carencia de ambiente festivo o falta de espíritu profético de muchas de nuestras celebraciones, ya es hora de que aprendamos a valorarlas mas allá de que resulten "agradables", "bonitas" o "emocionantes". Son primeramente una ocasión privilegiada de encuentro con el Señor, su Palabra y su Persona. Ocurre aquí como con la comida: sin duda preferimos un banquete, pero siempre será preferible un alimento pobre y modesto que ninguno. Y a medio y largo plazo ciertos "ayunos" pasan su factura.

La formación para el compromiso o algún ministerio así como la necesidad de clarificar alguna opción fundamental pueden ser la ocasión adecuada para una *preparación especializada o la participación en grupos de acción*. Los movimientos especializados, los sindicatos, partidos, grupos de acción social, encuentros de parejas, colectivos de solidaridad con el tercer mundo, etc, pueden enriquecer extraordinariamente a los grupos de base, abriéndoles a nuevas perspectivas y permitiendo a sus miembros la realización de tareas y proyectos que generalmente desbordan la capacidad de las pequeñas comunidades.

El *mantenimiento de vínculos estrechos y estables con otras comunidades cristianas* es un requisito indispensable para la supervivencia y crecimiento de cada una de ellas, sin que esto signifique postular la creación de un movimiento estructurado de comunidades unido por un ideario nítido o unos estatutos. Uno de los mayores problemas de la Iglesia actual radica en que las distintas "familias comunitarias" hablan un lenguaje distinto y excluyente, viviendo de hecho ajenas las unas a las otras. Nadie puede pretender monopolizar la lectura auténtica del Evangelio y en la Iglesia estamos llamados a colaborar juntos y a intercambiar sin agresividad los distintos puntos de vista para purificarnos mediante la corrección fraterna.

Sin embargo, la autosuficiencia conduce a todos los grupos a un callejón sin salida, al sectarismo, la parcialidad y, finalmente, la desaparición. Defendemos *la inserción de las pequeñas comunidades en parroquias* que permitan la comunión de grupos y personas distintas capaces de trabajar y celebrar en común. La fraternidad suele ser una experiencia muy rica e intensa pero a la vez muy frágil. La parroquia posee una gran estabilidad pero muchas veces carece de suficiente vitalidad. Resulta muy sencillo descubrir su complementariedad. Si esta no se produce habitualmente, ello suele deberse a la actitud intransigente de algunas comunidades "radicales" y al miedo de muchos curas clericales para quienes un grupo de laicos adulto y con criterios propios constituye una clara amenaza.

Por último, en las parroquias y otros niveles de la vida diocesana deberíamos impulsar la creación de *espacios de acogida y enriquecimiento para los jóvenes mayores* que carecen de grupo y todavía no han clarificado su futuro. Es el lugar de las oraciones y celebraciones con estilo juvenil, los grupos de vida, los talleres de formación, los equipos de acción "temática" (paz, tercer mundo, ecología, inmigración, marginación, etc). Estos espacios permitirían madurar con tranquilidad a los jóvenes sin obligarles a tomar decisiones precipitadas o de una forma puramente individual.

7. Conclusión

Tenemos la convicción de que estamos en un momento de profundo cambio social y cultural. Los mecanismos pastorales que la Iglesia ha utilizado tradicionalmente para convocar y anunciar el Evangelio a las gentes, resultan inadecuados e inservibles en su mayor parte y resulta completamente absurdo pensar que el futuro nos depara un regreso a la experiencia histórica de cristiandad. A partir de ahora, la fe que no esté personalizada y continuamente puesta en acción tenderá a desaparecer. Al fin y al cabo en nuestro mundo "lo que no se usa", "lo que no sirve para algo" no tiene valor. Nosotros pensamos que la fe no solo sí sirve, sino que sirve para lo más importante: para vivir. Para vivir no de cualquier manera, sino con plenitud, sentido y alegría.

Estas sencillas reflexiones están realizadas desde la clara conciencia de que estamos en un lugar desconocido pero que repetir lo de siempre no tiene mucho futuro. Por tanto estamos inventando. No podemos hacer otra cosa, buscar entre todos, experimentar y compartir los resultados, reflexionar colectivamente y hacer como se indica en el Evangelio: sacar del baul de nuestra fe lo viejo y lo nuevo para encontrar lo que los jóvenes entre quienes nos movemos necesitan.

En la tarea pastoral no caben la autosuficiencia o el aislamiento. Por eso tendremos que seguir formulando respuestas originales ante los nuevos problemas. Estas líneas pueden ayudar a provocar la reflexión común y, ojalá sirvan también para ir mejorando nuestra labor como APJs. En todo caso han sido escritas con el propósito de servir e ilusionar a quienes entregan una porción de su vida a anunciar a nuestros jóvenes de hoy la Buena Noticia que Jesús comenzó a anunciar por Galilea hace ya algún tiempo.

II. HACIENDO COMUNIDAD

*Voy con las riendas tensas
y refrenando el vuelo,
porque no es lo que importa llegar pronto ni solo,
sino llegar con todos y a tiempo.*

León Felipe

1. Introducción

Al referirnos a la fraternidad nos topamos sin duda con una realidad básica, tanto desde el punto de vista creyente como desde el simplemente humano y, para cercionarse de ello, basta con acercarse a la doctrina de las principales religiones o al ideario de la Revolución Francesa. La comunión con los otros es una de esas aspiraciones profundas de toda persona que, sin embargo, parece un ideal inalcanzable para el que hoy nos sentimos, además, especialmente atrofiados.

La literatura, el pensamiento y la cultura popular se hacen eco de este apasionante dilema: "el infierno es el otro", "dicen que el hombre no es hombre hasta que ha oído su nombre en boca de una mujer", "el hombre es un lobo para el hombre", "el otro nos constituye como personas", "no es bueno que el hombre esté solo", "mas vale sólo que mal acompañado", "cada cual en su casa y Dios en la de todos", etc. Esta paradoja ha sido bien expresada por la copla: "Ni contigo ni sin ti tienen mis males remedio, contigo porque me matas, sin ti porque yo me muero".

Hemos nacido, normalmente, como fruto de una experiencia de amor entre dos personas y, sin embargo, arrastraremos siempre la herida de la soledad última que acompaña a todo ser humano y que nos incita, más allá de cualquier fracaso, a encontrarnos en profundidad con otras personas. Sin duda, la soledad es necesaria e incluso muy conveniente en ciertos momentos de la vida pero, lo que parece fuera de toda duda, es que la falta de relaciones amorosas, el aislamiento afectivo, frustra radicalmente nuestra capacidad para desarrollarnos como seres humanos.

Desde luego, el asunto de la fraternidad se encuentra en el meollo de la religión cristiana. En efecto, la predicación de Jesús tiene por centro la inminente llegada del Reino de Dios que, según coinciden los especialistas, consiste en el establecimiento entre todas las personas (sin exclusión) de un tipo de relaciones cargadas de cariño y ayuda mutua, que están alimentadas por la experiencia misericordiosa de un Dios que es nuestro padre y siente ternura por sus hijos.

Esta reflexión, que pretende clarificar el significado cristiano de la fraternidad para ayudarnos a vivirla más plenamente, se desarrollará en cinco etapas. En primer término se precisan las notas distintivas de la fraternidad cristiana. En segundo lugar, tratamos de concretar en que modo nuestra sociedad condiciona su realización práctica, destacando algunos aspectos de la cultura actual relevantes para esta cuestión. A continuación, se ofrece una descripción de los fenómenos que suelen producirse en los grupos cristianos cuando desean llevar a cabo un proceso comunitario intenso, identificando posteriormente las principales dificultades que surgen al intentar llevar a la práctica el ideal de la fraternidad. Por último, desde la convicción de que los obstáculos no deben hacernos renunciar a la propuesta evangélica, se sugieren algunos instrumentos pedagógicos que pueden capacitarnos cada vez más para vivir esta experiencia.

2. Qué es y qué no es la fraternidad cristiana

Al intentar describir eso que llamamos fraternidad, los cristianos corremos dos riesgos. Por una parte podemos rebajar el concepto, llamando fraternidad a cualquier cosa, bien porque nos sintamos incapacitados para vivir la propuesta de Jesús en su integridad, bien porque prefiramos cambiar el vocabulario eclesial antes que la propia realidad de nuestra Iglesia, bien porque no queramos asumir la carga de virulencia y herejía cultural del término y aspiremos a homologarle, sin más, con la versión moderna e ilustrada del mismo.

En otro plano, parece asimismo evidente el peligro de intentar definir el amor, delimitando sus notas y propiedades, volviendo así a caer, de nuevo, en la tentación del legalismo fariseo que pretende neutralizar nuestras inseguridades psicológicas o satisfacer los deseos de perfeccionismo moral. Que las cosas importantes de la vida no admiten una definición precisa, o que ésta puede incluso llegar a matarlas, es algo que sabía muy bien Jesús de Nazaret que prefirió "pasar haciendo el bien y hablar en parábolas" a desarrollar una rigurosa dogmática.

No obstante, el amor entre los hermanos, maravilloso para el autor del Salmo 133,

tiene dos criterios estructuradores en el Evangelio que no podemos olvidar: "amar al prójimo como a uno mismo" (Mc 12, 31) y "amaros los unos a los otros como yo os he amado" (Jn 15, 12), que a su vez remite a "como el Padre me amó" (Jn 15, 9). Sin duda en esto se resumen la Ley y los Profetas. Por el primer principio, cualquier amor humano nos puede enseñar algo sobre la fraternidad; por el segundo, podemos sospechar que en ella se esconde algo absolutamente novedoso y radical que trasciende nuestras habituales reglas del juego y nos sitúa en el ámbito de la entrega total del Señor Jesús.

Así, la intimidad y comunicación dentro de la pareja, la generosidad del amor de los padres hacia sus hijos, la vida compartida entre los hermanos, el intercambio gozoso de los amigos o la lucha transformadora de los camaradas, sugieren muchos de los ingredientes de la fraternidad. No olvidemos, que el lenguaje del amor familiar o matrimonial es utilizado con frecuencia en las Escrituras para expresar quien es Dios o la relación que se da entre Cristo y la Iglesia. Y, con todo, la fraternidad es un "amor diferente".

En las experiencias amorosas que han sido mencionadas, la iniciativa procede de cada persona, y en ellas se realiza una selección de los destinatarios del amor conforme a las afinidades e intereses de quien elige. Así, naturalmente, el enamoramiento es selectivo, como lo es el amor paterno o materno y como también ocurre con la amistad o la alianza política o económica. Por el contrario, la llegada del Reino de Dios introduce varias novedades esenciales en el sistema de las relaciones humanas. En primer lugar, es *Dios quien produce la fraternidad* al ser Padre de todos y amarnos con locura. De ahí que la fraternidad no surja tanto por esfuerzo, como por la aceptación del dato básico de que todos los hombres somos hermanos y en eso radica nuestra mayor dignidad. De ahí que yo no elija según mis gustos o intereses a mis hermanos en la fe; a todos nos llamó Jesús y por eso cabe decir con las bellas palabras de José Luis Pérez: "Dios me dio hermanos". Y esto es así, aunque mi comportamiento práctico niegue todos los días la hermandad fundamental que existe entre los hombres porque conlleva un compromiso de solidaridad que nos llega a resultar insupportable.

En segundo lugar, hay que destacar que *la fraternidad no es excluyente* como tienden a serlo otras formas de amor. Por eso Jesús de palabra y de obra acogió permanentemente a los expulsados de la sociedad, denunciando además cualquier tipo de discriminación. Como sabemos, esta escandalosa forma de actuar fue una de las razones básicas de su ajusticiamiento. Y es que para que pueda darse una relación fraterna han de recuperarse y curarse todos los que son pobres en algún sentido, empezando por el material o económico. Sólo al volcarnos eficazmente hacia los pobres creamos las condiciones de justicia necesarias para que las palabras del amor no resulten sangrientas o macabras.

Por último, no podemos pasar por alto que la práctica de la fraternidad fue señalada por Jesús como *la mediación fundamental para encontrarse con Dios*. El evangelio de Mateo es concluyente al respecto: "Tuve hambre y me dísteis de comer..." (Mt 25, 31-46). "Quien dice que ama a Dios a quien no ve y no ama a su prójimo a quien ve miente" manifiesta por su parte con claridad la Primera Carta de Juan (1ª Jn 4, 2). No cabe, pues, apelar a algún tipo de amor genérico o universal que nos evite tener que responder a las necesidades concretas de nuestros prójimos cercanos. También, por tanto, es la fraternidad el criterio de verificación de la autenticidad de la fe: "en esto conocerán que sois mis discípulos" (Jn 13, 35).

En consecuencia, para entrar en la fraternidad no hay que hacer un concurso de méritos porque todos estamos invitados al banquete. Se trata mucho más de aceptar un cambio del corazón y la mirada, que de llevar a cabo una acumulación de tareas y deberes. No es extraño que ante esta propuesta de generosidad tan extremada los discípulos contestaran "entonces ¿quién podrá salvarse?" (Lc 18, 26). Hoy como ayer, la esperanza consiste en que "lo que es imposible para los hombres es posible para Dios" (Lc 18, 27).

Entre los múltiples relatos en los que el Nuevo Testamento se refiere a la fraternidad, destacan los conocidos sumarios de la vida de las primeras comunidades, recogidos en los capítulos 2 y 4 de los Hechos de los Apóstoles. Ellos nos permiten precisar un poco más en nuestra búsqueda. Lo que hace una fraternidad cristiana básicamente es *compartir la oración, los dones y bienes de sus miembros, el anuncio y realización de la liberación que llega con el Reino y la celebración de la memoria y la presencia de Jesús en la Eucaristía*. De este modo, Jesús se hace presente en el medio de la comunidad, la guía, la alimenta, la estimula y continúa su causa a través de ella. Y en este proceso se llegan a crear unos lazos que, nacidos de la fe, pueden llegar a ser más fuertes que los de la carne e, incluso, que la misma muerte.

En la comunidad, los llamados y reunidos por Jesús para continuar su misión salvífica en la historia, se ven impulsados a poner en común toda su vida, inspirada ahora por el Espíritu Santo, tratándose entre si verdaderamente como hermanos: "Tenían un sólo corazón y una sólo alma", y por eso ... "lo ponían todo en común y nadie consideraba suyo lo que tenía" (Hch 4, 32). Los cristianos se tendrían que caracterizar, pues, por una actitud centrada en compartir lo que son y tienen (fe, cualidades, ideas, sentimientos, experiencias, bienes, etc) para, de este modo, capacitarse para servir a todos los hombres. Al haber acogido el amor de Dios surge un fermento que tiende a expandirse de forma natural como sabemos que ocurrió en los orígenes del cristianismo. Este es el enorme valor de la fraternidad: *no podemos encontrar mejor signo e instrumento del amor de Dios que verlo actuar, palpable y humildemente, en un grupo de seguidores de su Hijo*. El grupo creyente anticipa modesta pero realmente aquello a lo que está llamada la humanidad entera. Si la Iglesia quiere ser fiel a su misión habrá de configurarse fraternalmente. Y lo cierto es que, cuando algo de esto se puede experimentar, uno descubre la enorme alegría que trae el Reino.

Pero esta imagen idílica e indudablemente seductora de la comunidad, siendo verdadera, resulta por otra parte sumamente peligrosa para nosotros, porque olvida mencionar al menos tres cuestiones de extraordinario alcance: *la dificultad de lograr la comunión entre quienes somos profundamente diferentes, nuestras limitadas capacidades para amar y el influjo negativo del egoísmo que amenaza permanentemente a todas las causas colectivas*. No es extraño que todos los escritos de Pablo se orienten a mantener la llamada a la unidad de la comunidad cuando lo que se percibe es la enorme dificultad de vivirla y la tentación permanente -entonces como ahora- era renunciar al ideal o acercarse a él a base de leyes y normas. La Biblia es enormemente realista cuando, junto al anuncio del proyecto de Dios para los hombres, pone de relieve que la historia de Israel como la de nuestra propia Iglesia está llena de traiciones y abandonos.

Más aún, nuestros fracasos en el amor pueden ser acontecimientos de gracia en lugar de motivo para el desánimo si nos hacen más humildes, más sensibles, más confiados en el Señor, más tolerantes con los demás, más agradecidos con lo que tenemos, más alegres y

menos pretenciosos... Los creyentes no son de aquellos que no se equivocan, sino de los que, arriesgándose a equivocarse eligiendo un camino difícil, se saben acompañados y queridos siempre por el maestro que les precede.

Recuperando este sano realismo, cabe decir que hacer comunidad *consiste también en poner en común nuestras dudas, carencias, defectos, cansancios, manías, heridas, traumas, egoísmos y pobreza*s. Aquí se encuentra el inevitable momento de cruz que tiene cualquier experiencia de amor y, en particular, las que se inspiran y alimentan en el de Jesús de Nazaret. Pero, de este modo, la fraternidad puede llegar a ser una buena noticia para los pobres y sencillos en lugar de una propuesta para los "creyentes de élite". La comunidad consciente de su pobreza necesita de "amor y humor" al mismo tiempo, pues sabe de qué barro está hecha y quién la sostiene en último término.

Todo lo que hemos señalado hasta ahora nos remite, por último, a cinco dinamismos nucleares de la fraternidad cristiana que resultan ciertamente paradójicos:

* En la comunidad todo el mundo *ha de ser acogido, aceptado y valorado* de un modo incondicional como Dios hace con todos nosotros aunque, a su vez, *el Evangelio nos exija a cada uno una conversión* radical y permanente del corazón que se traduzca en la entrega del conjunto de la vida a la causa del Reino.

* En la comunidad *todos deben aportar los dones que posean* para el bien común sin guardarlos para sí, a la vez que todos necesitan recibir algo de todos los demás. Y ,sin embargo, el dinamismo de esta comunicación *jamás será el del intercambio contractual* en el que lo que doy ha de ser equivalente a lo que recibo, sino el de la mutua entrega surgida del seguimiento del Señor.

* Aunque la comunidad se construye indudablemente desde la *libertad individual*, sus miembros establecen unos lazos tan profundos que *forman realmente un cuerpo* en el que cada uno forma parte de la vida del resto (Rom 12, 4-5). Nadie puede excusarse como Caín diciendo "¿Soy acaso el guardián de mi hermano?" (Gen 4, 9). Pablo lo dirá con enorme sencillez: "hemos sido liberados para amar" (Gal 5, 13).

* Si la fraternidad consiste en una relación de encuentro y comunión entre los que siguen a Jesús, *su meta no consiste en todo caso en establecer una burbuja de autogratificación*. Por el contrario, la comunidad -como su maestro- *existe para los demás*. El servicio a los pobres y la constante vuelta al Evangelio son la verdadera fuente de unidad y no la búsqueda de la mutua satisfacción.

* La *afirmación de la comunión* es tan importante para la comunidad como la *defensa de la pluralidad* entre sus miembros (1^a Cor 12, 4-11). De ahí que no sea válido cualquier medio para alcanzar la unidad, sobre todo si atenta contra la libertad de las personas. El conflicto será un elemento permanente de la vida comunitaria que puede ayudar a su enriquecimiento.

Tras este recorrido, que no agota ni mucho menos el tema que intentamos clarificar, pero que ha identificado algunas notas importantes de la fraternidad según es presentada en el Nuevo Testamento, podemos adentrarnos en la problemática que afrontamos al intentar

vivir lo que el Evangelio nos propone.

3. El impacto ambiental

Con frecuencia los creyentes criticamos la sociedad en la que vivimos como si fuera especialmente adversa para el Evangelio. Olvidamos que existen actualmente condiciones muy positivas para la práctica de la fraternidad. La mentalidad moderna ha descotado el valor y dignidad de cada individuo, más allá de su pertenencia a un estrato o clase social. La igualdad y la libertad de cada persona son derechos básicos generalmente reconocidos por los países aunque sean pisoteados tantas veces en la práctica. El rechazo de cualquier tipo de discriminación y el aprecio de la tolerancia forman parte de lo mejor de la visión moderna de la sociedad. Como también parece extenderse la convicción de que ningún sistema no democrático de articulación del poder puede considerarse humanamente legítimo. Hay que reconocer que *la modernidad ha contribuido a humanizar el mundo en que vivimos*.

Si prestamos atención al progreso de la ciencia y de la técnica no podemos por menos de alegrarnos porque, en la actualidad, disponemos de mayores y mejores instrumentos para resolver los problemas que tenemos planteados como colectivo humano. La salud, la alimentación, la vivienda, la educación y la mayoría de las necesidades básicas podrían encontrar una respuesta técnica si existiera la voluntad política suficiente. Además, el avance de las ciencias sociales podría mejorar notablemente nuestra calidad de vida y el tipo de relaciones personales que establecemos. No es una carencia de medios lo que distingue nuestra situación sino un acceso muy desigual a los mismos y su utilización según los intereses de la minoría que los controla.

No obstante, también es cierto que el sistema de vida predominante obstaculiza las relaciones fraternas. En primer lugar porque la afirmación de la persona ha conducido a un claro *individualismo narcisista* muy funcional, por cierto, para el sistema capitalista. Desde esta perspectiva, cada sujeto tiende a absolutizarse considerándose el centro de la realidad y titular de todos los derechos. Cuando esto ocurre, los demás pasan a ser extraños, rivales, competidores, socios o aliados según se comporten respecto a la satisfacción de mis necesidades o la defensa de mis intereses. La concepción social que subyace a esta visión es la de la jungla en la que todo el mundo ha de defenderse del resto, luchando por mejorar su posición. Ni que decir tiene que semejante mentalidad choca frontalmente con el mensaje de Jesús, para quien la humanidad es primeramente una familia.

Con frecuencia, la actitud de muchos de nosotros se sitúa en un nivel menos descarnado. Así es muy normal encontrar gentes que no agreden o atacan a los demás pero que *restringen su interés o solidaridad* al pequeño círculo de "los suyos", mostrándose indiferentes al resto del mundo. Su generosidad alcanza exclusivamente al ámbito familiar desde el que acaparan bienes y seguridades con el respaldo social de quien es "una buena persona". La agresividad sólo aparece cuando lo obtenido "como un justo y merecido premio al esfuerzo" es cuestionado de alguna manera, al ponerse en evidencia la enorme desigualdad que caracteriza a nuestro planeta.

El triunfo del capitalismo, la revolución industrial y las nuevas tecnologías ha transformado profundamente las mentalidades. Nos hemos acostumbrado a controlar, poseer y dominar a la realidad y, casi sin darnos cuenta, hacemos lo mismo con las personas. El comercio, los contratos, el usar y tirar, las rebajas no se dan sólo respecto a las cosas sino entre los mismos seres humanos. También las relaciones se construyen y mantienen desde el principio del cálculo del coste-beneficio a la vez que la estructura de necesidades se reduce cada vez más a las materiales. Y lo cierto es que, quien comparte esta manera de pensar, se encuentra básicamente incapacitado para descubrir que las relaciones auténticas entre personas forman parte de otra galaxia: la de la libertad, la sorpresa, la entrega, el respeto, la gratuidad...

La instalación en una crisis económica casi crónica no ha hecho sino acentuar algunas de estas tendencias, al apagar el espíritu utópico y extender las actitudes del "buscarse la vida", el "ir a su bola" o el "sálvese quien pueda". El áuge de un pragmatismo craso y la aversión al riesgo dificultan la creación de vínculos estables entre las personas o el compromiso con los valores que tienden al bien común.

Cabe, incluso sospechar si la elevación del nivel de vida no habrá traído consigo una *autosuficiencia generalizada* en la que uno de los principales valores consista en no depender de nadie, en poder hacer la propia vida sin cortapisas o rémoras. En la moderna familia nuclear con frecuencia parecen estorbar todos: los niños, los abuelos, los parientes, los enfermos, los parados, las visitas... Aunque, por otra parte, los problemas de *angustia, estrés y soledad estén a la orden del día* y la obsesión por los seguros parezca tener una raíz casi patológica. Al contemplar desde la distancia el comportamiento de muchos pueblos subdesarrollados y compararlo con el que predomina en nuestras ciudades entra la sospecha de si la solidaridad no pudiera nacer desde la libertad o la abundancia y fuera necesaria la constatación de la propia pobreza para su desarrollo. Pareciera como que los hombres buscaran las causas comunes sólo cuando constatan la impotencia de las estrategias individuales y descubren que la unión hace la fuerza. Esta constatación sintoniza claramente con el mensaje del Nuevo Testamento o el de los Profetas de Israel.

Y es que la solidaridad es un instrumento adecuado para la supervivencia, para defenderse de la adversidad, para ir tirando, para mejorar equitativamente, pero muy poco idóneo para triunfar, para ascender, para llegar lejos. Para este tipo de pretensiones es necesario ponerse la coraza, confiar en las propias fuerzas y considerar a los otros como instrumentos necesarios para lograr los propios fines o como obstáculos para alcanzarlos. De ahí que, los que tienen poco, sean más aptos que los ricos para luchar por la mejora colectiva. A este respecto lo que vale para los individuos también tiene su aplicación a los grupos sociales y a las mismas naciones. Los países ricos se defienden de los pobres y proyectan su futuro a/o sobre sus espaldas.

Realmente, la ansiada fraternidad tiene frágiles soportes ya que no se construye como hemos visto desde el puro interés, la sintonía de personalidades o el intercambio equitativo y exacto. Tampoco tiene una base biológica o instintiva como la pareja o la familia, ni soportes sociales tan sólidos. Por el contrario requiere un ejercicio valiente de la libertad y la paciencia que no parecen ser los valores más cultivados en la actualidad. Y, paradójicamente, no deja de ser cierto que vivimos en un mundo sin hogar, en una enorme fábrica-comercio en la que los individuos se encuentran en numerosas ocasiones ateridos de frío y soledad, añorando el

calor de una comida compartida (no precocinada) y a un compañero con capacidad de escucha. Pero "no podemos perder el tiempo" con estas cosas porque, ya se sabe: "el tiempo es oro".

Y ahora vendría a cuento decir que, si el ambiente social dificulta la realización de la fraternidad, la Iglesia es el "ambientillo" en el que puede hacerse realidad. ¡Para eso esta formada por los amigos y seguidores de Jesús!. Pues por desgracia hay que decir que "*una cosa es predicar y otra dar trigo*". Ninguna organización habla mas del amor que nosotros, pero la puesta en práctica deja bastante que desear. No sólo porque como seres humanos encontramos dificultades para realizar en plenitud la propuesta de Cristo, sino porque estructuralmente nuestra organización no favorece e incluso obstaculiza la fraternidad, al consolidar desigualdades y dominios, dureza de trato, discriminaciones, actitudes condenatorias, secretismos, aspiraciones de poder o prestigio, etc. Es cierto que nadie cuestiona la teoría, pero todavía son minoría (aunque crecientemente significativa) quienes se aventuran a intentar llevar a la vida concreta tan sublimes principios. Incluso, a veces la mejor oratoria oculta una realidad especialmente alejada de lo proclamado...

4. Del dicho al hecho hay un trecho

La experiencia enseña que hay dos actitudes bastante frecuentes entre quienes escuchan el Evangelio. Unos renuncian a vivirlo por considerarlo superior a sus fuerzas adoptando la mas llevadera postura del "cristiano practicante o no practicante" cuyo modo de vida convencional se encuentra aderezado con algunas prácticas litúrgicas y ciertas ideas religiosas. Otros, sin embargo, se lanzan a la experiencia con sincero entusiasmo para llevarse, en no mucho tiempo, enormes decepciones que terminan quemando su fe y su ánimo. Para evitar ambas alternativas resulta necesario plantear con acierto *el problema de las mediaciones*.

Por lo general, el Evangelio *nos presenta el horizonte que Dios propone a la historia de los hombres*. Su lenguaje, de tipo escatológico, expresa la radicalidad del acontecimiento salvífico fundamental: la vida, muerte y resurrección de Jesús. Tomadas al pie de la letra sus exigencias son realmente inhumanas; rebajadas son simplemente traicionadas; convertidas en ley abren la puerta a un nuevo fariseísmo. Pero, en realidad, la Buena Noticia consiste en que Dios está de nuestra parte y que él puede hacernos experimentar, poco a poco y de regalo, ese maravilloso tipo de vida que Jesús anunció y realizo en su propia persona. Por eso, el Evangelio es ante todo un estímulo para el crecimiento y un motivo de inmensa alegría. De aquí se deducen varias cuestiones absolutamente esenciales que enuncio a modo de tesis:

- a) Hemos nacido para amar pero a la vez estamos limitados para hacerlo, por lo que necesitamos convertirnos al Señor permanentemente.
- b) El cristianismo no es para superheroes sino para gente sencilla que esté, eso sí, abierta libremente a la presencia de Dios.
- c) Dios es quien nos va capacitando progresivamente para vivir en fraternidad. El Espíritu de Jesús nos reúne, nos anima y nos envía al servicio en el mundo.

d) Para que el Reino de Dios se vaya haciendo realidad entre nosotros resulta imprescindible encontrar los medios adecuados a los problemas que hemos de resolver.

Aplicados estos criterios a la fraternidad cabe decir que nos toca descubrir los caminos pedagógicos para hacer posible humanamente la aproximación a expectativa escatológica de la fraternidad universal. Con otras palabras, el reto consiste en encontrar el modo más asequible de amarnos y para eso hay que prestar tanta atención a los principios evangélicos como al conocimiento de la naturaleza humana o los rasgos de nuestra cultura. Hace falta inteligencia además de amor, aprender de las ciencias además de inspirarnos en la fe. O lo que es lo mismo: para llevar a cabo la fraternidad tendremos que realizar un camino, un proceso que, a la postre, nos llevará toda la vida, porque en este ámbito nada está definitivamente asegurado. Pretender la plena comunión "a las bravas" es una vía segura para la decepción y el sufrimiento.

Reconociendo que la historia de cada grupo humano es siempre original, cabe afirmar, así mismo, que la mayoría de ellos recorren ciertas etapas en su proceso de desarrollo. En cualquier proyecto comunitario, *tras un período de tanteo y mutuo descubrimiento, el grupo toma cuerpo* precisando sus objetivos, delimitando quiénes pertenecen al mismo, distribuyendo responsabilidades y asumiendo un conjunto de normas que no tienen por que ser explícitas, pero que permiten a cada uno saber a que atenerse. Al superarse la incertidumbre primera, se produce una *nueva etapa en la que la mayor riqueza del grupo consiste en ir conociéndose en profundidad*. Esta experiencia, una de las más gratificantes que pueden existir, permite acceder a lo más original de cada persona. Se suele producir en esta segunda fase *un sentimiento de euforia* debido a lo mucho que aporta el grupo a cada uno, a que todos ofrecen su mejor cara a los demás y se esfuerzan por agradar al máximo, a la minimización de los aspectos negativos de la convivencia y a la irreal convicción de que todos tienen aspiraciones y motivaciones similares.

El idilio no dura eternamente y, en un tercer momento, se produce *la crisis de realismo*. Afloran las diferencias de pareceres, la lucha por el poder y la influencia en el grupo generan conflictos, cada cual descubre o reconoce sus propias necesidades o limitaciones que habían sido sublimados anteriormente y la historia común empieza a acumular mutuas decepciones, traiciones y rechazos. Para colmo, los miembros del grupo caen en la cuenta de sus diferencias de gustos, criterios y sensibilidades, de sus amistades y enemistades y del alto coste en esfuerzos y renunciaciones que conllevan los proyectos compartidos. Esta transformación de la experiencia implica una *doble decepción*: se rompe la imagen ideal del grupo y se constatan las propias carencias y debilidades. Normalmente, lo primero se percibe antes y con mayor claridad que lo segundo, gracias a los mecanismos psicológicos de defensa. Estos también nos juegan una mala pasada: primero sólo habíamos visto lo bueno de los otros, después sólo sus defectos.

A pesar del trauma que produce la crisis de realidad, especialmente aguda en los grupos cristianos por su típico idealismo, sus efectos pueden ser muy beneficiosos tanto para la fe como para la salud mental. Como ha señalado Jean Vanier "La comunidad aparece como lugar maravilloso de acogida y participación...pero, bajo otro ángulo, la comunidad es un lugar terrible. Es el lugar donde se revelan nuestras limitaciones y egoismos...Mientras estaba solo podía creer que quería a todo el mundo; ahora con otros, constato lo incapaz que soy de amar y rehusó la vida con otros... Pero si se acepta que esos monstruos están ahí, se les

puede dejar salir y aprender a domarles. Es el crecimiento hacia la liberación” (p. 13). Ciertamente, algunos decepcionados concluirán que ”más vale una retirada a tiempo” pero, de ese modo, se privarán de una experiencia enormemente enriquecedora y, en el terreno de la fe, de la ocasión de pasar a vivir de la gracia de Dios en lugar del propio mérito o esfuerzo. El fracaso de las propias fuerzas es un elemento constitutivo y liberador en el seguimiento de Jesús, que nos abre a la posibilidad de vivir de la fe. En definitiva, es preferible el amor conflictivo a personas reales, al imaginario paraíso o a la soledad sin molestias. Sin los demás, nunca podré salir de mi mentira por cómoda o confortable que me parezca y el conjunto de mi existencia se desperdiciará. El primer paso para crecer es conocer mi realidad, es segundo atreverme a comunicarme, el tercero aprender a servir.

Si se supera la crisis mencionada será posible, en *una cuarta fase, intentar construir la comunidad desde la humildad y la confianza en el Señor*, aceptando el conflicto y las diferencias, dando gracias por lo conseguido y pidiendo perdón por los fallos, acogiendo y exigiendo al mismo tiempo, para crear poco a poco una firme alianza que no nos asegure contra el posible fracaso de la experiencia, pero nos permitirá llamarnos con verdad hermanos. Si el joven proyecta desde el deseo, el adulto ha de integrar utopía y realidad, sabiendo que ésta es sumamente compleja y no admite divisiones en blanco y negro: todos somos a rayas. Mas adelante, con la sorpresa que caracteriza a la vida, la fraternidad atravesará *nuevas etapas* del camino que requerirán actualizar el amor y buscar fórmulas originales para realizarlo: llegada de nuevos miembros, cambios de circunstancias en las personas, crisis de fe, descubrimientos, abandonos, retos diferentes que aparezcan en el exterior, el paso del tiempo, etc.

Los *contenidos* de la fraternidad cristiana son conocidos. Hacer comunidad consiste, en primer lugar, en *acoger* al otro como persona sin condiciones previas. Carlos G. Vallés ha escrito: el corazón humano grita ”ódiame o quíereme; pero, por amor de Dios, no me ignores”. Tiene razón; sin una aceptación básica, las personas morimos. Creer en Dios Padre es saber que somos valorados y queridos. Los seguidores de su Hijo han de hacer esta convicción acontecimiento palpable. Hacer comunidad consiste también en *comunicar* lo que pensamos y sentimos al *compartir* lo que somos y tenemos. Así el anuncio de Jesús en la asamblea será acogido y *testimoniado* en la puesta en común. Recordemos que Pablo consideraba imposible celebrar la Eucaristía si había amplias desigualdades y pobreza en la reunión (1ª Cor 11 18-22). Otro elemento fundamental del grupo cristiano ha de ser el *apoyo mutuo* ante los problemas de la vida. Y a este respecto la Escritura es muy poco ”piadosa”, retórica y ”espiritual”. La ayuda comienza en el campo de las necesidades materiales (alimento, salud, vivienda y vestido) y se extiende a todas las carencias o problemas: tristeza, soledad, necesidad de perdón, sinsentido, etc. Ahora bien, el grupo creyente pretende de forma especial ayudar a sus miembros a crecer como discípulos de Jesús. De ahí la gran importancia de la *corrección fraterna* y la práctica del *discernimiento* en cualquier comunidad. A través de ellos, cada persona va descubriendo con la ayuda del resto como ser fiel al proyecto de Dios en su vida y se capacita para la *misión* de la comunidad: el anuncio de la Buena Noticia y la lucha contra toda forma de opresión.

Sin embargo, la cuestión fundamental para nosotros no radica en saber ”qué” hacer sino ”cómo” hay que actuar. Hemos de aprender progresivamente las sutilezas de la fraternidad para evitar quemar a las personas. Sobre todo porque el entusiasmo inicial puede proyectar unas expectativas completamente desmesuradas sobre el proyecto comunitario y

situar el compartir en el nivel de la obligación. Y si algo parece claro es que el amor no se establece por decreto. Estamos acostumbrados a proyectar, exigir, imponer y dominar y Jesús nos invita a cambiar radicalmente de registro: "Pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y os abrirán" (Lc 11, 9). Aquí está el enorme riesgo: tengo que ponerme en manos del otro, hacerme vulnerable, reconocer que mi hermano es libre ante mí.

La sensibilidad y la delicadeza son las llaves del amor. Llamar a la puerta del otro es no invadir su vida y su espacio arrasando con mi presencia su intimidad. Escuchar a mi hermano de verdad es hacer lo posible por ponerme en su lugar y comprender sus sentimientos. Respetar al compañero es aceptar su derecho a ser como es y a no estar obligado a responder a mis expectativas. Pedir ayuda es saber que no puedo manipular o forzar a mi amigo porque es libre. Corregir fraternalmente es velar, antes de nada, por el bien del afectado por nuestra crítica. Y, sobre todo y por encima de todo, importa agradecer de corazón aquello que hemos recibido... porque si alguien nos ha ofrecido algo de sí mismo, se ha producido realmente un pequeño milagro.

Cuando nos sentimos con *derechos sobre los demás* se pierde algo esencial. Si responden a mi llamada lo doy por supuesto "porque era su obligación"; si no me responden me enfado "porque me han decepcionado". Con este esquema la trampa está preparada. "Donde hay confianza da asco" dice la sentencia y no le falta razón si por el camino se han perdido la finura, la libertad personal y el agradecimiento. A todos nos cuesta vivir sin controlar la situación, sintiéndonos humildemente vulnerables, poniéndonos el servicio de otras necesidades que no son las nuestras. Se trata de hacer un verdadero acto de fe y confianza, de aceptar los costes de abrirnos a otras personas, de asumir el riesgo de no ser nuestros únicos dueños, de pasar de "la comunidad para mí a yo para la comunidad" (Vanier p. 17), de establecer una alianza con otros creyentes que se sostiene en la alianza más profunda que Jesús ha hecho con cada uno de nosotros. De adoptar, en fin, un género de vida en el que se alternarán el "que bien se está aquí" de la transfiguración (Mc 9, 5) con el "despierta Señor que nos hundimos" de la barca en el lago (Mt 8, 25).

5. Principales dificultades

Son múltiples los obstáculos que habrá de afrontar cualquier grupo cristiano que aspire a alcanzar un grado de comunicación profunda en un contexto social mucho más competitivo que cooperativo. Como ha destacado José Antonio García, existe en las personas una *tendencia permanente a curvarnos hacia nosotros mismos* en contra de la invitación a salir de nosotros que nos hace Jesús. Por eso solemos ver la paja en el ojo ajeno antes que la viga en el propio (Mt 7, 3); pensamos que hemos aportado más al grupo de lo que hemos recibido; razonamos sin objetividad cuando nuestros intereses están en juego, etc. La vida cristiana es una lucha permanente para que la actitud de entrega venza a nuestra propensión al egocentrismo.

Pero es que, además, *lo mejor puede fácilmente pervertirse* cuando pierde su sentido originario. Así ocurre cuando confundimos "ser sinceros con los demás" con "cantarles las cuarenta", "practicar la revisión de vida" con un "interrogatorio en tercer grado", realizar la

"corrección fraterna" con un "análisis sistemático de los defectos ajenos", el "compromiso por los demás" con una "carrera de méritos religiosos", la "espontaneidad" con la "falta de respeto", "la comunidad de bienes" con un "fondo de pensiones a todo riesgo", la "búsqueda de la igualdad" con la "envidia", la "austeridad" con la "racanería", etc. La raíz común a todos estos males se encuentra en el fondo en una *falta de verdadero amor*. Pablo escribiría a los corintios "si yo hablara la lengua de los hombres y de los ángeles y me faltara amor no sería más que bronce que resuena y campana que toca. Si yo tuviera don de profecías...y tuviera tanta fe como para mover montañas, pero me faltara amor, nada soy. Si reparto todo lo que poseo a los pobres y si entrego hasta mi propio cuerpo para ser quemado, pero sin tener amor, de nada me sirve" (1^a Cor 13, 1-3). Dos cosas son importantes en el famoso himno de la caridad. Por una parte, un amor tan radical como el que allí se describe está referido a la comunidad (nosotros con mucha frecuencia leemos este texto en las bodas como si sólo pudiera ser inteligible en el contexto del amor de pareja). Pero también merece destacarse el hecho de que Pablo esta escribiendo en ese momento sobre los carismas, lo que quiere decir que el origen de ese amor es Dios mismo.

Lo mismo cabe decir de la libertad. Cuando las relaciones personales no se producen en un marco de respeto a los otros, su ritmo, sus estados de ánimo, el estado de la experiencia de fe, etc, la fraternidad es percibida como una cárcel opresora. También ocurre cuando el liderazgo es absorbente, rígida y cerrada la organización o fundamentalista la doctrina. Sin libertad, el amor muere por falta de oxígeno por muchas que sean las actividades del grupo o aparente una gran fortaleza. La auténtica entrega se verifica en la libertad y a cada uno le compete establecer el nivel, forma y profundidad de la comunicación en cada encuentro. Esto incluye el derecho a la soledad y el respeto al silencio cuando este sea necesario para alguien. También en este campo la "ley mata y el Espíritu vivifica" (Gal 2 y 3).

Algunas dificultades de la vida comunitaria se originan por la *aceptación de espejismos*. Ciertas personas esperan que la participación en el grupo resuelva todos sus problemas y sacie sus necesidades. La decepción entonces será inevitable. El "fueron felices y comieron perdices" forma parte del futuro último. Entre tanto, *cualquier forma de convivencia será relativamente conflictiva* y es bueno que sea así. "Cuando dos personas piensan siempre lo mismo, uno no piensa" dice José Ramón Urbieta. La integración de las aspiraciones o circunstancias individuales de los miembros del grupo con las metas y la dinámica de éste siempre resulta problemática. La comunidad más sólida no es aquella en que los individuos son pequeños y dependientes, sino aquella en la que éstos se desarrollan y enriquecen, aportando sus talentos al resto. Aunque, ciertamente, para que esto llegue a ocurrir realmente las opciones de los individuos han de integrarse en el proyecto común.

El grupo puede enriquecer y curar a las personas pero también puede amplificar sus problemas. Los demás son para nosotros la "salvación y el infierno" a un tiempo. Aceptar este hecho como normal puede ser un paso importante en la creación de unas relaciones personales sanas. Schopenhauer expresó con acierto esta paradoja con la parábola de los puercoespines que reproduzco del libro "Te quiero, te odio" de Carlos G. Vallés: "En un crudo día invernal, los puercoespines de una manada se apretaron unos contra otros para prestarse mutuo calor. Pero, al hacerlo así, se hirieron recíprocamente con sus púas y hubieron de separarse. Obligados de nuevo a juntarse por el frío, volvieron a pincharse y a distanciarse. Estas alternativas de aproximación y alejamiento duraron hasta que les fue dado hallar una distancia media en la que ambos males resultaban mitigados" (p. 63). Así somos

nosotros, sólo que nunca alcanzaremos el equilibrio estable.

No obstante, algunos aspectos de la vida en común suelen resultar especialmente peliagudos. *El reparto del poder y la participación, la integración de la dimensión afectiva de los miembros del grupo, la armonización de los ámbitos familiar y comunitario o la comunicación de los bienes suelen presentar complicaciones en muchos casos.* No es posible ofrecer aquí pistas para afrontar estos problemas pero si conviene señalar que un paso obligado es conocer con mucho realismo las necesidades, debilidades y capacidades de los miembros del grupo, sin dejarse engañar por las palabras que tienden a idealizar la realidad y prestando mucha mayor atención a los hechos. Después, será necesario encontrar fórmulas que se correspondan con la verdadera situación de los miembros del grupo.

En otros casos, el deterioro de las relaciones personales se debe al *paso del tiempo*. La amistad no es un objeto de cuya posesión podamos estar tranquilamente satisfechos. Si no se cuida con cariño tenderá a languidecer. Sin un esfuerzo decidido el intercambio se empobrecerá con la rutina y la costumbre. Sin contactos frecuentes, sin intensidad en el trato, sin profundidad en la comunicación, sin creatividad y riesgo, sin expresiones inequívocas de afecto, sin actividades compartidas toda amistad se debilita. El paso del tiempo suele traer nuevos retos. A veces, la acumulación de decepciones, choques y enfrentamientos mal resueltos, que generan resentimiento y requieren un doloroso tratamiento de sinceridad y perdón. Otras ocasiones la violencia no estalla, pero las heridas producidas en la convivencia se traducen en la aparición de "raposillas" en expresión de Dolores Aleixandre. Se trata de sutiles mecanismos de defensa con los que nos parapetamos para evitar más dolores: silencios, cortesía, actividad laboral, alejamiento del riesgo, pequeñas barreras espaciales, etc...que ocultan una suave esclerosis del corazón que puede ocasionar al final un verdadero "infarto" evangélico.

Pero lo cierto es que, sin discusión, la mayor amenaza que pesa siempre sobre la fraternidad es *que el señorío de Jesús que nos remite permanentemente a los hermanos sea sustituido por la adoración a otros dioses*. Cuando "lo mío" se antepone a "lo de todos" la base misma de la comunidad se resquebraja. Y esto ocurre especialmente con el dinero, el trabajo y la familia que, de hecho, llegan a constituir el centro absoluto de los intereses, aspiraciones y esfuerzos de muchos de nuestros conciudadanos. En sí, son realidades positivas que nos ayudan a realizarnos como personas pero que pueden convertirse en un obstáculo insuperable para la solidaridad. Julio Lois interpreta las palabras de Jesús sobre la imposibilidad de que los ricos entren en el Reino de los Cielos como referida a aquellos que acumulan sin compartir. En la medida en que el dinero alivia a los pobres, el trabajo sirve para mejorar la sociedad y la familia se convierte en foco de amor que se expande y acoge, vuelven a recuperar su sentido cristiano.

Para terminar este apartado querría rescatar el *valor positivo de las crisis y las dificultades*. A nadie nos gustan. Pueden interpretarse como amenaza pero también como reto y posibilidad. Forman parte consustancial de la vida cristiana y nos obligan a volver nuestra mirada humildemente al Señor. Parece que sin parto no llega la vida y sin dificultades no progresa el amor. No debería sorprendernos a quienes creemos en el Resucitado que paso por la muerte por querernos hasta el extremo.

6. Aprender a amar

Amar es un arte como decía Eric Fromm, y no fácil por cierto. Nacemos hermanos de todos los hombres y mujeres pero nos lleva la vida aprender a comportarnos como tales. No vale decir que no valemos para esto, sino poner manos a la obra para hacernos capaces de vivirlo. Y la mejor actitud es la del humilde reconocimiento de nuestra realidad sin justificarnos, ni adulterar la Palabra. Somos indigentes para el amor pero este habita en nosotros.

Jürgen Moltmann ha puesto el dedo en la llaga: "Nos cuesta poco acogernos mutuamente cuando los demás son como nosotros y hacen lo que nosotros queremos. Pero nos resulta costoso acogerlos cuando son diferentes de nosotros y quieren algo distinto" (p. 21). Y Jesús nos propone, precisamente, amar al distinto, al que discrepa, incluso al que nos odia (Lc 6, 27-36). Querer a los pobres es difícil puesto que, como es lógico, muchas veces carecen de los atributos que hacen deseable la compañía de las personas: modales, cultura, salud, equilibrio psicológico, creatividad, alegría, etc.

Realmente, podemos desarrollar muchas cualidades útiles para el bien común. Estamos llamados a ello si hacemos caso a la parábola de los talentos y la doctrina paulina de los carismas. Además, la estructuración misma de la comunidad ha de favorecer el encuentro y la amistad. En la práctica, me parece conveniente *distinguir dos planos*: el de la justicia y el del amor. Cualquier grupo necesita establecer ciertas reglas, criterios o normas de funcionamiento para alcanzar cierto grado de identidad y consistencia. A ese nivel se definen los compromisos de los miembros del grupo, sus derechos y sus obligaciones. Sin cierta institucionalización las relaciones humanas se encuentran en el aire y las personas difícilmente encontrarán la seguridad como para abrirse a los otros y arriesgarse en una aventura compartida. El abuso podría llegar a ser habitual. Pero el peligro de quedarse en este plano es el de caer en la ley, en el contrato. Por encima se encuentran la intimidad, la sorpresa, la ternura, el detalle, la risa, todo aquello que procede del Espíritu y no puede ser obtenido por la fuerza. En la comunidad la justicia tiene que ser el mínimo y el cariño, el perdón y la fiesta lo máximo. Con un ejemplo: el "nadie pasaba necesidad" apunta al "lo tenían todo en común". Tan nefasto es olvidar la exigencia ética de lo primero como imponer por decreto lo segundo.

A nivel individual podemos *desarrollar ciertas actitudes básicas*. Se me ocurre que habría que empezar por *conocernos mejor* a nosotros mismos para saber que es lo que puede hacer daño a los demás y controlarlo, cuales son mis carencias para pedir ayuda y compartir mis debilidades, así como qué puedo aportar de positivo al grupo. Por cierto, en ocasiones resulta preferible explotar las cualidades a luchar a brazo partido con los defectos o lamentarnos de nuestras carencias. También es bueno recordar que, muchas veces, los otros son los que nos pueden revelar mejor quienes somos. El segundo paso sería cultivar una *sana autoestima*. Los expertos dicen que tratamos y queremos a los demás como nos tratamos y queremos a nosotros mismos. El tercer paso consistiría en intentar *aceptar radicalmente* al otro, sin intentar medirle con mi rasero, ni imponerle mi visión de la vida, ni obligarle a comportarse como yo querría. Esta actitud, realmente costosa, es a mi parecer la más importante y no implica dar por buenas las actuaciones ideas o valores de los demás pero les

otorga la confianza básica de poder ser libres ante nosotros y no ver amenazado continuamente su reconocimiento.

Ya, ante las otras personas, deberíamos acordarnos de *pedir permiso* antes de entrar en su mundo interior y su misma casa, saber que *las distancias importan mucho* para que el encuentro no sea invasor ni distante. A este respecto *no bastan las buenas intenciones*. Debemos cercionarnos de que el trato personal que ofrecemos es el que realmente necesitan nuestros compañeros y se corresponde a su situación anímica concreta. Sin desarrollar una *fina sensibilidad* corremos el riesgo de meter la pata muchas veces. La cosa no es fácil porque las personas no somos máquinas y nuestros sentimientos son muchas veces ambiguos, inestables o contradictorios. Y esos sentimientos introducen en nuestra existencia una gran riqueza, pero también una notable variabilidad que afecta profundamente a las relaciones personales. El corazón (y las tripas también por cierto) tiene sus razones que la razón no entiende y que, desde luego, impiden dirigir a la comunidad con un programa informático.

No obstante, podemos alegrarnos de que, en la actualidad, *las ciencias sociales esten ampliando sustancialmente nuestro conocimiento de las relaciones personales* y nos ofrezcan múltiples sugerencias para mejorarlas. Las aportaciones de la psicología, la sociología o la pedagogía pueden ayudarnos a realizar mejor la fraternidad. Hoy en día, existen recursos para enseñarnos a ganar en autoestima, desarrollar una actitud asertiva, superar las trampas de la comunicación, resolver los conflictos de forma no violenta, desactivar mecanismos de defensa, practicar una relación de ayuda, escuchar activamente o criticar de un modo constructivo. Ninguna de estas técnicas nos evitará asumir el riesgo de salir al encuentro del otro o podrá sustituir nuestra voluntad de diálogo, pero resultarán un inestimable auxilio si deseamos compartir de verdad.

La tradición cristiana ha ido también acumulando sabiduría práctica sobre la dinámica comunitaria: la revisión de vida, la lectura creyente de la realidad, los ejercicios espirituales, los métodos de discernimiento, las convivencias, el acompañamiento personal, etc. Conocer estos instrumentos pedagógicos parece imprescindible. Y, sin embargo, es posible que lográramos exitos insospechados si aprendieramos a utilizar las *"palabras mágicas" de la fraternidad*: "por favor", "muchas gracias", "te invito", "lo siento mucho", "me he equivocado", "te importaría...", "me ha gustado mucho", "en seguida", "y tú ¿cómo lo ves?", "tienes razón"...

Somos realmente un cuerpo y por eso *nos fijamos mucho más en el miembro que esta enfermo y que nos duele que en todos los que funcionan con normalidad*. Por ello muchas veces predominan entre nosotros la queja o la frustración. El Señor nos ha invitado a mirar las cosas de otra manera. A admirarnos cada vez que alguien tiene un detalle gratuito. A cantar por la admirable sinfonía de la vida. A alegrarnos porque los pobres tienen futuro. A aceptar que cada día tiene sus fatigas. Aprender a dar gracias a Dios por lo que *sí nos ha concedido hoy*: es el secreto de una fraternidad que permanece. Esa podrá celebrar la fiesta porque en el medio de los inevitables problemas de la vida, reconocerá al Espíritu de Dios que aletea sobre nuestro planeta inundándonos con un aroma de esperanza.

7. Conclusión

El cariño verdadero ni se compra, ni se vende, ni se mide, ni se pesa...pero Jesús dijo que en ésto reconocerían a sus discípulos. Gratis lo hemos recibido para darlo de balde. Para poder atrevernos a la aventura de hacer de nuestra vida un seguimiento compartido tendremos que volvernos como niños porque la mentalidad que nos rodea considera este camino locura y necedad (Mt 18, 3). Los que tienen un corazón de niño, no han matado el deseo de su juventud, conocen la realidad como adultos y tienen sabiduría como los mayores estan invitados a la comunidad: lugar de perdón y fiesta.

Pienso que, en definitiva, tiene razón Patxi Loidi cuando dice que "Una comunidad sólo se pierde cuando ha perdido a Jesús. Una comunidad convence y llena cuando es la comunidad de Jesús".

8. Cuestionario para trabajar en grupo

GUIA DE LECTURA PERSONAL

1. Recorre con la memoria cuál ha sido tu historia como miembro de un grupo. Enumera los aspectos positivos y negativos que tuvo la experiencia.
2. ¿Qué sentimientos brotan en tí cuando oyes la palabra Comunidad? ¿Por qué?
3. ¿Desde dónde vives algo de la fraternidad cristiana: las ideas, la necesidad, la relación, el deseo, la fe, la acción, la institución, el sentimiento...?
4. ¿Cuál es tu concepto de fraternidad? ¿Sintoniza con el que propone el artículo?
5. En tu situación actual y la del grupo con el que trabajas, ¿cómo resuena el estudio? ¿Utópico, realista, atractivo, estimulante, paralizante, ingenuo?

PARA EL TRABAJO EN GRUPO

1. ¿Cómo vivimos nosotros la fraternidad cristiana? ¿Queremos hacerlo? ¿En que fase de la personalización de la fe nos encontramos?
2. Identifica los obstáculos que en concreto afectan ahora al grupo para compartir más profundamente. ¿Tienen que ver con los sugeridos en el estudio? ¿Hay remedios?
3. Cuales son los carismas que posee el grupo. ¿Son reconocidos y valorados? ¿Son

”explotados” para el bien común?

4. ¿Conocemos recursos para crecer en lo comunitario: libros, artículos, cursillos, personas, grupos, experiencias? Podemos buscar un poco y organizar alguna tertulia.

5. En un momento especial de retiro o convivencia se propone leer tranquilamente una carta del Nuevo Testamento o varios capítulos de algún evangelio buscando pistas para vivir la fraternidad e identificar nuestros bloqueos ante ella. Se raza y se pone en común.

9. Bibliografía

*ADSIS. *El reto de los jóvenes*. Sociedad de Educación Atenas. Madrid. 1987.

*ARANGO, E. *El camino comunitario*. Ed. Verbo Divino. Estella. 1990.

*BONET, J-V. *Se amigo de ti mismo*. Ed. Sal Terrae. Santander. 1994.

*BONHOEFFER, D. *Vida en comunidad*. Ed. Sígueme. Salamanca 1983.

*CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA. *Servicio pastoral a las pequeñas comunidades cristianas*. EDICE. Madrid, 1982.

*GARCÍA, J.A. *En el mundo desde Dios*. Ed. Sal Terrae. Santander.

*GARCÍA, J.A. *Hogar y taller*. Ed. Sal Terrae. Santander. 1985.

*GONZÁLEZ VALLÉS, C. *Te quiero, te odio*. Ed. Sal Terrae. Santander. 1994.

*GONZÁLEZ VALLÉS, C. *Viviendo juntos*. Ed. Sal Terrae. Santander, 1985.

*HORTELANO, A. *Comunidades cristianas*. Ed. Sígueme. Salamanca. 1987.

*LEGIDO, M. *Fraternidad en el mundo*. Ed. Sígueme. Salamanca. 1986.

*MALDONADO, L. *La comunidad cristiana*. Ed. Paulinas. Madrid. 1992.

*MANENTI, A. *Vivir en comunidad*. Ed. Sal Terrae. Santander. 1983.

*MOLTMANN, J. *Un nuevo estilo de vida*. Ed. Sígueme. Salamanca. 1981.

*MOVILLA, S. *Del catecumenado a la comunidad*. Ed. Paulinas. Madrid. 1982.

*PÉREZ ÁLVAREZ, J.L. *Dios me dió hermanos*. Ed. CCS. Madrid. 1993.

*SECRETARIADO DIOCESANO DE CATEQUESIS DE MADRID. *Comunidades plurales en la Iglesia*. Ed. Paulinas. Madrid 1981.

*VANIER, J. *La comunidad: lugar de perdón y fiesta*. Ed. Narcea. Madrid. 1980.

III. FE Y CULTURA

Todo es según el dolor con que se mira...

Mario Benedetti

1. Introducción

Con este tema pretendemos reflexionar sobre como influye nuestra sociedad y las culturas dominantes sobre nuestro estilo de vida y nuestra fe, así como nuestro papel de cristianos a la hora de modelar esas culturas dominantes y la sociedad en que vivimos.

Lo primero que haremos será definir que entendemos por cultura, entendiendo con ello que no podemos hablar de una cultura sino de culturas. Cada grupo, cada comunidad, además de estar sumidas en unas culturas dominantes, tiene su cultura propia. Esto es importante tenerlo en cuenta tanto para ser conscientes de donde partimos como para respetar otras culturas. De ahí el punto 4 en el que se trata de proporcionar un método en el que de manera sencilla el grupo-comunidad descubra cual es su cultura y así también se haga consciente de la definición de cultura antes mencionada.

Independientemente del concepto de cultura propia de un grupo, también se tiene en cuenta la cultura dominante y se plantea qué pueden aportar las distintas culturas a la fe

así como nuestra fe a esas culturas en términos generales.

Por último, pretendemos plantear algunos interrogantes más concretos sobre como nos condiciona la sociedad y sus culturas dominantes a nuestro modo de vivir (medios de comunicación social, dinámica consumista, machismo-feminismo, individualismo,...), así como la manera de intervenir como cristianos en esta sociedad (cristianismo de presencia vs cristianismo de mediación, oración y discernimiento comunitario,...).

En resumen, se trata de ser conscientes de lo que somos, en que mundo nos movemos y como podemos desde nuestra fe actuar en ese mundo.

2. ¿Qué entendemos por cultura?

El Diccionario de la Real Academia Española, en su vigésima primera edición, define cultura como el *"resultado o efecto de cultivar los conocimientos humanos y de afinarse por medio del ejercicio las facultades intelectuales del hombre"*. Basándonos en dicha definición, cuando hablamos de cultura solemos referirnos a los frutos superiores del espíritu humano como la filosofía, la literatura o el arte. Con ello caemos en un planteamiento elitista, ya que damos por supuesto que sólo algunos hombres -los que se dedican al estudio- cultivan los conocimientos humanos. Ellos son los hombres "cultos", "cultivados"; y los demás los incultos.

La realidad es muy otra. Todos los humanos cultivan ese dato previo que encontramos al nacer y llamamos naturaleza. Es la debilidad de los instintos humanos la que nos obliga a un largo aprendizaje. Todos necesitamos, en efecto, aprender una lengua que nos permita entrar en comunicación con los demás, poner a punto técnicas que nos protejan de las adversidades naturales, interpretar y dar sentido a la vida, etc. Así, parece más apropiada la otra acepción que figura en el mismo Diccionario de la Academia: *"Conjunto de modos de vida y costumbres, conocimientos y grado de desarrollo artístico, científico, industrial, en una época o grupo social, etc."*

Este nuevo concepto de cultura es, de hecho, el propuesto tanto por el Concilio Vaticano II, como por la UNESCO:

"La cultura, en su sentido más amplio, puede considerarse hoy como el conjunto de rasgos distintivos, espirituales y materiales, intelectuales y afectivos, que caracterizan a una sociedad o a un grupo social. Engloba no sólo las artes y las letras, sino también los modos de vida, los derechos fundamentales del ser humano, los sistemas de valores, las tradiciones y las creencias. La cultura da al hombre la capacidad de reflexión sobre sí mismo. Es ella la que hace de nosotros seres específicamente humanos, racionales, críticos y éticamente comprometidos. Por ella es como discernimos los valores y realizamos nuestras opciones. Por ella es como el hombre se expresa, toma conciencia de sí mismo, se reconoce como proyecto inacabado, pone en cuestión sus propias realizaciones, busca incansablemente nuevos significados y crea obras que lo trascienden".

World conference on Cultural Policies. Declaración final. UNESCO 1982

Más concretamente, por cultura se designa los sistemas de significación, construidos y reconstruidos constantemente por la sociedad o por un determinado grupo humano, mediante los cuales se ordena y se da sentido a los diversos elementos con los que la sociedad o el grupo se enfrentan. Por ello hay que decir que existen múltiples culturas, incluso dentro de una misma sociedad. Cada grupo tiene la suya propia.

Todo es cultural, porque todo lo que es objeto de la experiencia humana es interpretado por unos determinados esquemas de pensamiento heredados y reelaborados permanentemente, en la medida que lo demandan las transformaciones sociales o lo exige la sensación de pérdida de sentido de los marcos de comprensión vigentes. Sin embargo, las "cosas" no son cultura, pero sin ésta, las cosas mismas no existirían... al menos para el ser humano. Porque el ser humano percibe la existencia de las cosas, las clasifica y actúa sobre ellas "culturalmente".

Pongamos un sencillo ejemplo que puede ilustrar lo que acabamos de decir. Para un pueblo que jamás hubiese visto un semáforo, que no está enterado del complejo entramado de signos y significados que encierra ni de la función que cumple en otros lados, lo más probable es que la "cosa" esa no tenga una existencia específica, pues no posee un significado socialmente compartido al respecto. A lo más, serían simples luces de colores, si es que existe en su mundo de significación esa clasificación cromática. Es pues cultural la forma como se interpreta el semáforo, como se clasifica entre los demás componentes del mundo construido socialmente y como se actúa con relación a él.

3. Evangelización y Cultura

"Evangelizar significa para la Iglesia llevar la Buena Nueva a todos los ambientes de la humanidad y con su influjo, transformar desde dentro renovar a la misma humanidad"

Asumiendo esta definición de evangelización que nos propone Pablo VI en la *Evangelii Nuntiandi*, y teniendo en cuenta todo lo dicho en el apartado anterior, nos debe surgir la siguiente pregunta: ¿Cómo hacer para que en ese proceso de evangelización no se imponga un determinado modelo cultural (el del evangelizador, como sucedió muchas veces con la Conquista o Primera Evangelización) aplastando así la cultura que se quiere evangelizar? En efecto, si hiciéramos eso, no sólo privaríamos a las culturas de su derecho a existir, sino que además no sería real dicha evangelización, por ser incomprensible para el receptor.

La evangelización implica un proceso de hacerse uno con la cultura que se quiere evangelizar. Sólo desde el interior de una cultura el Evangelio se convierte realmente en Buena Nueva. Valgan de nuevo las palabras de Pablo VI en la *Evangelii Nuntiandi*: *"La evangelización pierde mucho de su fuerza y de su eficacia, si no toma en consideración al pueblo concreto al que se dirige, si no utiliza su lengua, sus signos y símbolos, si no responde a las cuestiones que plantea, no llega a su vida concreta"*.

Con esto entramos en el problema de la inculturación de la fe. Por inculturación de la fe se entiende el proceso mediante el cual una cultura asimila o asume, en sus propias categorías, símbolos, etc., el Evangelio. La experiencia religiosa, como fenómeno que alcanza las dimensiones totales de la persona y dibuja sus relaciones con el mundo y con los demás, nace "inculturada", es decir, en un determinado contexto histórico y social, un determinado lugar, etc. O hay inculturación de la fe o sencillamente no hay evangelización; es decir verdadera Buena Nueva para ese grupo de personas que encarnan una cultura.

Por tanto, hay que reinterpretar la fe desde la cultura. Pero con ésto, corremos el riesgo de adaptar tanto la fe a la cultura que ya no quede nada de aquella. Siguiendo con la *Evangelii Nuntiandi*, "... *la evangelización corre el riesgo de perder su alma y desvanecerse, si se vacía o desvirtúa su contenido, bajo pretexto de traducirlo; si queriendo adaptar una realidad universal a un aspecto local, se sacrifica esta realidad y se destruye la unidad sin la cual no hay universalidad*".

La fe puede contribuir también a la evangelización de la cultura, potenciando lo bueno de ésta y ayudando a transformar lo que tiene de pecado. Podemos poner como ejemplo la Carta a los Jesuitas "Sobre la inculturación" del Padre Arrupe de 1978: "*La inculturación incluye varios aspectos y diversos niveles que hay que distinguir, pero no se pueden separar. Sin embargo, en la multiplicidad de planteamientos con que nos enfrentamos el principio fundamental siempre válido, es que inculturación es la encarnación de la vida y mensaje cristianos en un área cultural concreta, de tal manera que esa experiencia no sólo llegue a expresarse con los elementos propios de la cultura en cuestión (lo que no sería más que una superficial adaptación), sino que se convierta en el principio inspirador, normativo y unificador que transforme y re-cree esa cultura, originando así una nueva creación*".

Pero, cuidado, no confundir evangelizar con cristianizar las culturas, en el sentido de que toda cultura ha de ser cristiana o incluso como algunos pueden pretender, restablecer un estado confesional, tan perjudicial tanto para el estado como para la propia Iglesia. No se trata de que la Iglesia influya en las culturas como tales por la vía de la autoridad sino, más bien, por la presencia activa de los cristianos y por su testimonio. En la carta a Diogneto, uno de los documentos más antiguos de la Iglesia primitiva, tenemos un buen ejemplo de lo que queremos decir: "*Los cristianos, en efecto, no se distinguen de los demás hombres ni por su tierra, ni por su habla, ni por sus costumbres. Porque ni habitan ciudades exclusivas suyas, ni hablan una lengua extraña, ni llevan un género de vida aparte de los demás (...), sino que, habitando ciudades griegas o bárbaras, según la suerte que a cada uno le cupo, y adaptándose en vestido, comida y demás género de vida a los usos y costumbres de cada país, dan muestras de un tenor de peculiar conducta, admirable y, por confesión de todos, sorprendente*".

Como resumen podemos citar de nuevo a Pablo VI en la *Evangelii Nuntiandi*:

"Lo que importa es evangelizar –no de una manera decorativa, como un barniz superficial, sino de manera vital, en profundidad y hasta sus mismas raíces- la cultura y las culturas del hombre en el sentido rico y amplio que tienen sus términos en la Gaudium et spes (50), tomando siempre como punto de partida la persona y teniendo siempre presentes

la relaciones de las personas entre sí y con Dios.

El Evangelio y, por consiguiente, la evangelización no se identifican ciertamente con la cultura y son independientes con respecto a todas las culturas. Sin embargo, el reino que anuncia el Evangelio es vivido por hombres profundamente vinculados a una cultura, y la construcción del reino no puede por menos de tomar los elementos de la cultura y de las culturas humanas. Independientes con respecto a las culturas, Evangelio y evangelización no son necesariamente incompatibles con ellas, sino capaces de impregnarlas a todas sin someterse a ninguna.

La ruptura entre Evangelio y cultura es, sin duda alguna, el drama de nuestro tiempo, como lo fue también en otras épocas. De ahí que haya que hacer todos los esfuerzos con vistas a una generosa evangelización de la cultura, o más exactamente de las culturas. Estas deben ser regeneradas por el encuentro con la Buena Nueva. Pero este encuentro no se llevará a cabo si la Buena Nueva no es proclamada”.

4. Análisis general de la cultura actual

Por todo lo dicho hasta ahora, evangelizar supone, antes que nada, ponerse a la escucha y analizar los gozos y las esperanzas, las angustias y las tristezas de cada cultura (Vat. II), para, desde allí, evangelizar y hacer que cada cultura sea redimida y camine hacia el horizonte utópico del Reino de Dios. Por ello es necesario que conozcamos las características generales de la cultura global en que nos movemos ya que esta, inevitablemente, condiciona nuestras formas de ser y sentir. Ello no significa que, de acuerdo con lo que hemos dicho que entendemos por cultura, nos olvidemos de la propia de nuestro grupo o comunidad a la que dedicaremos el siguiente apartado.

No hay duda de que estamos viviendo un período de cambios vertiginosos, que muchos estudiosos describen como un cambio de orden cultural y que todavía no sabemos situar con claridad. Como consecuencia, no podemos afirmar que nuestra sociedad sea moderna o postmoderna, sino que más bien es una compleja mezcla donde han confluido ambos procesos contrapuestos. Por ello, para describir la cultura en que nos movemos vamos a describir por un lado lo que es el modernismo y por otro el postmodernismo y cada cual que saque sus propias conclusiones (aunque sospechamos que os parecerá que se da todo a la vez, incluso a pesar de que eso parezca en este caso muchas veces contradictorias).

a) La Modernidad

”Hay una verdad que la historia ha puesto fuera de duda: la de que la religión abarca una porción cada vez más pequeña de la vida social. Originariamente se extendía a todo; todo lo que era social era también religioso; ambas palabras eran sinónimas. Después, poco a poco, las funciones políticas, económicas y científicas fueron independizándose de la función religiosa, se constituyeron aparte y adquirieron un carácter temporal cada vez más acusado. Dios, si así cabe expresarse, que en un principio estaba presente en todas las relaciones humanas, progresivamente se va retirando; abandona el mundo a los hombres y sus disputas”.

DURKHEIM, Émile. *La división del trabajo social*.

Este texto de Durkheim describe muy bien la primera característica de la modernidad: la *secularización*. Los reyes y gobernantes ya no son consagrados por el Papa, no se riegan los campos con agua bendita para tener mejores cosechas, las instituciones (escuelas, hospitales, matrimonio,...) ya no son responsabilidad de la Iglesia.

También se da una *mentalidad científico-técnica*, como consecuencia de lo muchos avances en este siglo. Se llega a absolutizar la experimentación, ya que sólo se considera real lo que se prueba experimentalmente (este era uno de los problemas de Einstein para que se le admitiera su teoría de la relatividad, ya que la descubrió como consecuencia de "unas cuentas matemáticas", y aunque ahora la ciencia teórica se admite, sigue pesando esa mentalidad). Para todo son necesarios los técnicos, desde la producción hasta la organización de las cosas o la pedagogía. Funcionamos como máquinas sin necesidad de saber ni de preguntarse como rezaba el lema de KODAK de 1889 "*Usted oprime el botón, nosotros hacemos lo demás*". Así llega el desprestigio de las humanidades (tan de moda ahora en España con motivo de la Reforma Educativa).

Se produce un *deseo generalizado de independencia* a todos los niveles. Los sujetos pueden pensar por sí mismos, no hay que obedecer ciegamente a ningún tipo de autoridad (y no nos referimos sólo a la autoridad civil, sino que tampoco al médico, al cura, al maestro,...). Los ciudadanos son (o creemos que lo son) todos iguales ante la Ley. Pasamos de una sociedad de deberes a una sociedad de derechos. Por supuesto se admite, aunque todavía haya mucho camino por recorrer, la igualdad de la mujer respecto al hombre (voto, trabajo,...)

Hay una fe ciega en el *progreso*. Se considera que la humanidad ha mejorado a mejorado y seguirá mejorando a lo largo de la historia. El mejor ejemplo de ello es la fe en la revolución en todos sus sentidos. Por más que estén mal las cosas, el pueblo se levantará, aparecerán nuevos inventos, ..., que nos librarán de nuestras penas.

Aunque a veces parezca mentira, es la época de la *tolerancia*. Es irrenunciable la libertad religiosa, la libertad de opinión y de expresión. "En la variedad está el gusto".

Triunfa el *tener* sobre el *ser*. Nuestros esfuerzos y anhelos van encaminados a la adquisición signos externos y facilidades. El que tiene hace ostentación, el que no, se avergüenza de no tener. Se desarrollan leyes de competitividad. No se puede perder el tiempo. Todo ha de ser útil. Todo se calcula. Hay un culto a batir récords.

Surge una *ética individualista* frente a la cooperación y la participación. Antes muchas obras eran anónimas o de la colectividad, ahora sólo se escriben anónimos si son amenazantes.

b) La Postmodernidad

La postmodernidad surge de un desencanto con el mundo y con la sociedad, y por lo tanto es la consecuencia del malestar con la modernidad. Así sus características son una acumulación de rechazos a los valores de ésta.

Cae el mito del progreso indefinido. Las grandes esperanzas de la modernidad (Marxismo, capitalismo, ciencia,...) se perciben como un bluf (los países comunistas se convierten en dictaduras, en los capitalistas crece la pobreza, la ciencia crea la bomba atómica,...). Unido a esto se niegan el pasado, el futuro y la historia; sólo tiene valor el presente (disfruta el momento).

Se produce una búsqueda del *culto al yo*. Ya no preocupa arreglar la sociedad (que no tiene arreglo), sino estar en paz conmigo mismo. Es posible vivir sin ideales, lo que importa es tener buena salud, tener buenos ingresos, realizarse personalmente. La *estética* sustituye a la *ética*.

Se pierde la fe absoluta en la razón. Son más importantes los *sentimientos* personales que la *verdad*. Con ello se produce una desvalorización de los valores supremos. Los valores no son firmes sino relativos. No hay una razón única; una verdad absoluta. Así tenemos un *individuo fragmentado*, con opiniones dispersas e incoherente. Cambia de opinión como de camisa. Todo esto hace pasar de la tolerancia a la indiferencia. No hay que dialogar para encontrar la verdad sino que *cada cual piense lo que quiera*.

Se produce un retorno de los brujos, la astrología, la adivinación, etc., así como de las sectas. También se produce un retorno de Dios, pero de un dios hecho a la medida aunque haya incoherencias (hay mucha gente que se confiesa no creyente pero que pone velas a los santos). *Se es creyente a la carta*, se mantiene tal dogma, se elimina tal otro...

5. ¿Cuál es la cultura de mi comunidad-grupo?

Es característico de la sociedad moderna un pluralismo cultural en el que, no sólo coexisten mundos culturales distintos en un mismo espacio físico, sino que además todos los individuos saben transitar de un mundo cultural a otro, pasando de pensar espontáneamente con un sistema de conceptos y valores a pensar con otro, como si cambiaran de golpe un programa de ordenador por el que estuvieran guiándose. Por eso, y por todo lo dicho hasta ahora, es importante que no nos limitemos al conocimiento de la cultura global de nuestra sociedad, sino que analicemos también las características y sistemas de significación propios de los grupos donde nos movemos, que pueden ser muy distintos a los de la cultura estándar, e incluso muy distintos de lo que nos creemos.

De todas formas, hay que tener en cuenta que todo análisis de una cultura o subcultura es algo enormemente complejo, y que las dificultades que entraña no tienen nunca una solución completa y segura. Todo análisis que hagamos será inseguro e incompleto, aproximativo y provisional. Por lo tanto, a la hora de trabajar este punto, nuestro empeño no ha de ser tanto el agotar el tema del análisis de nuestra cultura como el tomar conciencia de que tenemos formas propias de pensamiento (cultura) no necesariamente iguales a las de otro.

Una de las cosas importantes a la hora de hacer el análisis es luchar contra lo

verosímil y lo supuesto ya que no hay nada más cultural que lo obvio. Lo evidente es algo construido. Hay que caer en la cuenta de que eso es así y que, como tal, nos sirve para entendernos entre nosotros, pero hay otras posibles construcciones que debemos respetar.

Una de los posibles métodos de análisis de la cultura de nuestra comunidad-grupo es, como seguramente ya se os habrá ocurrido al leer el apartado anterior, el repasar y reflexionar en que grado somos modernistas o postmodernistas. Qué características de cada una de las corrientes tenemos más fuertemente incorporadas. Esto es algo recomendable y que puede dar a los grupos y comunidades un montón de pistas para trabajar sus modos de convivir y expresarse. Pero, si nos limitamos a este tipo de análisis, corremos el riesgo de caer en lo anteriormente comentado: quedarnos con lo evidente. Por ello sugerimos otro tipo de actividad para llevar a cabo nuestro análisis, tomado de unos apuntes de A. Tornos (profesor de la Universidad de Comillas).

Antes de explicar la mecánica de la actividad hay que hacer una precisión: no ha de asustarnos la aparente dificultad de la tarea (fácil, desde luego, no es, pero tampoco es imposible). De acuerdo con lo dicho anteriormente, no pretendemos que los grupos o las personas que hagan los análisis sean capaces de elaborar un esquema fiel y completo de cual es la cultura de la comunidad. El método es más para caer en la cuenta de que hay todo un mundo cultural detrás que nos condiciona y de que entre nosotros utilizamos una serie de códigos y sistemas que hacen que entendamos las cosas de una determinada manera más o menos común, pero diferente de cómo la puede entender otro grupo. Habrá cumplido su función sólo con que haya provocado el diálogo y con él veamos en qué estamos de acuerdo y en qué no (ni que decir tiene que respetando las distintas opiniones).

Y hecha la precisión, pasamos a describir la actividad:

1) Seleccionar el material que vamos a someter a análisis. Se pueden analizar muchas cosas, acciones, fiestas, canciones,... pero para facilitar la tarea recomendamos que sea un texto no muy largo (una poesía, la letra de una canción, un cuento,...). Éste ha de ser un texto que sea significativo para todo el grupo; que sea conocido por todos; ese del que todos siempre nos acordamos. (Pero tampoco obsesionarse con encontrar el texto perfecto. Recordar la precisión que hicimos). Procurad no usar textos religiosos (como aquel credo que hicisteis cuando os confirmasteis), porque son mucho más difíciles de analizar.

2) Despiezar el texto haciendo listas separadas:

- de los sujetos que se presentan como personajes principales, comparsas, ayudadores del protagonista, opositores, beneficiarios de la acción, suscitadores de ella.
- de las cosas u objetos con los que tiene que ver la acción, sean cosas físicas o imaginadas
- de las acciones o actividades que se nombran, directamente o mediante perífrasis
- de las calificaciones que se atribuyen a los actuantes, a las cosas, a las acciones

3) Reconstruir la figura de cada uno de los personajes, a base de adjudicarles sus

acciones y sus cualidades, sin quitar ni añadir ninguna. Igualmente reconstruir las ideas de las cosas.

- 4) Diferenciar las cosas y acciones que pertenecen al mundo práctico (aquellas que se perciben con los llamados sentidos exteriores del cuerpo, ver, oír, oler, gustar y tocar) de aquellas que pertenecen al mundo mítico (las que para percibirse y reconocerse requieren actividad intelectual, o al menos la actividad de lo que Aristóteles llamaba "sentidos internos", sobre todo memoria e imaginación).
- 5) Construir una síntesis del mundo práctico al que se refieren los significados sujetos a análisis, con sólo los elementos que han aparecido en el texto estudiado. Igualmente construir una síntesis del mundo mítico aparecido en el análisis. Ver la relación que hay entre ambos mundos, y la que tienen con ellos los personajes del texto.
- 6) Y una vez hecho todo esto (imagino que habréis discutido sobre sí esto es un ayudante o un opositor, o sobre sí esto es mítico o real. Incluso es posible que tengáis tal follón armado que no hayáis escrito nada pensando que no era eso lo que había que hacer) reconsiderarlo como armazón de significados. Es decir, valores, costumbres, criterios, estímulos,... en la que viven los personajes del texto o los que lo han organizado al expresarlo en palabras, tal y como lo hemos hallado al ponernos a trabajar.

Después de todo este arduo trabajo, sólo nos queda caer en la cuenta de que ese armazón de significados es probablemente muy parecido al que nosotros manejamos realmente, aun en el caso de que no se parezca en nada a lo que toda la vida pensábamos de nosotros mismos. Es fácil que descubramos que cantamos cosas que entrañan valores que intelectualmente rechazamos o que ese cuento que siempre nos gustó encierra algunas opciones que siempre hemos criticado. No nos asustemos tampoco (no hay que tirar a la hoguera ningún libro, ni dejar los discos para el tiro al plato). Se trata de ser conscientes de la cultura que manejamos para poder así ponerla en diálogo con el Evangelio (y hemos dicho diálogo y no enfrentamiento, conscientemente).

6. ¿Cómo la sociedad condiciona mi estilo de vida?

Antes de empezar este punto leamos un cuento:

Allá en las chacras se vivía prácticamente a la intemperie. No nos defendíamos demasiado de las realidades ni del clima. Más bien compartíamos el ritmo de las cosas; y por supuesto de las personas.

La noche nos encerraba a todos en los pequeños charcos de luz que creaban nuestras lámparas. Lo mismo que las aves acuáticas se reúnen en sus charcos cuando las atropella la sequía. La lluvia también era compartida por todos; para todos era un tiempo de recogimiento bajo techo dejando suceder lo que era imposible conjurar. También se vivía

compartiendo los mismos gestos de la primavera, y las mismas humillaciones del verano o del invierno.

Porque, cuando se vive a la intemperie, uno no puede hacer provisión de clima. Se vive el clima del momento con intensidad y compartiéndolo, sin reservarse de él nada para el día siguiente. Tal vez lo único que se guardaba de un acontecimiento, bueno o malo, era el recuerdo de haberlo compartido y la capacidad de evocarlo en futuros reencuentros.

Y lo que sucedía con los acontecimientos, sucedía también con los alimentos. Sobre todo con aquellos más primitivos, que provenían de la caza y la pesca. Porque en las chacras abundaban las palomas, sobre todo cuando el lino era chiquito, o luego de la desgranada del maíz, o para cuando el girasol empezaba a madurar. Casi siempre cuando se escopeteaba la bandada, solían caer más palomas de las que nosotros podíamos aprovechar. Y como no teníamos la posibilidad de conservarlas, y además era un orgullo el haber tenido buena puntería, el resto se mandaba a los vecinos. Y allá íbamos los chicos, hacia distintos rumbos, llevando cada uno un par de palomas gordas, con la esperanza de recibir la propina. Y volvíamos luego a nuestro territorio con el orgullo de todo embajador.

Los lunes la embajada venía del arroyo. Sábado y domingo, Don Pablo los pasaba en la isla o en el monte. Su razón de compartir era mucho más urgente, porque el pescado de los arroyos del norte hay que comerlo fresco. A veces, en lugar del par de pescados chicos sacados a línea y anzuelo, solía venir con un trozo de pescado de los grandes, de esos que traen acollarado el relato de la hazaña. Y si la embajada no venía, todos compartíamos en silencio el fracaso vivido ese fin de semana por don Pablo.

Lo mismo sucedía cuando para el invierno se caneaba el chanco. En eso del dar y el recibir, todos los vecinos comíamos presas frescas de las sucesivas carneadas. Y todos participábamos del esfuerzo o de la habilidad de todos. Sentíamos como una especie de alegría de familia grande que nos hacía compartir penas, alegrías, trabajos y fracasos.

Ahora todo aquello ha cambiado. Casi todos han comprado una heladera. En cada chacra se dispone de una pequeña geografía polar que permite conservar los alimentos perecederos. Lo que antes se compartía, ahora se conserva. Y así Don Pablo se condenó en sus últimos años de vida a comer siempre pescado: fresco los lunes, semifresco los martes, y a partir del miércoles, pescado conservado (lo que no dejaba de encerrar un peligro). Y ya nadie supo nada de sus éxitos y de sus fracasos. Lo que hizo que para él mismo la pesca perdiera mucho de su encanto. Y también para nosotros eso de cazar palomas.

Desde que hemos optado por la heladera, nuestra alimentación y nuestra vida en las chacras ha perdido mucho de su variedad, de su capacidad de sorpresa, de ese sentimiento de totalidad que creaba el compartir. Nos defendemos mejor contra el clima y la intemperie, sí.

Pero nos estamos volviendo menos hombres.

MENAPACE, Mamerto

Creemos que está bastante claro: todo lo que ocurre a nuestro alrededor, la sociedad en que vivimos, la cultura global que nos rodea e incluso la cultura de nuestro grupo, nos empuja a vivir de una cierta manera y a manejar ciertos valores, unas veces positivas, y otras veces igual no tanto. Es importante que tratemos de conocer en que nos está influyendo (es de lo que llevamos hablando todo el rato) para así entrar a hacer una valoración crítica de nuestras costumbres.

Para hacer más fácil esta labor (aunque si habéis llegado hasta aquí, no os puede resultar muy difícil), vamos a proponer algunas cuestiones basadas en las características del modernismo y del postmodernismo así como en algunos problemas que se nos plantearon a lo largo de nuestra historia, con respecto a este tema. No pretendemos que estas sean las preguntas más importantes, ni mucho menos los únicos problemas a tratar. Seguro que hay cuestiones que se nos han escapado (o nos hemos hecho los locos, para no salir de nuestra comodidad, que todo es posible) y otras que hemos planteado las tenéis ampliamente superadas. Este capítulo podríamos incluso no haberlo escrito, y que cada uno, con todo lo que hemos trabajado hasta ahora, escribiera el suyo propio. Pero como a veces cuesta empezar, nunca viene mal echar un vistazo a lo que han hecho otros.

***TRABAJO:** ¿Qué tipo de trabajo realizar? ¿Cómo desempeñarlo y como darle contenido evangélico? ¿Asumimos plenamente la dinámica empresarial –producir y obtener beneficios es lo único que importa, hay que conseguir promocionarse por encima de todo, etc.? ¿Mi trabajo es una cosa y el resto de mi vida otra? (Pero, sobre este asunto, tenéis todo un tema en estos materiales de desembocadura para que profundicéis a conciencia)

***DINERO:** ¿Qué hacemos con el dinero? ¿Cómo lo utilizamos, con qué criterios? ¿Lo gastamos en cosas que realmente nos hacen falta o en bienes para mantener nuestro estatus o una determinada imagen externa?

***MEDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL:** ¿Cómo nos influye toda la información que recibimos? Vamos a poner algunos ejemplos: La información que se nos da sobre diferentes injusticias se llena con frecuencia de datos que más que ayudarnos, nos dejan bloqueados y nos quitan la posibilidad de pensar. Otras informaciones vienen dadas sólo por una de las partes en conflicto (ej: la información sobre la batalla de las plataformas digitales). En montones de películas y culebrones se nos transmiten formas de relacionarse basadas en el tener y no en el ser. Se nos propone un determinado modelo de mujer y de hombre: ella alta, delgada, rubia con ojos azules, buena madre y buena esposa; él alto y fornido, trabajador infatigable y ligón.

***DINÁMICA CONSUMISTA:** En vez de preguntar, en este caso haremos una reflexión. En la sociedad la identidad en cuanto reconocimiento social sólo se alcanza a través de un consumismo efímero y contante. Por ser más fácil se asume una identidad pasiva y extrínseca frente a una identidad personal, histórica y globalizante que implica que golpe a golpe se va tallando la propia existencia. El consumismo tiene el coste de no dejar espacio a lo personal y cambia los medios convirtiéndolos en fines. Esto trae dos consecuencias, hace nuestra vida algo injusto ya que nos incorporamos al mecanismo que pone mucho en manos de pocos y además nos aísla ya que valora el tener y nunca la relación y encuentro entre personas. El mecanismo de consumo no nos entra sólo en las cosas accidentales y palpables sino que incluso se pone en marcha en dinámicas personales

internas. Por ejemplo: unos realizan un compromiso en un barrio marginal. Y esto es valorado como algo que he alcanzado, esto provoca el desprecio hacia los de fuera que no lo hacen y juzgar a los que lo hacen cuando fallan. El de "servir a los que lo necesitan se desplaza al de construir mi propia imagen de "chico/a perfecto" y sentirme bien".

*DINÁMICA DEL USAR Y TIRAR: ¿Nos preocupa estar siempre a la última? ¿Hay que retirar lo viejo para sustituirlo por algo más moderno?

*SECULARIZACIÓN: ¿Privatizamos nuestra fe? Es decir que hacemos un compartimento aparte para vivir nuestra religiosidad. Por un lado está lo religioso y por otro el resto de nuestra vida. La Iglesia no tiene nada que decir de lo público, la política, la sociedad,... (aunque a veces hable demasiado, como todos bien sabemos). No confesamos en público nuestra fe porque es algo personal e independiente del resto de la vida.

*RELIGIOSIDAD ECONOMICISTA E INDIVIDUALISTA: ¿Me esfuerzo para salvarme yo?. Después de todo lo que he hecho ¿no me iré a quedar sin el premio final? ¿Los pecados los considero siempre como algo personal y que no influye en los demás? "Eso es una cuestión entre Dios y yo; al resto no le importa".

*CONSERVADURISMO: ¿Luchamos por cambiar las cosas o nos dejamos llevar por la idea de que no hay nada que hacer? Como consecuencia de esto último, ¿caemos en una indiferencia política y en la no-implicación en huelgas, manifestaciones u otros movimientos que pretenden cambiar las cosas?

7. ¿Cómo actuamos en la sociedad nuestra fe?

Por último, y tras haber caído en la cuenta de en cuántas cosas nos condiciona nuestra sociedad y su cultura, se nos plantea el problema de cómo actuar y cuál es nuestra responsabilidad como cristianos. Para ello vamos a dar algunas pistas que nos pueden ayudar a movernos en este complicado asunto, divididas en cuatro apartados. Los cuatro son suficientemente amplios para que no podamos tratarlos aquí con la profundidad deseada, pero sirvan como pinceladas (o como "primer andador") para ir funcionando, sin olvidarnos que algunos aspectos son tratados en otros temas de estos materiales.

a) Espacios para el compromiso de los cristianos

Empecemos este apartado con unas palabras de Juan Pablo II de la Christifideles Laici: *"La Iglesia pide que los fieles laicos estén presentes, con la insignia de la valentía y de la creatividad intelectual en los puestos privilegiados de la cultura, como en el mundo de la escuela y de la universidad, los ambientes de investigación científica y técnica, los lugares de la creación artística y de la reflexión humanista (...). También en la prensa, el cine, la radio, la televisión y el teatro debe ser anunciado el evangelio que salva"*. Es decir, es importante la presencia de los cristianos en los lugares donde se gesta la cultura, pero no para imponer una cultura cristiana, sino para contribuir así a ese diálogo entre la fe y la cultura.

Pero lo dicho nos enfrenta a un nuevo dilema de larga discusión en la Iglesia y que no solo afecta a la incorporación a los lugares donde se gesta la cultura, sino que en general a

como actuar como cristianos en la sociedad: ha de hacerse promoviendo obras propias desde las cuales hacerse presente en la sociedad (es lo que se llama "cristianismo de presencia") o por el contrario han de mezclarse con los demás ciudadanos en aquellos espacios que están abiertos a todos ("cristianismo de mediación").

Es cierto que no se puede ser tajante en esta cuestión (aunque con todo lo hablado sobre la cultura es fácil sospechar de que postura somos más partidarios). La realidad es que las obras propias de la Iglesia han suplido muchas veces las insuficiencias sociales (En Europa, durante la edad media, los libros se copiaban en los monasterios, las escuelas eran parroquiales, los hospitales que había solían ser de la Iglesia). Incluso hoy en día surgen continuamente nuevas necesidades que tardarán bastante tiempo en ser atendidas por la sociedad (pensemos por ejemplo en los refugiados políticos, enfermos de SIDA, ...). Dichas necesidades son muchas veces atendidas mayoritariamente por organizaciones eclesiales o promovidas desde la Iglesia. También pueden esgrimirse como argumentos a favor del cristianismo de presencia el que las instituciones confesionales te pueden dar mayor libertad de acción o que sirven para ofrecer un testimonio colectivo.

Sin embargo, limitándonos a los espacios propios corremos varios riesgos. Por un lado, la pérdida del espíritu misionero. Valgan como ejemplo unas palabras del propio Ratzinger sacadas de su libro "El nuevo pueblo de Dios": *"¿No ha intentado la Iglesia, en el movimiento que se hizo particularmente claro desde Pío IX, salirse del mundo para construirse su propio mundillo aparte, quitándose así en gran parte la posibilidad de ser sal de la tierra y luz del mundo? El amurallamiento del propio mundillo, que ya ha durado bastante, no puede salvar la Iglesia"*. Por otro, podemos acabar convirtiendo en religiosos los conflictos civiles (y no es difícil pensar en algunos ejemplos). Y, por supuesto, sería fácil caer en el fomento del aislamiento cultural, contrario a todo lo hablado.

Para concluir este tema del cristianismo de presencia y cristianismo de mediación sirva la siguiente afirmación del Sínodo de los Obispos de 1971: *"Recomendamos igualmente la colaboración con todos aquellos que creen en Dios para promover la justicia social, la paz y la libertad; más aún, también con aquellos que no reconocen al Autor del mundo, pero que estimando los valores humanos, buscan la justicia sincera y honestamente"*.

b) Cómo entrar en diálogo con otras culturas

Recurramos de nuevo al Padre Arrupe en su carta "Sobre la Inculturación":

"Para dejarnos transformar por la inculturación no bastan las ideas y el estudio. Es necesario el shock de una experiencia personal profunda. Para los llamados a vivir en otra cultura, será el integrarse en un país nuevo, nueva lengua, nueva vida. Para los que se quedan en su propio país, será experimentar los nuevos modos del mundo actual que cambia. No el mero conocimiento teórico de las nuevas mentalidades, sino la asimilación experimental del modo de vivir de los grupos con los que hay que trabajar, como pueden ser los marginados, chicanos, suburbanos, intelectuales, estudiantes, artistas,..."

Es decir, al acercarnos a otras culturas no debemos ocultar lo que somos ni la cultura de donde venimos, es más, debemos ser conscientes de ello. Pero a su vez debemos siempre

recordar que, enfrente, también tenemos un ser cultural y de una cultura igual de respetable que la nuestra. El diálogo tiene que basarse en un compartir la vida y en un compromiso de colaboración en la acción a favor de la liberación y desarrollo del hombre, tratando de compartir valores y experiencias.

Tengamos presente, además, que las culturas no se diferencian sólo en los contenidos sino también en las formas. A menudo en el diálogo con otras gentes utilizamos "nuestras formas", nuestros modos de dialogar e interactuar (¡formemos un grupo! ¡Tomemos unas cañas!) que, a veces, son el principal obstáculo para establecer el diálogo.

En la bibliografía sugerimos un libro de dinámicas que puede ayudar en este aspecto.

c) Elementos que pueden servir de ayuda

Entrar en diálogo con la cultura y llevar a cabo una participación activa y crítica en la sociedad sabemos que no es una tarea fácil. Integrarnos en la sociedad, en la cultura, pero "sin dejarnos comer", nos va a plantear, como vimos en el capítulo 5, un montón de interrogantes y nos va a generar gran cantidad de dudas. Como podéis suponer no tenemos recetas mágicas para resolverlas, pero lo que sí nos atrevemos a hacer es dar algunas sugerencias que quizás puedan servir (y luego, lo sentimos, que cada cual se las apañe como pueda).

*Contrastar con otras personas, grupos y comunidades; no ser islas (no vendría mal recordar el tema "Haciendo comunidad" de estos materiales)

*Analizar y tomar posturas frente a la realidad. No actuar por inercia o "porque toca". Hacer las cosas de forma consciente o, al menos, tender a ello.

*Conocer otras realidades, no sólo nuestro pequeño mundo; conocer otros barrios, otras situaciones sociales y a escala mundial, otros países. Reconocer y acercarse a los contrastes de nuestro mundo.

*Hacer oración sola/o o con los hermanos y hermanas.

*Valorar todos los avances pequeños sin perder así de vista la perspectiva histórica.

*Conocer los "puntos flacos" para que nos se nos metan por ahí los "malos espíritus".

d) Discernir es vivir

Dentro de los posibles elementos que pueden servir de ayuda en la tarea que nos hemos propuesto, hay uno que, por su transcendencia, consideramos que merece un apartado propio: *el discernimiento*. En principio, iba a constituir un tema independiente de estos materiales pero, al no haber sido posible elaborarlo completo, consideramos conveniente incluir alguna mención en éste. Para ello comencemos con una cita:

"Examinad bien todo y quedaos con lo que mejor parezca" (1Th,5,19)

Esta recomendación de Pablo a los tesalonicenses puede ser igualmente aplicable a los almerienses, a los pacenses, o a los "carabanchelenses". Como hemos visto en los apartados anteriores, el hombre -y el cristiano (que no es menos hombre)- forma parte de una cultura, en un tiempo histórico determinado. Sin embargo, ante los elementos o condicionantes culturales de cada momento el cristiano se sitúa de forma crítica, dispuesto a discernir y a optar por aquella de las ofertas o de las posibilidades que más ayuden a desarrollar el proyecto de Dios en la Tierra. Podríamos decir: pues si el proyecto de Dios es sólo uno, ¿por qué los cristianos toman caminos tan distintos para hacer su voluntad?. León Felipe, que no es San Pablo, pero que también dice cosas interesantes, escribió esto:

"Nadie fue ayer,
ni va hoy,
ni irá mañana
a Dios
por este mismo camino
que yo voy.
Para cada hombre guarda
un rayo nuevo de luz de sol
y un camino virgen
Dios".

Bonito, ¿eh?. La realidad casi nunca se presenta ante nosotros monocolor, o blanco o negro. Tampoco nosotros somos de una sola manera, sino llenos de matices, de rincones, de límites y posibilidades, y es cada uno el que tiene que encontrar cual es la manera, su manera, de hacer la voluntad de Dios. Por eso las decisiones, las opciones tampoco suelen ser blanco o negro. Es verdad que a veces sí hay que tomar decisiones radicales: dentro o fuera, comprar o no comprar, casarse o no casarse. Pero también nos sorprendería saber como en la mayoría de las opciones existen alternativas, opciones creativas que son más interesantes y más plenificantes de la voluntad de Dios que otras más evidentes a primera vista.

Entonces, ¿todo vale?. No, todo no. Quizá haya que aclarar que el quid de la cuestión está en descubrir la manera personal de hacer la voluntad de Dios Santo, no la manera de hacer mi "santa voluntad" (que aunque sea santa, no siempre coincide con el plan de Dios).

¿Todo esto a que viene? Viene a que si queremos vivir en la realidad desde la realidad de Dios tenemos que discernir cada paso, cada opción, teniendo presentes los criterios de Dios. Decidir todos decidimos, de una u otra forma, mejor o peor. Lo que se trata es de discernir desde esos criterios de Dios y a poder ser mejor que peor.

Vamos a considerar algunas formas y actitudes de enfrentar las decisiones:

* *Retrasar las decisiones*: A menudo, una manera de decidir consiste en no decidir nada, de modo que la opción que predomina depende de hacia donde sople el viento (y por desgracia ya sabemos hacia donde suele soplar). Como diría un amigo, o tu vives la vida o la vida te vive a ti.

* *Que otros decidan por mí*: otra estrategia es refugiarse en el grupo, ir de incógnito, dejar el peso de la decisión en los demás, ya sea mi pareja, mi grupo social y comunidad. Es

lo de "no quise decir nada, pero yo ya sabía que esto no iría bien". Así, nunca somos culpables ni responsables de nada, pero en realidad acabamos por no saber que pensamos en realidad.

* *Que decidan los poderosos*: ya sabemos lo difícil y lo paralizante que es luchar contra el sistema (eso sin tener en cuenta lo bien que nos va a algunos con este sistema). Gandhi decía que prefería un violento a un conformista que, con su pasividad, contribuye a que la injusticia se perpetúe.

* *Intentar jugar a todas las barajas*: es aquello de "aun no estoy seguro, no sé si esto es lo que más me llena", o "no quiero sentirme atado, quiero experimentar otras cosas". Optar es elegir y, en consecuencia, renunciar. No querer pagar el precio de las renunciaciones nos convierte en eternos adolescentes, creyendo que nuestra falta de definición es un ejercicio de libertad, cuando en realidad la libertad sólo se ejerce cuando se opta. Es como el que no usa la vajilla nueva por si se rompe. Entonces ¿de qué sirve?. Hay que asumir que en esto de discernir, de decidir, también podemos romper algún plato.

* *Confundiendo a Dios con Arguiñano*: eso de "abramos la Biblia a ver que nos dice para hoy", como si el Evangelio fuese un recetario de cocina. El Evangelio es fuerza y sabiduría de Dios, pero no es ninguna panacea de soluciones prefabricadas. Nos dice quien es Dios para nosotros y cómo debemos ser para los demás, nos ayuda a soñar con una humanidad fraternizada, pero se calla sobre los mecanismos para alcanzarlo. Es, en ese sentido, una invitación a la búsqueda, conducido por los ojos de la fe pero realizada a través de lo humano.

* *Contando con el azar*: es cómodo tirar la moneda al aire y librarnos de la responsabilidad de una decisión, confiando que Dios, como si no tuviera nada mejor que hacer, haga que caiga cara (por otra parte, en las monedas de Dios muchas veces toca "cruz"). Además, en contra de lo que mucha gente cree, el azar no es ecuánime, es irresponsable, no tiene matices, no valora circunstancias personales y en general es habitualmente injusto (¿o es que la lotería le toca siempre a los más pobres?)

Muchas veces nos gustaría ese Dios mágico, determinista, hasta milagrero, pero por suerte (si no ¿qué nos quedaría a los hombres?) este Dios es el Dios de la libertad. Es como Gepetto, que hizo a Pinocho pero le cortó los hilos que le convertían en marioneta y puso en sus manos las herramientas para que continuase su tarea para ser también "creador".

Esa es la propuesta: empaparnos de Dios (hasta que nos cale los huesos), y aprender a mirar la realidad desde su retina. No es siempre fácil aprender a descubrir su presencia (1º Reyes 19, 9-13) a descubrir sus signos, su presencia sacramental, a ver su rostro en la realidad pasando a nuestro lado (Éxodo 33, 18-23). Su presencia, su camino, está lleno de incertidumbres, pero ese es, queridos hermanos, el precio de nuestra libertad.

8. Para terminar, una herramienta: el discernimiento comunitario

Sobre el discernimiento hay materiales estupendos (empezando por los ejercicios de San Ignacio) que nos ayudan a acercar nuestras decisiones al plan de Dios. Aquí queremos proponer un método concreto para utilizar dentro de la comunidad: obviamente, dada la metodología, resulta especialmente útil en decisiones trascendentes, importantes para la vida de la comunidad. Si no, corremos el riesgo de quemar la herramienta.

Al elegir vivir en comunidad vinculamos nuestra libertad a los hermanos de comunidad. No renunciamos a ella, sino que, desde ella, elegimos descubrir la voluntad de Dios junto y a través de los hermanos ("allí donde estéis dos o más reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de vosotros..."). Esta pequeña herramienta metodológica pretende precisamente, fiándonos de la presencia de Dios en los hermanos, ayudarnos a buscar la voluntad de Dios en comunidad.

Fases del discernimiento:

1.- Centrar bien la materia a discernir.

Formular lo más exactamente posible aquello sobre lo que queremos discernir, explicitando claramente las distintas alternativas.

2.- Situarnos ante Dios: la indiferencia.

Separarse afectiva y efectivamente del objeto en cuestión, tomar distancia para elegir solamente aquello que yo descubra como voluntad de Dios. La indiferencia se basa en una apuesta a favor de Dios y su causa en el mundo, y en confiar en la manifestación de su voluntad a través de la comunidad. Este punto requiere algunos buenos ratos de oración y de ponerse en presencia de Dios.

3.- Análisis y reflexión teológica.

En clima de oración estudiamos el tema, se valoran pros y contras, hasta se deja a hablar a algún experto. Se trata de intentar iluminar la decisión metiendo el Evangelio en medio de los datos. Hay que evitar las influencias de unos sobre otros (siempre hay gente más influyente) y evitar debatir las diferencias desde el comienzo. Se trata de que "los débiles se hagan fuertes y los fuertes débiles".

4.- Puesta en común.

En este momento el diálogo no deberá tomar forma de discusión para la que uno se arma y se blindo con su ideología. Es más bien una exposición desapasionada de argumentos a favor y en contra. Se trata de hablar y escuchar.

Sólo al término de ese intercambio es cuando se procede al sondeo de la opinión final que cada uno se ha formado y que no ha debido aparecer hasta este momento, pues supone que lo oído a los demás, no sólo lo pensado por mí, ha contribuido a configurarla.

5.- La decisión final.

La forma de tomar la decisión final debe haber sido predeterminada al principio y no cambiarla sobre la marcha. Puede hacerse por mayoría, por consenso, o cualquier otro sistema. En ocasiones puede delegarse en alguno de la comunidad previamente elegido que tras escuchar todo lo dicho y desde su propia percepción espiritual diga "por aquí parece que tenemos que caminar".

¿Acertaremos con la decisión? Eso nunca puede garantizarse, pero sólo el hecho de tomarla desde la oración, juntos, dándole espacio al Evangelio ya nos hace de algún modo acertar. Es como dice Gandhi: "*el fin está en los medios como el árbol en la semilla*".

Nota: Este tema no posee cuestionario aparte, porque en su mismo desarrollo se ofrecen numerosas pistas para el trabajo en grupo.

9 Bibliografía

- *AAVV: *Cambios históricos e identidad cristiana*. Ed. Sígueme. Salamanca, 1978.
- *AAVV: *Cristianismo y modernidad*. I Foro Religioso Popular. Ed. Nueva Utopía. 1993.
- *AAVV: *La transmisión de la fe en la sociedad actual*. Instituto Superior de Pastoral. Ed. Verbo Divino. Estella (Navarra), 1991.
- *AAVV: *Revista de Pastoral Juvenil* n°332 (noviembre 1995). Ed. ICCE.
- *COLECTIVO AMANI: *Educación intercultural. Análisis y resolución de conflictos*. Editorial popular S.A. Colección Serie Tiempo Libre.
- *DHÔTEL, J-C.: *Discernir en común. Guía práctica de discernimiento comunitario*. Ed. Sal Terrae. Santander, 1989.
- *GONZÁLEZ BLASCO, P y GONZÁLEZ ANLEO, J.: *Religión y sociedad en la España de los 90*. Ed. SM. Madrid, 1992.
- *GONZÁLEZ CARBAJAL, L.: *Cristianos de presencia y cristianos de mediación*. Ed. Sal Terrae. Colección Aquí y Ahora.

- *GONZÁLEZ CARVAJAL, L.: *Ideas y creencias del hombre actual*. Ed. Sal Terrae.
- *GONZÁLEZ CARVAJAL, L.: *Los signos de los tiempos. El Reino de Dios está entre nosotros...* Ed. Sal Terrae. Colección Presencia Teológica. Santander 1987.
- *GONZÁLEZ VALLÉS, C.: *Saber escoger. El arte del discernimiento*. Ed. Sal Terrae.
- *GOUVERNAIRE, J.: *Guiados por el Espíritu (a la hora de discernir)*. Ed. Sal Terrae. Santander, 1984.
- *LIPOVETSKY, G.: *La era del vacío*. Ed. Anagrama. Barcelona, 1986
- *MARDONES, J.M.: *Posmodernidad y cristianismo*. Ed. Sal Terrae. Santander, 1988.
- *MARTÍN VELASCO, J.: *El malestar religioso de nuestra cultura*. Ed. Paulinas. Madrid, 1993.
- *MARTÍN VELASCO, J.: *Ser cristiano en una cultura posmoderna*. Ed. PPC. Madrid, 1996.
- *PABLO VI: Exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi* (8 de diciembre de 1975)
- *PABLO VI: Concilio Vaticano II. Constitución *Gaudium et spes* (7-XII-1965)
- *ROVIRA i BELLOSO, J.M.: *Fe y cultura en nuestro tiempo*. Ed. Sal Terrae.1988.

IV. LA FRATERNIDAD: OTRO MODELO DE RELACIÓN

*Preguntaron a una mujer saharauí, madre de numerosos hijos, a cuál de ellos quería más: "Al **pequeño** hasta que **crezca**, al **enfermo** hasta que **sane**, al **viajero** hasta que **regrese**".*

Tomado de "El júbilo de cada día".
Cuaresma y Pascua 1997. Rafael Prieto.

Cáritas

1. Introducción

¿Tiene algo de original el tipo de relación personal que llamamos "fraternidad cristiana"? De ser así, ¿cuáles serían sus notas distintivas? ¿Qué posibilidades y límites plantea nuestra sociedad para su efectiva realización? Demasiadas preguntas para ser contestadas en estas breves páginas y, sin embargo, cuestiones decisivas para nosotros como creyentes y para un planeta que ha sido definido como "un mundo sin hogar". En el tema titulado "Haciendo fraternidad" hemos

abordado la problemática de la pequeña comunidad cristiana en sus inicios, este documento complementario va a reflexionar sobre esa forma especial de amor que llamamos fraternidad y que estamos invitados a realizar con todos. Las siguientes páginas también ofrecen algunas pistas sobre "cómo capacitarnos para la fraternidad".

Somos consciente de que, aunque no sea noticia que venda en los medios de comunicación (y a pesar de que aquí se van a poner de relieve sobre todo las dificultades para vivir la fraternidad en la sociedad española actual), en nuestro mundo multitud de personas viven un amor generoso, fiel y hasta heroico ayudando y alentando a quienes les rodean. Sabemos también que, en todos nosotros, la apertura a los demás y el egoísmo pugnan y compiten cada día por conquistar nuestro corazón, ya que en feliz expresión de un cuento de Anthony de Mello no somos ni blancos ni negros "somos gente a rayas". Reconozcamos, por último, que los cristianos no poseemos ninguna patente o exclusiva en la realización de los valores humanos, incluso por lo que se refiere al amor, la palabra que más frecuentemente utilizamos.

A pesar de todo, creo que en el terreno cultural estamos asistiendo desde hace ya mucho tiempo a un proceso sistemático de perversión y deterioro de las relaciones humanas que nos atrofia como individuos, infecta las comunicación entre las personas, sabotea los proyectos colectivos de solidaridad e imposibilita, en definitiva, la construcción de una sociedad digna de los seres humanos (y eso que en teoría somos "sapiens sapiens"). En este contexto, los seguidores de Jesús tenemos dos cosas que aportar al debate/combate sociocultural: *nuestro "NO" resistente y profético a toda forma de manipulación de las personas y una fundamentación radical de un tipo de amor escandalosamente universal.*

Como sabemos, el lema asociado a la revolución burguesa y al triunfo de la modernidad fue "Libertad, Igualdad y Fraternidad". Hoy, en la fase histórica del capitalismo consumista y globalizado, resulta claro que el primero de los valores si ha tenido un notable desarrollo (sobre todo para quienes disponen de medios para ejercerla); que la Igualdad ha progresado mucho menos y que, en nuestra sociedad, la Fraternidad se encuentra casi por estrenar (incluso cabría hablar de "caída en la cotización bursatil de este valor"). Y lo cierto es que los tres valores se encuentran estrechamente relacionados: la libertad es una precondition para cualquier acción humana que merezca tal nombre, pero sin igualdad aparece como privilegio; la igualdad impuesta, en cambio, aliena a las personas y tarde o temprano termina por saltar por los aires. La fraternidad, por su parte, ni puede implantarse por decreto, ni puede establecerse sobre la desigualdad. Puede llegar a ser el fruto maduro de los dos primeros valores, pero añade algo extraordinariamente novedoso: el paso del plano de la justicia al del amor. Por definición, la libertad y la igualdad son derechos exigibles en cualquier sociedad, la fraternidad no. De producirse, será el milagroso resultado de la libre voluntad de los individuos y lo mismo cabe decir de su posterior mantenimiento.

Parece un rasgo genuino de los seres humanos su deseo de vincularse, intercambiar afecto, comunicar sus experiencias y ayudarse mutuamente. A nivel popular se puede oír el "estamos condenados a entendernos". Y, sin embargo, somos perfectamente conscientes de que muchas veces el hombre es un lobo para el hombre antes que su prójimo. Incluso los que ejercen de lobos pueden llegar a parecernos preferibles a aquellos que nos ignoran y viven ajenos e indiferentes a quienes les rodeamos.

Llegados a este punto es necesario denunciar el "pecado original" de la cultura actual:

tras el justo reconocimiento del valor del *individuo*, le ha entronizado como soberano autosuficiente que sólo, si se digna, llega a relacionarse con el otro. Él es el criterio único de conducta, sus intereses son sagrados y lo que tiene es, naturalmente, resultado de sus propios méritos. La comunidad humana es poco frente al valor de cada individuo. Este individualismo neoliberal, además de criticable en el nivel ético, es falso en el plano científico. Cada uno de nosotros no se ha hecho a sí mismo de la nada. Al contrario, lo que somos se debe en un porcentaje que casi nadie reconoce, a nuestra familia, a nuestros predecesores, a los amigos, a los formadores que hemos tenido, a la cultura de un grupo que nos ha sido dada, al azar, etc. La interdependencia entre la humanidad y la Tierra y entre cada persona y el resto de los seres humanos no es cuestión de gustos, opiniones o elecciones: es un hecho que podemos reconocer o contra el que nos podemos revelar (a un alto precio, por cierto).

Hoy como ayer, la construcción de la fraternidad pasa por un cambio radical de actitudes. En términos bíblicos se trata de pasar de la pregunta de Caín ¿acaso soy yo el guardián de mi hermano? (Gen 4, 9) a la del maestro de la ley que pregunta a Jesús ¿y quién es mi prójimo? (Lc. 10, 29). Sólo quien se abre a la posibilidad de considerar a los otros como parte de su propia realidad pueden entender algo de la lógica de la fraternidad. Existe una oposición radical entre la actitud de quien reconoce vínculos, se siente afectado e implicado por los otros, percibiendo el valor del enriquecimiento mutuo, y la de aquél que va por la vida desentendiéndose, poniendo barreras o excluyendo, temiendo quedar atrapado por las necesidades y sufrimientos del resto de la gente.

Para profundizar en la cuestión, que creo suficientemente situada, podemos centrarnos en tres aspectos: los obstáculos que presenta el modelo cultural dominante para la fraternidad, sus consecuencias en la vida personal y social, y la propuesta que nos viene del Evangelio.

2. Una sociedad de individuos, no de hermanos

No sólo Dios "hizo al hombre a su imagen y semejanza" (Gen 1, 27), también la sociedad nos modula y condiciona a través de múltiples mecanismos y estructuras que "educan" nuestra mentalidad. En buena medida somos el producto de una maquinaria social que funciona con una lógica determinada y necesita que nuestro comportamiento se adecúe a sus exigencias. Rotos o debilitados los lazos culturales y familiares tradicionales, el individuo moderno aspira a salir adelante en un mundo que se le presenta como una continua carrera de obstáculos. La crisis económica internacional iniciada en los años 70, los efectos de la creciente internacionalización del capitalismo y la desaparición de utopías sociales alternativas, han creado un escenario muy distinto al de las décadas posteriores a la II Guerra Mundial. En el camino, los ciudadanos experimentan numerosas paradojas como la de sentirse sólo habitando ciudades multitudinarias, estar agobiados por la prisa a pesar de disponer de sistemas de transporte y comunicación muy avanzados, recibir información masiva sobre múltiples acontecimientos y percibir que no comprenden lo que pasa a su alrededor, etc.

A modo de ejemplo ilustrativo, bien significativo por cierto, podemos tratar de mostrar como el funcionamiento de la lógica económica dominante incide, no sólo en los fenómenos propiamente económicos, sino en el campo mismo de las relaciones interpersonales marcándolas muy profundamente:

*Desde la costumbre de que la *competencia* rija el comportamiento de las actividades económicas se va generando, poco a poco una actitud hacia las demás personas caracterizada por el recelo o la rivalidad. Si los otros son "competidores" frente a mi por el empleo, el bienestar, el éxito, etc, mi predisposición hacia ellos difícilmente facilitará el encuentro amistoso. Y de todos es sabido que la competencia genera desigualdad y, sobre ésta, no cabe construir la amistad.

*Desde la afición a las *rebajas y las ofertas*, nos acostumbramos a buscar relaciones que se distinguen por su bajo coste, aunque la calidad deje mucho que desear, aunque "la apariencia y el marketing" primen sobre la consistencia del intercambio personal. La superficialidad de los contactos interpersonales en la actualidad es un dato ampliamente contrastado. El compromiso o la hondura en la comunicación dan pánico a secas. Y así, poco a poco, el envoltorio de la gente va teniendo más importancia que el contenido; la imagen más que el corazón.

*Desde el hábito de *usar y tirar las cosas*, pasamos con relativa facilidad a usar y tirar a las personas. ¡Cuántas veces las relaciones se establecen y rompen desde perspectivas puramente utilitarias! ¡Cuántas veces falta el cultivo, cuidado y paciencia necesarios para establecer una auténtica amistad! Creo que, por desgracia, esta manipulación de los otros en función de mis intereses inmediatos prolifera por todas partes.

*Desde la práctica de hacer *contratos* y perseguir *ganancias* surge, de forma espontánea, una actitud "contable" que nos lleva a calcular cuantos "gastos" y cuantos "beneficios" me reportan mis vínculos personales, cuáles son "rentables" y cuáles "deficitarios", si los demás "cumplen su parte del contrato" o si yo "soy un primo" porque apporto más de lo que recibo (y esto puede aplicarse al campo laboral pero también al del matrimonio, las amistades etc). Es el lenguaje de los "derechos y obligaciones" o el de "las contrapartidas equivalentes".

*Desde la persecución del *triumfo económico* se nos estimula a excluir a los débiles, a los que cuentan con pocos recursos, a los poco productivos, a todos aquellos que puedan ser un lastre para el logro de nuestras aspiraciones (poner en este apartado enfermos, ancianos, niños...). Por el contrario, unirse al equipo ganador a tiempo o conseguir la influencia de quienes ocupan puestos de poder resulta fundamental para medrar en la competición olímpica de la vida corriente.

*Desde la aceptación del principio de la *flexibilidad y la adaptación* en el plano económico, no es difícil dar el salto a aplicarle en nuestro trato con otras personas. Si las circunstancias cambian y ciertos vínculos anteriormente útiles pasan a ser un lastre para la realización de los propios proyectos, existirán estímulos para romper ciertos lazos y establecer otros nuevos. La coherencia o la fidelidad a las personas, por ejemplo, son vivenciados como una forma de rigidez poco funcional. Para esta mentalidad es difícil entender al salmista cuando proclama huesped de Yavé al "que jura en su perjuicio y no se retracta, no presta a usura su dinero, ni acepta soborno contra el inocente" (Sal. 15, 4-5).

*Desde la persecución de la *eficiencia y la rentabilidad*, la prisa y el agobio de los afanes cotidianos de la existencia atrofian nuestra capacidad de contemplar, reflexionar, interiorizar. No hay tiempo, literalmente, para atender a las personas que nos rodean, escucharlas, visitarlas, encontrarnos con ellas en la profundidad o ayudarlas cuando se encuentran realmente necesitadas (soledad, enfermedad, depresión...).

*Desde la *tensión, la ansiedad y el agobio* derivadas de la carrera competitiva, se desarrolla en nosotros una fuerte agresividad que, unida a la coraza emocional de los que tienen que vencer a toda costa (el perfil del triunfador), embota nuestra sensibilidad y delicadeza. La constatada y difundida abundancia de comportamientos violentos en nuestra convivencia cotidiana, así como la pobreza expresiva de nuestros afectos, son el alto precio que pagamos por asumir ciertos valores.

Sin duda, estos fenómenos no definen la totalidad de las relaciones sociales actuales, pero en la medida en que se extienden, van carcomiéndolas de manera casi inconsciente. La **"mercantilización de las relaciones personales"** es un fenómeno digno de ser considerado. Es muy curioso que las mismas personas que consideran una pesada carga atender a los familiares y amigos necesitados (bebés, ancianos, etc), consideren una suerte encontrar un trabajo remunerado para hacer esas mismas labores a desconocidos. Se trata, claro está, del tipo de valores de fondo que configuran nuestras sociedades "avanzadas".

3. Algunas consecuencias negativas de esta mentalidad

A nadie se le escapan las enormes consecuencias que se siguen del triunfo cultural del neoliberalismo en su versión extrema. Podemos identificar algunas de las más relevantes. Todas ellas se derivan de la tantas veces citada denuncia de Eric From respecto a la prioridad del "tener sobre el ser", de la valoración de las cosas sobre las personas. Cuando esta perversión se generaliza, la fraternidad se hace sencillamente imposible.

Comencemos por señalar el *recelo y la desconfianza hacia los demás*, en especial los "distintos", que caracteriza el talante de buena parte de nuestros conciudadanos. Se trata de esa actitud de temor a que los otros, sus necesidades y sus problemas puedan terminar complicándonos la existencia. Ello choca con la realización de proyectos personales elaborados desde una perspectiva individual o, como mucho, familiar. La conocida frase "bastante tengo yo con mis problemas" refleja con claridad el fenómeno al que nos referimos. Quienes tienen menos, constituyen una amenaza bien real, ya se exprese como fuente potencial de inseguridad ciudadana o como posible demanda política de redistribución de la riqueza.

Quienes adoptan el criterio de aspirar a *poseer más y más cosas* entran en una espiral de difícil salida: la acumulación lejos de saciar nuestro deseo de objetos, le realimenta hasta el infinito y, a la vez, nos separa de la comunidad humana a la que pertenecemos. No sería de extrañar que la enorme dimensión que han cobrado las enfermedades psicológicas en las sociedades desarrolladas, tenga mucho que ver con este "desvarío existencial" que al desvincularnos de la relación con los demás esteriliza nuestra vida. La competencia y la carrera por el triunfo económico individual tiene enormes costes psicológicos, que se agudizan cuando llega el fracaso o la adversidad.

Desde la perspectiva mencionada, las dificultades de la vida tienen *un carácter individual*

antes que colectivo y su resolución compete a cada persona y no a la sociedad en su conjunto: por ejemplo, el paro es un problema de cada parado y a él corresponde superarlo. En otras palabras, con el triunfo del individualismo asistimos a dos fenómenos muy peligrosos desde el punto de vista social: la fragmentación y privatización de la política (ámbito en el que predomina el desencanto y la apatía que favorecen a los intereses dominantes) y la legitimación de las desigualdades en nombre del mérito individual. La incapacidad para ver los problemas sociales en clave colectiva es un obstáculo de primera magnitud para impulsar la solidaridad y dificulta la articulación de grupos y organizaciones capaces de contrarrestar los efectos más negativos del sistema en que vivimos.

En el extremo de las actitudes que estamos denunciando se encuentran aquellos que, además de *defender agresivamente su situación de privilegio* (atribuida a su esfuerzo y no a los mecanismos socioeconómicos que favorecen a unos y no a todos), terminan *instalándose en situaciones de mentira o corrupción generalizadas* que comienzan por ellos mismos. Y no me refiero aquí únicamente a los "grandes estafadores" que son noticia permanente en los medios de comunicación, sino a una actitud muchísimo más extendida consistente en aprovechar cualquier ocasión para considerar legítimo todo comportamiento que nos beneficie, aunque perjudique al bien común o a sectores más débiles (p.e. fraude fiscal, peleas familiares por herencias, abuso laboral, etc). Siempre hay un buen argumento para estos comportamientos, y se acaba considerando normal cualquier acción que nos beneficie, aunque no sea muy claro el camino que nos lo proporciona. Lo contrario sería "hacer el primo".

Con todo, la actitud que predomina más frecuentemente no es la del egoísmo descarnado, sino la de la *"solidaridad reducida y excluyente"*, la "solidaridad con los míos". Este egoísmo de grupo se encuentra plenamente aceptado en nuestra sociedad y obtiene un gran reconocimiento. Así es muy frecuente que se acepte como normal compartir y ayudar en el interior de la familia pero ello sea inimaginable en las relaciones exteriores, o se perciba con claridad la existencia de intereses nacionales e incluso la necesidad de redistribuir la riqueza dentro del propio país, pero que existan fuertes reticencias para aplicar esos mismos principios a nivel internacional.

Se puede concluir que, en la medida en la que se generalizan los patrones culturales que hemos criticado, se torna más difícil propugnar la defensa efectiva de la dignidad de cualquier persona, la perspectiva universal de la solidaridad o que las relaciones entre las personas son o deben ser de naturaleza sustancialmente distinta a la que se da respecto a las cosas. Para descubrir la importancia del intercambio igualitario (pero no "cuantificado"), la gratuidad del encuentro interpersonal o el valor de la inclusión de los débiles es necesario romper con el marco de valores centrales del capitalismo. O con palabras más evangélicas "No se puede servir a Dios y al dinero" (Mt. 6, 24).

4. "Como yo os he amado"

Hoy, al igual que hace dos mil años, la propuesta de Jesús suena escandalosa y sorprendente a nuestros oídos. A las frases evangélicas estamos acostumbrados (¿anestesiados?) todos, pero cuando en el debate público alguien propone -con otras palabras- algo que vaya en esa línea se considera iluso, provocador o peligroso. Y eso que el principio no puede ser más

sencillo: **el Reino de Dios consiste en el establecimiento de un nuevo tipo de relaciones entre los hombres que llamamos hermandad, porque se basa en el reconocimiento de tener un mismo Padre que nos ama lo indecible y promueve entre nosotros el mismo tipo de amor.** Dicho con otras palabras que entiende todo el mundo: cualquier persona del planeta "es literalmente de mi familia" y sus asuntos me atañen como los de mis padres, esposo/a o hijos. La conversión consiste precisamente en ese cambio radical de mentalidad que me hace percibir, sentir y actuar conforme a esta realidad que me descubre la fe. Yendo a la raíz de las cosas se descubre que, en el fondo, el verdadero pecado supone "romper lo que Dios ha unido", esto es, la humanidad.

Pero sabemos perfectamente que la palabra amor es utilizada con múltiples significados y que, alguno de ellos, nada tiene que ver con el de la tradición evangélica. Por eso resulta pertinente describir las notas esenciales de la fraternidad cristiana, ese estilo que, libremente, intentamos encarnar y difundir los seguidores de Jesús:

a) Un **amor que no excluye ni discrimina a nadie**. La mayor parte de las relaciones humanas de tipo amoroso resultan selectivas: los amigos se eligen por la sintonía de gustos, los amantes por el enamoramiento y la seducción mutua, los camaradas por la afinidad ideológica o política, los hijos son carne y sangre propia, con socios o clientes une el interés común... Pues bien, no cabe duda que la fraternidad es un tipo de relación abierta a cualquier persona por el sólo hecho de serlo y al margen de cualquier atributo adicional. Leí hace poco una expresión fuerte pero hermosa en un artículo de Torres Queiruga que apunta en esta línea: "Dios es negra". Es un eco de la frase paulina "ya no hay diferencia entre judío y griego, esclavo u hombre libre, varón o mujer" (Gal. 3, 28) y podíamos ampliar la lista...

b) Un **amor que iguala desde abajo**. Porque Dios quiere a todas las personas dichosas, tiene preferencia por los pobres. Su liberación es la condición necesaria para la igualdad y, sin ésta, es imposible una verdadera relación de amor. Por ello, la Buena Noticia para los pobres es, al mismo tiempo palabra de juicio y conversión para los ricos que impedimos el progreso del Reino. Sólo si volvemos a nacer de nuevo podremos entrar en el banquete de bodas; liberados de nuestras posesiones, seremos enriquecidos por Dios mismo. El canto de María expresa claramente este principio: "Yavé derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes" (Lc. 1, 52) . Así se equilibran las cosas. Y Dios prefiere a los pobres no porque sean mejores sino porque, objetivamente, están peor y cualquier padre se preocupa más por los hijos más necesitados.

c) Un **amor con alcance político y capaz de asumir conflictos**. Nuestro Dios "ha oído el clamor de su Pueblo" (Ex. 3, 7-8) y se indigna con la injusticia y toda forma de opresión, explotación o dependencia. La oposición a cualquier tipo de actitudes y estructuras generadoras de injusticia forma también parte de los ingredientes esenciales del establecimiento de la fraternidad cristiana frente a toda concepción idílica, asistencial o romántica de la misma. Sin embargo, como la fraternidad anunciada e iniciada por Jesús de Nazaret no puede establecerse por la fuerza (frente a toda forma de integrista), la estrategia política del Reino asume la metodología de la debilidad, la no violencia y los valores democráticos del respeto y la tolerancia.

d) Un **amor que baja para restablecer el diálogo**. El hermoso Himno de la Carta a los Filipenses señala que Cristo, siendo Dios, renunció a su categoría divina para hacerse un hombre cualquiera (Flp. 2, 6-11). Ciertamente, para entablar una relación de cariño es necesario ponerse al mismo nivel. Desde posiciones de desigualdad sólo caben actitudes como la sumisión o la

adulación, por un lado, y la dominación o el paternalismo, por otro. Es una experiencia humana muy común que la gente se sienta unida en los momentos de dolor y debilidad, mientras que el orgullo, la prepotencia o la riqueza imposibiliten totalmente el encuentro. De ahí el valor inestimable de la humildad y el perdón.

e) Un **amor que reconoce y valora las diferencias**. La conocidísima imagen paulina del cuerpo como metáfora de la comunidad cristiana (Rom. 12; 1ª Cor 12), aporta una enseñanza irrenunciable: nadie es tan pobre que no tenga algo que aportar al resto, ni tan rico que no necesite nada de los demás. No se trata de exigir a todos lo mismo o de imponer un modelo único de persona. Al contrario, se trata más bien de que cada uno exploremos a fondo nuestros talentos para el bien de todos. Es el mismo Espíritu el que reúne en el amor a quienes somos profundamente distintos y, por eso mismo, complementarios. Pablo, además, añade dos criterios que siguen siendo muy esclarecedores: de todos los carismas, el más importante es el del amor (que es el que todo el mundo posee por cierto) y, por otra parte, los miembros más débiles del cuerpo han de ser tratados con mayor cuidado (1ª Cor. 13).

f) Un **amor que comparte efectivamente**. Para evitar que el discurso sobre el amor termine siendo "música celestial" sin contenido alguno, es preciso recordar que para los primeros cristianos "tener un sólo corazón y una sólo alma" llevaba consigo el "tenían todo en común y nadie consideraba suyo nada de lo que tenía". Sabemos que estos sumarios del libro de los Hechos de los Apóstoles (He. 2 y 4) no constituyen una descripción exacta de la comunidad, pero si expresan una certeza central: compartir lo que somos y tenemos con quienes lo necesitan es el signo más claro de la proximidad del Reino (por cierto que, compartir, hace referencia a intercambiar y no a "dar" o a "ser generosos"). El amor evangélico es muy poco piadoso o "espiritual" y para ello basta con recordar el discurso de Jesús en la sinagoga que presenta su misión en el mundo o el relato del juicio final que recoge Mateo (Mt. 25, 31-46). En la fraternidad, los hermanos se ayudan para resolver los problemas de la vida (comer, empleo, enfermedad, tristeza, sentido...)

g) Un **amor que universaliza a partir del próximo/prójimo**. Otra tentación frecuente entre nosotros es la de quienes, con la excusa de amar a todo el mundo en general, no se implican efectivamente con nadie. Por eso, en Jesús, el servicio se hace universal no porque se refiera en abstracto a todos los hombres, sino porque la mirada atenta a las personas cercanas no seleccionaba a los potenciales destinatarios de su entrega (los de su familia, los de su pueblo, los de su religión, los de su ideología). A este respecto, el comportamiento de Jesús ante los extranjeros, los pecadores, los niños, las mujeres, los herejes, etc, fue escandaloso en sumo grado y causa destacada de su muerte. Recordemos a este respecto la parábola del Buen Samaritano con su enorme carga de provocación (Lc. 10, 29-37).

h) Un **amor fiel y gratuito**. Me interesa destacar este aspecto porque ambos valores no están precisamente en alza. Frente a toda concepción calculadora, condicionada o posesiva de las relaciones personales, Jesús mostró un camino en el que su entrega a la gente no dependió nunca de la respuesta que encontró entre quienes le rodeaban (que muchas veces fue de incompreensión, abandono o rechazo). Además, sigue siendo una buena noticia saber que para entrar en la fraternidad no hay que hacer un "curso-oposición", tener "un brillante curriculum" o poseer "el perfil idóneo para la plaza"; basta el deseo sencillo y honrado de querer participar aportando lo que uno es. ¿Quién puede olvidar la entrañable parábola del Padre bueno (mejor que del hijo pródigo)? (Lc. 15, 11-32).

i) Un **amor** que **acepta y sana las heridas**. Algunas idealizaciones de la fraternidad corren el riesgo de presentarla como un programa para superhéroes, ejemplo de una generosidad intachable. Nada más lejos de la visión evangélica de las cosas (1ª Cor. 1, 26-31). La comunidad cristiana se sabe enferma, débil y pecadora, pero a la vez, curada, fortalecida y perdonada. Por eso, compartir es poner en común no sólo lo bueno que somos y tenemos, sino también todas nuestras limitaciones. Tener un espacio en el que no tener que aparentar y defender nuestra "imagen publicitaria", en el que reconocernos y aceptarnos tal y como somos, en nuestra verdad, es una verdadera dicha. Esa aceptación de la parte dolorosa de la vida de cada uno constituye un ingrediente básico de nuestra humanización.

j) Un **amor** que **ha sido amado primero** (1ª Jn. 4). Es el rasgo básico de la fraternidad desde mi punto de vista. Si le menciono al final es porque se descubre, normalmente, cuando se lleva recorrido cierto camino de fe. En el fondo, todo el amor que ponemos en la construcción de la fraternidad es un regalo de Dios, es su Espíritu que habita en nosotros haciéndonos capaces de vivir, en cierta medida, acordes con nuestra verdadera vocación a ser una familia de hermanos. Quienes se han sentido de verdad amados, liberados, salvados; quienes descubren que Dios les ha cambiado el corazón de piedra por uno de carne, son aquellos que comprenden que la mayor causa a la que podemos entregar la vida es a la del Reino de Dios. Ellos saben que este Reino está protagonizado y promovido por el mismo Dios, pero que requiere de nuestra colaboración para su realización efectiva.

En estas breves y sencillas reflexiones no se ha intentado describir sin más la realidad de nuestra sociedad o presentar una formulación teológica precisa del concepto de fraternidad cristiana, sino plantear en confrontación dos proyectos alternativos de entender las relaciones humanas. Esta presentación pedagógica de la cuestión puede ayudar a comprender la disyuntiva ante la que el Evangelio y la cultura dominante nos sitúan. Leí recientemente en un artículo de Gustavo Gutierrez era necesario inventar una nueva Bienaventuranza: ¡Bienaventurados los tercios porque de ellos es el Reino de Dios! A eso somos invitados los promotores de la fraternidad en estos tiempos que corren.

Para concluir esta parte de la reflexión, puede ser clarificador recordar tres frases evangélicas que se refieren al amor tal y como lo entiende Jesús de Nazaret. El nos invita a:

*"Amar al prójimo como a uno mismo" (Lc. 10, 27), esto es, como a alguien igual a nosotros que tiene el mismo derecho que nosotros a ser feliz.

*"Amaros los unos a los otros como yo os he amado" (Jn. 13, 34). Ese "como" tiene un doble sentido: que Él nos amó primero y que el amor de Jesús tiene un "estilo característico y único"

*"Cómo el Padre me amó, yo os he amado. Permaneced en mi amor" (Jn. 15, 9). Descubrímos aquí el dinamismo de la fraternidad: el Padre la inicia, Jesús nos la anunció, nosotros la acogemos para continuarla gracias al Espíritu que se nos ha dado.

Nada queda por decir a nivel de planteamientos, sino que éste es *el único camino que lleva a la verdadera vida* (Jn. 14, 6). La alegría y plenitud que han experimentado los que han vivido este tipo de amor a lo largo de la historia (y lo mucho o poco que hemos saboreado del mismo cada uno de nosotros) son y serán siempre el gran argumento del Evangelio. Ahora queda ver como llevar a la práctica el proyecto.

5. ¿Cómo educarnos para la fraternidad?

Tras haber reflexionado sobre las características propias de la fraternidad, nos proponemos descubrir pistas pedagógicas que nos capaciten para ella, intentando no perder por el camino ni la radicalidad ni el realismo típicos de la propuesta evangélica. Resulta muy apropiado, en este campo, el paradójico consejo de Jesús sobre la necesidad de ser "sencillos como palomas y astutos como serpientes". Y, sin embargo, los creyentes oscilamos con frecuencia entre la adopción de comportamientos absolutamente homologables a los de la mentalidad dominante ("somos hermanos pero no primos" decimos, o "la caridad empieza por uno mismo"), y la toma de posturas cándidas e ingenuas, llenas de buena voluntad pero poco "expertas".

Son demasiadas las personas que desde la generosidad y la audacia inspiradas por la fe han terminado quemadas, heridas o decepcionadas; incapaces, a partir de cierto momento, para abrirse a nuevas relaciones. En concreto, ciertas lecturas idealizadas o piadosas de la entrega cristiana han conducido a muchas personas hacia un tipo de realización del amor infantil e, incluso, dañina desde el punto de vista psicológico. No está de más recordar a este respecto, que la inteligencia es también un don de Dios que debe ser cultivado.

Es evidente que la realización personal no puede alcanzarse en solitario ya que los demás (y ese "otro" especial que es Dios) constituyen parte esencial de nuestra propia vida, pero también es cierto que la comunión entre las personas resulta siempre difícil y conflictiva, necesitando permanentemente de cultivo y renovación. Es cierto que todos buscamos la comunicación y que el aislamiento nos esteriliza (como si fuera un anticipo de la muerte), pero también lo es que el verdadero encuentro sólo se da entre quienes son capaces de vivir la soledad, entre quienes reconocen su propia originalidad e identidad y saben, al mismo tiempo, que cada uno somos responsables de nuestra propia vida y que la felicidad se gesta en el interior de cada uno, aunque sea haciéndonos salir hacia los otros. Somos conscientes de que buscamos la relación con los demás esperando que nos enriquezcan, ayuden o complementen pero, lo cierto, es que la necesidad o el interés no son las motivaciones que permiten alcanzar las mayores cumbres de la fraternidad.

Esta complejidad intrínseca a las relaciones personales requiere desarrollar una auténtica sabiduría que sólo se obtiene tras numerosos ensayos, pruebas y errores. No obstante, el progreso de las ciencias humanas y la reflexión de las comunidades cristianas a partir de su experiencia pueden aportar algunas "señales de circulación" para evitar los "accidentes de tráfico fraternal" más frecuentes. Las páginas que siguen pretenden con modestia contribuir a dicha reflexión.

6. Espejismos, ilusiones y alucinaciones

Aunque pueda parecer sorprendente a primera vista, buena parte de los sufrimientos que experimentamos en la relación con otras personas se derivan de haber asumido unas nociones erróneas respecto a la comunicación interpersonal. Los "mitos" sobre el amor nos llevan a

imaginar o desear cosas imposibles o que, de llegar a realizarse, podrían conducir de hecho a la alienación de los individuos en lugar de a su crecimiento y desarrollo. Y es que, aunque los mitos sean idealizaciones sin fundamento, sus consecuencias son bien reales y dañinas.

La Iglesia es responsable parcial de estas ilusiones por haber sostenido una antropología demasiado simplista en la que podían distinguirse con total claridad el espíritu y la materia, el egoísmo y la generosidad, el amor y el odio, la fe y la increencia, etc. Lo cierto es que los hombres somos en realidad, por suerte o por desgracia, una extraña y compleja mezcla. Es peligroso hablar de total generosidad o renuncia, de entrega plena y desinteresada al otro, de rechazo de todo poder y expresiones análogas, porque la realidad que somos se acaba imponiendo. Lo cierto es que el lenguaje bíblico es, por una parte, más realista y sensato que muchas de nuestras expresiones "espirituales" y, por otra, su carácter simbólico impide que deba ser interpretado literalmente: se refiere a la orientación fundamental del corazón. Además, deja abierta la cuestión de cuáles deben ser los caminos concretos más adecuados para hacer efectiva la voluntad de Dios.

Puede ser útil identificar algunos de los mitos más recurrentes que interfieren en la realización de la fraternidad, no con la intención de agotarles, sino como invitación a descubrir aquellos que hemos interiorizado cada uno.

* *La libertad omnipotente.* Podemos decir que es una imagen propia de los tiempos recientes. Mientras en el ámbito de las grandes estructuras políticas y económicas se percibe la dificultad de lograr cambios significativos -así como el mínimo espacio de maniobra que tenemos los individuos-, en la esfera privada asistimos a un creciente predominio del subjetivismo. Cada vez son más las personas que no desean establecer lazos o vínculos personales que puedan hipotecar de alguna manera sus proyectos individuales. En todo caso, las relaciones se sobreentienden provisionales y condicionadas a la clara satisfacción de las necesidades de cada parte. Como es fácil imaginar, desde estos presupuestos la fraternidad se hace imposible, ya que ésta necesariamente requiere la aceptación de cierta renuncia a los propios gustos e intereses particulares en favor de metas colectivas y un compromiso mutuo de solidaridad.

* *El deseo de fusión total.* En oposición al mito anterior que absolutizaba la independencia personal, en éste se plantea una comunión y sintonía completas que no puede realizarse entre los seres humanos que somos, por fortuna, distintos. Esa aspiración conducirá inexorablemente a la decepción y refleja en muchos casos problemas de falta de identidad personal. La búsqueda exagerada de seguridad dentro de un grupo o una pareja puede estar alimentada por el miedo a la libertad o por la ausencia de una autoestima suficiente. Los fenómenos sectarios, las tribus urbanas o las relaciones de fuerte dependencia y complementariedad se encuentran estrechamente relacionados con este tipo de mito. La fraternidad requiere el ejercicio de la propia libertad y el mantenimiento de la originalidad de cada persona.

* *La entrega y la generosidad plenas.* Según cierta espiritualidad de gran aceptación, la base de la fraternidad consistiría en la renuncia a las propias aspiraciones y el abnegado servicio a los demás. Como en los casos anteriores, el peligro consiste en extremar un enfoque, que termina por sacrificar a los individuos en aras del bien común. Y lo cierto es que negar los deseos, las necesidades o las ilusiones de los seres humanos, por elevada que sea la causa,

termina pasando factura en forma de amargura, frustración y resentimiento (o, lo que es peor, cobrando a los "beneficiados de nuestra entrega" en forma de poder e influencia sobre ellos). Lo normal y deseable en las relaciones humanas es el intercambio, el mutuo enriquecimiento que "no lleva cuentas", pero que sí implica reciprocidad. De hecho, el amor cristiano no consiste en "dar", porque esto nos coloca en posición de superioridad o de paternalismo, sino en establecer una relación amistosa en la que cada cual aporta lo que puede a la comunidad. Reconocer y disfrutar con las compensaciones y satisfacciones que da una vida de servicio es más honesto que pretender la "gratuidad pura".

* *El terrible pánico al conflicto.* Otra herencia de la concepción cristiana tradicional consiste en considerar toda confrontación como contraria a la caridad que merecen todos nuestros prójimos. Y, sin embargo, somos discípulos de un hombre que murió ajusticiado por su comportamiento valiente, sincero y coherente en favor de los últimos. No hay grupo humano que pueda progresar si no acepta en su seno que el respeto a la verdad, la gestión del poder o la influencia y la existencia de percepciones y pareceres plurales generan tensiones inevitables que, en muchas ocasiones, contribuyen a nuestro crecimiento. Negar nuestras aspiraciones, anhelos o sentimientos verdaderos a causa de que son "poco presentables" o "religiosamente incorrectos" (pensemos en las afinidades o los celos, los apegos, la agresividad, el deseo de poder o prestigio, etc), es un buen camino para construir cualquier fraternidad sobre arena. Tapar o disimular las diferencias, no las elimina, pero sí influye a que su resolución se lleve a cabo mediante procedimientos poco sanos.

* *"Todos pensaban y sentían lo mismo".* De algún modo, los relatos de la vida de las primeras comunidades han hecho que algunos confundan el horizonte escatológico hacia el que debemos avanzar poco a poco en diálogo mutuo, con una realidad que ha de lograrse por decreto. Una cosa es experimentar una profunda comunión por el hecho de confesar al mismo Señor y haber recibido el mismo Espíritu y otra, muy distinta, que todos tengamos que coincidir en pensamiento y sensibilidad. Esto último sólo ocurre en grupos absolutamente autoritarios que, lejos de liberar a sus miembros, les despersonalizan por completo. Cuando la gente es libre, piensa y siente de manera distinta y, precisamente, la gracia de la fraternidad consiste en que esos seres humanos, tan diversos, se lleguen a querer realmente.

* *La respuesta completa a mis necesidades.* Algunos buscan en las realidades comunitarias un ámbito en el que todas sus necesidades (afectivas, materiales, de seguridad, de expresión, de sentido, etc) sean satisfechas. Por lo general, estas personas valoran mucho la pertenencia al grupo y se implican profundamente en su funcionamiento, arriesgando y aportando mucho de su propia persona. A cambio exigen a los demás miembros que se adecúen a sus expectativas, que pueden llegar a ser desmedidas. Con frecuencia, quienes tienen estas actitudes se encierran en el espacio del grupo, que es percibido como una garantía frente a la incertidumbre que produce la sociedad. Sin embargo, no hay grupo humano que pueda dar respuesta a todas las aspiraciones de los individuos y, en el fondo, la clave de la realización de cada persona radica más en su propio planteamiento de la vida -en la medida en que se adecúa a su vocación profunda- que en lo mucho que los demás pueden contribuir a enriquecerla.

Creo que es fácil comprender que, si el punto de partida de cualquier proyecto de fraternidad es del tipo que he calificado como mito, nada bueno puede esperarse. La decepción como diría D. Bonhoeffer está garantizada y las relaciones entre los participantes en la aventura terminará como el rosario de la aurora a base de recriminaciones mutuas.

7. Dificultades reales y posibles respuestas

La tendencia a cerrarnos en nosotros mismos para, de este modo, llegar a convertirnos en el centro de la realidad es una tentación que tiene tanta antigüedad como el mismo hombre. Por desgracia, la consecuencia inmediata de esa actitud es la ruptura con el resto de la familia humana que se traduce en múltiples formas concretas: la indiferencia, el dominio, la utilización, la exclusión, la explotación... Todas ellas tienen en común la afirmación de uno mismo al margen o a costa de los demás, una propensión a manipular a otras personas en provecho propio y el diseño de proyectos de felicidad que dejan fuera a otros seres humanos. Esta es en esencia el principal obstáculo para la fraternidad: el egoísmo presente en todos nosotros. Su superación requiere al menos tres condiciones: descubrir que es un camino equivocado que conduce a la muerte, decidir con libertad recorrer el camino del amor y contar con la fuerza transformadora del Espíritu.

Pero además, en el terreno práctico, es preciso encontrar una forma de articular adecuadamente las siempre delicadas relaciones personales, que poseen un carácter paradójico:

* Entre la independencia, que absolutiza la libertad de cada ser humano, y la dependencia, que anula la personalidad de cada individuo, la fraternidad es una propuesta de *interdependencia en igualdad*. Un reconocimiento expreso de los lazos de solidaridad que deberían producirse entre toda la humanidad, pero que no se imponen por la fuerza sino por el libre asentimiento de cada persona. A pesar de las apariencias, la fraternidad se fortalece cuando cada individuo gana en autonomía, madurez, espíritu crítico y originalidad, y se debilita con la sumisión, la dependencia y la pasividad. Sólo desde la libertad puede construirse el amor, sin ella sólo quedan los sucedáneos.

* Crear comunión implica aceptar que todos *percibimos la misma realidad de manera distinta* (así como con sentimientos y valoraciones diferentes), pero que podemos colaborar, al mismo tiempo, en *proyectos comunes que a todos beneficien*. El reto consiste en que esas diferencias nos ayuden a tener una visión más completa y menos sectaria de las cosas, en lugar de impedir el trabajo en equipo. A este respecto, una de las tareas permanentes de quienes desean promover la solidaridad consiste en mejorar la comunicación, eliminando los prejuicios y las interferencias.

* En las dinámicas de tipo comunitario será necesario sortear también otra trampa. *Ni el funcionamiento del grupo puede llevarse a cabo a costa de los miembros* (aunque es frecuente que organizaciones económicas, sociales y políticas instrumentalicen a sus militantes), *ni la atención a las necesidades de estos puede constituir la meta de toda tarea*, o llegar a paralizarla (como ocurriría en un grupo de refugio o autosatisfacción). Una vez más, las esquizofrenias son muy peligrosas. A corto plazo los grupos pueden ir tirando de cualquier manera, pero a medio o largo plazo, es preciso atender el cultivo de las relaciones, al clima afectivo, a la forma organizativa, a la situación de cada individuo y a la eficacia de la tarea que se realiza.

* En el terreno estricto de las relaciones fraternas que surgen de la fe cristiana ha de

contemplarse otra polaridad: la que procede de la *lógica del Reino de Dios*. Muchas veces el grupo centrado en sí mismo y sus relaciones internas acaba por envenenarlas, incluso con la mejor voluntad del mundo. Frente a este peligro, la urgente llamada de la injusticia y la pobreza, así como la palabra autorizada de Jesús que viene también de fuera del grupo, constituyen con frecuencia dos instancias que fortalecen la unidad del grupo y estimulan su eficacia liberadora, mucho más que los debates y las discusiones domésticas. En términos teológicos: la vocación que nos reúne y la misión a la que somos enviados.

* El dinamismo de la fraternidad ha de integrar, a un tiempo, *la necesidad y el deseo*. Estas dos instancias de la persona no son idénticas; la primera es más conservadora y realista, la segunda, más utópica y libre. Si la experiencia comunitaria no reconoce, incorpora y asume las necesidades profundas de los individuos, terminará siendo muy frágil, superficial y sin capacidad de motivación. Por el contrario, sin cultivar el deseo, la tensión y el inconformismo que ayudan a crecer e impulsan a transformar el mundo, las experiencias de fraternidad desaparecen por aburguesamiento. Necesitamos a los demás sin duda, pero lo hermoso es desear el encuentro con otros por su valor en sí mismo.

Con el fin de incorporar un mayor sentido común a nuestras aspiraciones y proyectos sugiero la lectura de un pequeño pero muy interesante libro de Alessandro Manenti: *Vivir en comunidad. Aspectos psicológicos*. (Ed. Sal Terrae, 1983). También me parece muy útil el n° 975 de la revista Sal Terrae titulado *Los grupos cristianos. Para ser creativos y duraderos*. (1995).

8. Estrategias para el crecimiento desde una perspectiva creyente.

En esto del amor, tal como lo entiende el cristianismo, no basta con "querer" (aunque sea condición imprescindible), hace falta también "saber" y haber ido desarrollando ciertas "aptitudes" o "capacidades" prácticas. Para ser más preciso, ese "querer", "saber" y "capacitarse" para el amor es la tarea fundamental de la vida de un discípulo de Jesús. Y lo malo es que no estamos sobrados de recursos para alcanzar la meta que consiste en **reeducar los sentidos, las entrañas, la cabeza y el corazón para que sintonicen con la longitud de onda de Jesús de Nazaret**. Dada la amplitud de cuestiones que habría que afrontar en este apartado, prefiero enunciar las que me parecen más importantes y sugerir una lectura que afronte la cuestión con rigor.

a) En todo este asunto me parece fundamental sostener el primado de la *conversión del corazón* frente al fariseísmo cumplidor y al egoísmo individualista. La fraternidad cristiana es un "regalo" y una "propuesta" que nos vienen del mismo Dios. Él nos ha descubierto la realidad profunda de nuestra hermandad y su Espíritu nos capacita para llevarla a cabo. No se trata de asumir la existencia en clave de sacrificio, sino de adoptar una manera mejor de vivir, desde una perspectiva distinta a la que se nos vende todos los días. Mientras no descubramos la dicha que encierra esta opción y el hecho de que, simplemente, es el eco del amor que Dios nos tiene, es inútil toda propuesta evangélica. Aquí se encuentra la clave de la gratuidad cristiana: podemos intentar amar sin buscar una compensación directa (agradecimiento, éxito en la tarea, cultivo de la autoimagen, enriquecimiento material o moral), porque hemos sido amados plenamente por Dios sin ningún mérito especial por nuestra parte. El nos dió la vida y, su permanente cercanía

cariñosa, desborda de forma natural hacia fuera. Hemos recibido toda "la paga" antes de haber iniciado la "labor en la viña". El nos permite descubrir que cualquier persona es digna de nuestra entrega. Una lectura estimulante: *Vida en comunidad* de Dietrich Bonhoeffer (Ed Sígueme, 1983).

b) *Amarse a uno mismo*: un criterio de valor psicológico y teológico. Por extraño que parezca a primera vista, los psicólogos coinciden en que la mayoría de nosotros no nos queremos lo suficiente (en nuestro interior nos reprendemos y rechazamos en muchos aspectos, porque no coincidimos con nuestra imagen ideal) y ello tiene consecuencias nefastas. Curiosamente, el egoísmo, la agresividad, la avidez por tener cosas, la envidia, el deseo de aparentar, el orgullo... suelen ser mecanismos con los que, equivocadamente, intentamos compensar nuestra baja autoestima. Por desgracia, esas actitudes nos alejan de los demás y de nosotros mismos. A este respecto, dos ideas parecen bastante fundadas: la sana aceptación de nuestra persona y el cariño que nos tenemos depende del cariño que hemos percibido que los demás nos tienen (esto es fundamental en la etapa infantil pero no debiera olvidarse en cualquier comunidad de adultos); en segundo lugar, amo a los demás en la misma medida en que me amo a mí (y no sólo por seguir el mandato evangélico). Quién se vive querido y aceptado, quiere y acepta más fácilmente a los demás en quienes no ve rivales de su amor ni privilegiados de algo que a ellos les falta. Conocerse y quererse sabiéndonos conocidos y amados: esa es la clave del crecimiento. Y lo cierto es que, para los creyentes, esa experiencia de amor y acogida incondicional debería ser totalmente connatural: ¿No tenemos un Padre lleno de misericordia? ¿Será que nos lo creemos poco! Una lectura estimulante: *Sé amigo de ti mismo* de José Vicente Bonet (Ed. Sal Terrae, 1994)

c) No existe mayor felicidad que la de poder *comunicarnos en profundidad* con alguien que también nos abre la riqueza de su alma. Para ello tenemos que conocernos a nosotros mismos y conocer, al mismo tiempo, las trampas y puentes de la comunicación. También en este campo, las heridas y los engaños pueden conducirnos a la "frigidez". Con el ritmo de vida que nos traemos no es fácil que nos conozcamos a nosotros mismos. A nivel de ideas y acciones puede que sí, pero muchas veces a nivel de sentimientos profundos, valores, "tripas", la cosa no está tan clara, porque censuramos ciertas tendencias, porque no escuchamos lo profundo del corazón. Sin cultivar la interioridad vivimos en la superficialidad de la vida, sin posible autenticidad. De este modo, no sabemos el impacto que nuestra manera de ser tiene en quienes nos rodean, y tampoco cuáles son los dones personales con que podemos obsequiarles. Así es la mayor parte de nuestra comunicación: estéril y periférica. Y lo cierto es que, sin ciertas palabras que sólo otro puede decirme, yo mismo no llego a conocerme. Pero la comunicación no es simple intercambio de información neutral. Su dificultad radica en que por debajo de nuestras palabras explícitas se cuecen las dinámicas del poder y de los afectos, de las ilusiones y las frustraciones, de las esperanzas y los prejuicios. Purificar la comunicación de tal cantidad de "interferencias" y "malas traducciones simultáneas" requiere mucha competencia. Para lograr un encuentro de corazón a corazón (no de cabeza a cabeza) se necesitan distintos ingredientes: saber callar y saber hablar, pedir permiso para entrar en el espacio del otro, sintonizar con empatía, escuchar con respeto, corresponder a la intimidad con delicadeza, encontrar la distancia adecuada y el clima oportuno, etc. Una lectura estimulante: *Comunicarse para ser feliz* de Fernando Moreno Muguruza (Ed. CCS, 1996)

d) *Compartir lo que somos y tenemos*. Sin duda, es otro de los elementos de la experiencia de fraternidad. Para entrar en la actitud es preciso reconocer que lo que poseemos no

es nuestro en exclusiva, que somos administradores de un patrimonio común y que las diferencias pueden complementarnos y enriquecernos a todos. Ahora bien, resulta muy difícil compartir cuando falta sensibilidad para percibir las necesidades ajenas o cuando el corazón se ha apegado a la acumulación de bienes (no hace falta que sean muchos o muy lujosos). No conozco más terapia que el ponernos en el lugar de los que carecen de lo necesario (en lugar de envidiar a los que tienen más) y luchar contra la idolatría de la riqueza que hoy es más fuerte que nunca. Pero la aportación (de bienes, ideas, sentimientos, ayuda) debería de ser libre y no percibida como una forma de "expropiación" de "deber" o de "imposición externa". Es el fruto natural de sentirnos señores de las cosas y hermanos de las personas. Aquí debo insistir en que, al compartir lo que somos y tenemos, también habremos de aportar nuestra cara oscura y nuestras carencias o necesidades (que también son nuestras). Aceptar la mezcla y huir de las imágenes en blanco y negro es el camino. También merece la pena recordar que compartir es aportar pero también recibir, para no dejar a nadie "en deuda" con nosotros. Es percibir que "lo nuestro" lo "de todos", proporciona una dicha superior a lo "mío" y lo "tuyo" que tantas veces son motivo de división. Una lectura estimulante: *Te quiero. Te odio.* de Carlos G. Vallés (Ed. Sal Terrae, 1994).

e) *El servicio como ingrediente central del proyecto de vida.* Podría parecer por lo dicho hasta ahora que el lenguaje del servicio y la entrega debía considerarse superado. Nada más lejos de la verdad. Sin embargo es necesario purificar las concepciones paternalistas, heroicas, altruistas, o sádicas del mismo. Así, el desarrollo de la misericordia nos descubre llamados a emplear nuestra existencia del modo que todos (yo incluido) vivamos más felices. A lo que se opone este planteamiento no es a la búsqueda de la realización personal, sino a intentar alcanzarla al margen o a costa de los demás. Por el contrario, hay que afirmar que la defensa de la causa de los pobres es el único programa universal de dicha y alegría. Esta disponibilidad para el Reino no nos sitúa por encima de nadie sino en relación de amistad con todos. Desde esta perspectiva cargar con la cruz no supone masoquismo, sino valentía para afrontar la oposición y resistencia de quienes se oponen a la causa del Reino, es el precio del amor concreto hacia los empobrecidos y excluidos. Frente a los héroes, sabemos que somos modestos instrumentos en manos del Padre y que su mismo amor alimenta y robustece el nuestro; frente a los altruistas, somos conscientes de que en el encuentro y la solidaridad todos somos enriquecidos aunque, en apariencia, "unos den y otros reciban". Quienes viven para sí despilfarran su vida, mientras los que la entregan sin reservas ven como su existencia es fecunda, merece la pena, se carga de densidad, plenitud y belleza. Gratis lo hemos recibido, démoslo gratis. Una lectura estimulante: *Hogar y taller* de José Antonio García (Ed. Sal Terrae, 1985).

f) *El conflicto, el dolor y, en definitiva la cruz,* son ingredientes constitutivos del camino cristiano. Que, como escribía León Felipe, "no es lo que importa llegar pronto ni solo, sino llegar con todos y a tiempo", se dice fácilmente pero vivirlo cuesta sangre, sudor y lágrimas. Cuando no son los trompazos que nos dan nuestros hermanos de dentro, son los ataques directos o disimulados de los que, desde fuera, no ven con buenos ojos el proyecto cultural de la solidaridad y sus realizaciones concretas. La propuesta del Evangelio es muy arriesgada y nos hace efectivamente vulnerables. Cada posible fracaso será ocasión para volvernos "realistas" y "tirar la toalla". A este respecto, creo que deberíamos rectificar una presentación de la fe cristiana según la cual el éxito histórico sería la garantía de que Dios está con nosotros. Por el contrario, habría que recordar de forma permanente, que Jesús fracasó en su pretensión inicial y que muchos de sus mejores seguidores han corrido parecida suerte (la fe complica la existencia aunque la salve a otro nivel). La clave de la vida no está en obtener el éxito, sino en haber acertado con la causa a la que merece la pena entregarla. Desde la fe, las muertes de M.L. King, Gandhi, O. Romero, I.

Ellacuría y sus compañeros y tantos otros millones de personas, han dignificado más a la especie humana que el triunfo triste y miserable de sus asesinos (provisionalmente "victoriosos" a los ojos de los hombres, que no de Dios). En cualquier caso, *el perdón y la corrección fraterna* son dos realidades a cultivar asiduamente. Amar a alguien no es darle la razón, sino ayudarlo a ser feliz según su propia vocación. La revisión puede ser ocasión de crecer enormemente en nuestro desarrollo personal, pero requiere mucha habilidad y cariño para no ocasionar un sufrimiento innecesario: clima adecuado, igualdad de todos en la revisión, deseo de ayudar y no de "desahogarnos", capacidad para objetivar y ofrecer pistas concretas para el cambio, respeto a la intimidad y libertad de todos, etc. Una lectura sugerente: *El camino comunitario* de Elkin Arango (Ed. Verbo Divino, 1990)

g) Cultivar con asiduidad *la fiesta y el juego*. A veces por la trascendencia de nuestras palabras y reuniones damos a entender que "esto del Reino" depende sólo de nosotros. Otras veces transmitimos pesimismo y angustia porque vemos que, en esta sociedad, no nos entienden y somos cada vez menos. Otras veces nos paraliza la impotencia derivada de la desproporción entre la injusticia y el dolor que existen en el mundo y la pequeñez de nuestras fuerzas para combatirlas. Cuando así obramos, manifestamos claramente la poca fe que tenemos en el Señor, el verdadero promotor de la empresa en la que hemos tenido la suerte de "encontrar empleo". Cuando recobramos la cordura surgen, espontáneamente, la fiesta, la alegría, el canto y las ganas de dar gracias a Dios por la vida y por el misterio que la habita. Va un abismo de vivir agradecidos por las oportunidades que tenemos de disfrutar y crecer, a vivir exigiendo más a la realidad y a los otros o lamentando lo que no fuimos. Si descubrimos esta clave podemos permitirnos reírnos, tan tranquilos, de nosotros mismos y de nuestros pequeños "pinitos de fraternidad". Somos principiantes en el arte del querer, deportistas del amor, que nos entrenamos con ilusión en esta curiosa afición ayudándonos unos a otros a mejorar, combinando, humor y amor en dosis parecidas. ¿No fue Jesús el que dijo que los últimos serían los primeros? ¡Pues para qué empeñarse en "ganar la carrera" de la vida con trampas y zancadillas si al final el Padre va a cambiar toda la clasificación del campeonato según sus particulares puntos de vista! No seamos ni público en el estadio de la vida, ni profesionales del deporte. Seamos animosos "amateurs", que esos son los que verdaderamente se divierten. Una lectura estimulante: *La comunidad lugar del perdón y de la fiesta* de Jean Vanier (Ed. PPC, 1995)

9. Conclusión

No se si estas modestas meditaciones (con sugerencias bibliográficas incluidas) pueden haber parecido ingenuas, angelicales o piadosas. Creo, sinceramente, que para no renunciar a la propuesta de fraternidad que nos hizo Jesús de Nazaret hay que aprender una sabiduría de la vida que tiene que ver con algunas cosas de las tratadas en estas líneas. Quisiera terminar recordando unas hermosas palabras que corresponden a Bertolt Brecht y que, en cualquier caso, expresan una convicción muy profunda respecto a nuestro asunto:

*Hambriento, ¿quién te alimentará?
Si tú quieres pan, ven con nosotros,
los que no lo tenemos.
Déjanos enseñarte.*

*Los hambrientos te alimentarán.
O todos o ninguno. O todo o nada.
Uno sólo no puede salvarse...*

B. Brecht

10. Cuestionario para el trabajo en grupo

1. ¿Consideras que la descripción de lo que es la fraternidad según el Evangelio es acertada? ¿Ingenua? ¿Utópica? ¿Realista?
2. ¿Te sientes animado a vivir así? ¿Qué sentimientos te producen las palabras de Jesús sobre el amor? ¿Crees que es sano psicológicamente adoptar estas actitudes?
3. El texto sugiere algunas dificultades ambientales para realizar la fraternidad. ¿Cuáles son las que a tí te afectan?
4. ¿Qué has aprendido durante tu trayectoria personal y de grupo sobre las relaciones personales? ¿Cuáles son tus motivaciones para el encuentro?
5. ¿Cuáles son tus límites actuales para la fraternidad? ¿Y tus heridas? ¿Y tus cualidades y posibilidades en este terreno?
6. ¿Te ves reflejado en alguno de los mitos o formas distorsionadas de vivir la fraternidad? ¿A qué crees que se debe que tú les hayas asumido?
7. ¿Tienes alguna estrategia para defenderte sanamente u oscilas entre la agresividad y la coraza?
8. ¿Influye de algún modo tu experiencia de fe en la manera en la que te relacionas con las demás personas? Intenta describirlo.

Nota: La bibliografía de este tema coincide parcialmente con la presentada en el de "Haciendo comunidad" y, además, las referencias se encuentran dentro del texto.

V.INTRODUCCIÓN AL COMPROMISO SOCIOPOLÍTICO DE LOS CRISTIANOS

*Hay hombres que luchan un día y son buenos.
Hay hombres que lucha un año y son mejores.
Hay hombres que luchan muchos años y son muy buenos.
Hay hombres que luchan toda la vida:
esos son los verdaderamente imprescindibles...*

Bertolt Brecht

1. Introducción

Pretendemos abordar con el desarrollo de este tema toda una serie de pistas para orientar una de las facetas inherentes a nuestro ser cristiano: el compromiso, y más en concreto, el compromiso sociopolítico.

Comenzaremos por analizar cuales son las dos grandes dificultades que acompañan en este momento la decisión de comprometerse, para después analizar que entendemos por social y político.

Continuamos hablando de la Participación Ciudadana que consideramos es la vía para entender el compromiso sociopolítico; dependiendo del concepto que tengamos de participación nuestro compromiso tomará un camino u otro.

Posteriormente abordaremos el tema de la Dinamización Social como la clave para trabajar la participación no sólo en el ámbito sociopolítico sino en otros muchos campos de nuestra vida cotidiana.

2. Dos problemas de entrada

Los que nos acercamos a este tema para intentar desarrollar algún tipo de compromiso tanto social como político nos encontramos con una doble realidad poco favorecedora. De un lado, un excepticismo social bastante generalizado, ligado a nuestra cultura postmoderna, y, de otro lado, una cierta incomprensión por parte de “nuestros hermanos en la fe”.

Ambos puntos los intentamos abordar en los siguientes apartados:

a) El desencanto de la política o "una gran losa que nos impide movernos"

La cultura dominante, enmarcada en una ética individualista y neodarwinista, ligada al éxito, ignora la dimensión social de la persona, y por ello solidaria, puesto que identifica el ser con lo inmediato, en el que no hay lugar ni tiene cabida la transcendencia hacia el "otro".

Se analiza la utilización exclusiva del poder de todos para el beneficio propio, pareciendo que la participación política estuviese únicamente encaminada a "trepar", a utilizar los cargos públicos (desde los más simples como ser presidente de la comunidad de vecinos) para el interés de uno.

Además, notamos como en nuestro entorno todo interés por participar, por transformar, por introducir vías críticas que cuestionen situaciones de injusticia es, sin ser visto con excesivo recelo, visto como irreal, irrelevante, imposible,... Todo planteamiento que contenga algo de mensaje utópico, transformador se enfrenta a la opinión de que las cosas "son como son", y que es enormemente difícil, por no decir imposible, transformar la realidad.

Nos encontramos así con un pesimismo generalizado, que da lugar a actitudes conformistas y que llevan a que las cosas sigan como están.

A todo lo anterior podemos añadir una serie de problemas que complican aún más el panorama del compromiso sociopolítico¹:

- El descontento y la apatía hacia la política y todo lo relacionado con ella (partidos, políticos, programas,...)
- La utilización de los cargos públicos para interés propio.
- La cuestión de las nacionalidades, sobre todo en lo referido a Cataluña y el País Vasco, al no acomodarse definitivamente en el modelo de Estado actual.
- La instrumentalización de los medios de comunicación utilizados de forma partidaria, sin ofrecer igualdad de oportunidades. Con frecuencia, los medios de comunicación buscan crear opinión en vez de ofrecer información rigurosa y mínimamente objetiva.
- La concentración de poder en el Ejecutivo.
- La escasa promoción de la participación social.
- La insuficiente defensa de los derechos sociales.
- La distancia creciente entre la población y los órganos de decisión.

b) La incompreensión dentro de la Iglesia

Resulta chocante que cuando en numerosos foros cristianos comenzamos a hablar del compromiso sociopolítico lo primero que tenemos que hacer es justificar el porqué hablamos de este tema relacionándolo con la fe. Puede que si habláramos de la caridad no necesitaríamos hacer esta justificación, pero sucede que la caridad como compromiso se plasma en lo social y lo político.

¹ Estos puntos están tomados del cuaderno nº 5 "Desarrollo y participación política" de la colección *Cuadernos para el Desarrollo*, Madrid, FERE, 1996, pg. 10-14

Reproducimos la introducción que Imanol Zubero realiza a esta cuestión para refrescarnos un poco las ideas²:

"En principio, pocas serán las personas creyentes que duden de la relación intrínseca existente entre la fe en el Dios de Jesús y el compromiso con los problemas de nuestro mundo. La conocida apertura de la *Gaudium et Spes* constituye la más clara actualización de aquella interpelación que se nos narra al comienzo de los *Hechos de los Apóstoles*, en el momento de la ascensión de Jesús : "Galileos, ¿qué hacéis ahí mirando al cielo?". La Iglesia como experiencia de verdadera Humanidad, los cristianos laicos como Iglesia en el mundo, son expresiones que forman parte ya del lenguaje de un laicado ilustrado.

Sin embargo, la práctica es bastante diferente y el compromiso transformador orientado a la construcción de una sociedad más justa y fraterna, una de las expresiones de la acción evangelizadora, constituye una de las grandes debilidades de nuestras comunidades. No me refiero a la participación en organizaciones sociales, pues es un dato que, en general, los jóvenes cristianos presentan niveles de pertenencia y prestación de trabajo voluntario en asociaciones ciudadanas de solidaridad, pacifistas, educativas, etc., bastante mayores que la media poblacional. No ocurre lo mismo, sin embargo, con la participación en partidos y sindicatos.

Todos los estudios sociológicos indican con claridad que la desafección política, importante en la población en general, es incluso mayor a medida que aumentan los indicadores de religiosidad. La afiliación, la identificación política, la participación en partidos y sindicatos, el grado de interés por la política, todo ello es significativamente menor entre aquellas personas que se manifiestan como más creyentes. La percepción de la política como algo intrínsecamente "sucio" sobreabunda entre las personas creyentes.

Se han abandonado las tradicionales organizaciones sociopolíticas (partidos y sindicatos, fundamentalmente, pero también organizaciones vecinales y colectivos de barrios), sin que al tiempo se haya producido un trasvase significativo de efectivos y esfuerzos hacia los denominados nuevos movimientos sociales. El grueso de la participación se realiza en organizaciones religiosas, deportivas, culturales. Organizaciones *expresivas* o *de autoayuda*, cuya práctica, en el mejor de los casos, se queda en la periferia del sistema de poder, cuando no acaba por instalarse en su seno construyendo un cómodo nicho. Desde un estilo de participación que muchas veces cae en eso que Lipovetsky ha denominado el *altruismo indoloro*. Una participación así puede constituir *islas de Humanidad* (esta es la propuesta de la sociedad civil neoconservadora) en medio de un sistema deshumanizado, burocrático, frío, pero es incapaz de ensayar alternativas de sociedad".

Corremos, pues, el peligro los cristianos de quedarnos en formas de participación *light*, que eviten el conflicto de nuestra militancia ciudadana.

Resultan, pues, bastante evidentes las palabras de J. M^a Mardones : "Si el cristiano no es ni puede ser ajeno a nada humano, menos aún puede evadirse de una acción en la que tan

² Zubero, Imanol, *Movimientos sociales y alternativas de sociedad*, Madrid, Edic. HOAC, 1996, pp. 73-74

profundamente implicados están el hombre y la sociedad. La política, por ser una actividad donde lo humano está tan manifiestamente en juego, apela a la responsabilidad de la fe cristiana"³.

Siguiendo con Imanol Zubero, señala tres de las dificultades más evidentes para el cristiano a la hora del compromiso sociopolítico:

a. "No es fácil vivir la secularidad" y esto hace que muchas veces fracasemos en el intento. Pero la solución no pasa por la huida, ni la escisión fe-vida (*auténtica esquizofrenia*), sino por "una adecuada preparación para vivir con coraje y serenidad esa tensión".

b. "No es fácil ser cristianos en el mundo de la política porque no es fácil vivir permanentemente la tensión entre la sabiduría de la fe y la racionalidad política".

c. "Pero tampoco facilita ser cristianos en el mundo de la política la realidad de la propia Iglesia... que apenas cuenta con el laicado a la hora de pronunciarse sobre cuestiones de indudable relevancia en el debate político actual".

Una dificultad adicional a las dos mencionadas podría derivarse de la falta de claridad asociada al uso de las expresiones "lo social" y "lo político" en el uso común y en el de la propia Iglesia. Así, un primer ejercicio consistiría en definir lo que entendemos por social y político con lo cual diferenciaríamos el compromiso en estos campos de otras cosas que alteran nuestra imagen de estos dos conceptos.

a) Lo social

Cuando hablamos de lo social nos referimos a *lo que afecta a la colectividad, a todos*, y no a lo que con ser de todos no es de nadie, sino que es de todos por interesar a todos.

b) Lo político

Cuando hablamos de lo político nos referimos básicamente a *trabajar por el bien común*, "todo tipo de actividad pública o social encaminada a la organización y gerencia de la ciudad secular para el bien de sus miembros"⁴.

3. Implicación Fe-Compromiso Sociopolítico

Pasamos ahora a analizar como se puede relacionar la fe con el compromiso sociopolítico, para lo que seguiremos básicamente las ideas de Julio Lois⁵.

Podemos hablar de tres modelos de presentar la dimensión pública del hecho cristiano,

³ *Mardones, José M^a, Fe y política, Santander, 1993, p. 59*

⁴ *Lois, Julio, Identidad cristiana y compromiso socio-político, Madrid, HOAC, 1989, p. 62*

⁵ *Desarrollado en su libro Identidad cristiana y compromiso socio-político*

partiendo de la orientación e influencia que la fe vivida puede y debe ejercer sobre el compromiso personal de los creyentes.

a) Modelo dualista de coexistencia paralela

Separa totalmente los dos universos y los sitúa en planos paralelos sin conexión alguna. La fe y el compromiso sociopolítico no deben articularse y fecundarse entre sí.

Hay dos manifestaciones de este modelo:

*La secularizadora que parte de la base de que la fe no proporciona conocimiento alguno capaz de orientar la tarea mundana.

*La espiritualista, en la que el ser creyente se considera incompatible con la actividad política con la que se es ajeno. Así se ha de aceptar sumisamente la realidad tal como está configurada, y en su seno, a partir de esa sumisa aceptación, tiene que cultivar su relación con Dios y con su prójimo.

Las principales características de este modelo serían:

- Separación total fe y compromiso sociopolítico
- Privatización radical de la fe
- Autonomía absoluta
- Pluralismo indiscriminado de opciones políticas (todo vale)

b) Modelo de subordinación ilegítima

Este modelo rechaza la separación entre ambos ámbitos pero al intentar unirlos o articularlos lo hace de forma poco feliz, incurriendo en subordinación ilegítima (y en su manifestación más extrema puede llegar a la identificación confusiva o a la sustitución). Sus principales características serían:

- Unión o estrecha relación.
- Relación de dependencia o subordinación o unión confusiva.
- Inclinarsse por una opción concreta, única válida.

Se trata de la opción que Julio Lois define como opción neoconfesional.

c) Modelo de implicación recíproca no reductiva

Una visión negativa de este modelo vendría dada por los que consideran que un desafío fundamental al que hay que reponder es la desprivatización de la fe y su encarnación pública en la historia, pero sin reducirla a ser un factor puramente inmanente o mundano privado de toda transcendencia, para lo que proponen:

- Una solución católica
- La materialización en un organización confesional.
- Confunden en conflictos religiosos lo que son conflictos sociales.

Positivamente, este modelo se caracteriza por sostener que ambos universos están recíprocamente implicados en la unidad de sujeto creyente, pero de tal manera que la fe, que puede y debe fecundar la actividad política y a la vez ser fecundada por ella en virtud de esa recíproca implicación, trasciende el compromiso concreto en el que unitariamente se encarna (no reductiva).

En este trabajo nos identificamos con el último modelo señalado de implicación recíproca no reductiva desde el punto de vista positivo.

Pero cuando hablamos de fe: ¿a qué nos referimos?

La fe, como bien sabemos aunque menos vivimos, no se puede confundir con la simple adhesión intelectual a unas verdades reveladas. Debe entenderse como la adhesión o entrega total y confiada de la persona creyente al Dios que se ha manifestado de forma decisiva, incomparable o única en Jesús de Nazaret. Esta adhesión se expresa y verifica en el amor real al prójimo. Esta adhesión no es fruto de un razonamiento lógico, de una adhesión de socio simpatizante, sino que es fruto de un encuentro, de una llamada, y que se plasma de forma lógica en el compromiso.

Se traduce necesariamente en el seguimiento fiel de Jesús, (no impuesto) y que tiene su expresión práctica y que puede ser verificada en la historia cotidiana de los seres humanos, único escenario posible de realización de este seguimiento.

Si estamos de acuerdo en que la fe precisa de mediaciones operativas concretas (análisis de la realidad, solidaridades, opciones globales, compromisos concretos,...) estas suponen implicaciones políticas diversas. Además esta actividad política concreta no puede menos que influir, para bien o para mal, en la forma concreta de entender y vivir la fe.

Pero hablamos antes de no reductiva, que la fe no se reduce a ese momento concreto de la opción concreta sino que la fe trasciende todo compromiso concreto:

- no es totalmente vivida y expresada en el compromiso político, aunque puede y debe expresarse en él.
- no es adecuadamente explicada limitándose al análisis de los condicionamientos socio-políticos y económicos, aun reconociendo su influencia.
- es susceptible de ser encarnada de forma legítima, en principio, en distintas posiciones y compromisos políticos.

La fe no aporta a nuestro compromiso:

- un modelo propio o un proyecto global
- un método propio cristiano de análisis de la realidad
- un camino específico cristiano,...

La fe sí aporta a nuestro compromiso:

- una especie de "plusvalía" de fundamentación, motivación y significación o sentido.
- vinculada a la esperanza, se convierte en una instancia crítica, abierto a los procesos históricos, a un futuro siempre posible mejor.
- un talante específico de vida vinculado a:
 - la honradez con lo real
 - la opción decidida por los pobres
 - el espíritu global de las bienaventuranzas
 - la sabiduría de la experiencia creyente de veinte siglos

4. Algunas pistas para nuestro compromiso sociopolítico⁶

4.1. La participación ciudadana, base del compromiso sociopolítico

a) La Participación ciudadana: ambigüedad del concepto

Al utilizar el término *participación* nos estamos refiriendo a un término que resulta ambiguo y por ello la primera intención es aclarar qué es lo que entendemos por *participación*.

Podríamos pensar que cuando hablamos de participar estamos hablando de limitarse a la mera asistencia, a la posibilidad de opinar sobre lo que otros hacen, a la posibilidad de hacer lo que otros deciden,... Se plantearía la cuestión de si la participación es un derecho o más bien si se llega a ella por "invitación" (a propuesta de otro) o por "irrupción" (como lucha o presión para defender los propios intereses).

También hemos de tener en cuenta que tras el concepto de participación se encuentra un concepto de democracia. Así, si pensamos en una democracia delegada, en la que el voto es una "delegación" para años, la participación quedará relegada a un segundo plano, o, si por el contrario, pensamos en una democracia directa en la que se pretenda resolver los conflictos cotidianos según las fuerzas sociales un juego en cada momento. La democracia participativa parte de no ver en la participación un acto en sí mismo, sino un proceso, que se trata de conjugar los dos modelos de democracia anteriores (delegada y directa).

Vemos que el concepto de participación es elástico y permite una notable graduación de formas participativas, que pueden ir de la autogestión a la consulta o mera información. También se presta a manipulación política a hacer pasar unos significado por otros.

En este último apartado de la manipulación se nos están "vendiendo" *pseudoparticipaciones* que son utilidades de la gente de acuerdo a los intereses manifiestos o encubiertos de la institución o organizaciones que propician este "tipo de participación". Se

⁶ Para los apartados que siguen hemos seguido fundamentalmente los documentos que desde la Comisión Diocesana de Justicia y Paz se han venido trabajando sobre Participación Ciudadana y Dinamización Social.

reducen a lo cultural y festivo, con cierto aspecto de simulacro o show, buscando una actividad puntual para ser "consumida", ofrecida de arriba abajo como concesión.

A la hora de elaborar este trabajo optamos por la siguiente definición de participación ciudadana:

La participación es una necesidad de la persona que afecta a sus dimensiones humana, social y política. Significa la posibilidad y capacidad creciente de:

- *intervenir en la identificación de problemas y prioridades*
- *intervenir en la definición de objetivos*
- *intervenir en la planificación de las acciones*
- *intervenir en la ejecución y gestión*
- *intervenir en la evaluación*

La participación supone *ser parte* en la sociedad civil, donde todos tenemos responsabilidades, y *ser parte* en los lugares y en los órganos de poder político donde se deciden las cosas.

b) Fundamentos de la participación

b.1. Fundamentos sociales

Estamos habituados a oír como mucha gente se cuestiona el porqué hay que participar. Aducen que cada uno debe ocuparse de *sus asuntos* y lo demás es cosa "de los políticos". No caen en la cuenta de que "nuestros" asuntos están más implicados de lo que parece con esos "otros" asuntos de los políticos, y nos perjudican o benefician según nuestra situación social, económica y cultural. La pasividad o indiferencia en estos casos se convierte en una complicidad en que las cosas no cambien a mejor.

Pero ¿por qué participar?

Sencillamente porque, tal y como funciona hoy la sociedad, no está respondiendo a los intereses y aspiraciones de la mayoría de la población, ni de los más pobres y excluidos.

1. La participación no es sólo en las acciones políticas sino que debe aplicarse a todo tipo de actividades y ámbitos en los que la persona desarrolla sus dimensiones. Los hábitos de participación deben introducirse en todas las estructuras en las que tomamos parte, desde la familia al Estado. Así es conveniente posibilitar el crecimiento en la participación de los miembros de toda organización en sus diversas actividades, reuniones, etc. No se puede pretender que en determinados campos se den cauces de diálogo, escucha, planificación, corrección, etc. mientras que otros permanezcan intocables.

2. No es un simulacro, no es de cara a la galería, sino que debe ser real y afectar a la vida cotidiana de todos. Una participación que no es efectiva, que no afecta a nuestra dimensión personal y social, que es mero paripé o que pide lo que no es capaz de ofrecer, no es tal.

3. Es una actividad o acción que no se restringe a un momento puntual sino que es

procesual y tiene como finalidad crear hábitos de participación en la lucha por la solidaridad, colaboración y asociación.

4. Se debe dar en todo el proceso, desde la planificación de la tarea a la evaluación.

5. Toda participación es política desde el momento en que se preocupa por lo público, por lo social. Desde que pretende y opta por un determinado tipo de sociedad y por unos cauces de participación. Del mismo modo la no participación, aunque se pretenda apolítica, implica convivencia con la política que en ese momento se realice.

6. La participación es un derecho y no una delegación del poder, una concesión de éste a los ciudadanos.

7. No se limita a la administración sino que abarca también al resto de la Sociedad Civil.

8. La participación no requiere de un previo "aprendizaje" sino que como derecho fundamental puede ser ejercido sin condiciones previas por todos los ciudadanos, y por lo tanto, no es cuestión exclusivamente de "especialistas".

9. La participación no busca ser meramente un organismo consultivo del poder sino que pretende ser influyente en la toma de decisiones.

b.2. Fundamentos cristianos

1. Desde la experiencia de la lucha contra la pobreza

Estamos funcionando con numerosos prejuicios que nos dificultan nuestra puesta en marcha: Vemos primero todo lo que de negativo, de ocultación, de trampa y falsedad se nos da a la luz quizás para ocultar una realidad que nos cuestiona y nos interpela. Debemos llegar a objetivar, en la medida de lo posible, las reales situaciones de pobreza. Debemos tener en cuenta que la pobreza no es sólo un fenómeno económico, que bien puede servirnos de indicador, no pretendemos "contar pobres", sino ver la pobreza como un fenómeno estructural. No es pobre el que quiere, lo que nos llevaría a una política asistencialista, sino que la pobreza es un fenómeno social lo que implica una política igualitaria.

2. Desde la "subjetividad" de la sociedad

Los cristianos a la hora de analizar la realidad debemos funcionar con un defecto en la mirada, igual que Jesús, que se nos ha dicho que tenía una mirada peculiar: tenía la visión desviada a los pobres, a los presos, sordos, lisiados, desterrados de su época.

La acción, según la lógica de la solidaridad, nos "descentra" de la acción puramente dirigida al pobre como tal y nos "centra" en la relación pobre-sociedad.

3. Desde la sociedad de la participación

Nunca al margen de la sociedad sino en ella, a lo mejor "no somos del mundo", pero debemos construir el Reino de Dios en el mundo y con la demás gente del mundo. Recordemos

que "en Dios no hay lugar a favoritismos" (Rom 2, 11). Por ello, y como ya apuntamos más arriba, debemos crear un tejido solidario.

4. Desde la opción por los pobres como opción de sociedad

Nos parece que esto está suficientemente claro y se desprende de lo dicho anteriormente. La opción por los pobres es "una opción o forma especial de primacía en el ejercicio de la caridad cristiana, de la que da testimonio toda la tradición de la Iglesia. Se refiere a la vida de cada cristiano, en cuanto imitador de la vida de Jesús, pero se aplica igualmente a nuestras responsabilidades sociales y, consiguientemente, a nuestro modo de vivir y a las decisiones que, en coherencia, se deben tomar en lo que se refiere a la propiedad y al uso de los bienes"⁷.

c) Condiciones para la participación

c.1. Características de la participación

1. ORGANIZADA. No hay que ir por libre sino asociado.
2. CRITICA. Hay que analizar la realidad.
3. CONSTRUCTIVA. No se debe centrar en ver solamente lo negativo.
4. SOLIDARIA. No busca el beneficio personal o corporativista.
5. TOLERANTE-DEMOCRATICA. Acepta que a veces no se tiene la razón.
6. HUMANISTA. Interesan más las personas que las cosas.
7. EDUCATIVA. Busca que todos los miembros de la sociedad se desarrollen como personas. Que el líder sea menos líder y los demás lo sean un poquito.

c.2. Formas de participación

- Pedir, exigir y comunicar información.
- Preparar y asistir a reuniones de trabajo, análisis, diálogo,...
- Formular la protesta hablada o escrita, según los casos, pero siempre razonada, en los órganos habituales de participación.
- Realizar escritos, alegaciones, en el tiempo y forma que proceda ante las instituciones pertinentes.
- Usar los medios de comunicación (radio, prensa, televisión) como medios de información y presión.
- Asistir y organizar acciones públicas (manifestaciones, encierros, asambleas, concentraciones) como medios especiales de comunicación, información y presión.

d) Lugares para la participación

⁷ *Sollicitudo rei socialis*, n. 42

Por lo que se refiere a este asunto cabe proponer tres criterios especialmente significativos en la actualidad:

Estar más en política

Lo que implica:

- a. Estar en el "centro" de las cuestiones sin abandonar los márgenes sociales. Participar en las decisiones políticas a todos los niveles y no quedarnos sólo en la base.
- b. Crítica y desapego del poder.
- c. Llevar al partido los problemas y las luchas de la base.
- d. Hacia unos partidos nuevos que sepan conjugar el conocimiento competente con la prudencia, el profetismo con el realismo del experto, y facilitar la participación creciente de los que no viven de la política.

Potenciar los Nuevos Movimientos Sociales.

Los movimientos sociales se refieren a procesos de relaciones asociativas emprendidas por las iniciativas ciudadanas en el cinturón exterior del sistema político institucionalizado: los movimientos eco-pacifistas, feministas y en pro de los Derechos Humanos serían sus principales exponentes.

Formarse y educar en los valores democráticos y en la participación pre-política.

4.2. La Dinamización Social como estilo de Participación

a) Objetivos de la Dinamización Social

Cuando hablamos de dinamización social estamos hablando de la *creación de un entramado social donde se den hábitos de solidaridad, colaboración, participación y asociación*. Para todo esto es necesario:

- a. formación (*desde la cabeza*): nuestro compromiso no se debe sustentar en solamente la buena voluntad sino que debe ir acompañado de la adecuada formación que respalde nuestra acción.
- b. sensibilidad (*desde el corazón*): ya que no vale con tener una brillante formación y un alto grado de conocimientos para sostener nuestro compromiso sino que tenemos que ser sensibles a la
- c. asumir los objetivos como propios (*desde las tripas*): de nada sirve saberse la historia, ser sensible a los problemas que pasan, si luego para solucionarnos hacemos como los fariseos: "Atan cargas pesadas y las echan a las espaldas de la gente, pero ellos ni con el dedo quieren moverlas" (Mt. 23, 4)

Como señala Ignacio Iglesias⁸ "de estilo personal se trata. No aprendido en academia y

⁸ *Sal Terrae* (nº960, X-1993) *Sal Terrae* (nº960, X-1993)

añadido a la vida, sino nacido de la vida misma y generado por contemplación en el centro de la persona. Gracias a él podemos, como personas, participar en la obra creadora de Dios, no sólo haciendo con El, sino insuflando «alma» a las cosas que hacemos. ¿No radicaré precisamente aquí nuestra tan traída y llevada «pérdida de sensibilidad»? ¿No estaremos haciendo muchas cosas, tal vez demasiadas, habiendo dejado «el alma», o jirones de ella, por el camino? Los QUE (las obras, lo que hacemos) ¿no nos están devorando el COMO (el estilo evangélico personal), que es precisamente lo que transparenta el POR QUE (POR QUIEN) lo hacemos, es decir, lo que hace que las obras sean noticia?".

b) Relación ayuda personal - trabajo en la comunidad

"No es posible ayudar a nadie de verdad sin tener en cuenta su vida en relación"

Esta frase nos puede iluminar en lo que queremos ver en este apartado. No debemos quedarnos en los casos particulares (importantes, sin lugar a dudas) sino que debemos saber enmarcarlos, atenderlos en su globalidad. De qué puede servir en muchos casos dar trabajo (eventual y precario) a una persona analfabeta, cuando en realidad es este problema social el que le puede estar impidiendo una real integración y una liberación personal.

Para ello, la Dinamización Social parte de una serie de postulados que amplían la visión y abren miras en los campos de trabajo.

Un talante nuevo

Organizar de otro modo el trabajo (prevención e integración, no sólo respuestas urgentes).

Mardones citando a Ragaz dice: "Los cristianos somos buenas enfermeras pero malos médicos. (...) Mostramos suficiente sensibilidad y dedicación con respecto con respecto a los problemas asistenciales, pero muy escasa o nula con respecto a los problemas estructurales, que son con frecuencia la causa de los sufrimientos que nos apresuramos a aliviar"⁹. También vale aquí la frase de Helder Cámara: "Cuando doy pan a un pobre dicen que soy un santo. Cuando pregunto por qué un pobre no tiene pan me llaman comunista".

Prevenir oportunamente

Estar atentos a los "grupos de riesgo". No practicar el parcheo, el mero asistencialismo, que nuestro compromiso no quede limitado a la acción puntual y busque la prevención. Es necesario el trabajo en toda la comunidad, la labor de concienciación y sensibilización es indispensable en un compromiso sociopolítico que pretende ser transformador.

Respuesta comunitaria

No debemos promover soluciones individualistas, en todo caso individuales y en la medida de lo posible debemos:

- Fomentar las relaciones entre afectados.

⁹ Mardones, J. M^a, Op. Cit., p. 65

- Encontrar trabajos (autoempleo, cooperativas, talleres protegidos, etc.) para personas consideradas de antemano con características negativas.

Animación social

- Luchar contra el enquistamiento de la marginación social.
- Acción educativa y animación social dirigida al conjunto de los ciudadanos.

c) El trabajo en la comunidad

A nivel práctico proponemos cuatro sencillas pistas de acción para efectuar una verdadera acción transformadora en clave comunitaria:

1. Información sobre:

- problemáticas detectadas
- recursos disponibles

Habrá que procurar que la información tenga contenidos formativos, que expliquen las causas y las consecuencias de los diversos problemas aparecidos; habrá que explicitar la relación causa-efecto. La información amplia que la comunidad tiene de los acontecimientos nacionales e internacionales contrasta con la escasa y a veces nula información de las situaciones del entorno próximo. De ahí que habrá que buscar los medios más adecuados para informar a la comunidad de aquello que más directamente afecta a su vida y convivencia.

2. Reflexión

De la información hay que dar el paso a la reflexión, para asimilar los datos e indagar en su significado. Habrá que favorecer la reflexión y el debate, porque sólo cuando el tema se ve claro y se hace propio se pueden apuntar soluciones.

3. Participación

Es importante la participación ciudadana para despertar actitudes y producir vínculos solidarios con los colectivos más desfavorecidos de la sociedad. Para que la participación sea real se requiere la creación de cauces adecuados.

4. Conexión

- coordinación
 - buscar una política social conjunta
- En definitiva, no debemos actuar como francotiradores

d) Criterios de intervención

Si aspiramos a que la participación en el ámbito sociopolítico llegue a tener una incidencia real, habrán de tenerse en cuenta seriamente los criterios que guían nuestra acción y, además, éstos habrán de revisarse habitualmente. De forma sintética cabe ofrecer una propuesta mínima sobre los criterios de intervención:

Cinco ideas-eje:

- a. ejercicio del voluntariado (no lucro)
- b. un proyecto social a construir
- c. una acción llamada a ser "profundamente transformadora"
- d. no sustitución al Estado sino complementaria
- e. acción cualificada y profesional

Elementos metodológicos

- Dedicación seria y presencia mínima
- Programación, no "tapa agujeros"
- En equipo
- Programa global, coordinación
- Evitar la dispersión de tareas
- No trabajar sólo desde el "espacio nuestro"
- Estar integrados en el marco de alguna estructura de formación y reciclaje.

4.3. Los valores que deben dominar en el compromiso sociopolítico y las actitudes que demandan de nosotros

Como hombres y mujeres nos sentimos agredidos en nuestra condición de personas ante las situaciones inhumanas y de injusticia que padecen otros hombres y mujeres. Queremos actuar, pero, muchas veces, no sabemos y, por tanto, no podemos.

Como creyentes nos duele el dolor de tantos crucificados y experimentamos nuestra fidelidad a Jesucristo, transformando nuestras vidas e incidiendo en la transformación social en aquellos ámbitos donde participamos, así es como vivimos nuestra experiencia creyente.

De manera muy esquemática queremos ofrecer pistas para que los grupos y comunidades puedan analizar el estilo y motivación con la que se implican en la lucha por cambiar la sociedad en línea con los valores del Reino. En concreto, deberíamos revisar las actitudes que hemos de cambiar, aquellas otras que deberíamos cultivar o fortalecer, las exigencias que comporta la opción por el compromiso sociopolítico y, finalmente, los niveles en los que puede plasmarse nuestra acción.

a) Actitudes a cambiar

Cada uno sabe lo que debe cambiar. Otra cosa es que esté dispuesto a hacerlo. Dado que la reflexión sobre nuestras actitudes es relativamente normal entre nosotros, mencionamos simplemente aquellas que más pueden influir en nuestra capacidad de compromiso y su talante:

- a) El individualismo personal y corporativista.
- b) El hedonismo.
- c) La indiferencia, la inhibición y la irresponsabilidad.

- d) La apatía y la comodidad.
- e) La incoherencia y la contradicción.
- f) La connivencia y el asentimiento interesados al sistema social, político y eclesial.
- g) Romper con los prejuicios
- h) El cristianismo a la carta - Lectura parcial e interesada del Evangelio

b) Actitudes necesarias

Serían aquellas que permiten que nuestro trabajo sea lo suficientemente consistente, constante y duradero como para incidir en la realidad de forma significativa. Como sabemos, una de las debilidades más notorias de la acción voluntaria y comprometida de los jóvenes en la actualidad es su carácter inestable y voluntarista, dependiente en exceso del propio estado de ánimo y carente de una formación analítica y práctica suficiente. A este respecto habría que prestar atención a varios planos.

a) Situación en la persona como punto de partida. UNA FORMA DE SER.

- Dignidad de la persona humana
- La persona sujeto moral y de valores
- hondura en lugar de superficialidad:
 - . Anclajes: Dignidad y sujeto;
 - . Búsqueda de coherencia;
 - . Búsqueda del sentido de la vida: Cómo queremos vivir y por qué.
- Gratuidad y generosidad
- Inconformismo e insumisión (desobediencia)
- Salir al encuentro
- Entusiasmo radical por el Hombre y por sus causas.
 - . Humanización

b) Actitudes operativas: Parten de la persona (individual) y se extienden a las estructuras e instituciones sociopolíticas y religiosas. UNA FORMA DE VIVIR.

- Solidaridad:
 - . Encuentro con el otro;
 - . Pasar del yo-tu al nosotros;
 - . Hacerse cargo de la situación del otro.
- Tolerancia
- Aceptación del otro en su diversidad
- Austeridad y reconversión de metas
- El bien común
- Lo comunitario
- Compartir

c) Desde lo originario cristiano

- Anclaje: El amor gratuito de Dios y su voluntad salvífica
- La interiorización: Vivirlo como fuente y manantial interior
- La misericordia y la compasión:
 - . Padecer con, pasión por;
 - . El amor gratuito.

- La libertad
- La cruz: Kénosis, sanación, sufrir por
- El Reino:
 - . Buena Noticia personal y comunitaria;
 - . Buena Noticia para los pobres;
 - . Salvación y liberación para los maltratados y excluidos.

d) Capacidad de autocrítica y de conversión

c) Exigencias del compromiso sociopolítico

- Educación

- . Entrenamiento y formación
- . Educar desde la vida y para la vida
- . En todas las instancias y esferas sociales

- Contagio

- . Lo que somos y vivimos y con nuestros compromisos
- . Lo comunicamos a los demás y hacemos partícipes de ello a nuestros vecinos

d) Acciones y niveles

Enseña el sentido común que para que un empeño sea duradero es preciso que quien lo encarna practique una mínima coherencia entre los valores que sostiene y las acciones y opciones que traducen en la práctica esos ideales. Del mismo modo, los planos de la vida privada, las relaciones personales, la participación asociativa y el compromiso político habrán de mantenerse en sintonía si se quieren mantener la motivación personal y la significación de las propias opciones. He aquí algunas propuestas al respecto:

a) PRACTICAR LA AUSTERIDAD

- Como consecuencia de una forma de ser y de vivir

b) COMPARTIR LO QUE SOMOS Y TENEMOS

- Nuestras cosas, nuestro tiempo y nuestro dinero
- Como signo de nuestro estilo de vida

c) PARTICIPAR EN LA CREACIÓN DE REDES DE SOLIDARIDAD

- En el entramado social y asociativo
- Como compromiso en y por la transformación

d) IMPLICARSE EN EL PLANO ESPECÍFICAMENTE POLÍTICO

- Hay múltiples formas (voto, manifestación, militancia...)

5. Cuestionario para el trabajo en grupos:

1. ¿Qué grado de implicación existe en tu grupo o comunidad en el campo sociopolítico? ¿Es reciente o antigua esa presencia? ¿Tiende a aumentar o a disminuir? ¿Por qué?

2. ¿Qué campos son aquellos en que os encontráis más comprometidos? ¿Cuáles han sido los motivos de haberlos elegido? ¿Ha habido cambios a lo largo del tiempo en vuestra reflexión o vuestra praxis?

3. En este ámbito: ¿Los compromisos se discuten comunitariamente o, más bien, cada persona asume sus opciones aunque las comparta y comunique con la comunidad? ¿Cada persona desarrolla su labor en un campo o la mayoría de los miembros del grupo van juntos?

4. ¿En que tipo de organizaciones ejercéis vuestra militancia: asociaciones, partidos, sindicatos, movimientos sociales, organizaciones de Iglesia...? ¿Existen motivos para haber elegido esas organizaciones o ha sido cuestión de casualidad?

5. ¿Qué satisfacciones y qué dificultades habéis encontrado al implicaros en algún campo de trabajo social? ¿Disfrutas con tus compromisos? ¿El hecho de ser cristianos ha sido un handicap o algo positivo en vuestro caso?

6. ¿Qué carencias o debilidades encontráis para llevar adelante vuestro trabajo en el terreno sociopolítico a nivel personal? ¿Esos problemas los sufrimos todos los cristianos en general o no? ¿Cuáles son las "cruces de tu campo de servicio"? ¿Cómo las llevas?

7. ¿Qué carencias o debilidades encontráis más frecuentemente en las asociaciones y organizaciones sociales españolas que conocéis? ¿Y en el clima cultural y eclesial en que nos toca vivir?

8. Una vez que ciertos compromisos se han asumido: ¿Son revisados comunitariamente de vez en cuando? ¿Existen signos para hacer comunitarias las tareas de cada uno de los hermanos?

9. ¿Desde dónde se han realizado vuestras opciones: los sentimientos, el análisis, la fe, el sentido ético, la necesidad de hacer algo, la presión del grupo...? ¿Qué habéis

10. ¿Qué perseguís prioritariamente con vuestra tarea: la denuncia, la eficacia, la ayuda, el cambio de estructuras, el cambio de mentalidad...?

11. ¿Os planteáis la correspondencia o desajustes existentes entre el estilo de vida, la filosofía de cada uno, los fines de vuestras asociaciones y los procedimientos que utilizáis?

12. ¿Cómo entendéis la relación entre religión y política? ¿Es adecuada la relación actual entre la Iglesia y el Estado?

13. ¿Aporta la fe una manera o estilo particular de comprometerse en los campos social y político? Podéis reflexionar sobre estas cuestiones a partir de estas cuatro frases:

"Si quieres ser un verdadero reformador, te son necesarias tres cosas: la primera es *sentir*. ¿Te sientes auténticamente atraído hacia tus hermanos? ¿Sientes de verdad que en el mundo haya

tanta miseria e ignorancia? ¿Sientes profundamente que los hombres son hermanos tuyos? Si es así, solamente has dado el primer paso.

Es necesario que te preguntes inmediatamente si encuentras algún *remedio*. Si lo has encontrado no es más que el segundo paso?

Una sola cosa te es necesaria. ¿Cuál es tu *móvil*? ¿Estás seguro de que no te empuja la sed de fama o de poder? ¿Estás verdaderamente seguro de que puedes permanecer fiel a tu ideal, aunque el mundo entero pretenda aplastarte? Si es así, eres un verdadero reformador, un maestro, una bendición para la humanidad".

Ghandi

"Más importante que la *cantidad* de lo que hacemos es el *modo* como lo hacemos. Es vital que ese modo deje traslucir al Señor que actúa a través de nosotros. Ni la acción desganada, reducida a mínimos obligados, ni la acción frenética traspasada por la ansiedad, hacen debidamente patente al Señor presente y operante en nuestro ministerio".

Juan M^a Uriarte.

"La Buena Nueva debe ser proclamada, en primer lugar, mediante el *testimonio*. Supongamos un cristiano o un grupo de cristianos que dentro de la comunidad cristiana donde viven, manifiestan su capacidad de *comprensión* y de *aceptación*, su *comunión de vida* y de destino con los demás, su solidaridad en los esfuerzos de todos en cuanto existe de noble y bueno. Supongamos además que irradian de manera sencilla y espontánea su fe en los valores que van más allá de los valores corrientes, y su esperanza en algo que no se ve ni osarían soñar. A través de este testimonio sin palabras, estos cristianos hacen plantearse, a quienes contemplan su vida, *interrogantes irresistibles*: ¿Por qué son así? ¿Por qué viven de esta manera? ¿Qué es o quién es el que los inspira? ¿Por qué están con nosotros? Pues bien, este testimonio constituye ya de por sí una proclamación silenciosa, pero también muy clara y eficaz, de la Buena Nueva"

Pablo VI.

Fue a Nazaret, donde se había criado, y, según acostumbraba, entró el sábado en la sinagoga. Cuando se levantó para hacer la lectura, le entregaron el libro del profeta Isaias; lo desenrolló y halló el pasaje en que se lee:

El Espíritu del Señor está sobre mi, porque el me ha consagrado.

Me envió a traer la buena nueva a los pobres, a anunciar a los cautivos su libertad y a los ciegos que pronto van a ver. A despedir libres a los oprimidos y a proclamar el año de gracia del Señor.

Jesús entonces enrolló el libro lo devolvió al ayudante y se sentó. Todos los presentes tenían los ojos fijos en él y empezó a decirles: "hoy se cumple esta profecía que acabáis de escuchar".

Lucas 4, 16-21.

6. Bibliografía

Esta pequeña bibliografía pretende dar a conocer algunos de los títulos y las publicaciones que, sobre los temas que hemos venido tratando de la realidad española y el papel de los cristianos en ella, existen y que no son excesivamente difíciles de encontrar.

a) Publicaciones periódicas de entidades vinculadas al campo del compromiso sociopolítico:

*AQUI Y AHORA, Sal Terrae

Cuadernos divulgativos sobre temas de actualidad.

*CARITAS ESPAÑOLA

Realiza publicaciones periódicas como la revista "Documentación Social" a dossiers de prensa y estudios sobre temas sociales.

*CARITAS MADRID

Diversos números de los cuadernos de Materiales de trabajo para el voluntariado de Caritas, así como documentos de los Papas comentados y con esquemas interesantes.

*CIP, (Centro de Investigaciones para la Paz), Madrid

Publicaciones sobre temas de paz y también temas sociales y ecología.

*CRISTIANISME I JUSTICIA

Publica cuadernos sobre estos temas.

*CUADERNOS PARA EL DESARROLLO (Colección), Madrid, FERE, 1996

*JUSTICIA Y PAZ

Diferentes documentos y trabajos

*PLAN DE FORMACION DE ANIMADORES de la Editorial CCS

Sobre todo el bloque 3: El saber del animador.

*PLATAFORMA DEL VOLUNTARIADO

Entidad que agrupa a las principales asociaciones de voluntariado en España y que edita también material formativo.

*NOTICIAS OBRERAS

Publicación bimensual de la HOAC

*SAL TERRAE

Revista mensual de Teología Pastoral que, normalmente, dedica varios números al año a la presencia social y política de los cristianos.

b) Títulos concretos:

*AAVV: "Vertebrar el compromiso político", en *Misión Joven* Revista de Pastoral Juvenil, nº 230 Marzo 1996.

*CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA: *Católicos en la vida pública*. Ed. PPC. 1986.

- *CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA: *Testigos del Dios vivo*. Ed. PPC. 1985.
- *DÍAZ SALAZAR, R.: *Redes de solidaridad internacional. Para derribar el muro Norte-Sur*. Ed. HOAC. Madrid 1996.
- *GAILLOT, J.: *Una Iglesia que no sirve no sirve para nada*. Ed Sal Terrae. Santander, 1991.
- *GONZALEZ-CARVAJAL, L.: *Ideas y creencias del hombre actual*. Ed, Sal Terrae, Santander, 1991.
- *GONZALEZ-CARVAJAL, L.: *Evangelizar en un mundo postcristiano*. Ed. Sal Terrae. 1993. Este autor ha escrito numerosos artículos y publicaciones en diferentes revistas.
- *JUAN PABLO II: *Laborem exercens*. Encíclica sobre el trabajo. Ed. PPC.
- *JUAN PABLO II: *Sollicitudo rei socialis*. Encíclica sobre el desarrollo mundial. Ed. PPC.
- *LOIS, J.: *Identidad cristiana y compromiso socio-político*. Ed. HOAC. Madrid 1989
- *MARDONES, J.M^a: *Postmodernidad y cristianismo*. Ed. Sal Terrae. Santander, 1988.
- *MARDONES, J.M^a: *Fe y política: El compromiso político de los cristianos en tiempos de desencanto*. Ed. Sal Terrae. Santander, 1993.
- *MARTIN VELASCO, J.: *Increencia y Evangelización*, Ed Sal Terrae. Santander, 1989.
- *MARTIN VELASCO, J.: *El malestar religioso de nuestra cultura*. Ed. Paulinas. Madrid, 1993.
- *RENES AYALA, V.: *Luchar contra la pobreza hoy*. Ed HOAC. Madrid, 1993.
- *SAEZ, J.(Editor): *Escuela de Formación Sociopolítica y Fe Cristiana. El Compromiso de los Cristianos en la Vida Pública*. Ed HOAC. Madrid, 1994.
- *SEBASTIAN, L. de: *Mundo rico, mundo pobre. Pobreza y solidaridad en el mundo de hoy*. Ed Sal Terrae. Santander, 1992.
- *ZUBERO, I: *Movimientos sociales y alternativas de sociedad*. Ed HOAC. Madrid, 1996.

VI. LOS LAICOS EN LA IGLESIA Y EN EL MUNDO

(Transcripción del artículo de J.A. Estrada: Una Iglesia de laicos)

"La primera condición para comunicar de forma creíble

y significativa ha de formularse así: la comunicación ha de brotar o estar enraizada en una experiencia gozosa y liberadora de la fe, capaz de percibir su carácter atrayente y hasta fascinante, su belleza y fecundidad. Es la experiencia que se da en el seguimiento de Jesús vivido en el seno de una comunidad creyente. Sólo ofertan la fe con credibilidad los convertidos, es decir, aquellos a quienes Dios les ha salido al encuentro en Jesús, les ha llamado y han respondido con fidelidad gozosa".

Julio Lois

1. Introducción

La iglesia son los curas, es decir, el papa, los obispos y los religiosos (as). Esta ha sido la mentalidad dominante durante siglos y la que todavía hoy se expresa en el lenguaje eclesiástico y en la conciencia popular. El sacerdote es el que representa a la Iglesia, es decir, toma las decisiones en nombre de todos y, a lo más, se puede asesorar por algunos seglares que colaboran en las parroquias y en los movimientos apostólicos. Esta mentalidad ha sido oficial hasta el Concilio Vaticano II. Desde entonces, se encuentra constantemente erosionada e impugnada, tanto por la teología como por la vida de la Iglesia, aunque mucha gente no se ha enterado todavía, o no quiere enterarse del profundo cambio eclesiológico que se ha producido.

2. Una nueva manera de entender la Iglesia

Por una parte, *la Iglesia ha redescubierto la misión*. Hoy las misiones no son ya los países del Tercer Mundo, sino las calles de nuestras ciudades, los centros educativos y las familias. Vivimos en una sociedad secularizada y crecientemente emancipada del influjo de la Iglesia y del mismo Evangelio. Abundan los paganos bautizados, es decir, aquellos que en la práctica han prescindido de los valores del Evangelio en su vida y reducen su contacto con la Iglesia a algunos momentos puntuales (bautismo, primera comunión, matrimonio y funerales) o algunos actos específicos (procesiones, romerías, peregrinaciones, fiestas, etc). Las viejas cristiandades son hoy tierra de misión y la reevangelización de Europa es el reto para las Iglesias.

El seglar, es decir, el cristiano que vive en el mundo, es hoy el agente primero y preferente de esta evangelización con los no cristianos, los bautizados no creyentes y los mismos cristianos (*Redemptoris missio* 33). Hay que crear un renovado tejido social del cristianismo que favorezca la identidad eclesial y evangélica de los cristianos. Hoy no se es cristiano por inculcación en Occidente, ni por presión social, ni siquiera por el influjo de la educación (en la que no hay formación religiosa o ésta no responde a las necesidades catequéticas y formativas de la fe cristiana).

La familia sigue siendo el primer lugar del crecimiento de la fe, desde una educación basada en el testimonio y la interpelación, más que en la información religiosa y en la imposición doctrinal o moral. Necesitamos testigos de Dios que hablen de él en función de su propia experiencia y vivencias, en lugar de basarse en lo que han leído, escuchado o aprendido. Más que recitar doctrinas sobre Dios hay que comunicar itinerarios biográficos, búsquedas personales, dudas e interrogantes desde las que Dios se ha convertido en referente fundamental de la propia vida.

El laico es el testigo de Dios en la sociedad, el misionero, que no puede confundirse con el proselitista. No se trata tanto de incrementar el número de los miembros de la Iglesia, cuanto de vivir, de tal manera, que se testimonie una identidad cristiana. Ser cristiano no es ser alguien sin pecados (esa es la mentalidad farisaica que critica el evangelio), sino esforzarse por vivir en sintonía con Jesús. Hay que "recrear" y "reinventar" el evangelio en cada época histórica, de acuerdo con cada personalidad y circunstancia. Desde ahí surge "el testigo", que intenta vivir el Seguimiento de Jesús desde la creatividad del Espíritu, que habita en cada persona. No se transmiten tanto credos y doctrinas, cuanto convicciones y experiencias, actitudes y valores que forman parte de la propia identidad.

Surge así el testimonio ante los propios hijos, familiares y amigos, a los que se manifiestan las convicciones que dan sentido a la propia vida. No sólo hay que dejar a los otros una herencia material, sino también los valores y las orientaciones que han dado sentido a la propia vida. Esto forma parte de la misión laical de los padres, los educadores y otros agentes eclesiales.

Aparece así la testificación pública de la fe, perdiendo el miedo y la vergüenza a presentarse ante los demás como cristianos. Un gran problema para la misión de la Iglesia son los cristianos vergonzantes, que pretenden reducir la fe a su vida privada, a costa de su actuación pública. Esto no es simplemente lo que se espera del clero, sino que hay que demandarlo a cada cristiano, siendo los seglares, los testigos privilegiados en las realidades mundanas y temporales.

3. La misión determina a la Iglesia

Se ha dado también un *descentramiento* de la misma Iglesia. Lo importante es anunciar y construir el reinado de Dios en el mundo, es decir, que los pobres, los enfermos y los pecadores reciban la buena noticia del evangelio. Jesús vino a devolvernos la esperanza, a fortalecernos ante la experiencia del mal y del sufrimiento, y a enseñarnos que el amor a Dios y a los demás son las dos caras de la misma realidad. Para Jesús no hay separación entre lo natural y lo sobrenatural. Hay que ayudar a los demás corporal y espiritualmente, combatir el pecado que genera miseria humana y empobrecimiento espiritual, y denunciar las estructuras injustas de la sociedad y de la religión.

Jesús viene a ofrecernos una manera nueva de vivir, a construir una fraternidad en la que el hombre deje de ser lobo para el hombre y a mostrarnos a un Dios paterno y materno, compañero y amigo, que nos llama a asumir nuestra libertad y a seguir un camino en el que nos ha precedido Jesús. A partir de ahí, no es posible separar ya lo humano y lo divino, lo natural y lo

espiritual.

Es preciso humanizar a Dios, viéndolo en el rostro del prójimo, y divinizar lo humano, evaluando y discerniendo los signos de los tiempos a la luz del mensaje del Reino de Dios. No hay que poner la identidad cristiana tanto en las prácticas sacramentales y la frecuencia en las devociones, que son necesarias como fuentes de la identidad y creatividad espirituales, cuanto en la forma de vivir y de relacionarse con uno mismo, con los demás y con Dios. Ser bueno y misericordioso ante la miseria propia y ajena es más importante que ser piadoso y religioso, aunque la piedad y la religión deben ser la plataforma que potencia la capacidad de darse a los demás.

No hay que confundir el fin con los medios, como ocurre a los padres que se lamentan del distanciamiento religioso de sus hijos, que tienen pocas prácticas sacramentales y devociones, y, en cambio, no valoran adecuadamente la capacidad de bondad, de entrega y de servicio a los demás que, a veces, muestran. La piedad está al servicio de la vida cristiana, basada en el amor a Dios que pasa por la entrega a los otros, por eso debe fomentarse y ayudarla a madurar. Pero piedad y vida cristiana no son lo mismo, como tampoco la religiosidad suple la entrega a los demás.

El seglar ha sido siempre receptivo a la dimensión humana del evangelio. "Todo lo humano es nuestro" proclamaban los cristianos en los siglos II y III. Allí donde hay valores genuinamente humanos, ahí está Dios. Por eso, el criterio fundamental del reinado de Dios son las relaciones personales (Mt. 25, 31-46) y no el cumplimiento de algún precepto religioso. En última instancia, la forma de reaccionar ante las situaciones humanas (tuve hambre, sed, estuve enfermo, me encontré sólo y abandonado, etc) es lo que decide la pertenencia al Reino, y no, simplemente, la incorporación a la Iglesia.

En la Iglesia, ni están todos los que son ni son todos los que están. De ahí la mezcla de signo y contrasigno que constituye la historia de la comunidad eclesial. Una teología del laicado no puede construirse en base a un conjunto de devociones y prácticas religiosas, sino desde la forma de relacionarse con las cosas y las personas. Cuando más se muestra la identidad cristiana no es precisamente cuando nos relacionamos con Dios, sino en nuestra forma de percibir y valorar las realidades de la creación.

Hay que completar, por ello, el eslogan del humanismo cristiano "todo lo humano es nuestro, pero nada inhumano nos es indiferente". De ahí surge el compromiso de fe que lleva a la lucha por la justicia y a la defensa de los derechos humanos. El Reino de Dios no es algo espiritual que pasa por encima de las realidades históricas. La santidad se traduce en un crecimiento humano, porque Jesús viene a enseñarnos a ser personas. No todo lo humano es cristiano, porque hay formas de vivir incompatibles con el evangelio, pero todo lo cristiano es humano, porque Jesús nos muestra un camino en las encrucijadas de la vida, una forma de reaccionar ante los acontecimientos, que es la que lleva a que el reinado de Dios se haga presente en la sociedad humana. Primero a partir de Jesús, luego desde los suyos, cuando se esfuerzan por vivir y establecer relaciones que testimonien la fraternidad humana y la filiación de todos respecto del Dios universal, el Padre de Jesús.

4. Humanizar el espíritu, espiritualizar lo humano

Junto a esto surge una *nueva espiritualidad*. Durante mucho tiempo, la espiritualidad, es decir, los distintos modelos de vida cristiana inspirados por el Espíritu, seguían las pautas de la vida religiosa. Las distintas órdenes y congregaciones religiosas han seguido la línea de que hay que renunciar al mundo (y a las realidades temporales como el dinero, la profesión y la política), dar prioridad a la oración y la contemplación, y dedicarse al apostolado desde la movilidad que ofrecen el celibato y el voto de castidad.

La doble imagen de Marta y María, es decir, de la actividad y la contemplación, se resolvía a favor de la segunda, a la que se subordinaba la primera. De ahí, que los modelos de santidad de la Iglesia Católica han sido abrumadoramente clericales y religiosos. Los votos de pobreza, de castidad y de obediencia han servido de fundamento para las distintas escuelas de espiritualidad, que luego se aplicaron a los laicos.

En la segunda mitad del siglo XX, sobre todo a partir del concilio Vaticano II, ha surgido un nuevo modelo de espiritualidad. Hay que buscar a Dios en el mundo y en la historia. Lo sobrenatural se da en lo natural, lo divino en lo humano y lo espiritual en lo mundano. El cristiano del futuro será alguien que ha experimentado a Dios y que se ha comprometido con los demás (K. Rahner).

No hay que renunciar al mundo, sino ordenarlo según el plan de Dios. Por eso, el matrimonio es un camino tan válido para la santidad cristiana como el celibato, y la renuncia no es el centro de la espiritualidad, sino la acción de gracias y la transformación de las realidades terrenas.

Vivimos en un mundo imperfecto, bueno pero inmaduro y afectado por el pecado. El sétimo día Dios descansó y comienza la historia. Cada ser humano está llamado a ser cocreador con Dios, colaborando en la creación y aportando su propia contribución a un mundo más humano, más acorde con el plan de salvación y más perfecto.

De ahí la valoración cristiana del trabajo, de la economía, del arte y de la política, es decir, de los ámbitos profanos en los que tiene que vivir y realizarse el hombre. El laico está llamado a ser instrumento de salvación, ya que Dios no desplaza al ser humano, sino que lo llama a asumir su papel histórico en la transformación del orden de la creación.

Éste es el fundamento mismo de la espiritualidad laical y de las vocaciones laicas. No es verdad que haya crisis de vocaciones en la Iglesia. Lo que ha entrado en crisis es una manera de entender la vocación a la vida religiosa y al sacerdocio ministerial que se ha quedado obsoleta. Mientras florecen y se multiplican las vocaciones laicales cristianas. Esto es también un signo de los tiempos que exige discernimiento e interpela a la Iglesia.

Surge así un modelo de santidad en el mundo de la economía y de la política. No se puede evangelizar la sociedad sin trabajadores, economistas y empresarios cristianos, ni es posible luchar por una construcción evangélica de la sociedad humana si no hay políticos que luchen contra la corrupción y que busquen proteger a los más débiles de la sociedad. La espiritualidad pasa por los ámbitos mundanos, en los que tiene que hacerse presente la fuerza del

evangelio. Dios llama a ser cocreadores y corredentores, es decir, a luchar contra el mal y el pecado que cristaliza en estructuras sociales injustas que condenan al ser humano a la marginación, el subdesarrollo y condiciones de vida infrahumana.

Podemos hablar de una ecología del pecado, según la cual, el pecado del mundo nos afecta y nos condiciona, y nuestros pecados personales contribuyen al mal social y a las estructuras que oprimen a la persona humana. Somos víctimas y culpables al mismo tiempo, de ahí nuestra responsabilidad privada y pública. A partir de aquí, hay que desarrollar aportaciones propias en el orden de la creación y en el de la redención. La vocación de cada cristiano es irremplazable e insustituible en el plan de Dios. Nadie puede ocupar el lugar y las circunstancias de otro, que descubre a su prójimo y que se siente concernido por cuanto oprime al hombre.

"Nada inhumano nos es indiferente", porque es Dios mismo quien nos llama a reconocerlo en el rostro del otro y quien interpela nuestra inteligencia y nuestra libertad para ponerla al servicio de su plan de salvación. Si el mundo está mal y hay mucho sufrimiento evitable, no es Dios el culpable, sino la humanidad y, entre ella, los cristianos y la misma Iglesia. Es el valor divino de lo humano, responder a Dios sirviendo a los demás.

Así se resume el núcleo mismo de lo que significa la identidad cristiana en un mundo secularizado pero capaz de captar la salvación. Los no cristianos la ven sólo como emancipación y liberación humana, porque no son capaces de descubrir al Dios que actúa con y desde el hombre en favor de los demás. Para el cristiano, es Dios mismo quién actúa por medio de sus profetas y testigos. Por eso, Teresa de Calcuta no fue sólo una buena mujer entregada a los demás, sino un testigo de Dios en el mundo de hoy, a pesar de sus limitaciones humanas, de su falta de cultura política y económica e, incluso, de sus posibles contradicciones como figura pública. Fue testigo de Dios, porque él fue la fuente y el origen de su misericordia para con los más pobres.

El pecado no es tanto una acción puntual e individual -en la mayoría de los casos fruto de la debilidad y fragilidad humanas, más que una decisión deliberada de rompimiento con Dios-, cuanto una acción relacional que repercute en los otros. "La gloria de Dios es que el hombre viva y crezca" (San Ireneo de Lyon). El pecado es lo que impide crecer y vivir a uno mismo y a los demás, todo aquello que se convierte en un obstáculo para el plan de Dios que siempre es la vida humana.

Cada cual tiene que interrogarse por lo que impide el crecimiento y la vida propia y ajena. Dios no quiere sacrificios humanos "a mayor gloria de Dios", sino que el Dios cristiano viene a darse a los hombres, para que estos tengan vida. Por eso es la misericordia y no el sacrificio el núcleo de la identidad cristiana. El sacerdocio de Jesús es el de una vida toda ella consagrada al amor y la misericordia. Supo generar vida a mayor gloria de Dios y encontrar a Dios en medio de las acciones humanas. En esto consiste la gloria humana, en encontrar a Dios en la historia y en la vida (San Ireneo de Lyon).

Este es el centro mismo de la existencia sacerdotal cristiana, que es la laical, y a la que tiene que servir el ministerio sacerdotal. Hay que encontrar a Dios en la vida, percibir la transcendencia en la propia historia, asumir los conflictos y los avatares relacionándolos con Dios. Así surge un Dios transcendente y encarnado, tan humano en Jesús como sólo podía ser

dios, tan divino como para generar esperanza y ganas de vivir.

Para ello no hay que apartarse del mundo, al contrario, hay que volver siempre a él y convertirse en representante de Dios ante los hombres (desde la oración, la experiencia de fe, la participación en los sacramentos y la confirmación de la comunidad). También en interpelante ante Dios, en nombre de la humanidad, presentando a Dios las angustias, temores y expectativas de todos los hombres.

Así surge una oración que brota de la vida y que lleva a ella, una experiencia de fe que se expresa en los sacramentos y que sacramentaliza toda la vida, y una forma de ser personas desde la hondura de lo humano que es lo que nos muestra la identidad cristiana. Esta es la vocación laical por excelencia. Permite ser contemplativo en la acción y comprometido en la oración, sacralizar todo lo profano, relacionándolo con Dios (al que incluso se encuentra entre los pucheros, como afirmaba Teresa de Jesús), y mundanizar el Espíritu (haciéndolo presente en las realidades de la vida). Dios nos lleva a vivir con hondura las realidades humanas y a encontrarle en el centro mismo de la existencia de cada persona (San Agustín).

Estos tres cambios fundamentales: una nueva idea de la misión de la Iglesia, una vuelta a la proclamación y construcción del reinado de Dios en la sociedad humana, y una manera distinta de concebir la espiritualidad han convergido en la teología del laicado. La teología de los laicos irrumpe hoy en la eclesiología e impregna todos los ámbitos de la misión de la Iglesia. El paso a los laicos no obedece a una moda coyuntural, sino a un replanteamiento teológico, eclesiológico y misional.

5. ¡Paso a los laicos!

En el viejo código de Derecho canónico se definía a los laicos como los no-sacerdotes y no-religiosos, es decir, se les describía por lo que no eran. Dado que el sacerdote y el religioso eran los representantes por antonomasia de la institución eclesial, se veía a los laicos como objeto de la misión pastoral de la Iglesia, identificada con el clero y la vida religiosa.

A partir del concilio Vaticano II ha cambiado radicalmente esta teología. El sacramento de la consagración a Dios no es el del Orden, sino el Bautismo y la Confirmación (que inicialmente eran un único sacramento que, generalmente, se administraba a los adultos). Los consagrados en la Iglesia de Jesús son los bautizados ("cristianos", es decir, otros Cristos, otros ungidos por el Espíritu), mientras que los no consagrados son los que todavía no han recibido el mensaje cristiano. La Iglesia, antes que una institución, es una comunidad de discípulos y el bautizado es el vicario de Cristo (el representante de Cristo en el mundo), enviado por el y fortalecido con la fuerza de su Espíritu (confirmado).

A partir de ahí, el laico es el cristiano sin más, el que no necesita más descripciones, predicados ni especificidades. Hay que definir lo que es un presbítero (cura), diácono u obispo (es decir, como impregna el sacramento del Orden a la vida bautismal y qué exigencias plantea), y hay que fundamentar la vida religiosa como otra forma de seguimiento de Jesús (y no como el único camino a la santidad y la perfección), pero el laico es el bautizado, el otro Cristo que no

necesita ulteriores definiciones.

5.1. Consagrados a Dios por el Bautismo

A partir de aquí, el *laico* se convierte en el *prototipo del cristiano* (capítulo II de la *Lumen Gentium*) y la mundanidad o secularidad es su rasgo más específico (capítulo IV), aunque no su dimensión exclusiva. En cuanto experto en mundanidad y en cuantomembro activo de la Iglesia, tiene el derecho y el deber de manifestar su opinión sobre todos los asuntos de la Iglesia (LG 37), incluido el derecho a la opinión pública, de participar en su vida interna (LG 33) y de constituirse en la vanguardia de su acción misionera (LG 36), alcanzando así su mayoría de edad en la Iglesia (LG 37).

Esto implica un cambio en profundidad de toda la Iglesia, otra manera de plantear las parroquias, los movimientos apostólicos y las comunidades, y una nueva forma de entender la relación entre el clero y los seglares. Es toda la Iglesia la que es apostólica, no sólo los clérigos. Por eso, la Iglesia en cuanto comunidad universal y local tiene una pluralidad de ministerios (clericales y laicales) y de carismas, sin que haya oficios que sean monopolio del clérigo.

El laico puede ser el ministro del bautismo (canon 230 & 3; 861 & 2), el testigo oficial que presida el sacramento del matrimonio (canon 1112), cuyos ministros son los laicos contrayentes, y el que asuma funciones pastorales, incluido, en caso necesario, la dirección y animación de las parroquias y comunidades (canon 517 & 2). El cura ya no es el ministro que tiene todas las funciones, ni tampoco una figura aislada al margen de la comunidad.

Pasamos de una teología individualista y centrada en las potestades y autoridad del ministro, a otra comunitaria participativa y misional. El ministro que preside una comunidad, generalmente tras recibir el sacramento del Orden, debe valorarse desde su función de animador de ésta, desde su capacidad de revitalizarla y orientarla, y desde su capacidad misional que es constitutiva de su ministerio.

En la Iglesia antigua había una gran cantidad de ministerios, suscitados por el Espíritu, sin que se diera una concentración en el clero y, mucho menos, un monopolio. Desde el Vaticano II, la *Ministeria quaedam* (1972) de Pablo VI interpela a la creatividad eclesial en favor de una desclericalización de los ministerios, de una cogestión y participación laical, incluida la formación de un Consejo de Pastoral (canon 536) y un Consejo Económico en las parroquias (canon 537), que descargue al clero de funciones que pueden ser asumidas por los laicos.

El presupuesto de una Iglesia más laical y participativa depende de los mismos laicos, de su formación y preparación teológica, que es el requisito indispensable para una cogestión en las parroquias y en los movimientos apostólicos, y de su disponibilidad y creatividad para asumir responsabilidades en lugar de delegarlas en el clero.

El problema de una Iglesia laical es similar al de una Iglesia con participación creciente de mujeres. Hay que superar el clericalismo y el machismo reinantes, tanto entre el clero, como entre los mismos laicos. Se trata de un cambio de mentalidad, de un nuevo paradigma teológico, que exige tiempo, renovación generacional y, sobre todo, un cambio de actitudes y de

mentalidades. De ahí, las inevitables resistencias al cambio, el peso de la inercia y la desesperanza de los que captan la lentitud de los cambios y la resistencia de la misma Iglesia en su conjunto, especialmente en los ámbitos de mayor edad y responsabilidad jerárquica, para esta transformación del marco eclesiológico.

Hoy vivimos una época de transición entre un modelo en declive de la Iglesia, el que se construyó a partir de Trento y que culminó en el Vaticano I, y otro todavía balbuceante e inmaduro, que se inspira en la época neotestamentaria y patristica, es decir, en los orígenes del cristianismo.

5.2. Un nuevo marco eclesial

Pasamos así de *una eclesiología basada en la desigualdad* (la Iglesia como una sociedad perfecta y desigual, en la que unos mandan y otros obedecen, unos enseñan y otros aprenden) a *otra basada en la fraternidad y la igualdad*, que permite la estructuración de una multiplicidad de carismas y ministerios. Cada uno sirve a la Iglesia en cuanto miembro de ella. Todos somos iguales desde el carisma y el ministerio recibido (que es un don y un imperativo, una gracia y una tarea), siempre en un contexto comunitario. La Iglesia es "la familia de Dios" y, en ella, el lugar del padre queda vacío para Dios y su Cristo.

Toda paternidad y maternidad en la Iglesia se realiza desde la común dignidad cristiana, en la que todos somos iguales y el papa no es más cristiano que el último de los laicos. Esa paternidad y maternidad espiritual implica, sin embargo, la diversidad de tareas y ministerios, siempre en función del don recibido, de la elección comunitaria y de la consagración o institución en el correspondiente ministerio. Todo don de Dios es también una responsabilidad y una tarea que hay que asumir en la comunidad.

Es toda la comunidad la que discierne y evalúa (1Tes. 5, 19-22) y no sólo una parte de ella (la jerarquía). La Iglesia se constituye así en sacramento del Reino de Dios, es decir, "en germen y principio de este Reino" (LG 5). Para ello, la Iglesia tiene que ser un lugar de encuentro entre Dios y el hombre, que es lo que constituye a los sacramentos, desde una fraternidad en la que el ministerio es servicio y no dominio, los destinatarios preferentes los miembros más débiles, y los consagrados el conjunto de los cristianos.

La ausencia de dominio es la otra cara de la fraternidad eclesial, en la que cada carisma es un servicio y no simplemente una potestad, una tarea y no sólo una dignidad. Así la Iglesia se constituye en signo de comunión para una humanidad plural, conflictiva y frecuentemente enfrentada. La unidad no equivale a la homogeneidad ni a la uniformidad, sino a la comunión desde el respeto a la diferencia, la pluralidad de identidades cristianas inculcadas y la común pertenencia a la Iglesia universal, que es una comunidad de comunidades.

Si la *obediencia* era la virtud cardinal de la vieja eclesiología, el *discernimiento* (individual y comunitario) es la base de la nueva eclesiología. De ahí el respeto a la propia conciencia, la necesaria cooperación con la jerarquía (LG 33), que pasa también por la interpelación, la representación y, en caso dado, la crítica respetuosa y bien fundada, y la aceptación de que son los laicos los que mejor pueden juzgar los asuntos temporales (LG 37),

precisamente porque viven inmersos en el mundo y no separados de él. La contradicción surge cuando se quiere integrar esta orientación en la vieja eclesiología, en la que el clero se convertía en instancia definitoria de lo que había que hacer en el mundo, a pesar de vivir segregado de los ámbitos seculares, relegando a los laicos a aplicar sus principios y orientaciones.

El precio de este dualismo era el irrealismo y la falta de operatividad de muchas orientaciones eclesiásticas (en el ámbito de la familia, de la sexualidad, de la política, del dinero); el de la culpabilización de los laicos (incapaces de llevar a cabo estas orientaciones desencarnadas y poco atentas a los contextos y situaciones históricas); y el de la permanente minoría de edad del laicado. Esta postura tradicional es la que hace comprensible el "creo en Dios, pero no en la Iglesia", identificando a ésta misma con el clero, que es una parte de ella, pero nunca puede identificarse ni sustituir a la comunidad de los creyentes.

De esta forma, el laico dejaba de ser el concepto matriz de la eclesiología, consagrado y miembro del Pueblo de Dios, para adquirir una connotación sociológica, la de inculto, falto de formación teológica y miembro de la plebe que necesita ser orientado por la cúspide jerárquica. Es lo contrario a la eclesiología de comunión de los primeros siglos, establecida de forma ejemplar por San Cipriano de Cartago, que defendía que había que consultar a toda la comunidad en los asuntos que concernían a los laicos y al conjunto de la Iglesia.

Y es que el mismo concepto *Iglesia* significa pueblo en asamblea, congregación, reunión de los creyentes convocados por Dios y enviados al mundo. Sólo desde ahí es posible un laicado mayor de edad y una jerarquía enraizada y apoyada por la comunidad a la que representa y sirve desde el ministerio de la dirección pastoral.

Por eso, la Iglesia es católica, es decir plena y universal, cuando es capaz de asumir las diferencias y canalizar los inevitables conflictos que genera una sociedad pluralista desde el discernimiento y la comunión. Ya no es simplemente la obediencia y la sumisión a la jerarquía lo que caracteriza a los laicos, sino la capacidad de discernimiento personal y de evaluación comunitaria, desde los criterios del amor y de la atención a los miembros más débiles de la comunidad.

Un laicado creativo, mayor de edad y consciente de su responsabilidad eclesial es la alternativa eclesiológica para el siglo XXI. Los mismos ministros, clericales o laicos, deben ser elegidos teniendo en cuenta esa capacidad para el diálogo, su atención preferente por los miembros más débiles y su testimonio ante el mundo de la increencia y de la indiferencia religiosa. Difícilmente puede ser la Iglesia signo del Reinado de Dios en el mundo si no puede mostrar que hay formas de vivir la pluralidad que no son incompatibles con la unidad entendida como comunión.

6. Conclusión

La eclesiología de comunión es el marco de una renovada teología del laicado, ambas se relacionan y dependen la una de la otra. Al cambiar al laicado transformamos a la misma Iglesia y al modificar el modelo eclesiológico replanteamos la teología del laicado. En buena parte aquí

se juega el futuro del cristianismo del siglo XXI.

El laicado es el gigante dormido de la Iglesia católica, su mayor esperanza evangelizadora y renovadora, la vanguardia del cristianismo en el tercer milenio. Esta renovación de los laicos es también la que permitiría replantear el ministerio sacerdotal y los diversos grados del sacramento del orden.

No se trata de oponer una iglesia laical a la meramente clerical, sino de recuperar la corresponsabilidad de laicos y clérigos en el contexto del Pueblo de Dios, reequilibrando la eclesiología que se ha desarrollado en el segundo milenio. Por eso, el futuro pasa por los laicos, que constituyen el gran reto y la gran esperanza cristiana del futuro para el tercer milenio.

7. Cuestionario para el trabajo en grupos

1. ¿Cómo valorais globalmente vuestra pertenencia y participación en la Iglesia? ¿Qué es lo que estáis aportando y recibiendo? ¿Cuál es el "tono anímico" de esa participación? ¿Percibes un fortalecimiento de la eclesialidad o cierta "herejía emocional" como ha formulado Torres Queiruga?

2. ¿Tenéis relación estrecha con alguna Parroquia? ¿Cómo os sentís dentro de ella? ¿Y con otras instancias diocesanas? ¿Cuál es vuestra historia eclesial: grupos, parroquias, personas significativas, acontecimientos...?

3. ¿Cómo son las relaciones que mantenéis con otros grupos y comunidades? ¿Y con los curas? ¿Y con instituciones eclesiales (colegios, centros teológicos, movimientos...)?

4. ¿Qué imagen de la Iglesia tienen las personas que os rodean? ¿Compartís vosotros esas percepciones o pensáis que se trata de tópicos y prejuicios sin fundamento?
5. ¿Se produce efectivamente una corresponsabilidad en la Parroquia o ámbito eclesial donde os movéis? ¿Por qué?
6. ¿Os movéis en la vida cotidiana sabiendo que el espacio profano es lugar privilegiado para el encuentro con Dios y la construcción del Reino?
7. ¿Predomina entre vosotros la actividad intraeclesial o la presencia y compromiso en ámbitos seculares? ¿Creéis que la mayoría de los miembros de la Iglesia tienen clara su identidad y misión? ¿Cabría hacer algo para progresar en este sentido?
8. ¿Cuáles son los principales progresos que a vuestro parecer ha realizado la Iglesia española? ¿Se adecúan a las necesidades evangelizadoras?
9. ¿Cuáles deberían ser las prioridades de nuestra Iglesia? ¿Cuáles son sus principales defectos institucionales?
10. ¿Qué opináis sobre la actual configuración de los ministerios ordenados y laicales? ¿Habéis reflexionado sobre el asunto? ¿Preferís lo no institucionalizado?

8. Bibliografía

*AAVV: *El laicado en la Iglesia*. XXI Semana Española de Derecho Canónico. Universidad de Salamanca, 1989.

*BOFF, L.: *Eclesiogénesis*. Ed. Sal Terrae. Santander, 1980.

*BOFF, L.: *Iglesia: carisma y poder*. Ed. Sal Terrae. Santander, 1982.

*BOROBIO, D.: *Ministerios laicales*. Ed. Atenas, 1984.

*CASTILLO, J.M.: *La alternativa cristiana*. Ed Sígueme. Salamanca, 1987.

- *CASTILLO, J.M.: *Espiritualidad para comunidades*. Ed. San Pablo. Madrid, 1995.
- *CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA: *Católicos en la vida pública*. Ed. PPC.
- *CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA: *Constructores de la Paz*. Ed. PPC.
- *CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA: *Cristianos laicos, Iglesia en el mundo*. Ed. PPC.
- *CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA: *Testigos del Dios vivo*. Ed. PPC. 1985
- *ESTRADA, J.A.: *Del misterio de la Iglesia al Pueblo de Dios*. Ed. Sígueme, Salamanca 1988.
- *ESTRADA, J.A.: *La espiritualidad de los laicos*. Ed. San Pablo. Madrid, 1992.
- *ESTRADA, J.A.: *La identidad de los laicos*. Ed. San Pablo. Madrid, 1990.
- *ESTRADA, J.A.: *Oración: liberación y compromiso de fe*. Ed. Sal Terrae. Santander, 1986.
- *FLORISTÁN, C. y TAMAYO, J.J.: *El Vaticano II, veinte años después*. Ed. Cristiandad, 1985.
- *GONZÁLEZ CARVAJAL, L.: *Cristianos de presencia y cristianos de mediación*. Ed. Sal Terrae. Santander, 1989.
- *KÜNG, H.: *La Iglesia*. Ed. Cristiandad. Barcelona, 1968.
- *LATOURELLE, R.: *Vaticano II. Balance y perspectiva*. Ed. Sígueme. Salamanca, 1989.
- *LUBAC, H. de: *Meditación sobre la Iglesia*. Ed. Encuentro. Madrid, 1980.
- *MOLTMANN, J.: *La Iglesia fuerza del Espíritu*. Ed. Sígueme. Salamanca, 1978.
- *PABLO VI: *La evangelización del mundo contemporáneo. "Evangelii nuntiandi"*. Ed. PPC.
- *PAGOLA, J.A.: Ponencia sobre "La nueva parroquia evangelizadora" en *Congreso Parroquia Evangelizadora*. 1989.
- *RAHNER, K.: *Cambio estructural en la Iglesia*. Ed. Cristiandad. Madrid, 1974.
- *SOBRINO, J.: *Resurrección de la verdadera Iglesia*. Ed. Sal Terrae. Santander,
- *TAMAYO-ACOSTA, J.J.: *Hacia la comunidad*. Colección de varios volúmenes de formación teológica. Ed. Trotta 1993 y ss.

Monográficos en revistas:

- *Iglesia Viva 93 (1981); 120 (1985)
- *Revista Española de Teología 48 (1988); 49 (1989); 51 (1991)

*Sal Terrae 973 (nov. 1994); 994 (oct. 1996)

VII LA VIVENCIA CRISTIANA DEL TRABAJO

JASP: Jóvenes Aunque Sobradamente Pre-parados

Pintada que parodia un conocido
anuncio de automóviles para jóvenes

1. Introducción

En la actualidad, el trabajo ocupa una parte importante de la vida de los hombres y de los

grupos sociales. Asimismo, la ideología construida sobre el trabajo, aporta una cultura propia y una visión del mundo de los valores que ha ido evolucionando a lo largo del tiempo.

Por trabajo se entiende "el esfuerzo humano aplicado a la creación de riqueza". Toda la idea occidental del trabajo se forma en torno a este fenómeno de la creación, construcción, transformación fatigosa de la materia, a la vez que la persona se va modelando a sí misma.

Las interpretaciones que se han vertido sobre el trabajo, han ido evolucionando a lo largo del tiempo. En la sociedad griega, la ideología sobre el trabajo establece dos mundos diferentes: por un lado el económico, donde esclavos y mujeres producen lo suficiente, con la consiguiente desigualdad generada; y de otro, la relación política, como encuentro de hombres libres. En la tradición judeocristiana, el principio de "ganarás el pan con el sudor de tu frente" ha estado siempre presente. Posteriormente, la visión calvinista extiende esta obligación al conjunto de la sociedad: "todo hombre debe trabajar, tanto los señores como los siervos. Todos ellos alcanzarán la gracia de Dios a través del trabajo".

No obstante, es con la industrialización y la urbanización cuando comienza a extenderse el concepto de empleo como aquella situación caracterizada por el hecho de estar contratado por una empresa u organización en una función ocupacional, claramente definida y estable, con obligaciones, horarios, tasas de remuneración más o menos estandarizadas.

Con el tiempo, el empleo que se ocupaba, pasó a ser un rasgo esencial en la vida de los países industrializados, apareciendo como conceptos sinónimos los de trabajo y empleo, de modo que hoy decimos que si uno tiene empleo, trabaja,; si no lo tiene, está parado, no trabaja.

Dentro de esta cultura del trabajo en la que estamos, propia de una ideología industrial, A. Janniére nos desvela cuatro de sus "malos hábitos":

*El primero consiste en pensar que nuestro tiempo se divide ente horas productivas, y por tanto remuneradas, y horas consideradas como improductivas, estén o no remuneradas. Nuestro hábito es ahorrar el dinero que hemos ganado en nuestras horas de trabajo productivo para gastarlo en nuestras horas de "descanso".

*El segundo consiste en dar por supuesto en que existe un estrecho vínculo entre trabajo y fabricación, tanto que somos incapaces de imaginar que la producción pueda realizarse de forma distinta a una sucesión de actos remunerados.

*El tercero consiste en valorar a la persona humana en función de la posición que ocupa en el sistema productivo, con preferencia a cualquier otro tipo de valoración.

*El cuarto consiste en planificar el tiempo del no-trabajo, en función exclusiva del trabajo: para "recuperar fuerzas", para "descansar", para "cambiar de ambiente", para "evadirse del penoso trabajo cotidiano",... Las vacaciones son un simple paréntesis en la vida normal, que es la del trabajo.

Estos planteamientos comienzan a carecer de sentido en una sociedad en la que el trabajo clásico tiende a dejar de ser el centro de la actividad humana.

La realidad socioeconómica actual se encuentra caracterizada por un crecimiento económico sin empleo. Basta un rápido recorrido por las estadísticas anuales de la EPA (Encuesta de Población Activa) para constatar que el paro, desde finales de los años 70 es creciente y sólo ha disminuido ligeramente en períodos de fuerte expansión.

Asimismo, el paro se presenta como un fenómeno fuertemente discriminatoria: discrimina por edades, pues los más jóvenes (menores de 25 años de edad) son los que registran mayores tasas de desempleo; por sexos, pues las mujeres lo padecen en mayor proporción que los varones; y por regiones, donde una vez más las zonas del Sur, Extremadura y Andalucía, presentan mayores tasa de paro que las del Norte, Navarra y Cataluña.

Nos encontramos, pues, con un problema estructural, no coyuntural, que constituye uno de los mayores desafíos a los que se enfrentan las sociedades occidentales.

En este sentido, de acuerdo con las estimaciones que se realizan en medios económicos, parece que la cantidad de mano de obra necesaria para hacer funcionar el sistema está destinada a ir reduciéndose, como consecuencia del desarrollo tecnológico, por lo que la ocupación estable a pleno empleo, tiende a transformarse en algo excepcional, un privilegio. El empleo directamente productivo para todos, a tiempo completo, no es posible.

Las transformaciones del aparato productivo a las que estamos asistiendo, liberan al hombre y a la mujer de tareas fastidiosas, repetitivas y embrutecedoras del trabajo. Esto debería alegrarnos, ya que es un tiempo potencialmente liberado del sistema productivo para dedicarse a otra actividad, que se perfile como algo más rico, más lleno, donde la solidaridad, el servicio comunitario, la vida familiar, el arte, la tolerancia, las relaciones vecinales, y la cooperación vecinal jueguen un papel diferente.

Es necesario, pues, superar la idea de sociedad asalariada y caminar hacia la plena participación como derecho inalienable de todos los ciudadanos, hombre y mujeres.

2. Evolución del concepto Hombre-Trabajo

Para comprender la crisis de la civilización de la sociedad del trabajo en que actualmente nos encontramos, es necesario hacer una breve referencia a la evolución del sentido que el trabajo ha ido adoptando a lo largo de las distintas etapas históricas, recordando que en la base de todo se encuentran diferentes concepciones antropológicas del hombre que iremos describiendo.

a) El modelo liberal

Situamos el inicio de nuestro estudio en la Revolución Industrial, dado que la aparición y desarrollo de la máquina generaría notorias transformaciones en la relación entre el hombre y la naturaleza.

El primer momento lo constituye el paso del trabajo artesanal al industrial, esto es, de un modo de relación directa entre el hombre y la naturaleza a la interposición entre ambos de la

maquinaria industrial. Al comienzo de la era industrial, se mantenía un cierto tipo de trabajo artesanal. Las primeras fábricas se constituían en torno a grupos de trabajo artesanal, donde se situaba la frente un maestro rodeado de aprendices, oficiales y otras categorías. El trabajo se encontraba todavía muy relacionado con el proceso de producción.

En una segunda etapa de la revolución industrial, como consecuencia del mayor desarrollo adquirido por las máquinas utilizadas, el proceso de trabajo se convierte en la vigilancia del conjunto de señales procedentes de las máquinas; trabajo éste que era desarrollado principalmente por los capataces. En realidad, más que vigilar señales emitida por las máquinas, lo que se vigilaban eran a hombres organizados en cadena y convertidos en objetos técnicos. Era el comienzo de la época Taylorista, caracterizado por la división funcional del trabajo y especialización en tareas para fabricar un mismo producto.

La siguiente etapa consiste en la sustitución de la fabricación más o menos directa, en una pura vigilancia. Las tareas, en su práctica totalidad son confiadas a procesos computerizados, donde el hombre simplemente debe vigilar. Su relación con la naturaleza se encuentra totalmente mediatizada. La habilidad manual ya no cuenta. Su trabajo intelectual, lo realiza la máquina.

El trasfondo antropológico que subyace en esta evolución es una concepción liberal del hombre, que lo entiende como individuo que con su racionalidad e iniciativa explota la Naturaleza mediante máquinas creadas por la Revolución Industrial. Este concepto del hombre como individuo, genera un concepto de sociedad como suma de individuos autónomos y en cierta medida autosuficientes, y consagra como valor fundamental la libertad, que se encontraba íntimamente ligada a la propiedad privada de los medios de producción. Considerado como un derecho inalienable y sagrado. En este marco, era preciso propiciar la capacidad creativa de los individuos, eliminando toda traba legal y organizativa, por lo que la libertad económica se imponía como necesaria.

Esta ideología se encontraba fuertemente sustentada por la burguesía, que tiene su reflejo en la contradicción en la valoración del trabajo que realiza el liberalismo: de un lado, el trabajo es considerado como fuente de creatividad, propiedad, racionalidad,... Es el trabajo del ingeniero y del empresario. De otro, el trabajador debe ser remunerado según la lógica del mercado, equiparándose así las cosas (bienes y servicios) del mercado, quedando normalmente reducido al nivel de la estricta subsistencia.

b) El modelo socialista

La experiencia negativa del capitalismo liberal propició la aparición del modelo socialista como modelo alternativo al capitalismo.

Si el liberalismo configuró el mercado como eje básico de la sociedad, legitimando los intereses de la burguesía propietaria, el socialismo asumió otro aspecto básico de la actividad de la sociedad: la producción fabril, entendiendo que la planificación en función de las necesidades podía hacer innecesario el mercado como mecanismo asignador de recursos.

En el socialismo es la sociedad entera la que coordina las actividades de transformación de la Naturaleza, tratando de superar la base material del individualismo, cual es la propiedad privada. Por otra parte, la superación del individualismo conduce también al internacionalismo,

como superación del propio Estado.

El concepto de trabajo es mucho más rico que en la ideología liberal. Para el socialismo – marxismo, el trabajo no sólo transforma la Naturaleza, sino que también desarrolla las potencialidades del ser humano y le abre un horizonte de nuevas necesidades humanas.

c) El Estado Social

El capitalismo del modelo liberal puro, ha sufrido diversas modificaciones a lo largo del siglo XIX y principios del XX. La gravedad del problema social lleva a legislar sobre el trabajo, incorporando ciertos derechos reconocidos a los trabajadores, y a aceptar la negociación colectiva entre la patronal y sindicatos; la necesidad de combatir la crisis llevó a los estados a adoptar una serie de medidas de demanda; y finalmente en los años sesenta comenzaron a expresarse con fuerza una serie de demandas sociales a las que los Estados debían responder.

Aparece así el Estado Social, como un estado intervencionista, en el que el individuo se convierte en “ciudadano”, extendiendo su ámbito de los derechos políticos a los sociales. El desarrollo de la riqueza, alcanzado a través de políticas de corte Keynesiano, ha contribuido a percibir al individuo como consumidos en una sociedad de la abundancia. Estamos no ante un nuevo paradigma cultural, sino que más bien parece que se han introducido ciertos elementos del paradigma socialista en el modelo liberal.

En este Estado Social, el trabajo se convierte en una relación social básica, en el que el hombre adquiere no sólo derechos del trabajador sino también derechos sociales (seguridad frente a la vejez, paro, enfermedad)

d) El Neoliberalismo

Finalmente, nos encontramos ante una tendencia creciente de las teorías neoliberales. El neoliberalismo surge entre otras causas, de la crisis del Estado del Bienestar, y de la imposibilidad de mantener sus condiciones económicas y financieras. Se combate la intervención estatal, y se reduce lo social a lo económico, los campos ético y social caen dentro de la lógica económica y los poderes económicos se imponen sin trabas.

El Estado intervencionista, fuertemente cuestionado por el neoliberalismo por burócrata e ineficaz, se ha retirado de lagunas áreas, a través de las llamadas privatizaciones, ocupando este espacio, no la sociedad civil, sino grandes corporaciones y multinacionales, dando lugar a la aparición de oligarquías poderosas.

3. Funciones del trabajo

En el marco que ha quedado expuesto en el anterior apartado, el trabajo viene a cumplir una triple función:

*En primer lugar, mediante el trabajo se adquiere gran parte de la identidad personal y se lleva a cabo una participación social activa. Efectivamente, el trabajo es un factor de equilibrio psicológico, al hacer sentir al individuo útil y permitir desarrollar sus capacidades creativas, pues en gran medida la idea que tenemos de nosotros mismos, depende del conjunto de actividades que llevamos a cabo y de la estructuración del tiempo del que disponemos. En este sentido, la cuestión de la remuneración de las tareas de interés reconocido como las de cuidado del hogar y de la familia, que tradicionalmente han sido asignadas a la mujer, puede ayudar a la construcción de la propia identidad.

*Por otro lado, proporciona los ingresos necesarios para poder vivir, pues el trabajo constituye la principal fuente legítima de ingresos. Ciertamente, sin la garantía de poder obtener unos ingresos mínimos que cubran las necesidades básicas para alimentarse, vestirse y encontrar alojamiento, la inseguridad impide disfrutar de una vida humana digna. La mayoría de los hombres dependen en su economía precisamente del salario de su trabajo, por lo que éste se convierte en algo imprescindible. De ahí que su falta provoque una especie de hecatombe personal o familiar, pudiendo quedar comprometida la dignidad del propio vivir. El trabajo, por lo tanto, constituye un derecho y un deber. No parece justo, en este sentido, que quienes tengan capacidad para trabajar deban hacer recaer en otros el peso de su mantenimiento. Es por ello que, aunque fuera técnicamente posible, no resultaría aceptable una sociedad en la que unos pocos trabajasen con unos medios de producción sofisticados y la mayoría recibiera gratuitamente una parte del producto colectivo.

*En tercer lugar, el trabajo hace posible la integración del ciudadano dentro de la sociedad, en la cadena de eslabones de relaciones sociales que la componen. En gran medida, la cohesión y estabilidad social de un país depende de su capacidad para proporcionar un medio de vida al conjunto de la población. En este sentido, el fenómeno de la delincuencia debe contemplarse principalmente en términos estructurales y no tanto individuales. Sin caer en un determinismo económico, resulta claro que la composición de la población reclusa muestra que son las clases y grupos sociales más pobres, los que terminan realizando actividades punibles.

Hace veinte años, encontrar trabajo era cosa fácil. Las condiciones de trabajo eran más o menos duras, pero quién quería trabajar podía encontrarlo, y en el peor de los casos podía emigrar a un país europeo seguro de alcanzarlo. Sin embargo, la situación ha cambiado radicalmente, encontrándonos con un desempleo masivo que constituye uno de los más serios problemas estructurales de las sociedades occidentales.

En este contexto, la escasez previsible de trabajo productivo, tal y como éste ha sido entendido hasta ahora, hará que el trabajo deje de cumplir tres de sus funciones específicas en nuestras sociedades: en primer lugar, ya no será el aspecto prioritario de socialización de la persona en la sociedad. En segundo lugar, tampoco será el aspecto prioritario de realización de la persona. Y en tercer lugar, no será el instrumento exclusivo para el reparto de la renta. La pregunta que se suscita es: ¿ Qué podría sustituir al trabajo como base de la construcción de la personalidad y que diera cohesión social?

4. La situación actual

4.1. El trabajo en el mundo

Si algo caracteriza al momento actual, es la amplitud y velocidad con que los medios de comunicación nos informan de lo que ocurre en cualquier lugar del planeta. Gracias a ello, los ciudadanos somos plenamente conscientes de las abismales diferencias de las condiciones económicas y sociales que existen en las diversas naciones.

Obviamente, estas amplias diferencias poseen causas estructurales que no pueden ser modificadas en un periodo de tiempo breve, sin embargo al extenderse el conocimiento de las formas de vida de las clases medias occidentales, se ha universalizado también la aspiración de acceder a ese patrón de consumo.

La consecuencia de ello es, de un lado, un cierto número de ciudadanos frustrados por no poder alcanzar las cotas de consumo masivo que parecen imponerse para tener un lugar en las sociedades occidentales. De otro, la entrada de inmigrantes procedentes de los países sureños, buscando mejorar sus condiciones de vida, y el desarrollo de redes de inmigración ilegal que con frecuencia implican a sus miembros en actividades delictivas.

En este contexto mundial, caracterizado por una fuerte desigualdad, pueden destacarse algunos datos sobre la situación laboral en las diversas naciones del mundo:

*La tasa de actividad, que mide la proporción de personas en edad de trabajar que están empleadas o buscan colocación, es sensiblemente superior en el Norte que en el Sur. Entre las causas que pueden explicar este fenómeno se encuentran: menor incorporación de la mujer al mundo laboral por motivos culturales o religiosos, economía sumergida, difusa separación ente infancia, juventud y edad laboral,...

*En lo que respecta a la distribución del trabajo por sectores, es interesante destacar la importancia que posee el sector primario (la agricultura) en el tercer mundo (más del 50% del PIB), mientras que por el contrario, en los países del Norte sólo representa una pequeña parte (un 10%), estando basadas estas economías en el sector terciario (servicios).

*Respecto a la tasa de paro, a pesar de la dificultad de obtener una cuantificación exacta, no cabe duda que ésta es muy superior en el tercer mundo. Algunos estudios la sitúan en torno al 45% de la población en edad de trabajar, incluyendo el subempleo agrícola, es decir, la parte de trabajadores agrícolas que podría abandonar su actividad sin que la producción se resintiera. En el primer mundo, siendo el paro el principal problema en la percepción de los ciudadanos, sólo alcanza un promedio del 10% de la población activa (aunque en España ha llegado a suponer más del doble)

*En cuanto a las condiciones de trabajo, las economías centrales se caracterizan por:

-Contratos de trabajo normalizados que especifican los derechos y deberes de los trabajadores y empresarios.

-Jornada laboral de 40 horas y derecho a un periodo de descanso semanal y

vacaciones anuales.

-Derechos de sindicación, protección contra el desempleo y acceso a un sistema de pensiones.

-Exclusión expresa del trabajo infantil y dilatada duración de la escolarización obligatoria.

*La cualificación de la mano de obra es ciertamente: cerca de un 90% de los jóvenes pueden realizar sus estudios de grado medio en las naciones avanzadas frente a menos de la mitad en el Sur. El conocimiento científico y tecnológico es un factor estratégico clave en el desarrollo de las sociedades, siendo un fenómeno a estudiar el hecho de que numerosos ciudadanos de países en vías de desarrollo que consiguen acceder a cursas sus estudios en Universidades de países occidentales renuncien posteriormente a volver a sus naciones.

*Las diferencias salariales entre el Norte y el Sur son abismales y superan las diferencias de productividad. Así, los salarios, en términos reales, del sudeste asiático llegan a ser 10 veces inferiores al promedio europeo, que acusan de “dumping social” a los más pobres, que sólo pueden competir por la vía de los costes salariales bajos.

En definitiva, aunque en todos lugares existen serias dificultades para crear empleos, no resulta lógico equiparar la situación laboral de los países situados en el centro de la economía mundial con la que padecen los situados en su periferia.

4.2. El trabajo en España

Nuestro país ha experimentado en relativamente pocos años, un profundo cambio en la situación laboral, pasando de disfrutar de un crecimiento rápido con pleno empleo a un a situación de cierto estancamiento y elevada tasa de paro.

Remontándonos a los años sesenta, la economía española descansaba en una agricultura de tipo tradicional, dirigida al autoconsumo que garantizaba la satisfacción de las necesidades básicas, y que proporcionaba pleno empleo. Se situaba en un modelo de desarrollo hacia dentro – autárquico– en parte querido, y en parte impuesto por la propia situación de bloqueo internacional.

El agotamiento de este modelo y los desequilibrios generados, fundamentalmente en la balanza comercial, propiciaron el inicio de una apertura de la economía española al escenario mundial, que tuvo su primer hito en el Programa de Ajuste de 1959.

A partir de este momento, comienza la industrialización generalizada de España, pues hasta ese momento sólo habían existido algunas industrias pequeñas en Cataluña y País Vasco. El desarrollo de las fábricas requería gran cantidad de mano de obra, por lo que se inicia un movimiento de emigración del campo a la ciudad, que se denominaría “éxodo industrial”. Se inicia un crecimiento económico sin precedentes al tiempo que se experimenta una expansión algo caótica de los principales centros urbanos, nutridos de gentes del campo con afán de superar las penurias de la posguerra.

En el marco de las relaciones laborales, se intenta proporcionar a la mayoría de los ocupados una fuerte estabilidad en el empleo, con una mejora en las condiciones de trabajo y de sueldo. También tuvo lugar un aumento en las oportunidades de empleo, incluyendo al sector público. Todo ello, permitió el nacimiento de una clase media y su expansión y consolidación.

Por parte del Estado, se crea un amplio marco de seguridad sociolaboral (convenios colectivos, derechos laborales, pensiones,...) que serían el comienzo de la construcción del Estado de Bienestar. No obstante mientras en el resto de Europa, la fortaleza de los sindicatos y el temor a la alternativa comunista había propiciado un consenso social de corte socialdemócrata, en nuestro país, las mejoras obtenidas por los trabajadores se debieron básicamente al deseo del régimen franquista de evitar una confrontación social de consecuencias políticas.

Finalmente, debe resaltarse la incorporación progresiva de la mujer al mundo del trabajo, y el acceso de la población femenina a niveles más altos de educación. En este sentido, el ascenso social y económico, así como la mayor equiparación entre los sexos, parecía depender del acceso a un nivel de estudios más alto que el de los progenitores, por lo que las nuevas generaciones fueron educadas en la idea de mejorar las condiciones de vida que habían ocupado sus mayores.

No obstante este rápido crecimiento económico se había sustentado sobre una estructura enormemente débil, basado en ineficiencias empresariales, despilfarro energético, dependencia tecnológica, modesta cualificación de la mano de obra, improvisación,... Todo ello tuvo su reflejo en la primera gran crisis mundial acaecida a finales de los años setenta con motivo de la subida de los precios de los combustibles.

Esta crisis, de graves consecuencias económicas, iba aparejada en nuestro país, con la transición política hacia la democracia, lo que dificultó la aplicación de medidas necesarias para sanear la economía y adaptarla a las nuevas condiciones internacionales.

El relevo en el gobierno de la UCD por el PSOE marca el inicio de una nueva etapa caracterizada por una profunda crisis estructural, frente a la cual debían adoptarse medidas de ajuste en un entorno en el que triunfaban los planteamientos neoliberales.

En el ámbito del trabajo, varios factores vendrían a modificar la situación sociolaboral. De un lado, se experimenta un fuerte avance de la informática y la microelectrónica, que comienzan a automatizar numerosas tareas industriales elementales, disminuyendo las necesidades de personal en muchos servicios administrativos. Ello permitiría liberar al hombre de ciertas tareas duras y deshumanizadoras, pero al mismo tiempo, provocaba la destrucción de un gran número de empleos, sin que la escasa inversión permitiera crear nuevas ocupaciones.

En segundo lugar, el crecimiento de los países asiáticos – los llamados "países dragones" – caracterizados por vender sus productos a bajo precio, por los bajos costes salariales, y la amenaza que ello suponía para Occidente, hizo que los gobiernos y patronales de estos últimos comenzaran a tomar medidas contra la subida excesiva de los salarios.

A ello debe añadirse la incapacidad de las empresas de dar empleo a la totalidad de jóvenes universitarios que cada año abandonaban las aulas una vez acabados sus estudios. El desempleo pasó a ser la peor variable económica nacional, y los sindicatos comenzaron a perder

virtualidad negociadora. La ideología liberal iría ganando terreno con su discurso a favor de la mayor flexibilidad en el terreno laboral como respuesta frente al paro.

La obsesión por la obtención de títulos superiores y la mala calidad de la Formación Profesional condujeron a una hipertrofia del número de universitarios y una escasez relativa del número de técnicos bien cualificados. Muchos jóvenes, sintiéndose a la vez mal formados y parados, padecieron una fuerte decepción que se tradujo en el fenómeno social de "pasotismo", del desinterés por el futuro y la búsqueda de vías diversas de evasión. Dada la peculiaridad de esta parte de la población, los jóvenes, a ellos dedicamos el siguiente epígrafe.

Finalmente, en el momento actual, las cifras del paro ofrecidas por la EPA (Encuesta de Población Activa), cifran la población desempleada en 3.442.000 personas en edad de trabajar y con deseo de estar ocupadas, de los cuales más de 900.000 corresponden a desempleados de larga duración.

4.3. El desempleo y los jóvenes

Resulta ciertamente paradójico que sean los jóvenes, que disponen de todo un potencial humano de deseos, capacidades y energías para desarrollar, uno de los grupos sociales que con mayor crudeza sufra, hoy día, el fenómeno del desempleo.

Según la Encuesta de Población Activa, los jóvenes entre 16 y 24 años en situación de paro, constituyen el 45,9 % del total de la población parada (más de un millón trescientos mil jóvenes en paro). Y con respecto a su propia población activa, representan el 41.1%. Es decir, cada cien jóvenes en edad de trabajar y en búsqueda de su primer empleo, más de cuarenta son expulsados del mercado laboral. Dentro de la Unión Europea, España ostenta la tasa más alta de desempleo juvenil, seguida de Italia e Irlanda.

Obviamente, no todos los jóvenes que se enfrentan con este problema se encuentran en el mismo estado. No es lo mismo un joven sin trabajo, después de haber acabado sus estudios superiores y amparado por un entorno familiar que le sigue cubriendo sus necesidades básicas que aquellos que proceden de sectores populares marginados o afectados por una situación endémica de paro, siendo precisamente en estos sectores donde el fracaso escolar es más agudizado y es más complicada la inserción social y profesional.

Otro factor a tener en cuenta es el tipo de empleo al que los jóvenes sin trabajo pueden tener acceso. Un trabajo eventual, que en lugar de enriquecerles tienda a degradarlos y a marginarlos, provocará frustración, desmotivación, y desánimo frente a cualquier otro tipo de iniciativa de inserción laboral.

En este sentido, los datos del Ministerio de Economía confirman el proceso de precarización del trabajo juvenil: el 43% del empleo sumergido está constituido por jóvenes de menos de 25 años. Y en el trabajo regular, sólo el 11% está constituido por jóvenes. La mayor parte de los jóvenes que consiguen trabajo lo hacen de forma temporal, volviendo a salir del mercado laboral y comenzando de nuevo la búsqueda del nuevo empleo.

Se hace preciso, pues, diseñar políticas de empleo juvenil para dar respuestas de forma seria a tales problemas.

5. Hacia una reinterpretación del trabajo

5.1. El tiempo de trabajo y el tiempo de ocio

Desde el principio de los tiempos, los hombres han necesitado trabajar para alimentarse. En los pueblos primitivos, la vida estaba marcada por los ritmos de la naturaleza, de modo que el tiempo libre se reducía a los tiempos de no recolección o no caza. Posteriormente, el mundo clásico identificó el ocio con la suprema felicidad, con el tiempo consagrado a la filosofía, o a la contemplación, siendo los esclavos los que soportaban el peso del trabajo.

Con el cristianismo, se aporta una nueva visión del ocio como contemplación religiosa, devolviendo al trabajo su dignidad e importancia. El Renacimiento trajo de nuevo, una concepción epicúrea de la vida, si bien el ocio era disfrutado únicamente por las clases privilegiadas, mientras para el resto, la vida seguía siendo dura y difícil.

La Revolución Francesa pretendió que el tiempo libre fuese el tiempo de la educación, formación cívica y de la cultura. Llegados a la época industrial, el trabajo alcanza un mayor nivel de ocupación de tiempo, alcanzando las jornadas laborales la duración de 14 a 16 horas diarias. La persona se convierte en esclava del trabajo y del señor burgués. El tiempo libre sólo sirve para recuperar fuerzas. Con la aparición del movimiento obrero, surge la lucha por unas condiciones de trabajo más humanas. Es ahora cuando empieza a valorarse el ocio como tiempo libre al que tiene derecho todo el mundo y no sólo la clase aristócrata.

En el momento actual podemos decir que caminamos hacia una sociedad del tiempo libre. Existe una gran labor, a favor del tiempo libre, vinculándolo al deporte, la cultura y educación ciudadana. Sin embargo, hoy por hoy, el ocio se vive en la mayoría de los casos no como un espacio de personalización sino como diversión alienante, perdiendo su dimensión gratuita y mercantilizándose.

Fernando Rivas afirma que el ocio que hoy se practica tiene numerosos parecidos con una religión:

*Con sus tiempos sagrados: el fin de semana es el tiempo sagrado por excelencia. El resto es sólo un aburrido paréntesis cuyo sentido es servir de preparación al que se va a pasar después. La noche se ha transformado en un momento donde se puede hacer lo prohibido; es un espacio de impunidad donde “todos los gatos son pardos”. Y cada cierto tiempo, los puentes, carnavales, Navidad,..., amplían ese tiempo arrebatado al trabajo y la rutina, con hileras de coches, éxodos masivos y viajes.

*Con sus espacios sagrados: las discotecas, pubs, bares, plazas,..., son los nuevos templos. Lugares desiertos por la mañana y repletos por la noche. Se rodean de luces y colores

llamativos, donde la lucha por estar visible, por el espacio, se convierte en algo vital.

*Con sus personajes y ritos: desde el vigilante de la puerta hasta el disk-jokey, hay una amplia gama de acólitos y servidores. En la cúspide están los ídolos, aclamados y adorados, y por debajo una gran cantidad de practicantes que se agrupan en distintas sectas: heavys, bacalaeros, rockeros,... que se diferencian exteriormente por el vestido y adornos, enfrentadas entre sí más por cuestiones estéticas que éticas.

Dado que la sociedad camina hacia un modelo donde el tiempo dedicado al trabajo va disminuyendo, es necesario aprender a vivir con sentido el tiempo libre que se liberará de las labores productivas, a fin de que el ocio no se convierta en un tiempo de despersonalización.

Así, la nueva sensibilidad ecológica respecto al entorno, lo lúdico, lo festivo, lo simbólico y creativo, lo gratuito ofrecen la posibilidad de un proyecto distinto de hombre y sociedad. En este sentido un tiempo libre vivido de tal forma que posibilite crecer y avanzar en libertad, debería reunir las siguientes características:

*Liberador: el hombre es ocio en la medida que es libertad

*Creativo: ya que en la creatividad es donde aparece la persona con toda su fuerza expansiva.

*Gratuito: vivirlo como experiencia gozosa, fuera de los esquemas de competitividad e interés de la sociedad actual.

*Contemplativo: en el tiempo libre deben crearse hombres contemplativos, capaces de sentir la vida haciéndola más humana.

*Festivo: positiva de la vida.

*Trascendente: dejando abierta la capacidad de sentir la presencia del que es origen y fin de la existencia.

5.2. Tiempo de trabajo versus voluntariado.

Es muy frecuente en los distintos grupos cristianos, que iniciado el camino pastoral, se anime a los jóvenes a participar de algún tipo de voluntariado con el fin de poner los pies y el corazón en realidades de necesidad. Durante el tiempo de estudiante, puede compatibilizarse, con mayor o menor facilidad estos tiempos de misión con las clases y los exámenes. El problema se presenta cuando se produce la incorporación al mundo laboral. En este momento se ofrecen distintas posibilidades:

a) Que el trabajo, en sí mismo considerado sea misión, esto es sea la continuación de una labor dirigida directamente hacia los más desfavorecidos, pero desarrollada con profesionalidad.

En estos casos, donde se produce la identificación plena trabajo=misión, y que sería la

meta a que todo cristiano debería aspirar en el campo laboral, suele ocurrir que la persona, por el hecho de recibir un sueldo por este trabajo y estar sujeto a una relación laboral, no lo considere totalmente como misión y busque actividades paralelas a desarrollar de forma gratuita. No obstante, consideramos que lo que convierte el trabajo en misión, no es únicamente el destinatario de nuestra labor, sino la actitud y el estilo con que se hace. Así, un trabajo en contacto con la marginación que se desarrolle al margen de la disponibilidad, gratuidad, servicio, amor al hermano,..., no podríamos considerarlo como misión por muy mucha relación que tuviera con los pobres.

b) Que el trabajo sea el desarrollo de una actividad profesional, pero no enfocada directamente a servir a los más necesitados.

Dado que hoy en día, el trabajo es un bien escaso, y en pocas ocasiones se está en posibilidad de elegir entre varios empleos, (por el contrario debe uno congratularse cuando consigue alguno), normalmente suele entrar en competencia el tiempo de trabajo con el tiempo que solía dedicarse a realizar alguna labor de forma altruista y solidaria.

En estos casos, es menester buscar soluciones creativas: ir a vivir al lugar en el que se desarrollaba la misión, pudiendo así compartir las tareas cotidianas (la compra, reuniones de vecinos, problemática del barrio,...); prolongar la jornada de trabajo para ayudar de forma gratuita en aquello en lo que estamos formados, a quienes no pueden costear nuestros servicios; acoger en nuestra casa a quienes lo necesiten;... De cualquier forma, el diálogo y discernimiento comunitario irán dando las pistas de por dónde caminar en este sentido.

c) Que el trabajo, bien escaso, quede amenazado por un voluntariado surgido de la desesperación generada por el paro. Hoy en día, las situaciones ambiguas se multiplican: la Prestación Social Sustitutoria de los Objetores de Conciencia puede estarse llevando a cabo en ocupaciones que, en justicia, deberían generar puestos de trabajo remunerados; se da también el abuso con "buena intención" cuando las asociaciones y organizaciones sociales amplian sus actividades gracias a voluntarios que carecen de una verdadera motivación pero prefieren hacer algo a quedarse en casa parados; la administración, obsesionada con la reducción del déficit, logra el abaratamiento de los servicios públicos; y, por último, algunos voluntarios son, en realidad los "nuevos meritorios" (realizan actividades voluntarias con la esperanza de alcanzar a medio o largo plazo un empleo).

En situaciones como estas habrá que realizar un cuidadoso discernimiento, pues el voluntariado, de suyo, no debería ser un competidor del trabajo, sino una iniciativa complementaria capaz de encarnar valores como la gratuidad, la solidaridad, la denuncia de la injusticia y la ampliación del horizonte utópico. A ambos tipos de actividad cabe exigir competencia técnica y responsabilidad.

5.3. El trabajo en la Biblia

A lo largo de la Biblia, se nos presenta el trabajo como la continuación de la acción creadora de Dios, connatural a la condición humana, y como tarea comunitaria a través de la cual se construye el hombre.

a) Trabajar es crear

Gn 2,8-16: "Luego plantó Yahvé Dios un jardín en Edén, al oriente donde colocó al hombre que había formado. Yahvé Dios hizo brotar del suelo toda clase de árboles deleitosos a la vista y buenos para comer, y en medio del jardín el árbol de la vida y el árbol de la ciencia del bien y del mal... Tomó, pues, Yahvé Dios al hombre y le dejó en el jardín del Edén para que lo labrase y cuidase."

Frente a la mentalidad griega que asociaba el trabajo a esclavitud, la tradición hebrea nos trasmite una idea del trabajo como algo connatural al hombre, y continuador de la tarea creadora divina. Yahvé entrega al hombre la tierra que ha creado para que la cultive y la cuide. Sorprende la sensibilidad ecológica que se desprende de este texto sagrado, y al mismo tiempo plenamente aplicable al mundo actual, pues de él puede deducirse que toda actividad laboral que suponga dominio despótico, esquilmando o exprimiendo los recursos naturales es totalmente contraria al mandato divino.

"Y Dios impuso al hombre este mandato: De cualquier árbol del jardín puedes comer, más del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás, porque el día que comieres de él, morirás sin remedio".

Dios descubre al hombre su libertad y responsabilidad en esta tarea cocreadora. Lo más grande de todo es que Dios ha creado al hombre como ser plenamente libre, en uso de la cual incluso puede ser capaz de negar al propio creador. Quizás llegados a este punto debiéramos preguntarnos sobre la forma en que estamos llevando a término el mandato divino; en qué medida estamos realizando una labor cocreadora o destructora; y si el encargo realizado por Yahvé al hombre (humanidad) de cuidar y cultivar la tierra se ha convertido en un lugar al que tienen acceso solamente los más privilegiados (los mejor cualificados) expulsando del mismo al resto de la humanidad.

b) Una tarea comunitaria

La responsabilidad comunitaria es inseparable del mensaje del Génesis: "Sed fecundos, multiplicaos y llenad la tierra y sometedla; dominad los peces del mar, las aves del cielo y todo animal que serpentea sobre la tierra "(Gn 1,28). Se trata de hacer historia, de hacer avanzar al mundo y sus estructuras. Un planteamiento del trabajo considerado simplemente como un deber privado de cada uno, resulta tremendamente corto y falso. El trabajo es, pues, una tarea comunitaria.

Desde esta perspectiva, la parábola de los talentos contiene una enseñanza importantísima de Jesús, no pudiendo ya leerse en sentido individualista. El mensaje sería:

-Hay que desarrollar el capital del Padre, que es el mundo, es decir, la humanidad

-A este fin hemos recibido unos talentos para el servicio de la humanidad, que es lo que le interesa al Padre.

Asumir este planteamiento (trabajo=tarea comunitaria) preguntarse en cada momento histórico qué se necesita para avanzar la sociedad hacia la construcción del Reino de Dios, y desde ahí descubrir cómo cada uno puede servir más y mejor a ese proyecto comunitario. ¿No

sería interesante que los jóvenes (y los menos jóvenes) nos hagamos estos planteamientos, no sólo cuando decidamos qué estudiar sino también en dónde trabajar?.

c) Trabajar es construir al hombre

Trabajar no es simplemente hacer cosas, sino que es construir el mundo, desarrollar la creación de Dios, lo cual significa dar siempre la primacía al hombre, a todos los hombres. "Regir el mundo con justicia y ejercer el mando con rectitud" (Sb 9,3) es también parte del mandato divino.

En este sentido lo más antagónico al plan de Dios es matar al hermano, desentenderse de él: "¿soy acaso yo el guardián de mi hermano?" responde Caín cuando Yahvé le pregunta por su hermano Abel (Gn 4,9). La injusticia, la explotación del trabajador, el hacer trabajar a uno sin hacerle contrato o sin las más mínimas medidas de seguridad en el empleo, el despedir a una mujer porque se haya quedado embarazada, el someter al trabajador a condiciones inhumanas de trabajo,....,

Hay que poner al hombre por delante de todo lo demás: no vale dar rodeos y abandonar al prójimo, como en la parábola del samaritano (Lc 10,29-36) ni tampoco vivir con autoengaños justificando el trabajo inhumano de hoy, pensando que más adelante cambiaré de trabajo a uno más social y humano.

d) Las actitudes de Jesús ante el trabajo

A lo largo de los distintos relatos de los Evangelios descubrimos, entre otras estas tres actitudes básicas:

1) *Participó enteramente de la realidad del trabajo*: Conoció personalmente la dureza del trabajo físico (¿No sería en este sentido interesante, que todos nosotros pasáramos alguna vez por alguno de los trabajos más duras e ingratos de los que existan para conocer desde dentro esta realidad y no limitarnos a teorizar sobre ella?.., y cuando siente la llamada del Padre a predicar el Reino de Dios, se entrega con toda su alma a esta tarea.

2) Al mismo tiempo, *relativiza radicalmente el trabajo, todas las preocupaciones y las pone en función del Reino de Dios*: "Obrad no por el alimento perecedero sino por el alimento que permanece para la vida eterna" (Jn 6,27).

Condena el afán excesivo, el ser esclavo del trabajo: "¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero, si él mismo se pierde o se arruina?"(Lc 9,25). "Por eso os digo: No andéis preocupados por vuestra vida, qué comeréis o con qué os vestiréis. ¿No vale más la vida que el alimento, y el cuerpo más que el vestido?. Buscad primero su Reino y su justicia y todas esas cosas se os darán por añadidura. Así que no os preocupéis del mañana: el mañana se preocupará de sí mismo. Cada día tiene bastante con su inquietud" (Mt 6,25-33).

3) *Nos desvela el sentido final de nuestro trabajo: la construcción de una nueva humanidad*. Si la presencia del mal y del pecado es tan densa en la realidad del hombre trabajador y en las relaciones de producción, es necesario que el poder restaurador y liberador de Dios se manifieste activamente para devolver su sentido al poder creador del hombre. Así Jesús se introdujo en su realidad, trabajó por liberar al pueblo de un ambiente viciado de legalismos

opresores, anunciando la Buena Nueva y expulsando demonios: haciendo que los ciegos vieran, los cojos anduviesen y los sordos oyeran, en definitiva liberando a los hombres de todo lazo opresor que impide la instauración del Reino de Dios. Este es el sentido último de nuestro trabajo: liberar al hombre y construir una nueva humanidad. ¿Responde a ello nuestras ocupaciones actuales?

Un ejemplo práctico: *la Parábola de los jornaleros de la viña*. (Mt 20,1-16).

En esta parábola se describe una escena cotidiana: el amo de una viña sale a contratar, a llamar, a obreros para trabajar en su campo. Y sale en cinco ocasiones: a las seis, a las nueve, a las doce, a las tres y a las cinco.

Los santos padres han querido interpretar estas cinco salidas como las cinco grandes llamadas de la historia de la salvación: Adán, Noé, Abrahám, Moisés, y Jesús. Aunque otras veces se ha relacionado con las llamadas de Dios a lo largo de la vida del hombre: en la niñez, juventud, en la vida adulta, madura y en la ancianidad.

La jornada laboral duraba de seis de la mañana a seis de la tarde. De sol a sol. A todos los contrata porque quiere, gratuitamente y conviene con ellos el salario de un denario, que era el salario ordinario, la subsistencia diaria para una familia de cuatro miembros. Unos trabajan por tanto, 11 horas, otros 9, y los últimos apenas una hora.

Al terminar la jornada, el administrador recibe del amo la orden de pagar el salario convenido, un denario, comenzando por últimos hasta los primeros.

Ello provoca dos reacciones subjetivas distintas entre los trabajadores: los últimos se llenan de alegría y los primeros se quejan de un cierto agravio comparativo. Unos se llevan una alegría y otros una desilusión. Más la queja de los primeros el amo responde: "Amigo no te he hecho ninguna injusticia. ¿No convenimos en un denario?. Toma lo tuyo y vete. Pero yo quiero dar a este último lo mismo que a ti. ¿No puedo hacer lo que quiera con lo mío? ¿O ves con malos ojos que yo sea bueno?. Así pues, los últimos serán los primeros y los primeros los últimos".

La parábola rompe los esquemas vigentes sobre conceptos como justicia/injusticia; obligación/derecho; prestación/derecho; cumplimiento/exigencia; trabajo/mérito/paga,.... Y expone un talante, una actitud en la vida, que contrasta profundamente con la realidad actual.

Aunque la parábola no tiene, evidentemente, un sentido de justicia distributiva ni de reparto social, pone de manifiesto la generosidad de Dios que supera todo cálculo humano. Dios llama a todas horas y su amor, misericordia, generosidad supera todo merecimiento humano. La llamada, la respuesta, el trabajo, el final, la paga todo es gracia. Por eso nadie debe ser desestimado, ni reclamar derechos, ni sentirse marginado, ni agraviado, ni ser juzgado por otros. Porque Dios ama eficazmente a todos hasta el final, y supera toda medida humana y toda expectativa y mérito.

Si bien todos tenemos profundamente arraigado el sentido de la justicia y la exigencia de lo que pensamos nos corresponde, es especialmente en el ámbito del trabajo donde sale más a relucir esa actitud contractual, exigente, meritoria y justiciera. Nos sentimos hombres superiores, con derechos adquiridos. Y es desde esa perspectiva, de autojusticia donde se compara a los

demás y se desprecia o, bien, no se admite que se vaya más allá de la pura justicia. Entonces sale fácilmente la envidia, el sentirse ofendido e injustamente tratado.

Es entonces cuando la parábola recobra su máximo sentido. En ella Jesús nos pregunta sobre nuestras actitudes profundas del corazón. El hombre ante Dios es un ser gratuito, desde cualquier punto desde el que se mire: "¿Qué tienes hombre- dice Pablo – que no hayas recibido?". Desde esta actitud de profunda gratuidad y generosidad es desde donde pueden tomarse iniciativas para combatir el problema actual de falta de empleo como las que exponemos al final de nuestro trabajo.

6. Líneas para una política ocupacional alternativa

Mirando al futuro, conviene tener muy presente el escenario previsible para las próximas décadas: trabajo escaso en el sentido clásico del término, y aumento de grupos marginados sin posibilidad de integración laboral.

No obstante, las políticas actuales, en su conjunto, parten de la hipótesis de que los ajustes espontáneos, en la dinámica de la reactivación económica, son suficientes para solucionar los problemas del desempleo. Aún aceptando la bondad de algunas de ellas, lo cierto es que prácticamente ninguna de estas políticas va a la raíz del problema.

En este sentido Adam Shaff afirma: "Si de aquí a cuarenta o cincuenta años tenemos decenas, cientos o millares de parados estructurales, ya sea de manera parcial o total, en esta cifra estarán incluidos mujeres, incapacitados, ancianos, inválidos y sobre todo jóvenes. Esperar que los ajustes espontáneos arreglen la situación de todos esos millones de personas, especialmente los jóvenes, significará condenarlos a la frustración, patología social, rebeldía, tendencias que ya se han manifestado en toxicomanías, alcoholismo, delincuencia, violencia,... Si la sociedad no les ofrece una alternativa real, estarán condenados a la enfermedad social. Por ello hay que dar con las medidas capaces de vencer este peligro".

No obstante, de nada serviría diseñar una política alternativa si al mismo tiempo no hay una política del mientras tanto ¿qué?. Se hace preciso, por lo tanto, mantener las medidas asistenciales existentes para atender las situaciones de precariedad derivadas del paro (subsidios, renta mínima,...)

1) Una política de plena actividad, mediante trabajos diferentes y ocupaciones socialmente útiles

Una primera línea a través de la cual desarrollar políticas alternativas la constituye la creación de nuevas áreas de actividad para cubrir necesidades sociales existentes. Nos referimos a las carencias existentes en el área de la cultura, sanidad preventiva, cooperación en zonas del Tercer Mundo, asistencia a ancianos, aspectos de medio ambiente,...

Existen recursos humanos (jóvenes en paro), necesidades a cubrir (las enumeradas anteriormente), y recursos económicos y financieros (expertos en esta cuestión así lo afirman

como consecuencia del incremento espectacular en la productividad con la introducción de las nuevas tecnologías) para poder crear nuevas actividades. Falta saber si hay voluntad política de hacerlo.

Asimismo, debe señalarse que los valores culturales que se están transmitiendo hoy día se basan fundamentalmente en la eficacia de la técnica, y van dirigidos a ocupaciones relacionadas con trabajos directamente implicados en el proceso productivo. Consecuentemente, el noventa por ciento de lo que hoy se está enseñando como salida ocupacional, dentro de pocos años, lo harán enteramente las máquinas, mientras que no se prepara en aquellos que las máquinas no saben hacer: trabajo solidario, transmisión de valores,...

2) Compartir el trabajo: trabajar menos tiempo para que puedan trabajar más personas

No se trata de pequeñas reducciones que al final son absorbidas por el incremento de productividad sin crear nuevos empleos, sino que se propugna una reducción sustancial (jornada de veinte horas) que permita repartir el trabajo actual.

Evidentemente, no es una medida nada fácil, por lo que necesita de amplios consensos para su implantación

Esta medida permitiría alcanzar un doble objetivo: de un lado dar salida a la actual bolsa de desempleo, y de otro una mutación en la calidad del trabajo humano, permitiendo un desarrollo integral del hombre, al liberar tiempo para dedicarlo a otras actividades (sería la llamada cultura del ocio).

Lógicamente, para poder llevar a cabo una política así, es necesario un cambio radical en los hábitos culturales así como una cierta compensación salarial, dado que no todo el mundo estaría dispuesto a reducir su jornada disminuyendo también su poder adquisitivo. Ello supone encontrar fórmulas complementarias para mantener el nivel de renta. Dado que no sería posible que este coste lo asumieran las empresas, pues ello repercutiría fuertemente en su competitividad, podría ser asumido por la sociedad en su conjunto a través de una asignación básica universal, a modo de una renta a la que todo ciudadano tendría derecho.

3) Una asignación básica universal

Se trataría de introducir una renta social básica, salario ciudadano o asignación social, a la que tendría derecho todo ciudadano de por vida, por una cantidad de trabajo distribuido durante la vida entera. Se financiaría así, ocupaciones de utilidad social, que en el contexto de una economía de mercado no resultan cubiertas al no ser rentables.

Esta medida supondría la introducción de una nueva visión, dado que la renta o salario de las personas no dependería exclusivamente de las horas trabajadas, sino que estaría constituida por esta renta social.

Existen en la actualidad estudios elaborados sobre este tema, que muestran su viabilidad económica mediante la creación de una caja de compensación. De nuevo, los problemas generados en la aplicación de una medida de esta naturaleza no son técnicos, ni tampoco económicos, sino si pueden ser aceptados por los criterios actuales y si los ciudadanos están

preparados para asumir las nuevas responsabilidades sociales que acompañarían a la asignación básica.

4) Una formación diferente

Todas estas medidas han de ir acompañadas de una nueva política educativa más acorde con las nuevas necesidades socioculturales, capaz de transmitir valores que no estén basados en la competitividad y en el mundo de los intereses.

5) Otras estrategias y propuestas entorno al empleo

Mientras se vayan produciendo las transformaciones necesarias que permitan compartir el trabajo, o incorporar un salario social como el descrito, es preciso contemplar medidas del "mientras tanto ¿qué?", entre las cuales se han propuesto las siguientes (Andrés Aganzo, Acontecimiento, verano 1996)

- *Aprovechamiento racional de los recursos naturales, conservación y mejora del medio ambiente, creando nuevos empleos en estos sectores.
- *Formación en capital humano, como inversión rentable a medio y largo plazo para el conjunto de la sociedad.
- *Potenciar las pequeñas y medianas empresas, favoreciendo el espíritu emprendedor.
- *Crear empleo estable, reduciendo la temporalidad en el empleo.
- *Medida a favor de los grupos más afectados por el desempleo.
- *Garantizar una renta a los hogares donde todos sus miembros se encuentran en paro y su prioridad con actividades de utilidad pública.
- *Promoción de empresas intermedias o de inserción.

En este campo de propuestas, nos movemos siempre en la tensión entre lo posible y lo utópico (la visión de la sociedad ideal y la sociedad actual), debiendo poner un poco más el acento en la utopía por lo que ésta tiene de rechazo de una realidad explotadora y negadora de la dignidad humana, proponiendo alternativas viables aunque estén situadas en otro marco global.

Por ello es necesario, en un primer paso, asumir lo utópico como motor de la existiendo, llenándonos de ilusión, aunque sin perder nunca el contacto con la realidad, pues de lo contrario, nada de lo que hiciéramos tendría incidencia real.

7. Cuestionario para el trabajo en grupos:

1. ¿Os habéis planteado en comunidad las motivaciones de vuestra formación profesional y posterior búsqueda de empleo? ¿Qué criterios han predominado en la práctica? ¿Estáis satisfechos con ellos?
2. ¿Deja algún resquicio la realidad para intentar ser creativos u originales en este terreno o no caben utopías? ¿Qué propuestas se os ocurren? ¿Alguna se ha aplicado?
3. ¿Compartís habitualmente como os sentís en vuestra situación laboral? ¿Se tienen en consideración las distintas situaciones respecto al trabajo: parados, en el hogar, estresados, estudiando oposiciones?
4. ¿Cómo lleváis las diferencias tan notables que seguro se viven en vuestro grupo (de sueldos, de horario, de jornada laboral, de prestigio...)?
5. ¿Habéis discernido juntos alguna situación en este campo?: aceptar o rechazar un trabajo, liberar a alguien de cargas para que pueda buscar empleo, ir o no a una huelga, adaptar las tareas a la vida de trabajo o viceversa, integrar trabajo y compromiso...
6. ¿Tenéis experiencia de compromiso en el mundo del trabajo?: militancia sindical, huelgas, oposición a prácticas insolidarias (horas extras, "sobres"...). ¿Habéis discutido sobre las actitudes que cabe mantener en el trabajo respecto a la tarea y respecto a las relaciones personales?
7. ¿Qué valor tiene el trabajo en vuestra vida cotidiana y los ingresos que genera? Conviene discutir este asunto a partir de las reacciones anímicas que el tema genera y los hechos objetivos.
8. Las diferencias de acceso al empleo: ¿Generan desigualdades entre vosotros en el nivel de

vida o funcionan mecanismos de solidaridad interna? ¿Existe discriminación de género en el acceso al trabajo en vuestro grupo? ¿Se buscan mecanismos para apoyar a quienes más dificultades tienen?

9. ¿Se ha impulsado que alguno/a quede liberado por el grupo para desarrollar labores voluntarias?. ¿Qué pros y contras ofrecen, en la práctica las labores voluntarias frente a las remuneradas?

10. ¿Han existido experiencias duras de vagancia, resistencia a compartir, pobreza severas dentro del grupo? ¿Alguna experiencia en este campo ha sido ocasión de algo positivo: testimonio de fe, mayor unión y comprensión, maduración personal?

8. Bibliografía:

*AAVV: "El futuro del trabajo", monográfico de *El socialismo del futuro*. nº6 1993.

*AAVV: "El reparto del trabajo", monográfico de *Economiaz*. Revista Vasca de Economía, nº 34. 1996.

*AAVV: *La larga noche neoliberal*. Ed. ICARIA. Madrid 1993

*AAVV: "Trabajo-Paro, el último desafío postmoderno", monográfico de *Acontecimiento* nº 1996.

*AAVV: "Trabajo y desigualdad". *Cuadernos para el Desarrollo nº 4*. Ed. FERE. 1996.

*ANISI, D: *Trabajar con red. Panfleto sobre la crisis*. Ed. Alianza. Madrid 1988.

*AZNAR, G.: *Trabajar menos para trabajar todos*. Ed. HOAC. Madrid

*CALVO, A.: *Trabajo y paro*.

*CÁRITAS: *Emplearse a fondo. Estudios de medidas y empleos viables para jóvenes en desventaja social y en zona desfavorecidas*. Madrid 1995.

*GARCÍA NIETO, J.N.; ROJO, E.; MIRALLES, J; SEBASTIÁN de L.; TAVÉ, J.; JOVER, D. y RENAU, J.: *La sociedad del desempleo*.

*GORZ, A.: *Capitalismo, Socialismo, Ecología*. Ed. HOAC. Madrid.

*ISUANI, E.; TENTI, E. y VUOLO R, lo; *El Estado Benefactor: un paradigma en crisis*

*PARIJS Ph. van: *¿Qué es una sociedad justa?*

*PINTOR, L. y CARRATALA, E.: *El milagro del empleo*. Ed. Temas de Hoy. Madrid, 1996.

*PRIETO, C.: *Trabajadores y condiciones de trabajo*. Ed. HOAC. Madrid.

*REVISTA DE PASTORAL JUVENIL nº 348: *Cada día tiene su afán*. Ed. ICCE. Madrid 1997

VIII. AFECTIVIDAD Y SEGUIMIENTO DE JESUS

*Dicen que un hombre no es hombre
hasta que ha oído su nombre
en boca de una mujer...
Puede ser.*

Antonio Machado

1. Introducción

Las páginas que siguen constituyen sólo un material de trabajo para aquellos que quieran reflexionar a nivel personal y comunitario sobre las relaciones afectivas vividas desde la fe. No pretenden, en ningún caso, construir una nueva "doctrina cristiana sobre la afectividad". En la actualidad, nuestras concepciones sobre la afectividad, la sexualidad, la familia y las relaciones interpersonales están cambiando profundamente y estos cambios exigen de nosotros más una reflexión crítica y creadora, que la búsqueda apresurada de recetas seguras ante los nuevos problemas. Sin embargo, para progresar en este terreno puede ser bueno intercambiar experiencias, ideas y planteamientos entre aquellos que intentamos vivir como seguidores de Jesús en la sociedad española actual. Esta es la sencilla aspiración del documento: proponer algunas pistas de reflexión en un tema tan amplio que requeriría toda una biblioteca para ser abordado con algún rigor.

La importancia y complejidad del tema sobre el que deseamos reflexionar no pueden, en ningún caso, minimizarse. *Mucho gozo y mucho dolor se derivan de una u otra forma de vivir la afectividad*. De hecho, para la mayor parte de los seres humanos, la felicidad se deriva de muy pocas circunstancias:

*disfrutar de una *seguridad mínima* que garantice la salud, la alimentación, el vestido

y el alojamiento.

*realizar una *tarea o trabajo* en el que poder ser socialmente útiles y desplegar las propias capacidades.

*poseer una *visión del mundo y de la vida* que otorgue valor y significado a nuestras luchas.

*mantener con otras personas *relaciones cordiales y cariñosas* que nos enriquezcan mutuamente.

*y vivir conforme a la propia *conciencia* o los valores, convicciones y criterios que de ella dimanen.

Es difícil imaginar una vida dichosa cuando alguna de estas bases falla radicalmente. Y, con todo, los expertos señalan que la mayor potencialidad de alegría se juega en los ámbitos del amor y del sentido. Tener, hacer y pensar son actividades humanamente imprescindibles pero, como acertadamente señalaba *El Principito*, "no se ve bien sino con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos". Y al "corazón" pertenecen, el amor, los sentimientos, el placer, el juego, el humor, la confianza... El Evangelio también da esta preeminencia al corazón y quizás su invitación a volvernos como niños tenga que ver con la posible recuperación del "niño que llevamos dentro", que no es el "yo" que "trabaja" o el que "calcula", sino el que "quiere, siente y disfruta con la vida". La psicología actual coincide en destacar el mundo de los sentimientos y los afectos como el espacio en el que la vida se desarrolla y crece o donde, por el contrario, se complica, se malogra o se torna sufrimiento. Y lo malo es que los seres humanos de las sociedades avanzadas, *especialistas en tantas ciencias y técnicas, no dominamos en general la sabiduría de la vida y el arte del amor*. En esta "asignatura" nos movemos con el método del ensayo y el error, con el equipaje que nos dió nuestra familia y la experiencia adquirida en la convivencia con nuestros amigos y compañeros. La aventura de la vida consiste, en lo esencial, en acertar en este viaje desconocido en el que los mapas no han sido publicados.

La Psicología no tiene una definición exacta de afectividad. Así, el *Diccionario Oxford de la mente* considera "Afecto" como sinónimo de "sentimiento o emoción, especialmente aquel que conduce a la acción". Según Breuler "afectividad es un término que designa el conjunto del acontecer emocional, los sentimientos, emociones y pasiones. En sentido estricto, la respuesta emocional y sentimental de una persona a un estímulo, a una situación (*Diccionario de psicología. Friedrich Dorsch*. Ed. Herder 1976). Sin embargo, a nivel coloquial, por afectividad entendemos algún tipo de vínculos o relaciones de atracción o rechazo hacia otras personas (animales o cosas) cargadas de contenido emocional. De ahí la estrecha relación que existe entre "afectividad" y "sensibilidad", "interrelación", "comunicación", "pasión" y "sentimientos".

Si el núcleo afectivo es el lugar en el que se juega una parte esencial de la realización personal, la experiencia de fe tendrá una función que desempeñar en ese ámbito. Sobre todo si, como afirmamos tantas veces, el encuentro con el Dios de Jesús es el acontecimiento más importante, salvador y decisivo de nuestra existencia. Para quienes somos cristianos, la relación entre la fe que proclamamos y la vivencia de la afectividad posee, en realidad, un doble sentido: *tenemos que descubrir lo que la fe en Jesús puede aportarnos para una vivencia más plena de la afectividad, pero, a su vez, no cabe duda de que los modelos y talentos desde los que vivimos la afectividad, condicionan decisivamente nuestro seguimiento de Jesús* y de ello hemos de hacernos cada vez más conscientes.

A este respecto, y refiriendonos específicamente a quienes se consideran creyentes,

parece necesario superar dos planteamientos que han estado muy presentes entre nosotros: el clerical y el privatizador. Desde las altas instancias eclesiales se ha querido imponer al conjunto de la sociedad una visión de la afectividad -y en especial de la sexualidad- intemporal y universalmente válida, elaborada a partir de ciertas deducciones teológicas y filosóficas. Esta opción, que analizaremos más adelante, ha sido responsable de un sin fin de sufrimientos en el Pueblo de Dios y ha causado el rechazo y abandono de la fe por parte de muchos de nuestros conciudadanos. Se trataría de sostener que el cristianismo tiene una respuesta completa e inmutable a toda la problemática de las relaciones amorosas. En el extremo opuesto, y quizá como reacción ante ese enfoque, muchos creyentes reducen su fe a las "prácticas religiosas" y consideran que el campo afectivo -como el político o el profesional- ha de vivirse según su propia dinámica. La fe poco tendría que decir al respecto, como no fuera añadir un barniz de "honestidad" a este ámbito vital. Encontraríamos aquí otra muestra de la actual irrelevancia de la fe para la vida cotidiana de muchos que nos denominamos cristianos, seamos "practicantes" o "no practicantes".

Un acercamiento más enriquecedor y respetuoso a la cuestión podría incorporar los siguientes elementos:

a) Partir de la afectividad como dinamismo personal, que posee una consistencia autónoma, y que es preciso conocer con la ayuda de todos los saberes a nuestro alcance.

b) Identificar los condicionantes socioculturales que influyen en nuestra manera de experimentar los afectos para contextualizar los problemas actuales.

c) Poner de relieve lo que el Evangelio aporta para vivir más plenamente la afectividad, suponiendo que la fe es importante en todos los aspectos de la vida y posee una función liberadora.

d) Ofrecer pistas educativas para ir realizando también en este campo la difícil integración entre la fe y la vida, entre la utopía y la realidad.

Hay que afirmar, desde el principio, que *nuestra misma existencia surge de un encuentro amoroso*. Al menos hasta la llegada de la época de las clonaciones, los seres humanos hemos venido al mundo como consecuencia de la atracción y el amor entre un hombre y una mujer. El misterio de la vida se inicia dentro de una relación amorosa y, a partir de entonces, su crecimiento depende también por completo del tipo de vínculos personales que se establezcan. Todos nos desarrollamos dentro de un tejido o red de relaciones. Sin ellas es imposible la maduración normal y la misma "subsistencia psicológica". Sin un contacto continuo con otras personas no llegamos ni siquiera a adquirir conciencia de nuestra propia identidad personal: el "yo" se origina a partir del "nosotros". Y esto es así hasta el final de nuestros días. Es más, la afectividad "colorea" todas las dimensiones de nuestra personalidad: la inteligencia, la voluntad, la libertad, la sensibilidad, la vivencia corporal, y la actitud básica ante las demás personas y ante la vida misma. Es uno de los rasgos de nuestra personalidad que antes es percibido por quienes nos rodean, estimulando o reduciendo su interés por nosotros.

Lo mismo ocurre con la vida de fe. Los cristianos afirmamos en el credo que nuestro Dios no es un ser solitario y aislado. Al contrario, *es una comunidad de personas completamente unidas en el amor* (la Trinidad). Juan Pablo II lo expresó bellamente en Puebla el 28 de enero de 1979: "Nuestro Dios, en su misterio más íntimo, no es una soledad, sino una familia, porque lleva en sí mismo la paternidad, la filiación y la esencia de la familia que es el amor; este amor en la familia divina es el Espíritu Santo". Toda la creación es resultado de ese amor desbordante y, por ello, el proyecto de Dios para el mundo, el Reino de Dios, no puede ser sino la utopía de la

fraternidad universal. En este plano, la revelación de Jesús consiste en mostrarnos que el amor es la esencia de la vida y que poner en otro lugar nuestra esperanza es la mejor manera de perder el rumbo y malograrnos. El corazón, nuestro centro afectivo, sólo descansará en Dios decía San Agustín y a Él llegamos sólo amando a todos y a todo como bien muestra la vida de S. Francisco, ejemplo de alegría y ternura. Este es el secreto de la existencia para los creyentes y la clave de una vida afectiva lograda. Es más, propiamente *ser cristiano* no consiste en "tener" nada (fe, conocimientos, ética, doctrinas, virtudes...) sino en *mantener intensamente varias "relaciones básicas de cariño"*: con Dios nuestro Padre, con nosotros mismos, con los hermanos en la fe y con todos nuestros prójimos. Crecer en la fe supone mejorar la calidad de esas relaciones que, permanentemente, nos invitan a abrir la vida a un horizonte mayor. Romper, por completo, cualquiera de esos lazos de cariño es una forma de suicidio existencial. Vivimos del amor de Dios y del de los demás seres y estamos invitados a corresponder a ese, que es el mayor regalo de la vida. Si no lo hacemos la esterilidad y el sufrimiento están prácticamente asegurados. El Reino se extiende cuando creamos vínculos de apoyo y afecto entre todos; el pecado radica en cortar ese tejido de solidaridad que tanto cuesta tejer.

Como es obvio, la ingente cantidad de temas que podrían abordarse en el ámbito afectivo excede en mucho la finalidad de estos materiales. Por eso intentaremos plantear interrogantes y temas de discusión centrados en los problemas concretos que vivimos las comunidades cristianas de nuestro tiempo. Además ha resultado imprescindible distribuir la problemática en varios campos: las relaciones propias de la dinámica comunitaria están planteadas en el documento de trabajo "Haciendo comunidad"; la originalidad de las actitudes de comunicación y encuentro que emanan del Evangelio se sintetizan en el documento "La fraternidad: un nuevo modelo de relación"; por último, en este trabajo *se plantean, sobre todo, las cuestiones relacionadas con la vivencia de la afectividad en los estados de vida de pareja y celibato, así como con la pluralidad de situaciones afectivas que se producen dentro de cualquier comunidad.*

Deliberadamente, no vamos a afrontar con detenimiento la abundante agenda de temas polémicos desde el punto de vista ético relacionadas con el ámbito sexual. Haría falta mucho más espacio y muchísima competencia técnica para analizar con una mínima sensatez cuestiones muy delicadas y complejas que, además, tienden a crear división y polémica en la Iglesia. No es la perspectiva ético-jurídica la que más nos interesa. Estas páginas pretenden más bien ofrecer pistas de tipo constructivo y general que pueden ser aplicadas a situaciones diversas.

Una última precisión: estas líneas están escritas por un varón, bastante racionalista, casado, con dos hijas y que pertenece, desde hace casi veinte años, a una pequeña comunidad cristiana. Sin duda, estas circunstancias condicionan el modo de ver la afectividad y la sexualidad muy profundamente, aunque confío en que no me incapaciten del todo para decir una palabra que quiere ser, sobre todo, creyente, estimulante y gozosa. Ruego encarecidamente a las mujeres, los célibes, etc. que apliquen el mecanismo corrector que consideren oportuno a las ideas que aquí se proponen y acojan las que puedan aportarles un enriquecimiento real.

2. Dando un vistazo a la compleja sociedad en que vivimos.

A simple vista, nuestro mundo es profundamente paradójico. Los individuos parecen

haber roto muchos moldes sociales que, en el pasado, fijaban de un modo rígido las formas de relación entre las personas, abriendo un campo muy amplio a la libertad y la creatividad. Y, sin embargo, la fragilidad de las relaciones y la desorientación en el terreno de los sentimientos son también claramente palpables en nuestro ambiente. Parecemos esos pollitos que han roto y abandonado el cascarón y, con él, la protección que éste proporcionaba, titubeando al dar sus primeros pasos. Las oportunidades de enriquecer nuestras experiencias se han ampliado mucho, pero también las ocasiones de sufrir heridas de difícil curación. Hacemos nuestras las palabras de la madre Teresa de Calcuta: "La peor enfermedad hoy día no es la lepra ni la tuberculosis, sino el sentimiento de verse no deseados por nadie, de no ser amados, de sentirse abandonados de todos. El mayor pecado es la ausencia de amor, la terrible indiferencia hacia el prójimo que, al borde de la calle, cae víctima de la explotación, la corrupción, la indigencia y la enfermedad"

Pero, además, hay que tomar conciencia de las enormes mutaciones a las que estamos asistiendo en las últimas décadas a todos los niveles: tecnología, ideas, creencias, formas de vida, etc. No podemos educar repetitivamente para vivir en un mundo que no existe y, por otra parte, no sabemos como será la sociedad del futuro. Nos toca más bien discernir e inventar, pues somos conscientes de que un mundo en movimiento y los retos que plantea requieren valor y creatividad. Desde una perspectiva creyente no se trata de apuntarnos a las últimas modas sino de descubrir lo que el Espíritu nos inspira en estos "nuevos tiempos" en los que se está transformando notablemente nuestra concepción de la amistad, de la pareja, del matrimonio, de la familia, de la sexualidad... ¿Puede el Evangelio aportar alguna luz a nuestras relaciones en este entorno de cambio cultural?

Por desgracia, en el mundo de los afectos -y en el de los sentimientos en general- no es fácil conciliar nuestro deseo de seguridad y nuestra no menos importante necesidad de encuentro y cariño. El aprendizaje sentimental no forma parte de ningún programa de estudios aprobado por el Ministerio de Educación (quien sabe si gracias a Dios), pero nos resulta imprescindible, si no queremos perdernos una de las dimensiones más hermosas de la vida. Y parece, sin embargo, un dato de nuestra época el hecho de que, ante el riesgo y la complejidad que de suyo implican las relaciones interpersonales, se tienda a dotarlas de cierto grado de superficialidad.

Intentemos captar algunos de los elementos del clima en el cual nos movemos sin pretender realizar una descripción completa del mismo y centrándonos especialmente en las dificultades que casi todos tendemos a percibir. Esta descripción, en su brevedad, puede parecer algo caricaturesca pero apunta a fenómenos reales:

*Existe una *precariedad emocional generalizada*. Aunque la imagen que la sociedad demanda de los individuos (sobre todo de los "triunfadores") tiene los rasgos de seguridad, competencia, autocontrol y fortaleza, lo cierto es que en nuestro entorno abunda todo tipo de dolencias psicológicas: angustia, depresión, confusión, baja autoestima, incomunicación, soledad... Todas ellas son síntomas de serias carencias afectivas. Cierta grado de desquiciamiento anímico parece así connatural a las sociedades más modernas. Para colmo de males, estos signos de "debilidad" y "vulnerabilidad" son, con frecuencia, tenidos como "poco presentables" y culpabilizan a quienes los padecen. Nuestras sociedades avanzadas son eficaces y productivas pero carecen del calor de un hogar hecho a la medida de las personas (en especial las desfavorecidas en algún sentido). Queda demasiada gente en la cuneta y poco tiempo para atenderles. Los espacios públicos, políticos y laborales, continúan teniendo un marcado "tono masculino" en el que la razón y la acción predominan sobre la relación y el corazón. Los costes

de este modelo de sociedad en términos de paz interior, equilibrio personal y capacidad para el encuentro son altos.

*Entre los más jóvenes se percibe una *creciente dificultad para el encuentro interpersonal*. Es posible que el menor número de hermanos, el uso y abuso del ordenador, las horas ante la tele o las múltiples ocupaciones extraescolares sean algunas de las causas del fenómeno, o lo sean la incertidumbre ante el futuro y la inseguridad vital que impregna el ambiente. El caso es que el placer que en otros tiempos proporcionaban a los jóvenes las grandes pandillas y las actividades de grupo se ha perdido en buena medida, aumentando en cambio las actitudes individualistas, competitivas y evasivas que auguran un tipo de sociedad futura poco solidaria y más bien egocéntrica. Otros jóvenes, en cambio, manifiestan su debilidad por la vía de la dependencia de grupos seguros, modas, líderes, bandas urbanas o sectas. Las relaciones que se establecen en estos casos no ayudan tampoco a madurar ni a crecer en libertad. En sentido contrario a esta tendencia, hay que constatar el auge del voluntariado y el asociacionismo en ONGs entre los jóvenes. Es pronto para saber si este fenómeno es flor de un día o tendrá la virtud de señalar un horizonte de participación social y aumento de los vínculos interpersonales constructivos.

*Las relaciones personales de todo tipo se multiplican, pero *su consistencia es débil* en la mayoría de los casos. La utilidad llega a ser un criterio básico de vinculación en una sociedad individualista y competitiva (ver el análisis de la fraternidad desarrollado en otro tema de formación). La tradición comunitaria y familiar propia de otras culturas u otras épocas se desvanece, dejando a cada uno libre de ataduras, pero cada vez más sólo. Nunca reconoceremos lo suficiente la ampliación de la libertad personal y la mayor autonomía respecto a los convencionalismos y tradiciones sociales que la modernidad nos ha proporcionado. Pero, a la vez, es claro que ha aumentado también el miedo a comprometerse a largo plazo con los demás o a confiar verdaderamente en otros (el aumento de las rupturas matrimoniales podría explicar algo de este fenómeno). Los expertos señalan que descende el número de personas que pueden, de forma habitual, compartir con otras personas sus experiencias, dudas, creencias, inquietudes y sentimientos. Y ello, a pesar de que el número de contactos "intranscendentes" aumenta. Puede que aquí se encuentre parte de la explicación del creciente auge de los libros de autoayuda, los grupos terapéuticos, las técnicas de meditación, etc. La expresión compulsiva y pública de los sentimientos más personales en los medios de comunicación puede también entenderse como reacción a este déficit de comunicación normal.

*En las últimas décadas hemos asistido al paso *de la crisis del matrimonio a la recuperación de la familia*. Los datos sociológicos son concluyentes: los jóvenes actuales valoran mucho la familia y la sitúan en el centro de sus aspiraciones. Si sus padres pensaron que era una institución premoderna en retroceso, ellos la ven casi como lancha salvavidas postmoderna. El clásico enfrentamiento generacional ha perdido mucha de su virulencia e intensidad. Y, claro, frente al precipitado regocijo de los conservadores, hay que discernir cuidadosamente el fenómeno, que tiene mucho de defensa ante la incertidumbre económica, el paro, el desierto afectivo del espacio público, el desinterés por la política, etc. Aunque también tiene que ver con el reconocimiento de que "hacer" o "tener" no lo son todo en la vida y de que "para la ternura siempre ha de haber tiempo". Lo cierto es que, aunque pocos lo expliquen de forma satisfactoria, hasta las bodas por la Iglesia se han recuperado (dentro de una ambigüedad de significado por todos conocida).

**La familia desempeña un papel fundamental para el sistema económico.* Ya no es la célula de producción, sino la unidad básica de consumo y éste, con su permanente retroalimentación, constituye la piedra angular del crecimiento. Por ello, y no sólo por el triunfo de la emancipación femenina, aumentan los sueldos que llegan a casa. Si la cara es el espejo del alma, la casa es el espejo de la familia: artículos, decoración, distribución, uso, etc. La vivienda, el coche, el chalet, son el escaparate familiar. Por otra parte, en un contexto de crisis económica la familia cumple un papel de colchón anímico inestimable. Es la red de protección elemental cuando se quiere reducir el sistema de protección social propio del Estado del Bienestar. Es el lugar de consuelo de los excluidos del mercado de trabajo (así, el problema social se privatiza). Es el espacio en que se ejerce el ocio necesario para recuperar la capacidad laboral. Es el ámbito en el que asimilamos desde la más tierna infancia, valores, actitudes y capacidades orientadas a participar en el circuito económico.

**El modelo vigente de pareja es sustancialmente distinto al de hace pocas décadas.* La progresiva consecución de la igualdad efectiva entre hombres y mujeres es uno de los mayores logros de la historia humana, al igual que la mayor libertad con que se establecen las relaciones de pareja respecto a épocas cercanas. No obstante, la clásica estabilidad matrimonial del pasado va dando paso a una situación de mayores rupturas que se explican por múltiples factores, no todos ellos negativos. De algún modo, la fortaleza aparente del matrimonio tradicional se debía, no sólo al cultivo de ciertos valores entre los que la entrega, la generosidad o la fidelidad ocupaban un lugar destacado, sino también a aspectos mucho más negativos como: una división radical de roles masculino y femenino (que generaba una mutua necesidad del otro), la sumisión de la mujer y su dependencia económica, un fuerte control social y religioso que condenaba severamente la separación y hacía la vista gorda a las infidelidades del hombre o a la insatisfacción profunda de los conyuges (cuando la relación era pobre o aún dañina para alguno de ellos). Otros hechos, propios de la evolución histórica reciente, también afectan a la dinámica matrimonial: el mayor pluralismo religioso, ideológico y ético existente en la sociedad, el permanente cambio de valores, la reducción del número de hijos por familia, la equiparación del nivel de estudios entre ambos sexos, la incorporación de la mujer al mundo del trabajo y la mayor movilidad laboral, la influencia de los medios de comunicación sobre los modelos de relación de pareja, el alargamiento de la esperanza de vida...

**También la sexualidad ha estado sometida a fuertes transformaciones.* En muy pocos años hemos asistido a la crisis de la visión represiva y pecaminosa propia de la religiosidad tradicional, al impacto de la revolución sexual y feminista (con su curiosa versión cuantitativa y casi escolástica: cuántas veces, cómo, cuándo, rendimiento...) y al regreso de un neoconservadurismo que tiene que ver con problemas sociales que nos asustan (SIDA, madres adolescentes...). Con acierto, Jesús Sastre utiliza el término Sex-ducción, para definir la situación actual de permanente presencia de lo sexual desde la imagen y el interés económico. La comercialización en sentido amplio es un problema real: el sexo constituye el "pan y circo" en su versión de siglo XX. Hay, es cierto, una enorme y positiva revalorización del cuerpo, el placer y la sexualidad pero, en muchas ocasiones, más que liberación se ha producido cierto abaratamiento o trivialización de esta última: se ha convertido en un bien de consumo, más que en un cauce de comunicación y cariño, y ello también tiene algunas repercusiones en la fragilidad personal. Afrontamos muchas veces un problema de calidad en la relación personal que suele ser presentado como asunto "técnico". Bajo un discurso liberador, se oculta con frecuencia la nueva imposición de otras modas.

**La familia postmoderna típica es un núcleo que se forma tardíamente (la situación laboral impide alcanzar el matrimonio antes de los 30 años), pequeño (el número promedio de niños supera levemente la unidad) y con pocos vínculos externos (con la excepción de los derivados del trabajo al que aspiran los dos miembros de la pareja). El ocio cualificado, los momentos de intimidad y el pequeño grupo de amigos son valorados muy por delante de la participación en el espacio público-político, aunque la incorporación a asociaciones está experimentando un sensible crecimiento. Mientras los hijos disfrutan de una gran cantidad de recursos materiales (que les habitúan al consumo), las relaciones lúdicas y la comunicación con los padres (siempre ocupados) son muy deficitarias. La actitud ante la vida suele ser pragmática y poco motivada por ideologías políticas o religiosas. Se asume como normal la cultura individualista predominante, con su aprecio del consumo, aceptación de la competencia, bajo nivel de utopía, etc. La igualdad entre sexos (difícil de llevar a la práctica para ambos), el reconocimiento de cierta autonomía personal dentro de la pareja y la aspiración a que ambos puedan satisfacer sus necesidades de comunicación y afecto son algunos de los valores más positivos de la nueva situación. Entre los negativos quizá destaque el grado de condicionalidad con el que se plantea el amor. La concepción predominante en los jóvenes da mayor importancia al intercambio equivalente que a la gratuidad. Como es lógico, este retrato robot no vale para describir una realidad que es mucho más plural, aunque más en las formas que en el fondo último.*

3. Principales elementos de la dinámica afectiva

Las investigaciones psicológicas son unánimes: *la necesidad de afecto en las personas es un hecho incuestionable*. El origen de nuestra existencia era un estado de fusión completa con alguien que nos protegía, alimentaba, acariciaba y quería: nuestra madre. Crecer supuso tener que romper esa situación para ir alcanzando la conciencia de que somos únicos e irrepetibles y que, además, estamos en un sentido último, solos para realizar nuestra vida y cargar con ella. Pero añoraremos siempre esa unión total que podrá luego formularse adultamente en términos de fraternidad y que sigue siendo la utopía social más radical. Sin duda, no podemos delegar en otros el peso de la existencia. Y, al mismo tiempo, sabemos que ésta no podrá desarrollarse si no es en permanente relación e intercambio con los demás. Nadie "se ha hecho sólo a sí mismo" y mucho menos "se ha salvado".

En todas las edades de la vida, pero especialmente en la infancia, *la carencia de caricias, afecto y comunicación tienen consecuencias tan nefastas como la ausencia de alimentación o cobijo*. El contacto directo es preferible a la lejanía y a la indiferencia incluso cuando es torpe o agresivo, porque supone el hecho de ser reconocidos y valorados: nuestra necesidad psicológica más elemental. La propia personalidad se construye desde el espejo que los demás son para mí. De ahí, la importancia del trato que me ofrecen las personas que son significativas para mí: padres, hermanos, amigos, educadores, líderes... La solidez y calidad de las primeras relaciones proporciona el sustrato de la personalidad y de la capacidad futura de comprometernos con los demás, arriesgarnos, expresarnos, manifestar amor u odio, etc. Si la carencia es radical, la persona pasa la vida entera intentando recuperar lo que no tuvo y sus relaciones nunca llegan a ser maduras en el sentido de libres, autónomas y articuladas desde la igualdad. La misma experiencia de fe -que consiste esencialmente en interpretar positivamente la vida desde la

confianza en Dios-, puede llegar a ser casi imposible para quien ha carecido de apoyo afectivo desde su infancia.

En buena medida, *el desarrollo y la realización personales consisten en desplegar, poco a poco, nuestra capacidad afectiva*, superando los bloqueos generados por las malas experiencias, las pérdidas de personas queridas, los fracasos, etc. Crecer en libertad para abrirnos a las demás personas es una labor compleja y siempre inacabada en la que hemos de aprender continuamente de la vida. En el camino, serán necesarias la valentía y la prudencia a partes iguales. A este respecto, conviene tener siempre en cuenta que la vida es *un proceso largo de maduración que no se realiza a saltos* (o que estos suelen cobrarse un precio elevado), que *todos necesitamos referencias de personas maduras que hayan sido capaces de encarnar la dimensión afectiva en actitudes de búsqueda, apertura, realismo, respeto, sinceridad, entrega, etc.* (tampoco abundan por desgracia) y, por último, que, al igual que ocurre con las plantas, el crecimiento de la riqueza de nuestro corazón requiere la existencia de un *clima propicio* (respetuoso y acogedor) y del riego y abono continuo por nuestra parte. En nuestras comunidades, podemos hacer mucho para crear espacios en los que pueda manifestarse nuestra realidad sin necesidad de justificaciones o disimulos. Podernos comunicar así en un clima de comprensión y misericordia es una experiencia de liberación que no debería ser extraña entre nosotros.

El deseo de encuentro y comunicación con otras personas es real, pero está cargado de incertidumbre. Precisamente porque el otro es distinto y libre frente a mi, me puede enriquecer y aportar enormemente, pero también me puede rechazar, abandonar, herir, frustrar o traicionar. Y no nos referimos únicamente al efecto de los defectos ajenos o propios, sino también al dolor que causan las diferencias completamente legítimas; los demás no existen para satisfacer mis expectativas. Más aún, nuestra simple presencia puede ser motivo de disgusto para otros. En contra de lo que a veces se piensa, la comunicación entre los seres humanos es muy compleja. Y ello es así porque ésta no consiste en un simple intercambio de información, sino en el encuentro de dos subjetividades que arrastran prejuicios, hábitos, valores, experiencias, miedos e ilusiones distintas. Estas circunstancias, muchas veces en parte inconscientes, condicionan e interfieren en cualquier relación. Los mecanismos psicológicos de defensa nos protegen de aquello que nos hace sufrir, pero pueden crear en nosotros una coraza que, yendo más allá de lo razonable, nos aisle. En este terreno, bueno es situarse con realismo ante los demás, identificando el nivel de profundidad en la comunicación al que deseamos llegar con cada persona y que requiere por ambas partes exigencias distintas. No medir bien el alcance de cada relación será motivo de conflictos y malentendidos muy dolorosos. No hay obligación alguna de pretender alcanzar con todo el mundo un grado de intimidad alto; cada persona es un misterio que no debe forzarse. El diálogo nos hará descubrir la profundidad que debe alcanzar una relación para que nos aporte su riqueza sin hacernos daño innecesariamente.

Existe una difícil tensión entre relación y alteridad; entre identidad personal y comunión; entre la soledad y el amor. Yo y Tú queremos encontrarnos, pero el "Nosotros" no debe anular o alienar a cada uno. La interdependencia nos enriquece a ambos pero genera inevitablemente conflictos porque somos distintos. La ingenua pretensión de suprimir alguno de los polos termina deshumanizándonos; ya sea la absolutización de mi "yo" y su libertad, ya sea la búsqueda de identidad total con otra persona. El culmen de las relaciones no se alcanza desde la dependencia o el olvido de uno mismo, sino a partir del deseo consciente de querer abrirnos y entregarnos a otra persona para compartir lo que somos, para apoyarnos, para comprendernos. Luego, la

historia de cada relación se va tejiendo de un lenguaje propio, unos recuerdos comunes, un aprendizaje de las distancias y los tiempos oportunos, de lo que agrada o hace daño al amigo, a la pareja... Hace falta una gran competencia, que sólo da la experiencia, para acertar con el tipo de relación que ayuda a ambas partes a crecer.

Pero las dificultades de la vida afectiva no proceden exclusivamente de las diferencias que se dan entre las personas, también *tienen que ver decididamente con la complejidad de cada individuo en crecimiento*. Es la mezcla humana: pulsiones-opciones; egoísmo-entrega; amor-odio; realización-frustración. En toda persona que se relaciona con otra se dan cita elementos conscientes e inconscientes, deseos y celos, confianza y temor, entrega y resistencia, apertura y defensas. Como es lógico, no en la misma proporción. Incluso las relaciones más entrañables y positivas tienen ingredientes de conflicto y frustración que, además de poner trabas a las mismas, pueden purificarlas y ayudar a crecer a sus protagonistas. Cada circunstancia es distinta, como lo es la relación con cada persona. Y nosotros no somos siempre los mismos, crecemos, optamos, cambiamos... Lo que se traduce en la necesidad de rehacer, renovar y adaptar permanentemente nuestros afectos: los hijos crecen, cambian los compañeros, maduran los amigos, envejecen los padres (y nosotros, ¡que conste!), nos sorprenden los amantes.

El cariño se compone de diversos ingredientes. Según una descripción que me parece muy sugerente, existen tres dimensiones básicas del amor cuando éste es auténtico: intimidad, placer y compromiso. La primera se refiere a la necesidad que casi todos tenemos de comunicar nuestra vida en profundidad a quienes queremos en un marco de libertad, respeto y apoyo. Expresamos no la información superficial, sino los sentimientos, deseos y experiencias realmente significativas. El segundo aspecto se refiere al agrado y satisfacción que nos proporcionan nuestros seres queridos, su presencia, el contacto físico, los momentos de humor y juego, etc. Esas ocasiones privilegiadas nos hacen disfrutar de uno de los aspectos más maravillosos de la vida. El tercer componente del amor destaca la consistencia de los vínculos que nos unen; ese saber que podemos contar con otra persona y que ella puede contar con nosotros; esa fuerza que tienen la ayuda mutua, la solidaridad efectiva. Realmente, la ausencia de cualquiera de estos elementos tergiversa o adultera cualquier forma de relación afectiva y, a largo plazo, genera insatisfacción o incluso daño.

Llegados a este punto, ha de reconocerse *la variedad que se da en la tipología de los afectos*. Existen numerosas modalidades de cariño: amistad, compañerismo, enamoramiento, solidaridad... Se trata de relaciones cuya naturaleza es diferente, como todos sabemos. Cada una de ellas realiza, de una forma específica, la comunicación, la manifestación del afecto y el compromiso mutuos. Así, nadie confundirá el vínculo entre padres e hijos, con el que se da dentro de una pareja, o con el de la amistad por mucho que, en los tres casos, las personas se comuniquen, disfruten juntos y se ayuden intensamente. Así, por ejemplo, la relación padres-hijos tiene algunos componentes asimétricos ausentes en otras formas de amor, la de pareja se basa en el enamoramiento y tiene un carácter generalmente exclusivo (no excluyente), mientras que la amistad no lo tiene y surge como consecuencia de afinidades de todo tipo que ponen en sintonía a dos personas, que en muchos aspectos pueden ser distintos. También la fraternidad cristiana es una modalidad de relación con sus propios atributos, como se ha destacado en estos materiales.

Por último, pero no menos importante, es preciso reconocer *la enorme influencia que tienen los patrones sociales de cada cultura en la vivencia personal de los afectos*. La

propensión básica al encuentro con las demás personas se modula tanto desde las tendencias interiores como desde las influencias externas, los criterios dominantes y la educación recibida. Lo que en ciertas sociedades puede parecer normal o deseable, en otras puede ser considerado escandaloso o nefasto. Una actitud que algunos pueblos consideran respetuosa, puede parecer distante a otros. Los signos y acciones se interpretan según los diversos contextos o "idiomas afectivos". Esta constatación elemental debería prevenirnos ante la tentación de buscar fórmulas universales y simples de expresión afectiva, hecho que ha sido causante de profundas incomprendiones en el pasado. Lo que no significa, por supuesto, que no quepa dialogar sobre qué formas de relación son más constructivas en general para las personas. Una vez más se trata de discernir, evitando tanto la aceptación acrítica de los patrones de conducta establecidos o heredados, como el olvido de la sabiduría acumulada por otras generaciones sobre las relaciones interpersonales y sus dificultades. En concreto, nosotros intentamos vivir una afectividad desarrollada e inspirada en los valores del Reino en una sociedad occidental desarrollada, más bien gélida.

4. El tratamiento tradicional de la afectividad en la Iglesia

Creo que es una bonita fórmula de los Papas recientes la denominación de la Iglesia como "maestra de humanidad". Así podría ser, en la medida en que la Buena Noticia de Jesús tiene sin duda un potencial humanizador incalculable. Por desgracia, en el ámbito de los sentimientos y los afectos -no digamos en el de las pasiones y la sexualidad- muchos planteamientos eclesiales han resultado erróneos y aún dañinos. Lo indica tanto el progreso de las ciencias sociales con su creciente comprensión de nuestros mecanismos psicológicos, como el mismo sentido común de muchos creyentes. Y, lo cierto, es que asistimos a una pugna entre quienes rechazan de plano las concepciones religiosas tradicionales de la afectividad, como si de ellas no pudiera sacarse nada bueno, y aquellos que desearían imponer al completo ese paradigma (al menos dentro del recinto eclesial). Es necesario hacer un balance de lo recibido y, sobre todo, elaborar una aportación actual y constructiva al diálogo cultural. Una parte de la clásica doctrina sentimental de la Iglesia es claramente insatisfactoria y poco inspirada en el Evangelio, además de haber herido innecesariamente a mucha gente. Su carácter desconfiado y represivo constituye, aún hoy en día, una "piedra de escándalo" para creyentes y "alejados".

En posteriores apartados intentaremos recoger los elementos más positivos de la tradición cristiana por lo que se refiere a los afectos (recordemos que es la religión que expresamente tiene su centro en el amor), pero antes también pueden enumerarse algunos de los "patinazos" más sonados en esta materia, que son una de las causas más claras de la salida de la Iglesia por parte de muchos de nuestros conciudadanos, así como de la incomodidad o malestar de bastantes de los que permanecen en la institución.

**Durante siglos, han sido numerosos los prejuicios y recelos eclesiales respecto al mundo del corazón y los sentimientos. Parecían el cauce propicio para que las "tentaciones del maligno" fructificaran, dominando la voluntad de los fieles y haciéndoles tropezar en el pecado. El elemento incontrolable de nuestros sentimientos y pulsiones daba realmente miedo y, por ello, tendió a imponerse una la teoría del control, según la cual, el ideal de la vida cristiana radicaba en el dominio de las pasiones y en llevar un comportamiento ordenado. Bajo esta concepción*

(cuyo origen se atribuye al maniqueísmo platónico asumido durante años por San Agustín y otros Santos Padres), la corporalidad quedó menospreciada y la satisfacción de sus necesidades (alimento, cuidado, etc) puesta bajo sospecha. La ascesis y la mortificación eran el trato adecuado, capaz de contener las tendencias carnales claramente negativas para la vida cristiana. Ni que decir tiene que toda esta visión nada tiene que ver con la antropología bíblica que considera muy positiva toda la creación, la corporalidad, los sentimientos y las realidades materiales en general. Es difícil percibir esta doctrina como buena noticia para nadie, aunque refleje cierta sabiduría irónica y excéptica sobre algunos aspectos de la naturaleza humana.

*Una consecuencia muy dañina de este marco interpretativo del mundo de los sentimientos sería la *intelectualización, y moralización de la fe*; su hincapié en la renuncia, la cruz y el esfuerzo personal; su desprecio de la realidad sensible. Peor aun, la alegría, el placer y el gozo de los sentidos en general fueron cubiertos con un manto de recelo. La lucha contra el mal, en un mundo entendido como valle de lágrimas, era el núcleo de la existencia cristiana. Erróneamente, las teorías teológicas llegaban a sostener que el crecimiento en la vida espiritual se correspondía, casi automáticamente, con un rechazo o desprecio de este mundo y sus aspectos materiales. La enorme calidez y dulzura que emanaba de la figura histórica de Jesús de Nazaret (parcialmente desconocido para el pueblo poco culto, ante la importancia otorgada a los títulos cristológicos), su gran capacidad para disfrutar de la vida, de los momentos de encuentro con la gente, de sus amigos, de la naturaleza, quedaron ocultos ante la sobrecogedora imagen del sacrificio expiatorio en la cruz. Sacrificio explicado como voluntad de un Dios Padre justiciero que generaba en los creyentes más temor y angustia que impresión de amor y cercanía. Es cierto que desconocemos el efecto real que las teorías señaladas tendrían sobre la vida de la gente corriente (por lo general más sensatas que muchos ideólogos), pero no cabe duda de que la Iglesia como institución ejerció un enorme poder en el diseño, control y sanción de los comportamientos morales.

*Sorprendentemente, esta concepción negativa del aspecto emocional y corporal de la existencia condujo a una verdadera *"obsexión" teológica*. Hasta el punto que el comportamiento sexual, severamente reglamentado, pasó a ser un criterio de verificación fundamental de la vida cristiana. Ejemplo de ello es el conocido hecho de que, en materia sexual, todo pecado era mortal (es decir, no se contemplaban niveles de gravedad o las circunstancias del "desenfreno"). Se dice que la biblioteca del Vaticano es la más completa respecto a esta temática, y no puede atribuirse el hecho a una necesidad práctica de los doctores y ministros que, precisamente, tenían vedada este tipo de práctica amorosa. La visión represiva o, al menos precavida, de la sexualidad ha durado hasta casi nuestros días. Tampoco en esta ocasión hay forma clara de descubrir una fundamentación seria en el Evangelio o en la cultura judía. Cabe sospechar que esta obsesión con "el sexto mandamiento" debía reflejar, en parte, una vivencia no muy sana del celibato.

*De hecho, en muchos tratados de teología *el matrimonio era entendido como necesaria concesión a la "fuerza de la carne" para la gente común y el celibato como una propuesta de radicalidad superior en el camino de la perfección cristiana*. ¿Caben dos niveles en el seguimiento de Jesús? El Nuevo Testamento plantea más bien una llamada a todas las personas que puede acogerse desde distintos estados de vida y que remite, sobre todo, a una respuesta de amor y entrega a los pobres. Pero en la visión tradicional que estamos describiendo en su versión más negativa, el matrimonio servía para legitimar las prácticas sexuales necesarias para la reproducción de la especie (de todos modos sucias, en cuanto "placenteras" y "apetitosas"); el celibato expresaba una forma de vida moralmente superior; y cualquier desviación de la

institución matrimonial (adulterio, relaciones prematrimoniales, prostitución, homosexualidad, etc) era calificada como gravísima y condenable perversión. Puede que en esta manera de entender las cosas hubiera influido la admiración por los eremitas y monjes célibes, ejemplos de vida evangélica, pero cualquiera percibe que algo no encaja en esta interpretación del matrimonio.

*En el pensamiento cristiano clásico, *la imagen de la familia y el matrimonio van unidos a una visión tradicional de la sociedad*. Se sostiene la diferencia esencial de poder y valor entre los dos sexos (hasta niveles que hoy nos indignan); la subordinación de la mujer al varón en todos los aspectos; un dominio sobre los hijos que no les reconoce muchos derechos elementales, etc. Esta configuración patriarcal de la familia permitía la reproducción de una sociedad fuertemente jerárquica y autoritaria. La teología del matrimonio se entendía como intento de moralización de un fenómeno "natural" presente en todas las sociedades. La práctica de ciertas virtudes personales y el reconocimiento de la presencia de Dios en medio de la familia formaban el eje de la reflexión teológica, apoyada en los conocidos textos paulinos. Ninguna misión evangelizadora propia era atribuida al matrimonio dado que, de hecho, los seglares no desempeñaban papel activo alguno a nivel eclesial. Suyo era el espacio de las realidades profanas que "distrañan" del mundo de lo sagrado.

*La percepción de que la familia era una necesaria célula de la sociedad influyó en que *el matrimonio fuera considerado principalmente desde un punto de vista jurídico-legal*. Esta perspectiva, destaca la importancia de que cada conyuge asuma sus responsabilidades y cumpla con sus deberes, entre sí y para con los hijos; concede un gran significado a que los contrayentes cumplan los requisitos necesarios para que el sacramento sea válido; y defiende hasta el extremo la permanencia y estabilidad del vínculo. Rigidez moral que, curiosamente, no existe respecto a valores absolutamente centrales en el Evangelio (noviolencia, comunión de bienes, perdón...). El contenido de la relación dentro de la pareja, los sentimientos de los esposos o la dinámica de la convivencia contaban muy poco en comparación al peso de los compromisos adquiridos públicamente y la función básica que la familia había de desempeñar: la procreación y la educación de los hijos. La falta de consideración hacia la historia de amor realmente vivida en el matrimonio venía determinada por el hecho no discutido de que la indisolubilidad era voluntad absoluta de Dios en cualquier circunstancia: "lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre"

(Mt. 19, 6).

*En el fondo, el defecto esencial de las concepciones que aquí se han criticado era que la Iglesia utilizaba, y aun utiliza con frecuencia, *un tipo de argumentación universal-deductiva con la pretensión de poseer la verdad indiscutible sobre como habían de realizarse las relaciones interpersonales básicas* (la ley natural). Visión que, a pesar de ser defendida como atemporal, no deja de ser deudora de una época histórica pasada y es ajena en aspectos fundamentales a las experiencias vividas y expresadas por las generaciones actuales. La Iglesia ha defendido con energía que conocía el modelo "natural" (no en el sentido de espontáneo sino en el de acorde a la naturaleza humana profunda) de familia, de matrimonio, de ejercicio de la sexualidad o de la paternidad. A partir de esta convicción, la evangelización de todos los pueblos y culturas ha ido estrechamente unida al deseo de imponer unos modos de vida que los receptores han considerado muchas veces colonización eurocéntrica más que anuncio de la Buena Noticia. Un enfrentamiento parecido se ha producido con los no creyentes cuando la institución eclesial ha pretendido imponer por la fuerza a toda la sociedad su marco de comprensión de las relaciones afectivas, a veces, incluso, sin ofrecer una verdadera argumentación o descalificando a sus

interlocutores. Más que explicar la naturaleza profunda de las relaciones afectivas, la Iglesia ha intentado someterlas a una determinada normativa ética. Aunque en los últimos tiempos se han producido intentos muy serios para revalorizar la sexualidad y el significado del matrimonio desde la fe, esta problemática continúa siendo causa de profundas (aunque camufladas) divisiones dentro del Pueblo de Dios y entre las distintas iglesias cristianas.

* Quienes vivimos actualmente somos conscientes de la dureza con que estas cuestiones son planteadas desde la jeraquía. Ello puede deberse a que *el ámbito de la moralidad privada es un terreno en el que el proceso de la secularización ha hecho mella más recientemente*. En otras épocas la Iglesia defendió también con todas sus fuerzas su derecho a tutelar directamente la economía, la política o la filosofía. No obstante, *las personas adultas de las sociedades modernas pueden admitir, y valorar las propuestas eclesiales que vienen avaladas por el testimonio de quienes las han encarnado en su vida* (recordemos aquí con cariño a la madre Teresa de Calcuta y su estilo de vida radicalmente contracultural y antiburgués), *pero expresan un firme rechazo a que se les quieran imponer valores y criterios absolutos cuando no son asumidos por la propia conciencia e inteligencia*. También en este campo el enfoque de la evangelización debería estar claro: ofrecer a todos la luz del Evangelio para vivir más plenamente y hacer que la misericordia prevalezca sobre la condena en las valoraciones éticas de situaciones concretas.

5. Para una renovación evangélica de nuestras teorías

Desde hace décadas se percibe en muchos ambientes eclesiales la necesidad de formular de otra manera la reflexión cristiana sobre la afectividad, asumiendo los retos que plantea la sociedad actual y también los que proceden del interior de cada persona. Existe una especie de esquizofrenia muy dolorosa entre la doctrina oficial de la Iglesia y las convicciones de buena parte de los cristianos de a pie (no necesariamente de los más secularizados o "fríos"). Más profundamente, la ausencia de diálogo se da a la hora de comprender en qué consiste la madurez humana afectiva y cómo integrar la plenitud que aporta la fe a esa vivencia. No se trata de adaptarse a las nuevas modas culturales sin más, sino de volver al núcleo evangélico y leerlo desde nuestra realidad, para descubrir elementos que puedan iluminar el panorama que nos toca vivir desde la fidelidad al mensaje de Jesús. No hay nada nuevo en este método, la Palabra siempre ha sido interpretada desde el contexto histórico que los cristianos de cada época habían de afrontar.

Y al proceder de este modo llega la primera sorpresa con base exegética sólida: *la postura de Jesús ante la afectividad está muy distante de la ideología judía de su tiempo, pero, también, de la visión cristiana tradicional*. Esta afirmación puede justificarse con facilidad remitiéndonos a múltiples datos de los Evangelios que son de sobra conocidos.

a) De Jesús conocemos *la gran riqueza de sus sentimientos porque, además, él los manifestaba sin rubor*: tiene muchos amigos y amigas, charla y disfruta con ellos, come, canta y ríe con los suyos (lo que es muy criticado por los que se tienen por muy religiosos), llora cuando muere Lázaro, se enfada con los escribas e indigna con los vendedores del Templo, se alegra porque Dios se ha revelado a los sencillos, anima a los tristes, muestra su humor e ironía ante las

preguntas de los fariseos, se apena por los que van como ovejas sin pastor, abraza a los niños^(Mc. 10, 13-16), se estremece de angustia en el huerto de los olivos, se conmueve con las lágrimas y besos de la prostituta, mira con amor al joven rico ^(Mc. 10, 21). En definitiva, nos encontramos en las antípodas de un hombre frío, reprimido, distante o con coraza. Jesús no es, desde luego, el superhombre del equilibrio emocional; al contrario, es un apasionado de la vida abierto a cualquier relación a pesar del riesgo que siempre existe a no ser correspondido.

b) *Su misma relación con Dios, fundamento de toda su existencia, está cargada de cariño, afecto y ternura.* Muchas veces se ha destacado lo sorprendente que debió ser para sus compatriotas escuchar a Jesús denominar "Abba" a Dios, cuyo nombre personal (Yahwéh) estaba incluso prohibido pronunciar por respeto o temor religioso. Pero no estamos ante una mera cuestión de vocabulario: la relación de Jesús con el Padre estaba cargada de cariño, no se basaba en el asentimiento a alguna doctrina, ni en el cumplimiento de una ética determinada. Era una relación interpersonal de amor en la fe. El Padre era el vínculo afectivo básico de Jesús de Nazaret y, en ese vínculo, Jesús encontró, al mismo tiempo, toda la libertad y todo el apoyo para realizar su vocación: el anuncio de la cercana llegada del Reino. El rostro del Dios de Jesús adquirió unos perfiles muy distintos al que veneraban los judíos de su época. De hecho, su cercanía amorosa, su gratuidad provocaba un gran desconcierto en los "judíos practicantes".

c) *Jesús concibe las relaciones entre todos los hombres y Dios en términos familiares: somos hermanos e hijos de un mismo Padre; lo demás es secundario.* El sabía que el símbolo de la familia es el que más fácilmente puede ser entendido en todas las culturas como modelo de amor fuerte y sólido. Sin embargo, Jesús romperá, a su vez, las barreras que separan tantas veces unas familias de otras. Sus ojos eran de una sensibilidad y ternura totales frente a los pobres: son los hermanos más necesitados de la familia. Así, el pecado no era entendido como transgresión de ninguna norma, sino como expresión de la ruptura de los lazos familiares que unen a toda la humanidad, como expresión de insolidaridad, indiferencia u opresión. Por eso, si algo indignaba a Jesús era la exclusión o la marginación de los débiles, los pobres o los pecadores de la mesa del convite, del banquete del Reino. Sus palabras hacia ellos siempre eran una caricia, una invitación, una cura, un estímulo, un reconocimiento efectivo de su dignidad de hijos. Sus palabras para los que rompían la fraternidad con su duro corazón eran durísimas ^(Lc. 6, 24-26; 18, 9-14)...

d) Además de mantener una actitud acogedora ante toda la gente que se encontraba por el camino, *Jesús estableció una relación especialmente intensa con la comunidad de sus discípulos con los que compartió en profundidad su vida.* A ellos les dijo al final de su existencia "ya no os llamo siervos sino amigos" y con ellos experimentó en la práctica la fraternidad que predicó por todo Israel. No tuvo, pues, temor de establecer vínculos de solidaridad muy sólidos con sus seguidores más íntimos. Más aún, la enorme autoridad moral que emanaba de Jesús estaba fundada en el tipo de relaciones personales que establecía y en lo que éstas aportaban a la vida de quienes le conocieron. No eran los títulos heredados o la sabiduría académica la fuente de su influencia sobre las personas, sino la cordialidad y la misericordia con que trataba a los más necesitados o la valentía con la que criticaba a los ricos, legalistas y poderosos cuando justificaban su posición privilegiada y su insensibilidad interesada hacia los pobres y oprimidos con argumentos religiosos.

e) *A diferencia de nuestra Iglesia y de nuestra sociedad, Jesús no estaba obsesionado con el tema sexual.* Esta temática no constituyó el centro de su predicación ni de sus preocupaciones. Son muy pocas las referencias expresas a la sexualidad en los Evangelios y,

además, aparecen en el contexto de polémicas sobre otras cuestiones. Por lo que sabemos a través de los relatos evangélicos, ni mostró una actitud defensiva, temerosa o negativa ante la sexualidad como ocurre con parte de la citada doctrina eclesial, ni tampoco hipervaloró o absolutizó esta dimensión de la personalidad como ocurre en la sociedad en la que vivimos. Mostró, más bien, una gran naturalidad y libertad que se refleja en su facilidad para relacionarse con personas de ambos sexos, en un ambiente social y cultural en que esta actitud era mucho menos habitual que hoy en día. Recordemos que la tradición judía en la que Jesús había crecido valoraba como una bendición la sexualidad y la fecundidad frente a cualquier espiritualización de la salvación de Dios. Jesús parece fuerte y tierno en los Evangelios, pero no duro o sensiblero.

f) Como otros aspectos de su persona, *el comportamiento de Jesús con la gente debió resultar muy sorprendente en alguien que se presentó como enviado de Dios*. No era un predicador ascético como Juan Bautista, ni un erudito como los doctores de la Ley. Su actitud ante las mujeres puede calificarse de revolucionaria, dada la discriminación que padecían en la sociedad judía que era fuertemente patriarcal. Él las dió un trato de igualdad, incluso si eran pecadoras públicas o extranjeras. Es más, en la mayoría de los textos del Evangelio las mujeres quedan mejor que los hombres (que se creen más importantes): son más cariñosas, tienen buen corazón (viejecita del templo), se convierten (mujer del frasco de perfume) (Lc. 7, 36-49), están al pie de la cruz (y no huyen), son las primeras en descubrir la resurrección (aunque no tuviera validez su testimonio a nivel legal)... Algo similar cabe decir del trato que da Jesús a los niños, verdaderos "ceros a la izquierda" en aquella sociedad: ¡Les pone de ejemplo a los adultos! (Lc. 9, 46-47)

g) A pesar del uso frecuente de un vocabulario de tipo familiar, *Jesús critica a la familia tradicional considerada como absoluto con insólita dureza*. Alguno de los invitados al banquete de la parábola que no acudieron lo hicieron porque se acababan de casar (y, como es natural, antepusieron "sus labores" a la fiesta abierta del Reino). Jesús descalificó como potenciales discípulos a los que pedían "un plazo de tiempo breve para enterrar a su padre" (Mt. 8, 21-22) (deber humano y religioso máximo para un judío); o a aquellos que "amaban más a su padre, madre, mujer, hermanos o hijos que a Él" (Mt. 10, 37). Afirma, incluso que "ha venido a enfrentar a los hijos con los padres y a los hombres con sus mujeres" (Mt. 10, 34-36). Ante los vítores lanzados a María por los partidarios de Jesús se produce una redefinición de "quienes son mi verdadera familia": los que escuchan la palabra de Dios y la ponen por obra (Mc. 3, 31-35). Esos son los "padre y madre de Jesús, sus hermanos y hermanas". Todo este conjunto de afirmaciones escandalosas han de entenderse en, al menos, dos sentidos: por una parte, que la familia no se sustrae a la prioridad que Jesús da al servicio del Reino sobre todas las cosas y, por otra, que los lazos surgidos de la fe pueden llegar a ser tan sólidos como los nacidos de la carne.

h) *Respecto al matrimonio, la apuesta del Evangelio va claramente en la línea de la permanencia y la estabilidad de la relación*. Así se desprende del único texto de los evangelios en que esta cuestión es tratada directamente (Mt. 19, 1-9 y su paralelo en Mc. 10, 1-12) en un contexto, por cierto, en el que los fariseos quieren poner a prueba a Jesús y su fidelidad a la Ley. Su respuesta trasciende claramente el nivel de lo legal (obligación de cumplir un contrato) y sugiere que el asunto radica en el corazón (en él se produce la fidelidad o el engaño antes de que se produzca ninguna acción). Por otra parte, el texto afirma la complementariedad de los dos sexos como algo querido por Dios, pero reconoce también las limitaciones y debilidades de nuestra condición para vivir en el amor. Y, a pesar del aprecio judío por la familia y la valoración positiva de la sexualidad, Jesús en los versículos siguientes a los comentados asume una opción que podía

parecer insólita: *el celibato por el Reino descubierto como vocación personal*. El texto es muy fuerte porque habla de "eunucos" o "castrados" por causa del Reino (Mt. 19, 11-12). Estos términos pudieron ser insultos dirigidos a Jesús y que éste intenta reinterpretar a la luz de su misión.

i) Con todo, si algo caracterizó la vida pública de Jesús, fue *el rechazo de actitudes legalistas y farisáicas*: la ley está al servicio del hombre y no al revés. Su comprensión era total con los que sufrían, habían caído, se habían equivocado o habían fracasado. Todos encontraban siempre en Jesús acogida y una nueva oportunidad. Al contrario, consideraba muy negativa la actitud intransigente de quienes juzgan a los demás creyéndose superiores moralmente o perfectos. De ahí, la valoración muy positiva que hacía Jesús de los sentimientos que brotaban del corazón. Las lágrimas y el arrepentimiento sincero encontraban siempre su comprensión. La atención al dolor y el reconocimiento de las necesidades de quienes le rodeaban (especialmente de los últimos) tuvieron siempre prioridad sobre la aplicación de los principios legales y las condenas. Es muy significativa, en este sentido, su crítica a quienes "cargan a los demás con pesados fardos, que ellos no llevan". Al revés, Jesús invita a que se acerquen a él "quienes están cansados y agobiados" para aliviarles.

j) Todo lo hasta ahora señalado podría resumirse en la convicción de Jesús de que *el cariño mutuo es el mejor signo del verdadero seguimiento* (Jn. 13, 35). Recordemos el discurso de despedida de Jesús según el relato del evangelista Juan: "Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que os mando. No os llamo ya siervos porque el siervo no sabe lo que hace su amo, a vosotros os he llamado amigos porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer" (Jn. 15, 13-15). En términos de amistad, fiesta y reconciliación entendía Jesús la inminente llegada del Reino. El amor a todos (empezando por los últimos y sin excluir a los enemigos) y la fidelidad hasta el extremo de esta solidaridad, constituyen, sin duda, el núcleo original de la propuesta ética del cristianismo. Una propuesta que, por una parte, desborda toda ley en su radicalidad y que, por otra, se entiende sostenida por el mismo Espíritu de Dios y presupone una gran comprensión con la debilidad y pecado de las personas.

Si buscamos un factor común, por debajo de todos estos comportamientos, se descubre el *criterio de discernimiento básico para la existencia cristiana: el servicio al Reino de Dios anunciado a los pobres e instaurador de la fraternidad universal*. Ésta es la propuesta de Jesús que sirve de horizonte a cualquier opción de vida concreta. En Jesús, su vocación y proyecto de vida marcaron una manera de realizar la afectividad que también puede inspirarnos a sus discípulos: el hermano, el prójimo es la mayor mediación de Dios. Como ya se ha señalado repetidamente, la fraternidad vivida en el seno de una comunidad creyente es el gesto que expresa de manera más explícita la universalidad del amor cristiano. Un amor que no hace distinciones y considera a toda la humanidad una gran familia. Otro tema de la carpeta se orienta a clarificar el significado de la fraternidad que es la forma de relación propia de los cristianos.

Aquí, deseamos continuar reflexionando sobre la manera de vivir la afectividad desde la fe, prestando atención en especial a dos modalidades básicas en que puede articularse la sexualidad: celibato y pareja/matrimonio (con la generación de esa nueva realidad que es la familia).

En contra de la visión tradicional de la sexualidad, que ha sido criticada en el apartado anterior, hay que partir de la convicción de que *ambos estados de vida permiten realizar el*

seguimiento de Jesús, ya que su radicalidad se refiere, en último término, a la sinceridad y generosidad con que cada persona responde a la llamada amorosa con que el Señor nos invita a servir a nuestro mundo. Para sostener este punto de vista cabe recordar que la llamada de Jesús se dirigió de forma mayoritaria a personas casadas (es el caso de casi todos los apóstoles) y que el propio celibato fué interpretado como carisma que sólo algunos recibían. Por otra parte, las personas a quienes Dios prefiere son, propiamente, los pobres y no ésta o aquella categoría de discípulos (ya sea célibes o casados) que han de considerarse, más bien, agradecidos por haber sido llamados y no orgullosos por poseer méritos especiales ante Dios (recuérdese la discusión entre Santiago y Juan por obtener un lugar privilegiado en el Reino). De hecho, el Señor no planteó dos niveles de exigencia a quienes deseaban ser sus discípulos. Y sin embargo, hay que afirmar con rotundidad que, para seguir a Jesús, ha de situarse en el centro de la vida su persona y su causa, sin posibilidad de que cualquier otra realidad, por valiosa que sea, pueda absolutizarse o entrar en oposición al Reino. Este es el sentido teológico profundo de las palabras referidas a la necesidad de dejar todo por Jesús o, lo que es lo mismo, el significado de la conversión. Así, los discípulos siguen viviendo en el mundo y sometidos a las condiciones de la existencia que afectan a todos los seres humanos, pero lo hacen desde una perspectiva radicalmente nueva.

También sostenemos que, a nivel teológico, el amor a Dios no tiene por qué entrar en competencia con el amor a las personas o a la naturaleza. Al contrario, puede ser su fuente y fundamento últimos, como se describe más adelante. Otra cosa es que, en la práctica, esa oposición pueda acontecer muchas veces en la vida de cada persona y, posiblemente, con mas facilidad en quienes se encuentran inmersos en el mundo secular y no han roto con nitidez la dinámica del tener, el placer y el poder (a la que se refieren los votos de la vida consagrada). Celibato y matrimonio no son alternativas que obligan a elegir entre el amor a Dios y el amor a los hombres, sino dos formas diferentes de articular las relaciones básicas de toda existencia creyente: con uno mismo, con Dios, con los demás hombres y mujeres y con el resto del mundo.

Va siendo hora de reconocer en nuestra Iglesia *la excelencia y complementariedad del celibato y el matrimonio vividos en clave cristiana.* Son dos vocaciones distintas que pueden enriquecer la vida de toda la comunidad. Como ocurre con todos los aspectos de la existencia cristiana poseen una estructura sacramental: esto es, son signos del Reino de Dios e instrumentos de su realización efectiva. Son realidades profundamente simbólicas que expresan, cada una de una manera específica, el descomunal amor que Dios nos tiene. Los celibes y los casados se recuerdan mutuamente aspectos esenciales de la fe que pueden caer en el olvido. Cada opción de vida tiene unas capacidades distintas de significación y de servicio. Ninguna agota las posibilidades del amor. Cada una de ellas posee también sus cruces particulares y sus tentaciones específicas. Pero no debemos extremar las tintas; el celibato y el matrimonio *en cuanto "cristianos"* tienen también mucho en común e incluso cercanía: el celibato tiene que llegar a ser cálido y familiar, la pareja disponible y abierta. Se trata más bien de "acentos" en la vida de fe y no tanto de "especialidades" rígidas.

No sé si es afortunado decir que el célibe cristiano testimonia y evangeliza desde el *"estado de vida"*: mediante una opción de ruptura y contraste con "el mundo éste" (en sentido paulino), que sorprende o da que pensar a quienes viven instalados en él. En cambio, los matrimonios evangelizan desde el *"estilo de vida"*: viven en las mismas circunstancias que todas las demás personas (y sufren sus mismos problemas) pero, si son discípulos del Señor, su manera de vivir esas circunstancias deberá ser profundamente distinta y cuestionadora. Los próximos

apartados pretenden aclarar estas intuiciones describiendo el significado profundo del celibato y el matrimonio cristianos. Aunque se hará hincapié en los rasgos específicos de cada opción, algo de cada una ha de estar presente en la otra. Antes que opciones personales, son dones o llamadas interiores que uno desde su libertad personal acoge y fecunda.

6. El celibato cristiano como llamada al seguimiento

Conviene no confundir el celibato cristiano con otras realidades que se le parecen formalmente pero que, en el fondo, son muy ajenas a su significado:

*La soltería es una situación no deseada por quien la padece y, propiamente, no es una vocación sino el resultado de no haber encontrado una pareja de quien enamorarse (que nos corresponda) y con la que hacer un proyecto de vida en común (situación análoga a haber enviudado o estar separado/a o divorciado/a). El soltero, querría encontrar compañera y viceversa.

*La inhibición, el miedo a los sentimientos, la represión, el aislamiento y la vuelta sobre sí mismo del típico solterón o solterona, que no quiere complicarse la existencia con nadie, no tienen nada que ver con el celibato evangélico. Lo mismo cabe decir de su moderna versión "yuppie" del profesional que no se vincula con nadie para no entorpecer su carrera o reducir su margen de libertad.

*El celibato no es un signo sagrado de separación que aproxima a los sujetos a Dios, separándoles del común de los mortales (aunque en muchas religiones el enorme potencial simbólico de la sexualidad ha hecho de esta realidad un lugar privilegiado de la expresión litúrgica, ya sea por la vía de la continencia, ya sea por la de la prostitución sagrada). Así, el clericalismo es una perversión del modelo cristiano del culto y el sacerdocio.

*El celibato no consiste en vivir sin amor humano o de una manera asexuada, sublimando el deseo erótico, como a veces se ha argumentado en el pasado. Este planteamiento, en el límite, es imposible y sumamente dañino para quienes lo asumen. Todos nos relacionamos con las demás personas desde una identidad sexual determinada. Ser varón o mujer no afecta sólo a la función reproductiva o los rasgos biológicos, sino a la sensibilidad, la psicología, las formas sociales, las capacidades intelectuales, los estados anímicos, los comportamientos, etc. No hay una neta separación entre hombres y mujeres, pero sí diferencias profundas que no desaparecen por haber renunciado a tener relaciones sexuales.

Por el contrario, *el celibato cristiano es un signo y un instrumento específicos al servicio del Reino de Dios* (en la comunidad y en la sociedad) que nos habla de una realidad que va más allá de las realidades cotidianas. Hay que afirmar, de entrada, que lejos de suponer una especie de continencia afectiva o "coma emocional" se trata de una realidad amorosa de profundísima intensidad que se sitúa en el plano de la fe. El célibe por el Reino se encuentra de tal manera seducido por el Dios de Jesús y su causa (la Buena Noticia del Reino) que se siente arrastrado para emplear la totalidad de su vida (todo el corazón) al servicio de la misión evangelizadora e incapacitado de algún modo para vivir su seguimiento de Jesús estableciendo una relación

privilegiada y exclusiva con una pareja o llevando una vida familiar. El célibe, imita de este modo al Señor, hasta en la forma de su estado de vida histórico. Jesús, volcado en su acción liberadora, concentró todas sus energías creadoras, intelectuales y afectivas en la proclamación de la Buena Noticia: fue célibe. La vocación y vida del profeta Jeremías, tal como está expresada en su libro, ilustra de forma deliciosa el significado amoroso de este tipo de celibato.

El punto de partida de esta opción no es, por tanto, el sacrificio o la renuncia a algo que es profundamente bueno en si mismo como es el caso del amor erótico o la paternidad, sino una relación de amor con el Dios de Jesús que enamora atrapando el corazón, y que se presenta con un carácter exclusivo análogo al de la pareja; un tesoro por el que merece la pena dejarlo todo (aunque lo que se abandona no sea objetivamente malo). Si esta experiencia, torpemente descrita, no tiene lugar y se percibe, sobre todo, un ansia de perfección, un voluntarismo generoso, cierta superioridad religiosa o el peso de la renuncia (con una constante obsesión por la sexualidad), podemos dudar de la existencia de una verdadera vocación. Todo seguimiento tiene su momento de cruz, pero Dios no quiere hijos masoquistas, sino ofrecernos caminos de dicha y crecimiento personales que no son universalizables (salvo por lo que se refiere a la primacía del amor). Recordemos aquí las hermosas (y polémicas) palabras del Evangelio: "Yo os aseguro que nadie que haya dejado casa, mujer, hermanos, padres o hijos por el Reino de Dios quedará sin recibir mucho más en el presente y, en el mundo venidero, vida eterna" (Lc. 18, 29-30).

Creo que un celibato auténticamente evangélico habría de contar con *varios elementos* que presento un tanto idealizados, pero que deben aparecer al menos germinalmente en la experiencia de los que poseen este carisma:

*La intuición, que se va haciendo certeza, de haber sido llamado personalmente por Dios a ese estado de vida y el sentimiento de que uno fue libre y consciente al elegirle.

*Una relación personal con Jesús que crea un vínculo de cariño que es fuente de disfrute y placer personales, a la vez que alimento para una vida cristiana intensa.

*Una capacitación para el amor y la entrega de la vida de manera apasionada en favor de los pobres, que además se traduce en un estilo sencillo, cercano y tierno.

*Un cultivo de las relaciones fraternas en el seno de las distintas comunidades cristianas, mediación privilegiada del amor de Dios y respuesta a la necesidad de amistad que todos tenemos.

*Una profunda alegría por haber adoptado este estado de vida que es compatible con momentos de dificultad y añoranza por las alternativas no elegidas.

*Un crecimiento y maduración en la relación con Dios y la disponibilidad hacia los prójimos a lo largo de la vida con las oscilaciones propias de toda relación interpersonal.

*Una conciencia clara de la propia debilidad para sostener la opción primera y de la cruz y empobrecimiento que supone, pero que permite solidarizarse mejor con los pobres y débiles.

Vivido de esta manera, no cabe duda de que *el celibato puede ser un verdadero regalo para la comunidad cristiana: como gesto profético y como capacidad de servicio*. Es un vaciamiento de uno mismo que no aliena ni destruye, pero que hace muy real el "vivir de la fe". El carisma del celibato, por su carácter "extraño", posee una potencialidad significativa muy grande aunque pueda parecer incomprensible en el presente clima cultural. Expresa, en todo caso, la riqueza, abundancia y cercanía de Dios que regala sus dones a los hombres y mujeres. Sin pretender encorsetar racionalmente el misterio de amor del celibato, podemos hacer un esfuerzo para comprender parte de la fuerza y la riqueza de este símbolo con algunos ejemplos especialmente relevantes en la actualidad:

**El celibato es signo de que lo único absoluto es Dios, lo último, lo esencial. Es plasmación en personas de carne y hueso del "Sólo Dios basta" de Santa Teresa. Al prescindir de pareja y familia llevando una existencia rica y dichosa, la vida del célibe proclama que Dios es el único que puede colmar nuestro corazón. Otras realidades son valiosas, pero no absolutas. O, dicho con otras palabras, contribuyen al crecimiento humano pero no pueden aportarle la salvación. Incluso el amor de pareja que tiende de suyo a parecer culmen de la realización personal.*

**El celibato es signo muy claro de disponibilidad. A todo discípulo se le pide anteponer el Reino a sus propios asuntos, pero el célibe renuncia a tener "sus asuntos" y, así, esta más libre para atender las demandas de los hermanos de la comunidad o de los prójimos más necesitados. En la práctica, las reales responsabilidades familiares o matrimoniales pueden impedir prestar la atención adecuada a quienes más lo requieren o a quienes la solicitan de un modo imprevisto (fuera de horario). El cierto "vacío afectivo" del célibe facilita, sin duda, su disponibilidad.*

**El celibato es signo de libertad. Y ello en varios sentidos. Sin duda, porque expresa un señorío sobre la propia afectividad que aleja de la dependencia afectiva (el célibe ha entregado su corazón al Señor). Pero, también, porque, al no tener familia, el célibe puede estar menos hipotecado por intereses particulares y hacer suyos los de los pobres. No tiene que "negociar" con otro la forma de su entrega al proyecto evangélico. Incluso en casos límite pero, por desgracia, no infrecuentes, puede arriesgar su misma vida al luchar por la justicia y la verdad sin perjudicar de forma casi irreversible a quienes dependen de él o ella: su pareja e hijos.*

**El celibato es signo de desinstalación. Por su propia naturaleza, la dinámica familiar tiende a la estabilidad y la búsqueda de cierta seguridad: hogar, trabajo, educación de los hijos... Cabe denunciar incluso el talante conservador de muchos de nuestros matrimonios. Por contra, el celibato en si mismo no permite pensar en la clave del "vivieron felices y comieron perdices"; la provisionalidad, la posibilidad de empezar de nuevo, de abrirse a otras realidades esta inscrita en su misma opción fundamental. Del "que bien se está aquí, hagamos tres tiendas" se pasa al "sal de tu tierra, a la tierra que yo te mostraré".*

**El celibato es signo de unicidad del corazón. Todo cristiano aspira a tener a Dios en el centro de su corazón guiando sus pasos, pero el célibe elige, además, eliminar todo vínculo afectivo exclusivo que pueda rivalizar con el Señor y su voluntad. Y esto tiene consecuencias bien reales. En la práctica, muchos casados se sienten divididos cuando, a la hora de adoptar decisiones, entran en conflicto las exigencias del Evangelio con aquellas que provienen de la propia pareja o la familia. No es posible, sin embargo, ni creo que cristiano, mantener una guerra sistemática en el hogar o imponer a los demás los propios criterios.*

**El celibato es signo de la universalidad del amor de Dios. Me parece algo esencial. Frente a la fraternidad, otras formas de amor tienden a ser exclusivas, incluso excluyentes, como ya se ha indicado. Es muy frecuente que dentro de las familias el amor llegue a ser posesivo o dependiente. Pero el amor de Dios no es así. El célibe puede más fácilmente ser padre o madre para el huérfano, consuelo para el enfermo o anciano sin familia, apoyo para la viuda o el viudo. Esto es, puede hacer constatable la preferencia de Dios por los pobres y pequeños, por los mal vistos, por los pecadores, por los excluidos y explotados, por los que nadie quiere. Actualiza, de este modo, la praxis liberadora de Jesús que hizo de todos ellos su propia familia. Esta es la*

fecundidad curativa del célibe.

**El celibato es signo profético y contracultural.* En el mundo en que vivimos predomina la tendencia a satisfacer de inmediato cualquier deseo personal, incluso aunque ello suponga privar a otros del derecho a llevar una vida digna. En este entorno consumista y relativamente hedonista el celibato provoca verdadero estupor, pero puede ayudar a recordarnos que "no sólo de pan (y sexo) vive el hombre", que muchos seres humanos aún no pueden disponer de lo mínimo, que cierto crecimiento personal y social requiere renunciaciones y sacrificios personales a corto plazo, que la felicidad no consiste en estar satisfechos, etc. La maduración humana también necesita incorporar el elemento de frustración para no quedar atrapada en un infantilismo de tipo egocéntrico.

**El celibato es signo de la kénosis evangélica.* Desde luego, en la renuncia a establecer una relación erótica por causa del Reino hay mucho de participación en la kénosis del mismo Jesús: ese negarse a satisfacer sus deseos o gustos inmediatos para entregarse a la liberación del pueblo, en la confianza de que quien da la vida por sus amigos, por los prójimos, la recuperará enriquecida por Dios mismo. El celibato es signo de confianza en Dios y en la fuerza de su Espíritu para llevar una existencia plena, aunque una de las dimensiones importantes de la vida - como es la sexual- no se desarrolle. Ese "hueco" supone también cierta identificación con los pobres y su situación de carencia. El amor tiene un precio caro como nos recuerda siempre la cruz de Jesús.

**El celibato es signo escatológico.* En sentido positivo, el celibato apunta al futuro, al destino final de nuestra existencia según la fe: el encuentro pleno y amoroso con Dios. El celibato con su desinstalación nos recuerda permanentemente que estamos en camino, que queda mucho por hacer, que urge comprometerse, que el Reino está de algún modo cerca, que no podemos apoltronarnos en el trabajo, los bienes o el hogar como si ya hubiéramos llegado a nuestra meta, que la liberación pasa por superar el apego a las cosas y a las personas purificando nuestro amor. Es pues un estímulo para vivir con intensidad, con entusiasmo, sin perdernos en la superficialidad de lo que acontece.

Ante el peso de la realidad cotidiana, las anteriores afirmaciones pueden parecer ideología barata o elucubraciones teológicas, incluso a algunos de aquellos que han experimentado la llamada al celibato. Por eso hay que reconocer inmediatamente que no es fácil hoy en día ser cristiano y mucho menos serlo célibe aunque, en el fondo, todo depende del grado en el que el Señor haya convertido el corazón de cada persona. Porque las dificultades son muchas, el discernimiento de esta vocación requiere un largo proceso de maduración humana y crecimiento en los dones recibidos, en el que se sea consciente de lo que se toma y lo que se deja; en el que se haya tenido contacto con célibes contentos e integrados afectivamente; en el que se haya conocido el enamoramiento. Por otra parte, es obvio que para intentar mantenerse fieles a una vocación, que choca con demandas muy profundas de nuestro ser, los célibes tendrán que situar bien sus necesidades afectivas, sin provocar comportamientos y circunstancias que, objetivamente, facilitan el enamoramiento o estimulan el deseo sexual. Ya que, aunque no estamos completamente condicionados por nuestra base psicobiológica, no es sensato poner a prueba nuestra voluntad con situaciones límite. No se trata, claro está, de que los célibes se alejen de los demás o se muestren fríos y distantes, sino de que practiquen el sentido común y cultiven las fuentes de su fragil y precioso carisma.

La biografía de cada persona es diferente así como los acontecimientos que marcan su vida, pero hay *retos comunes que todo célibe habrá de afrontar* en la actualidad y dentro de los cuales podrían enumerarse los siguientes:

a) El primero es evidente y casi no necesita aclaración: la renuncia a establecer una relación de pareja y disfrutar de descendencia tiene un coste muy fuerte, ya que se trata de *oponerse a un deseo inscrito en nuestra naturaleza como pocos*. A lo largo de la vida, las pulsiones sexuales se pueden llegar a manifestar con mucha intensidad, máxime cuando la falta de relaciones no da ocasión a descargar la tensión o el deseo. Las experiencias afectivas infantil y adolescente marcan en buena medida la capacidad para vivir con madurez y cierto equilibrio sin pareja.

b) A nivel cultural podría hablarse con el lenguaje de las abuelas de *"la ola de erotismo que nos invade"*. Las imágenes y el lenguaje eróticos bombardean todos los medios de comunicación invitando al disfrute sexual inmediato, presentado como una de las metas máximas de la sociedad. El narcisismo, el hedonismo y el individualismo predominantes no son, por otra parte, los valores que más ayuden a mantener la continencia. Pero, además, el reconocimiento positivo de la sexualidad puede suponer un gran reto para quienes asumieron la opción desde una concepción negativa y pecaminosa de la misma que ya no sostiene casi nadie en la Iglesia.

c) *La incompreensión del signo del celibato en nuestra sociedad* puede ser motivo de crisis para quienes lo encarnan. Las actitudes mayoritarias van de la indiferencia ante el gesto a la burla y el recelo. Muchos se preguntarán: ¿para qué vivir de esta manera si no entienden nada o, lo que es peor, creen que somos reprimidos o con tendencias homosexuales camufladas? ¿Merece la pena el sacrificio?. Bueno es recordar a este respecto, que en nuestra sociedad el voto se entiende mejor en personas cuya vida se entrega con radicalidad a los más necesitados y que, por otra parte, cierto descrédito va unido a este carisma desde la época misma de Jesús, que tuvo que defenderse de las críticas, bromas e insultos que su estado de vida inspiraba.

d) *La pérdida de ciertos apoyos ambiguos pero eficaces del pasado tiene sus consecuencias en la vivencia del célibe, aunque puede ayudar a purificar su opción en línea evangélica*. Me refiero al *prestigio y el poder* que acompañaba a sacerdotes y religiosos en la sociedad española tradicional. La admiración y veneración que estas figuras generaban eran una compensación notable a la renuncia que implicaba su género de vida. Sin embargo, actualmente, la imagen social del clero y los religiosos es muy poco apreciada en muchos ambientes, lo que impone una cruz cultural muy pesada. Además, hemos pasado a una situación de sospecha malévolas sobre la normalidad y honestidad sexual de las personas consagradas, que se agrava con los escándalos que cada poco salen a la luz pública. La vinculación obligatoria entre celibato y ministerio, a pesar de que tiene argumentos dignos de tenerse en cuenta, contribuye a enturbiar este delicado tema.

e) *El paso del tiempo cobra su factura*. La actitud firme, clara e incluso heroica de los días de las primeras opciones da paso a otra que corresponde a la aceptación de la gris realidad de la existencia cotidiana, o la pobreza de los frutos alcanzados después de tanto esfuerzo. Ello puede debilitar la voluntad del célibe. Este desgaste anímico debe ser mayor en el primer mundo que en el tercero y cuarto, por su mayor tentación de acomodación y porque muchas de las tareas pastorales o sociales no parecen poner en contacto directo con el mundo de la pobreza, ni requerir un sujeto célibe para su realización. Son los naturales altibajos de la fe y su mayor o

menor relación con el biorritmo de cada persona. No debe minusvalorarse el deseo de "no quedarse sin probar ciertas experiencias" como causa de algunas caídas.

f) *Existe la mitificación de lo perdido*. Se puede valorar más lo que no se tiene que aquello que se posee. Así es frecuente una idealización de la vida de pareja o de familia que sólo reconoce sus aspectos positivos olvidando las grandes dificultades de la convivencia conyugal, la educación de los hijos, etc. Esta apología del amor erótico que expresan algunos célibes suele sorprender a los casados con experiencia, porque se asemeja a la visión idílica del enamoramiento adolescente o juvenil. Algunas estancias temporales de los célibes en hogares normales/caóticos podría desmitificar de forma saludable estas visiones. Hoy se produce una creciente seducción del modelo de pareja cristiana comprometida. Ésta parece aunar generosidad en la entrega de fe y vida sexual plena. Lo cierto es que, con frecuencia, también aquí se idealizan realidades que suelen ser mucho más pobres, conflictivas e infrecuentes de lo que parece a primera vista.

g) *La idealización del celibato* constituye otro serio problema. Esto ocurre cuando la opción se basa más en la imaginación que en el conocimiento realista de la propuesta. Debido al descomunal trabajo pastoral que recae sobre la mayoría de los célibes (curas y religiosos) esta dificultad tiende a agravarse. No hay tiempo para reconocer las "señales del cuerpo" (cansancio, estrés, soledad...) y, por otra parte, falta también el acompañamiento mutuo y el cuidado del encuentro amistoso o los tiempos de ocio. Así, se ha producido una distorsión muy frecuente: confundir el celibato con un instrumento de *productividad* (hacer más y más cosas porque no hay restricciones familiares), en lugar de cuidar la fecundidad propia de este carisma (crear relaciones personales de vida y afecto en el seno de las comunidades y sobre todo desde los que experimentan más dificultades). De tal modo que, muchas veces, los célibes se relacionan con todo el mundo pero sus relaciones personales son muy poco densas y sus necesidades de cariño se encuentran desatendidas en la práctica. Cuando estas carencias afloran, se comprueba que el coste psicológico ha sido muy alto.

Finalmente, si tuviéramos que identificar la *cruz* más radical que acompaña la existencia célibe, señalaríamos una soledad "especial" que radica en no poder alcanzar la intimidad y la comunión con alguien que nos otorgue el papel de único o única en su vida. No poder realizar un encuentro para el que estamos predispuestos por la propia naturaleza conllevará momentos difíciles, máxime si media la experiencia del enamoramiento -que sólo en parte depende de nosotros- y se mantiene a pesar de todo la opción primera. Pero no conviene olvidar, a este respecto, que son muchas las personas en el mundo que se encuentran sin pareja por necesidad y que llegan a realizar su vida en profundidad.

Cuando las dificultades hacen mella y falta lucidez para darse cuenta o los medios para la renovación de la alianza propia de esta vocación, llegan a producirse verdaderas "*deformaciones del carisma*", aunque no tenga lugar el abandono o la ruptura expresa del compromiso. Se trata de formas inauténticas de vivir el celibato. Por todo lo señalado hasta ahora queda claro que no se concibe un celibato anodino o amorfo (para llevar una vida corriente); si le falta la pasión, puede degenerar fácilmente en sucedáneos. Destaquemos dos de las deformaciones más frecuentes y a la vez más dañinas:

a) El "*funcionario*". Se trata de esa persona que vive concentrada en su mucho trabajo (aunque sea muy piadoso), pero que tiene un corazón anestesiado que marca las distancias. Se encuentra instalado en su cabeza y atrapado por el activismo, pero su corazón se mantiene seco o

amurallado. La claridad del "rol" que desempeña le hace sentir que su vida está resuelta. Y, no obstante, el profesional no transparenta el misterio de Dios ni la fuerza arrebatadora de su cariño.

b) El "*cazarrecompensas*". Si el placer, la riqueza y el prestigio se reducen en la persona que asume los votos, el deseo de control y de poder pueden dispararse, a no ser que exista mucha lucidez. Se trata, en este caso, de un mecanismo de compensación psicológica muy frecuente: la represión de un deseo estimula el hiperdesarrollo de otros. No creo exagerar considerando que la actitud mandona, controladora y clerical tan abundante entre los (y las) "profesionales de lo religioso" encuentra aquí una de sus principales motivaciones.

El celibato, como ocurre con todo lo cristiano, *pierde por completo su capacidad significadora si se realiza desde la ley o desde la resignación*. No es "el cumplimiento inquebrantable de un compromiso solemne" o "la capacidad de aguante y resistencia ante la tentación", lo valorable desde el espíritu del Evangelio, sino la capacidad de transparentar un amor apasionado, celoso y fecundo cuyo origen es Dios mismo. Por eso, la potencialidad expresiva del signo será mayor si se realiza a partir de una valoración positiva de la sexualidad y no, como manifestación de rechazo o desprecio de este don sagrado. También aquí podemos afirmar que "aunque repartiera todos mis bienes y entregara mi cuerpo a las llamas que si no tengo amor de nada me sirve" (1ª Cor. 13, 3). El celibato será más signo en una Iglesia que se entiende menos como *maestra y autoridad*, y más como *presencia y relación*.

Una última reflexión surge del aprecio sincero del carisma que hemos analizado: para perseverar en la vocación célibe resulta imprescindible cultivar la pasión por el Dios de Jesús, las relaciones de fraternidad y amistad con otros hermanos y la fecundidad que surge de compartir entre los pobres la lucha por convertir este planeta en un hogar para todos. Desde la fe cabe hablar del "don" de la insatisfacción. Si el deseo no se sacia, como ocurre en la dinámica afectiva de los célibes, se mantiene con mayor claridad la tensión hacia el futuro.

7. La pareja y el matrimonio cristianos como llamada al seguimiento

Al igual que hicimos al plantear el tema del celibato puede ser conveniente no confundir el modelo cristiano de pareja con otras formas que se le parecen superficialmente:

*No nos referimos aquí al "nido de amor" en el que una pareja se refugia del mundo exterior cantando "que felices seremos los dos y que dulces los besos serán (...) viviendo en mi casita de papel". Es la imagen que de algún modo se refleja en el final de los cuentos y películas románticas: "fueron felices y comieron perdices" (el añadido popular: "y a los demás les dieron con un plato en las narices" tiene un significado psicoanalítico sobre el que se debería reflexionar).

*No es tampoco la pareja una compañía de seguros de pequeño tamaño, la alianza entre dos personas que resuelven, de este modo, sus problemas cotidianos distribuyendo tareas domésticas, ayudándose en la adversidad, superando el temor a la soledad y administrando los bienes familiares: vivienda, vehículo, ¿hijos? En definitiva, un espacio reservado de solidaridad perfectamente delimitado.

*No vamos a tratar aquí de la famosa "célula básica de la sociedad". Esa unidad que

desempeña tareas esenciales para la buena marcha de la sociedad. No se trata de bautizar algo natural que se da en todas las culturas y que desempeña un papel esencial en la regulación de la expresión de los sentimientos y la imprescindible socialización de los niños.

*También resulta confusa la expresión de "casados por la Iglesia" y mucho más la realidad (como saben muy bien los curas). Con frecuencia, bajo esta "denominación de origen", se esconde el deseo natural de otorgar realce, solemnidad y belleza a un momento muy importante en la vida de la mayoría de las personas. El raquitismo expresivo y simbólico de las bodas en los juzgados y las consabidas presiones de la costumbre, "las abuelas" y los demás miembros del entorno familiar tienen más importancia que el significado del sacramento.

Algo de todo lo anterior puede haber en una pareja cristiana, pero lo esencial, se encuentra en otra parte. Al pasar de "casarse por la Iglesia" a "casarse en el Señor" se llega a descubrir el sentido profundo que la fe da al amor erótico. Recordemos de entrada que, en este tipo de amor, hay algo tan poderoso y arrebatador que el mismo Dios ha aplicado la imagen de la relación entre los amantes al intenso e inquebrantable amor que siente por su pueblo. Pocas páginas habrá tan bellas en la literatura religiosa como las del Cantar de los Cantares; pocas analogías con más garra que la vida y predicación del profeta Oseas.

En general, la experiencia del amor de pareja surge al *descubrir en otra persona a alguien, único en el universo, que pasa a constituir parte central de mi propia vida; a ocupar un lugar exclusivo en el corazón*. Este encuentro es, realmente, un acontecimiento maravilloso que transtorna todo el horizonte vital de la persona. Ésta percibe que, sin el amado o la amada, la vida ya no podrá realizarse felizmente. En la respuesta del amado/a, se juega una posibilidad que uno reconoce como decisiva para la propia realización afectiva. Si se inicia la relación, comenzará entonces una historia nueva llena de ilusión; un proyecto compartido de entrega y cariño mutuos; una más clara conciencia de que, cada individuo solo, está de alguna forma incompleto.

De hecho, cada persona *proyecta en su ideal de pareja muchos elementos*: la general aspiración a alcanzar una comunicación profunda e íntima con otro ser humano, la esperanza de encontrar un camino de ternura y placer a través del encuentro sexual, la búsqueda de continuidad en los posibles hijos, la necesidad de apoyo y seguridad ante las dificultades de la vida, la aspiración a superar la soledad y el aislamiento, etc. Pero, en todo caso, siempre se experimenta la posibilidad de crear una realidad nueva como fruto del amor; de iniciar una aventura inédita; de estrenar, de alguna manera, el mundo. Ser elegido/a por otro/a como amante constituye una de las experiencias más hermosas y gratificantes de la vida ya que supone, al mismo tiempo, un reconocimiento expreso de mi valor y dignidad, y una oportunidad extraordinaria para salir de mi mismo, para entregar a otra persona lo más profundo y rico de mi ser, el secreto de mi corazón. Por ello, ser rechazado, o no encontrar quien nos corresponda es una experiencia, normalmente, muy dolorosa.

En la relación de pareja que se da entre seguidores de Jesús (o, al menos, en aquel miembro de la misma que es creyente) se produce, además, *una experiencia de fascinación, encuentro y entrega mutuas en la que ambos perciben la presencia del mismo Dios*. Más aún, el hombre para la mujer y la mujer para el hombre son efectivamente un regalo de Dios (lo que nos podría recordar, de paso, que son las personas y no las cosas las que pueden de verdad enriquecernos). A su vez, el estilo de la relación y el programa de vida que comparten dos cristianos tendrá que transparentar necesariamente los valores del Reino. De este modo, ser

pareja desde la fe consiste en seguir a Jesús conjuntamente; es ser llamados por Jesús a seguirle de esa manera. El amor de la pareja, alimentado por el Espíritu de Dios, en lugar de alejar a los enamorados del resto de la sociedad, les capacita más plenamente para el servicio y la lucha por un mundo nuevo.

La fortaleza de esa relación ha quedado plasmada en *dos bellas imágenes bíblicas*. El Génesis recuerda que "no es bueno que el hombre esté sólo" (Gen. 2, 18) y que con la mujer formarán "una sóla carne" (Gen. 2, 24). No se puede decir mejor que hemos nacido incompletos como personas y que necesitamos el encuentro con alguien, que no es como nosotros, para realizar la verdadera humanidad. La imagen tiene una fuerza simbólica impresionante: nadie se puede realizar sólo; en la apertura a los demás está la salvación o la condenación de cada uno de nosotros. Hasta biológicamente se nota que estamos necesitados del complemento de otra persona. No somos autosuficientes, estamos llamados a la comunión. La continuidad de la especie requiere la colaboración de ambos sexos. Esta es una buena noticia, excepto para los individualistas y los autosuficientes. La segunda imagen es utilizada por Pablo cuando compara el amor entre los esposos con el que Jesús tiene a la Iglesia y que ha sido considerada en muchos tratados de teología como el centro del significado del sacramento. Sin duda, esta analogía hace referencia a la fidelidad y gratuidad de la entrega mutua. De modo que, allí donde el amor es tan fuerte, las personas podemos encontrar un signo muy cercano de cómo es el amor de Dios y de su misma presencia.

En contra de una visión bastante extendida en nuestra sociedad, *la fortaleza de la relación amorosa no quiere decir absolutización*, ni del "otro", ni de la propia "relación" (como si la familia estuviera por encima de todo). La realidad de la pareja puede ser maravillosa desde muchos puntos de vista pero, para los creyentes, sólo Dios es Dios. Aquí las palabras pueden engañarnos: "te adoro", "mi vida", "mi cielo" (cielito lindo incluso), etc, son expresiones que reflejan que, para cada persona enamorada, su pareja es única en el mundo y que el cariño mutuo puede tocar el cielo pero, en realidad, nadie puede pretender ser la respuesta completa de su amante. Este mito ha hundido más de una relación. Más bien, somos compañeros que nos apoyamos mutuamente mirando juntos a aquél que es "la luz del mundo", la "fuente de agua viva", el "camino que conduce a la dicha". Jesús invita a poner también la pareja y el matrimonio al servicio del Reino. Eso sí, desarrollando un tipo específico de relación que no puede ser descuidada con el pretexto de la entrega a los demás, pero que nos abre a los problemas de todos los hombres. A mí, personalmente, me parece muy sugerente el modelo de pareja reflejada en una hermosa canción de Nacha Guevara sobre texto de Mario Benedetti, que muchos conoceréis, y en la que la mujer dice a su compañero:

"Si te quiero es porque "sos",
mi amor, mi cómplice y todo,
y en la calle codo a codo,
somos mucho más que dos,
somos mucho más que dos"

La construcción de una relación de pareja creyente tiene sus propios presupuestos. Curiosamente, en la Iglesia se ofrece muy poca preparación (y a veces mala) a los jóvenes antes del matrimonio y mucha exigencia después, cuando aparecen los problemas. Por otra parte, no deberíamos dar por supuesta, "normal" o "natural" la opción de pareja, sino considerarla una verdadera vocación y tratar de discernirla personal y comunitariamente. De hecho, esta decisión

marca de un modo u otro la vida de cualquier persona en el centro de sus intereses vitales.

Con toda modestia, creo que toda pareja que aspire a construir una relación de amor sólida ha de tomar en cuenta cuatro ingredientes básicos:

a) *El enamoramiento*. Estamos hablando del amor erótico. Por tanto, el punto de partida imprescindible para la relación es la experiencia seductora y fascinante de la atracción personal mutua. Sea cual sea la manera de ser de cada uno, o su forma de manifestarlo, los enamorados sienten que han encontrado a la mujer o al hombre de su vida; alguien a quien podrán entregar lo mejor de sí mismos y con quien podrán protagonizar una historia compartida completamente original. Es lo que se llama "que baile un gusano en la tripa cuando suena el teléfono y escucho su voz". No es sólo que "el amor sea ciego", es que está temporalmente "deslumbrado" por la belleza del otro.

b) *Afinidad y sintonía de caracteres*. No se trata, claro está, de que los dos tengan que tener una manera de ser idéntica o estrictamente complementaria, pero parece conveniente que las sensibilidades, estilos y maneras de hacer de ambos sean mínimamente compatibles (y no causen heridas profundas o la incomunicación). De hecho, hay muchas personas que se enamoran para hacerse desgraciados mutuamente. Lo de que los "amores reñidos son los más queridos" suena un poco masoquista, sobre todo si se piensa en una relación a largo plazo. Justo es señalar también que el enamoramiento aporta enormes energías para superar estas dificultades (ante las que, al menos, no hay que cerrar los ojos y sí hablarlas).

c) *Coincidencia en los valores fundamentales*. Este es un asunto fundamental que suele darse demasiadas veces por supuesto. Los enamorados tienden a pensar que están de acuerdo en casi todo y, además, procuran evitar los temas de discusión que pudieran dañar la relación. Sin embargo, el futuro de la pareja depende decisivamente de los valores profundos de cada uno (de los valores "reales" que muchas veces no son los "pensados" o los "hablados"). La pareja existe para que los dos miembros crezcan como personas, no para que uno imponga al otro su manera de ver la vida alienándole. No podemos ser felices más que intentando realizar los valores en los que creemos. Si aquí no hay una cierta plataforma común, la guerra a medio plazo o la frustración están garantizadas: cada decisión originará una batalla.

d) *El proyecto de vida común*. Aunque la realidad de la vida muchas veces impide realizar por completo nuestros sueños, resulta conveniente intentar plasmar en opciones concretas los valores compartidos, para que el matrimonio potencie a cada uno y la relación entre los dos. La agenda de discusión es vieja como el mundo y tiene la ventaja de obligar a aterrizar, adaptando los ideales a las posibilidades reales: vivienda, presupuesto, tareas domésticas, trabajos, niños, ocio, compromisos, familias de origen (suegros, nueras, yernos, etc), sexualidad, educación, comunidad... La integración del proyecto de pareja en el comunitario añadirá "salero" a las discusiones y primeras opciones.

Con todo hay que afirmar con claridad que la historia de amor de cualquier pareja es un *largo proceso que nunca acaba* (salvo que la relación se rompa), aunque suele tener ciertos jalones comunes: enamoramiento, noviazgo, compromiso y matrimonio (que, a su vez, atraviesa por distintas etapas). No obstante, una relación siempre es una realidad que precisa una permanente reconstrucción y revitalización. Puede alcanzar cotas de felicidad muy altas si el "combustible" del cariño mutuo no se agota y se "conduce" con destreza por los caminos de la

vida que a veces son rectos y llanos, otras tienen curvas o pendientes.

Como se ha señalado, el *enamoramiento* da inicio a la relación de pareja desde la clave de la ilusión y el deseo, desencadenando en nosotros sentimientos muy profundos y originando una verdadera "conversión" de nuestra manera de ver la vida y de nuestra actitud ante las personas que nos rodean. Aunque muchos no nos demos cuenta de ello, generalmente nos sentimos atraídos por personas que satisfacen deseos que nos son parcialmente inconscientes (buscamos seguridad, cariño, apoyo, admiración, alguien a quien proteger, etc) y algo parecido le ocurre a la otra "media naranja". Junto a los valores que nos atraen con claridad de la otra persona, se establece cierto contrato emocional no explícito que proporciona satisfacción a ambas partes. En la medida en que, al principio, imaginamos más que conocemos al otro y consideramos que es la llave de nuestra felicidad, tendemos a imaginar y exagerar sus cualidades y somos incapaces de detectar ningún defecto. Cosa que se explica fácilmente porque, cada uno, intenta mostrar su cara pública más atractiva, ocultando las limitaciones de las que es consciente. Realmente es necesario que se produzca en el inicio de la relación un fuerte "flechazo" y disfrutar con él, pues será la fuente de la que se alimente el amor adulto y el origen de la fuerza que nos empuja a abrirnos al encuentro arriesgando el corazón.

El *noviazgo o inicio de la vida de pareja* (se denomine como se denomine) constituye una segunda etapa necesaria en la relación. Lo propio de esta fase es realizar una especie de entrenamiento práctico en el amor, poniendo en común las ideas, sentimientos e ilusiones de cada uno y aprendiendo a comunicarse a todos los niveles. Surge de esta experiencia un conocimiento más realista de cada uno, la constatación de las coincidencias y divergencias entre los dos miembros de la pareja y, sobre todo, la posibilidad de elaborar un proyecto de vida común que se puede ir anticipando en algunos aspectos: formación, comunicación, actividades comunes, empleo del tiempo y el dinero, relaciones con otras personas, ocio, afectividad, integración de la dimensión sexual... Especialmente importante para la maduración de la relación resultan varias cuestiones: descubrir "la cara oculta" de cada persona (mostrándose "al natural" ante el otro sin mantener esfuerzos heroicos y "quitándose las vendas" para ver a la otra persona tal cual es); discernir si la relación de pareja potenciará el proyecto de vida profundo de cada miembro de la pareja o planteará renunciaciones fundamentales a alguno de ellos; clarificar el espacio común de la pareja y el espacio individual de cada uno; aprender a tomar decisiones sobre las bases de la igualdad y la comunicación, cuestión que en el futuro va a ser muy necesaria y que obligará, una y otra vez, a reconocer nuestros hábitos, actitudes y valores reales, que no son siempre los que proclamamos en abstracto. Este entrenamiento en la vida de pareja es de gran importancia, pero no debería considerarse un test absolutamente definitivo de la viabilidad del proyecto a largo plazo, aunque sólo sea por las condiciones sumamente favorables en que se produce (época estudiantil, vida en la casa familiar, bajo nivel de responsabilidades, edad juvenil...)

La *boda* (sea cual sea la forma en que se exprese) supone un paso decisivo en la vida de pareja, al implicar un compromiso público a favor de la estabilidad de la relación. Es difícil que una relación de amor progrese, y que se produzca una entrega personal profunda, si no podemos estar seguros de que el amado o amada nos corresponde de verdad y de que quiere establecer una alianza con nosotros. En concreto, el matrimonio introduce el propósito explícito de compartir el futuro y un ingrediente de gratuidad que los enamorados se expresan de muchas maneras: "deseo vivir contigo para hacerte feliz", "sacaremos nuestro amor adelante a pesar de las dificultades", "no habrá problemas que no pueda superar nuestro cariño", "contigo pan y cebolla", "quiero

construir una familia diferente contigo y voy a poner todo lo que pueda de mi parte para que salga adelante", "nuestro amor es más fuerte que todo", "en las alegrías y en las penas... todos los días de mi vida"... Lo esencial es que la pareja pasa de vivir en el "mientras tanto" a querer dar duración a esa realidad de amor. Esta aspiración no viene de fuera, el amor tiene vocación de permanencia. Por otra parte, la boda cumple una función educativa al obligar a concretar un montón de asuntos que antes parecían darse por supuestos o no ser problemáticos y que colocan a la pareja ante su realidad (vivienda, invitados a la boda, estilo de la celebración, influencia de las familias respectivas, presupuestos económicos, etc). En general, la celebración es vivida con una mezcla de ilusión por el inicio de una vida juntos, molestia por las presiones sociales y familiares, y cierta angustia ante la responsabilidad que se asume (no es raro que algunas personas cuya pareja parecía funcionar bien se echen atrás o se multipliquen las broncas ante la tensión). Finalmente, la boda permite compartir la alegría que surge del cariño de una pareja con su entorno de familiares y amigos, dando a la relación una dimensión social o pública en un contexto festivo. Entre los creyentes la expresión alcanza una profundidad simbólica mayor: dar gracias a Dios por haber alimentado el amor de los esposos, manifestar el deseo de colocarlo como centro y fundamento de su matrimonio y comprometerse a hacer todo lo posible para que el amor nunca se apague.

Sin duda, el *matrimonio* introduce a la pareja en una dinámica sustancialmente distinta a la que precede a la boda. Es el momento de hacer realidad los sueños tantas veces imaginados anteriormente y la realidad, normalmente, trae circunstancias con las que no se había contado. Se necesita un tiempo que puede ser muy duro anímicamente para conjuntar los múltiples detalles de la convivencia cotidiana, sobre los que los novios no habrían hablado nunca pero que tienen mucha mayor importancia práctica que las "grandes cuestiones de la existencia" (los cepillos de dientes y su ubicación correcta, la colocación de mudas, guisos y potajes, horarios, sillón-ball, compras...). La superación teórica del "machismo hogareño" a veces no supera la "prueba del algodón". Además, quienes pensaban que iban a tener mucho más tiempo para ellos "ahora que viviremos juntos", constatan con estupor que se encuentran mucho más agobiados que en su etapa anterior con las tareas domésticas, las compras semanales o mensuales, las exigencias de trabajos y oposiciones, la acogida de amigos a cenar en la nueva casa (hasta horas intempestivas por supuesto), las visitas a las familias desconsoladas por el "nido vacío" y, no digamos nada, la llegada de algún bebé (algunos/as reconsideran muy seriamente volver con su mamá). Hará falta mucha imaginación y realismo para crecer en el amor, aunque también resultan apasionantes las nuevas situaciones: aprender a valerse por sí mismos, disfrutar de la creación de algo nuevo, construir una relación significativa y gratificante, maravillarse con los recién nacidos (y no pegar ojo gracias a ellos). Y con todo, cuando parece que se va encontrado un equilibrio en la vida matrimonial y que ya se domina la situación, llegan sucesos que vuelven a transtornar las cosas: una situación de paro, otro niño (¿gemelos?), los padres que se hacen mayores, enfermedades repentinas, etc. Y así es la vida, un permanente reinventar las cosas que nos merecen la pena y que alimentan nuestro corazón.

En un terreno práctico, me parece que todo nuevo matrimonio necesita como los coches *un período de rodaje*. No debe ser una vergüenza ir con la "L" de prácticas. A veces sirve para que otros conductores más avezados te traten con simpatía y comprensión. En concreto un aprendizaje muy importante consiste en *dar contenido real a los valores que se tenían por compartidos*. Por ejemplo, no es raro que al traducir la actitud de "austeridad" a decisiones concretas, uno piense que el otro es un "tacaño/a" y el otro considere que el primero es un "relajado/a". Lo mismo puede decirse de múltiples realidades: ¿Dónde está el límite entre el

orden y la rigidez, o entre la flexibilidad y el caos? ¿Cuáles son los mínimos y cuáles los máximos en el terreno de la higiene (si los hay)? Por otra parte, resulta decisivo para la consolidación de una pareja el ver como se afrontan *las primeras dificultades y achuchones de la vida en común*. Soy de los que piensan que los problemas no tienen por que ser un obstáculo para el amor; al contrario, muchas veces las adversidades pueden fortalecer el cariño enormemente. En todo caso, sí que constituyen un buen examen para descubrir la calidad del amor de la pareja. Por último, y en este nivel operativo, creo muy recomendable que la *vida de pareja tenga una consistencia clara y diferenciada* de la vida familiar o de la comunitaria. No se trata de proponer el aislamiento del matrimonio, sino de que la pareja disponga de un tiempo, espacio y actividades propios para cultivar su relación específica y una comunicación profunda que, sin duda, repercutirá positivamente en los hijos, amigos, padres, hermanos comunitarios, etc.

Intentando ir al fondo del misterio de la pareja surge el hecho obvio pero fundamental de que los hombres y las mujeres realmente *"somos diferentes"* (sea por aspectos biológicos y/o socioculturales) y ahí se encuentra *"la gracia" y "la desgracia" del asunto*. Varones y mujeres nos necesitamos y podemos hacer crecer lo mejor del otro en la relación (es conocida la frase de que detrás de un gran hombre suele haber una gran mujer; creo que es cierta, así como su inversa) pero, a la vez, las diferencias de ritmos y sensibilidades pueden herirnos y, no es extraño, que una mujer se sienta mejor comprendida por otra que por su pareja y viceversa. Aunque generalizar siempre es muy peligroso, parece por ejemplo que, en la actualidad, las mujeres son más cuidadosas de los detalles y de la estética que los varones; tienen mayor capacidad para manifestar el cariño, la ternura y en general los sentimientos; poseen gran facilidad para la comunicación (¿excesiva?); se orientan con facilidad hacia las relaciones de ayuda y el cuidado de la vida; poseen una gran resistencia ante la adversidad, aunque con una clara propensión a la queja; suelen manifestar mayor variabilidad emocional que los hombres; se entregan profundamente en el amor, pero requieren una situación de seguridad, confianza y compromiso mayores que los varones; prefieren seducir y acoger en el juego erótico (agradecen el apoyo y la protección), etc. Entre los valores con tonalidad masculina suelen destacar la actividad analítica y organizativa, el predominio de la producción y la transformación de la realidad natural y social; la iniciativa en la esfera pública, cierto control emocional; el ejercicio de la fuerza y la competencia ante los retos de la vida, la independencia y la confianza psicológicas, etc.

En realidad *todos (varones y mujeres) poseemos una dimensión masculina y otra femenina*, aunque no con el mismo grado de desarrollo. Potenciar el despliegue y la armonía de esos valores es una tarea apasionante en la que la comunicación con personas del otro sexo es fundamental. De hecho, una labor tan importante como alcanzar la igualdad entre los dos géneros en la vida familiar y social, es recuperar en la sociedad y, en especial en su vida pública, el elemento humanizador y fraternizador de lo femenino, que la cultura capitalista tiene relegado frente a los valores de la producción y la rentabilidad. Sin embargo, todo lo señalado no puede hacernos olvidar que, junto a la indudable riqueza de la complementariedad, las diferencias entre los dos géneros también generan roces, incomprensiones y malentendidos. Sólo el lento reconocimiento de la diversidad de sensibilidades puede hacer crecer la relación sobre la base de la comprensión mutua. El encuentro con personas del otro sexo es una ocasión privilegiada de maduración. También a mujeres y hombres cabe aplicar el eslogan *"Somos iguales, somos diferentes"*.

Después de haber intentado mostrar algo de la enorme riqueza y complejidad de la

relación de pareja, es posible profundizar en la identidad específicamente cristiana de esta realidad. Así como ocurre con el celibato, también *el matrimonio vivido desde la fe es un signo y un instrumento específicos al servicio del Reino de Dios (en la comunidad y en la sociedad)*. También en este caso podemos intentar dibujar algunos de los aspectos de la vida cristiana y sus valores que el signo de la pareja puede contribuir a significar y realizar. Se trata aquí, más bien, de presentar la utopía de la pareja cristiana, el horizonte que puede inspirar sus mejores esfuerzos y, no tanto, de describir la realidad de nuestros matrimonios que suelen realizar esa utopía y don en muy distinto grado. Si están formulados desde el matrimonio es porque este debería constituir un grado más pleno de la relación de pareja (aunque esto no siempre ocurra estadísticamente hablando).

**El matrimonio es signo de alianza.* En la vida de pareja se expresa con claridad la importancia que tienen para todas las personas la riqueza de la complementariedad y el valor de la mutua compañía. Casarse en el Señor significa salir de uno mismo para comprometerse con otro, es establecer lazos de solidaridad, comunicación y ayuda, a un tiempo fuertes, cálidos y tiernos. Así son los vínculos que unen a nuestro Dios con toda la creación y así le gustaría que fueran entre todos los seres humanos. Aquí se esconde una filosofía de la vida, la que consiste en salir al encuentro de los demás y aceptar crear lazos de amistad y apoyo. Además, en la pareja, ese compromiso de amor se hace concreto: a una persona con nombre y apellidos, evitando así el fácil recurso a un amor a todo el mundo que no se verifica en nadie en particular.

**El matrimonio es signo de fidelidad.* ¿Qué es ser fiel? Es ser de confianza, es poder contar contigo más allá de los momentos fáciles, es actuar con sinceridad y nobleza. Aquí se percibe la gratuidad del amor, su carácter incondicional, pero también se reconoce la absoluta necesidad que tenemos de poder fiarnos de alguien. Es posible que uno de los aspectos más dolorosos de nuestra sociedad sea la desconfianza ante las demás personas que nos acecha a todos. ¿Quién podrá creer en quien no ve si no puede fiarse de sus semejantes? La fuerte frase del compromiso matrimonial ("en la salud y en el dolor...") nos recuerda que nuestra pareja no es un instrumento para nuestra felicidad, sino alguien que merece todo nuestro cariño por su valor en sí mismo. El amor verdadero, como el de Dios, no lleva cuentas y manifiesta su solidez en los momentos difíciles (1ª Cor XIII)

**El matrimonio es signo de acogida y apertura.* El hogar formado por una pareja puede ser un bunker (sobre todo en las sociedades ricas), pero puede ser también un espacio caldeado por el amor de los esposos en el que la gente pueda sentirse acogida y aceptada. En clave cristiana, el hogar no es una fonda o un hostel (aunque fuera el Royal Manzanares), ni un museo o un escaparate de la familia, sino una especie de oasis para recobrar las fuerzas ante las inclemencias de la vida. Lugar de alimento, comunicación y reposo para todos: la pareja, los hijos, los amigos, los hermanos de comunidad y todas las personas próximas. A quién abrimos la casa refleja mucho de nuestra misma fe. El banquete de bodas abierto a todos y en especial a los pobres es otra imagen profética utilizada por Jesús para referirse al Reino.

**El matrimonio es signo de comunión en la pluralidad.* Cuando percibimos las enormes diferencias y conflictos que asolan nuestro mundo, la familia puede ser un gesto muy cercano y concreto de que el amor puede unir a quienes son profundamente diferentes en edad, sexo, educación, etc y ello sin tener que imponer la disciplina o la uniformidad. Esta es también la aspiración de la Iglesia y del ecumenismo aunque aún parezca lejano el logro de sus objetivos. La tolerancia, el diálogo, el reconocimiento de las aportaciones de todos y el trabajo en equipo se

aprenden en el propio hogar de pequeños o luego tienen que ser descubiertos con mucha mayor dificultad. Al fin y al cabo, la unidad familiar no se alcanza por la unanimidad sino por el reconocimiento de que, por ser de la misma carne, la acogida mutua está por encima de cualquier diferencia. No imagino otro espacio más adecuado que el hogar para aprender a pedir perdón.

**El matrimonio es signo de la comunidad.* En realidad, cada familia es una pequeña comunidad cristiana en la que se comparte la fe y la vida. También puede ser guiada por el Espíritu de Jesús y capacitar, poco a poco, a todos sus miembros para el servicio y el compromiso transformador del mundo. Además de compañeros, padres o hijos, los componentes creyentes de la familia son hermanos en la fe y, en cuanto tales, deben ayudarse a crecer como seguidores de Jesús. El amor a los padres y hermanos de mi familia me permite descubrir por la fe al Padre Dios y a mis hermanos prójimos. Así, el centro de una pareja cristiana sale de sí y, al abrirse a la tarea evangelizadora, puede producirse una unión y un cariño mayores, sorteando la trampa que supone entrar en la frecuente dinámica de la defensa de los intereses de cada uno de los miembros de la pareja, o de la propia familia frente al resto de la sociedad. A este respecto, el trato que otorgamos a los débiles en la familia es un buen test de la autenticidad de nuestra fe (niños, enfermos, personas mayores...). La gratitud del amor se aprende en casa.

**El matrimonio signo y fábrica de los valores del Reino.* Todos hemos adquirido en nuestra más tierna infancia hábitos, actitudes vitales, valores y comportamientos que nos han marcado para el resto de la vida o con los que hemos tenido que pelear durante años. Y es que, en cada familia, se fabrica un tipo de personas. El respeto, la sensibilidad, la capacidad para jugar, el deseo de aprender, la alegría de vivir, el humor, la expresión del cariño, la costumbre de compartir, el estilo austero, la delicadeza, el esfuerzo, el sacrificio por amor, etc, se pueden cultivar en una relación de pareja inspirada en Jesús. Los niños, (hombres y mujeres del futuro) tienen en su propia familia un espacio privilegiado para experimentar que los valores del evangelio proporcionan una dicha profunda. Vivir la alternativa cristiana en la vida cotidiana es un signo que llama la atención y que remite a cómo usamos el tiempo, el dinero, los bienes y las cualidades de cada uno en el hogar.

**El matrimonio es signo de fecundidad.* A través de toda la actividad de una pareja y de forma privilegiada en los hijos somos invitados a colaborar con Dios mismo en la continuación de la creación, en la multiplicación de la vida y en el esfuerzo por que la historia culmine en una situación en la que reinen la justicia, la paz y el amor de Dios. El trabajo, el compromiso sociopolítico o la educación de los hijos pueden ser frutos del Reino, además de causas que motiven nuestra vida y den sentido a nuestras luchas. Una relación de pareja puede ser estéril aunque funcionen perfectamente los órganos reproductores. Sin embargo, quienes disfrutan del don del amor erótico y de su vitalidad, disponen de una fuente de energía alimentada por el Señor que pueden convertir en ágape o caridad. Los niños son una verdadera maravilla (incluso los que lloran mucho), que nos ayuda a superar el egocentrismo. Son símbolo de esperanza, de confianza en la vida, de que el futuro puede ser distinto. De nosotros aprenderán a vivir, nada menos.

**El matrimonio es signo de placer y ternura.* La teología actual hace hincapié en que el Dios de Jesús es, al mismo tiempo, Padre y Madre (si cabe más de lo segundo que de lo primero por lo que a sus "valores y actitudes" se refiere). La afectividad y la sexualidad en la vida de pareja nos abren a la ternura y la misericordia de Dios. Es un hecho que las manifestaciones auténticas de cariño hacen que la mujer saque a la luz lo mejor del hombre y viceversa. La

sexualidad es una dimensión misteriosa de la vida que puede fortalecerla de una forma extraordinaria. El mayor placer para un amante consiste en ver como el amado disfruta del encuentro y ello requiere reconocer y valorar que hombres y mujeres somos diferentes y sentimos de manera distinta. La sexualidad desempeña muchas funciones al mismo tiempo: hace posible la manifestación de cariño y entrega de los amantes en un acto que constituye el símbolo corporal máximo imaginable de la unión entre dos seres; permite la reproducción de la especie y el milagro del surgimiento de una nueva vida; desarrolla la sensibilidad y el reconocimiento de la diferencia entre los dos géneros; es una fuente extraordinaria de placer.

**El matrimonio signo de la encarnación.* De alguna manera, la vinculación de la vida de pareja con la corporalidad, los sentimientos, el trabajo y, en general, la acción desplegada en el espacio profano, nos recuerdan la bondad de la creación y el enorme valor que el mundo y la historia tienen para Dios. Jesús, al encarnarse, dio consistencia y significado religioso a nuestras luchas, a nuestro cuerpo, a nuestras relaciones con otras personas y con la naturaleza. Una cosa es que la plenitud escatológica se produzca como regalo último más allá de la historia y, otra, negar la importancia de nuestros esfuerzos por encarnar con realismo el Reino en nuestra realidad. Cada pareja que hace sus proyectos, cuida de su familia, abre su hogar a los cercanos, trabaja por salir adelante y se compromete con la sociedad en la que vive, afirma de este modo que la salvación acontece a través de esas luchas, sudores, ilusiones y dolores de la vida cotidiana. El reto es descubrir en esas realidades su valor sin absolutizarlas.

Como todos sabemos, la opción de pareja que se inspira en el Evangelio de Jesús tiene que *afrentar dificultades y problemas muy serios en la sociedad actual*. Habría que añadir que la superación de esos retos no depende sólo de la buena voluntad o el esfuerzo de una persona lo que añade una dificultad adicional a los problemas: como es obvio, requiere la colaboración de ambas partes ya que la pareja es "cosa de dos". A continuación, podemos enumerar algunos de los obstáculos más frecuentes en la vida de pareja, aunque dejando claro que cada relación tiene sus propias dificultades y que algunas parejas nunca sufrirán, por fortuna, estas "enfermedades amorosas":

a) *La poligamia no ha desaparecido.* Aunque no lo sabía en su momento, me casé con ella, con su madre, con su padre, con sus abuelos y con su perro. Todas las parejas hemos experimentado la rara sensación de que en lugar del "dejará a su padre y a su madre" bíblico, cada miembro del matrimonio se ha traído a casa a toda la familia en un doble sentido: infinidad de hábitos, costumbres, gustos, criterios de orden e higiene, maneras de resolver conflictos, reacciones anímicas, etc. nos han sido inculcadas desde pequeños sin darnos cuenta y creemos que se viven del mismo modo en todos los hogares, "evidentemente"; por otra parte, los padres, en su gran cariño, no dejan de querer resolver la vida de los recién casados dirigiéndoles con la mejor buena voluntad y los peores resultados. Reinventar nuestras costumbres, compartir las tareas y los ritmos o negociar las reglas de funcionamiento del hogar lleva su tiempo. Como también lo lleva encontrar la distancia justa frente a las familias de origen, manteniendo las relaciones y superando los celos y las susceptibilidades mutuas.

b) *El antes y el después de la boda* (4 bodas y un funeral). Curiosamente, tras la boda muchas personas cambian de actitud ante su pareja de forma radical. Los "papeles" en lugar de consolidar el amor lo matan. Antes no estábamos seguros de que el otro/a fuera a permanecer con nosotros; estaba libre para elegir a otro compañero/a en cualquier momento. Por ello, nos empleábamos a fondo en delicadeza, atenciones, tensión, alegría, proyectos, ayuda, regalos...

(todos ellos signos de generosidad y entrega). Sin embargo, tras la conquista y posterior "colonización", podemos caer en la dinámica del derecho frente al otro: ya no agradecemos cada detalle; es lo "normal", lo "debido", lo "acordado". Nosotros, a su vez, seguros de la "propiedad" dejamos de intentar estar al quite y nos abandonamos. Aparece la dejadez o la rutina, dejamos de esforzarnos por ser mejores, dejamos de percibir el milagro que el otro representa. Por esta vía puede llegarse a perder el mismo respeto al otro. O con palabras del pueblo: "donde hay confianza da asco". Modos hay de extirpar el cancer, pero requieren de una seria cirujía. A este respecto, creo que la etapa de noviazgo es más libre para todos poraue no hemos tenido un modelo explícito de nuestros padres. Sin embargo, con el matrimonio, empiezan a funcionar en nosotros resortes y actitudes semiinconscientes que ya tiene que ver con el modo en que nuestros padres resuelven los problemas de la vida en común.

c) *El frenético ritmo de vida y la confusión de valores son una enfermedad del momento.* La prisa y las múltiples urgencias cotidianas deterioran o eliminan la comunicación necesaria para cultivar una relación de calidad. El cansancio nos atocina al final del día frente al televisor. La etapa de la crianza y primera educación de los hijos agrava esta situación notablemente. La pareja acaba perdiendo el horizonte de tanto dedicarse a "sus labores", abandonando los valores que deseaban encarnar y compartir. De hecho, el utilitarismo y el consumismo se disparan rápidamente en muchos hogares jóvenes. La dinámica familiar de "jóvenes alternativos" pocos años antes, se termina centrandose en tener más y mejores cosas, en discusiones sobre compras, gastos y sueldos. Algo tiene el funcionamiento familiar que impulsa la instalación, el cierre sobre si o el acomodamiento. Por desgracia, la vida pasa a gran velocidad despilfarrada en carreras y esfuerzos que no van a ninguna parte y nos dejan profundamente insatisfechos.

d) *El cambio de roles sexuales.* El proceso de emancipación femenina que hoy casi todos aceptamos en el plano teórico está ocasionado enormes dificultades para ambos miembros de la pareja. Por una parte, los varones no han sido entrenados o adiestrados por sus madres desde pequeños para compartir en igualdad el mantenimiento de la casa y la educación de los hijos. Cuando realizan ciertas tareas aún creen estar ayudando a sus mujeres. La división sexual tradicional del trabajo y el poder se rompe y por debajo hay acusaciones genéricas e inseguridad. Los patrones sobre la sexualidad están cambiando y ello genera también cierto desconcierto en muchos hombres: no saben exactamente que se espera de ellos. Pero, por otra parte, muchas mujeres tienen una confusión notable sobre sus aspiraciones o se encuentran entre la espada y la pared: a veces desean ser objeto de protección y cuidado, otras quieren independencia; querrían tener hijos, pero ello añade dificultades a la ya de por si costosa búsqueda de un empleo; no desean ser amas de casa como sus madres, pero se culpabilizan si no dedican tiempo a sus hijos o cuando la casa está "manga por hombro"; desean que sus compañeros se impliquen en el hogar, pero consideran que éste sigue siendo de su ámbito de influencia predominante; desean trabajar fuera de casa, pero tienen que afrontar más dificultades que los hombres para obtener un empleo; la liberación laboral se traduce en agobio por el doble trabajo y las tensiones que la profesión genera. Confío que nuestros hijos lo tengan más claro.

d) *Toda la compra va en el mismo paquete.* En realidad, una dificultad normal con la que hay que contar es que cada conyuge hoy en día ha de desempeñar demasiados papeles y no tiene por que ser un experto (o superman o superlady) en todo: amante sexy, compañero/a comprensivo, empleado/a del hogar, profesional de éxito, maestro/a infantil, experto/a en bricolage, hermano/a en la fe, etc. Efectivamente: demasiado. Nadie podemos llegar al 10 en todos estos planos y, a veces, sería positivo impulsar, además de la corresponsabilidad igualitaria

y la comprensión de los límites personales, el aprovechamiento de los dones y cualidades de cada uno. El mejor equipo no es el formado por jugadores idénticos, sino el que saca mayor partido de las potencialidades de cada uno. Eso sí, evitando que de este modo los costes de la relación recaigan siempre en el mismo lado. Pero, por otra parte, la complejidad de la vida familiar actual es un acicate para que los dos miembros de la pareja mejoren sus habilidades, lo que puede ocasionar actividades comunes muy interesantes.

e) *Lo de dentro y lo de fuera o el arte de la ubicuidad.* Una pareja que sea abierta y comprometida va a tener siempre un problema de horarios que no puede resolver ni el mejor programa informático de Bill Gates. La vida comunitaria, la familiar, la de servicio y la profesional compiten por el escaso tiempo disponible y, sobre todo, por el entusiasmo, la creatividad y la energía de cada persona. Hace falta mucha imaginación para integrar todos esos ámbitos que tendrían que encuadrarse en un proyecto global: todos ellos requieren, desde luego la dedicación de un tiempo específico. En caso contrario, los espacios sacrificados pasarán factura y la rivalidad, la envidia y los celos comenzarán a amenazar las relaciones más queridas. Como es obvio, desatender por completo la dinámica interna de la vida de pareja o su proyección externa tiene consecuencias muy negativas a medio y largo plazo.

f) *El paso del tiempo y la evolución de cada persona inciden decisivamente en la vida de pareja.* Y ello de múltiples formas. Los años van erosionando la ilusión primera a través de la inevitable historia de conflictos, heridas y decepciones que forman parte de la vida. La misma energía amorosa se desgasta si uno no busca fuentes mayores que la alimenten. El conocerse demasiado, el no esperar una sorpresa o la misma rutina pueden hacer una labor de carcoma. El corazón se protege tras una dura capa defensiva y se evitan las ocasiones de riesgo emocional. También ocurre que ciertas maneras de relacionarse se vician (broncas continuas, silencios, ironías, etc.). Aunque también puede producirse una compenetración cada vez mayor con el paso del tiempo: ciertos matrimonios sólo al final de sus días están hechos de verdad "el uno para el otro". Otras veces los problemas vienen de fuera amenazando con ahogar a la pareja (dificultades económicas, enfermedades, pérdidas, engaños, vejez). Y también ocurre que el paso del tiempo y la evolución de cada persona vaya creando profundas diferencias en los valores, los criterios y las aspiraciones de cada una hasta que aspiren a cosas distintas. En éste, como en casi todos los campos, la mejor medicina es prevenir a través de la comunicación y la renovación continuas.

Pero si tuviéramos que identificar una *cruz específica de la vida de pareja* habría que señalar al enorme dolor que puede experimentar la persona que no ve correspondida su entrega. Ya lo dice el refrán: "más vale sólo que mal acompañado". Nuestro amor nos puede producir una dicha extraordinaria pero, por eso mismo, el mayor sufrimiento: nos conocemos íntimamente y podemos herirnos donde más nos duele; podemos ver traicionada nuestra confianza por el engaño o el abandono; podemos discrepar en aquello que es más fundamental para nosotros y sentirnos solos en la profundidad del corazón; podemos hacernos la vida imposible. Tantas veces el hecho de no compartir la fe, cuando esta se experimenta como fuerza y como guía también se torna en ocasión de cierto pesar. Creo que son mucho más llevaderas las cruces exteriores que se llevan entre los dos, que aquellas que cada miembro de la pareja pone al otro y que, muchas veces, son involuntarias pero no por ello menos dolorosas.

También la experiencia de pareja sufre verdaderas "*deformaciones*", esto es, asume formas que tergiversan la propia vocación. Podemos mencionar dos:

a) El "*divorcio interior*". Con esta expresión intentamos describir una situación deteriorada en la que, aunque formalmente el matrimonio o la pareja continúan juntos, el amor entre ellos se encuentra prácticamente muerto. En esas circunstancias, la convivencia se convierte en coexistencia y la comunicación se reduce al nivel de lo meramente informativo. Los mecanismos de defensa ocupan el lugar de la actitud de apertura y la soledad hace presa del ánimo.

b) El "*discreto encanto de la burguesía*". Esta es una tentación verdaderamente masiva. Consiste en ir convirtiendo, poco a poco, a la familia en el centro de todas las fuerzas, con la aspiración única de mejorar el nivel de vida: bienes, ocio, etc. Como se ha indicado antes, si no existe una verdadera lucidez por parte de la pareja, la tendencia a acumular y gastar se fortalece al amparo de una concepción burguesa de la familia que todo lo legitima si "queda en casa". Infinidad de jóvenes de estilo contestatario se han instalado cuando han encontrado una estabilidad laboral y afectiva. La seguridad para ellos y sus hijos ha pasado a ser el valor central.

Para acabar estas consideraciones que pretendían aportar algo de luz sobre el sentido cristiano de la pareja y las dificultades de su realización efectiva no vendría mal recordar que, si los dos cultivan con esfuerzo el amor mutuo, el servicio al Reino y la confianza en el Señor, todo lo demás se les dará por añadidura (Mt. 6, 25-34). Esta afirmación no es pura palabrería como saben tantos matrimonios que han alimentado su amor en Jesús.

8. Dinámica afectiva y dinámica comunitaria

Todos hemos comprobado muchas veces como la afectividad es, a un tiempo, la fortaleza y el talón de aquiles de nuestras pequeñas comunidades. El cariño que nos tenemos y lo que hemos pasado juntos es fuente de cohesión en los momentos difíciles, pero los estallidos emocionales han llevado a la tumba a más de un grupo y, lo que es peor, han "amargado" a sus miembros desalentándoles para nuevas experiencias. Y, aunque toda comunidad nace del deseo de vivir en el amor y la alegría, con frecuencia las relaciones se enrarecen y los ánimos se encrespan. Esto no debería sorprendernos ya que varios factores conducen fácilmente a ese resultado: la noble aspiración a encarnar el evangelio puede convertirnos en feroces jueces de los demás; la profundidad de la relación comunitaria conduce a que las palabras puedan herirnos seriamente; las expectativas de apoyo mutuo que alimentamos muchos de nosotros pueden llegar a ser desmesuradas y conducir a decepciones graves; la interdependencia es siempre fuente de muchas tensiones, pues las decisiones de cada uno nos condicionan a todos. Es evidente que un grupo que exija poco, en el que la comunicación sea superficial y en el que cada miembro sea completamente independiente del resto tendrá pocos problemas. Poca riqueza aportará, en cambio, a sus componentes.

Pero la dinámica comunitaria aspira a proporcionar un marco de encuentro en el corazón de la vida. En cierta ocasión escuché una máxima que encierra una gran sabiduría "lo afectivo es lo efectivo". Es verdad: ningún grupo (que no sea militar o unido por el simple interés económico) puede progresar en la tarea que promueve si el clima y la relación entre sus miembros no es buena. De ahí, la importancia que tiene saber vivir con naturalidad y salud psicológica el mundo de los sentimientos. Como en el documento "Haciendo comunidad" se

sugieren varias ideas al respecto, aquí vamos a apuntar algunas otras cuestiones que no habían sido suficientemente abordadas, aunque presentadas a modo casi telegráfico dada la excesiva longitud del tema.

*La *relación afectiva básica* dentro de la comunidad es la que hemos denominado de *fraternidad* y sus características deben estar claras para evitar falsas decepciones: mi hermano/a de comunidad, en cuanto tal, no es un sucedáneo de mi pareja, ni de mi padre, ni de mi amigo, ni de mis camaradas. Es otro seguidor de Jesús que está dispuesto a compartir su vida conmigo en profundidad, a escucharme comprensivamente y a apoyarme en mi camino de crecimiento en la fe. Es Jesús el que nos ha elegido a cada uno, el que nos regala a los hermanos, quien me une a ellos y el que nos guía a todos. Puede que con muchos no coincida en sensibilidad, cultura, gustos o ideas políticas, pero el grado de solidaridad que mantengo con ellos por tener "el mismo Espíritu" puede ser muy profundo. Mi círculo de amigos y relaciones va más allá de la comunidad, aunque en ella puedo tener a algunos de mis mejores amigos. La fraternidad no es un sustituto del amor erótico tampoco, aunque lo ideal es poder integrar la vida de pareja y de familia en la dinámica comunitaria.

*La comunidad necesita *reconocer y valorar las identidades respectivas de cada vivencia afectiva*: fraternidad, soltería, celibato y matrimonio. Y ello apoyando a cada uno en sus propias dificultades y no pensando nadie que las propias son mayores. Si esto no se logra, se produzcan tensiones, celos y agresividades. Hay que descubrir la riqueza de la pluralidad y conceder a cada tipo de relación su tiempo y su importancia. Mal futuro le espera a la comunidad que considera rivales de su dinámica a las relaciones de pareja o a las de amistad, por ejemplo. En una comunidad seglar el verdadero reto consiste en integrar con cierta armonía tipos tan distintos de relación, sin considerarlos una amenaza para el orden o el ritmo común. Al contrario, el buen funcionamiento de cada tipo de relación repercutirá en todos mejorando el ambiente: alguien enamorado o que tiene amigos o que acaba de ser madre será un mejor hermano o hermana de comunidad, aunque sin duda integrar todo sea un poco lioso. Es sabido que el equilibrio afectivo y emocional nos capacita para participar en grupo con una actitud constructiva.

*En el fondo, creo que la clave de este asunto radica en *no subordinar o sacrificar ciertas relaciones por otras, sino en orientarlas para que se potencien*. Por ejemplo, no se puede considerar a los niños un obstáculo para la comunidad; al contrario suelen ser una bendición para el desarrollo de la afectividad y la alegría, habrá que ingeniárselas para que su ritmo y circunstancias se integren en el ritmo común; los casados pueden encontrar apoyo en otros hermanos de comunidad para encontrar algún tiempo de ocio de vez en cuando; los solteros tendrán que tener ocasión de ligar o salir a divertirse; los padres mayores tendrán que ser atendidos, no vaya a ser que por ser sus hijos creyentes y tener muchas reuniones no puedan hacerlo. Creo que los ánimos se enconan, no cuando cada persona tiene situaciones particulares difíciles, sino cuando esas situaciones no se comparten y amenazan la solidaridad común. Terminamos teniendo la impresión de que, si vienen dificultades, la gente "barrerá para casa" anteponiendo sus intereses particulares a los comunes. Apoyar a cada persona en su situación requiere, en compensación, que cada persona oriente su vida y sus opciones en sintonía con el grupo. De igual modo, valorar la complementariedad de situaciones y estados de vida no debe llevar a cargar con mayor peso a algunos de forma sistemática: solteros de la comunidad o célibes (por que tienen más tiempo), parejas (porque están los dos dentro del grupo), parados (porque no tienen una jornada fija), etc.

*Para progresar en la maduración afectiva es necesario recorrer un camino que pasa por *conocerme tal como soy, para aceptarme y valorarme desde esa realidad*. La liberación interior se va produciendo en la medida que mi autoimagen se corresponde con mi verdad. Si no hay congruencia entre la imagen que tengo de mi mismo, mis sentimientos y mis comportamientos, empezaré a justificarme o a culpabilizarme, lo que me impide ser auténtico. La incongruencia se resuelve como señala el dicho: "si no vives como piensas acabarás pensando como vives". Precisamente en el proceso orientado a recuperar la autenticidad, el papel que puede desempeñar la comunidad es fantástico. Mis hermanos me pueden confirmar y reconocer con su aprecio, la fe me otorga la dignidad de hijo querido de Dios y la revisión de vida me puede permitir descubrir mi verdadero rostro. Todo ello, claro está, si el clima comunitario es respetuoso y estimulante. Todos tenemos derecho a tener una imagen en la que los valores positivos destaquen sobre nuestras limitaciones. Y son demasiadas las personas que necesitan curar las heridas que en el pasado les han originado la falta de amor, los malos tratos, la crítica inmisericorde, la mala suerte, los complejos, etc. Proporcionar una aceptación cálida, profunda e incondicional a los que sufren de desamor sería, en mi modesta opinión, la tarea primera de una comunidad cristiana.

*La afectividad tiene mucho que ver con los sentimientos que tenemos ante las personas de nuestro entorno. Ocurre que *algunos de esos sentimientos nos parecen inaceptables* (ira, envidia, odio, agresividad, etc). Por lo general, la reacción espontánea consiste en negarlos y reprimirlos o en buscar mil formas de justificarlos. Estas estrategias terminan haciéndonos daño a nosotros y arruinan nuestras relaciones, además de obligarnos a vivir de forma poco transparente. Una buena pedagogía de los sentimientos llevaría a distinguir el antes, el durante y el después de los mismos. Los sentimientos son señales del cuerpo que nos pretenden orientar y proteger (como el dolor, por ejemplo). Por ello, es importante que les reconozcamos tal y como se manifiestan (sin maquillar) y descubramos lo que quieren decirnos. Si les negamos no podremos crecer, ni aprender de ellos, ni cambiar. Peor aún, las dinámicas sentimentales negativas tienden a perpetuarse creando verdaderos círculos viciosos de difícil ruptura porque se enquistan (p.e. prejuicios-susceptibilidad-sentirse herido-reaccionar con agresividad-sentimiento de culpa-mayores prejuicios, etc).

*Podemos dar *tres pasos sensatos en relación con los sentimientos negativos* que tenemos, además de cultivar y disfrutar con los positivos:

a)¿Por qué siento esto? *Preguntarnos con honestidad puede ayudarnos a ser conscientes de lagunas, heridas y carencias psicológicas del pasado que tendremos que asumir, primero, para poder superarlas, después*. También nos revelan nuestros miedos, deseos y valores profundos. Yo no soy culpable de lo que siento. He aprendido a reaccionar así de un modo casi inconsciente. Pero puedo interrogarme por mis sentimientos negativos y reaprender la manera de situarme ante el mundo y los demás. Aunque creemos que los demás causan nuestros sentimientos, éstos tienen que ver sobre todo, o en muchos casos, con nuestra interpretación de la realidad. Esto vale, sobre todo, cuando ciertos sentimientos negativos adquieren un carácter persistente y no están muy claramente relacionados con un causa.

b)¿Sentimientos negativos? Según las circunstancias *los sentimientos que calificamos como "negativos" pueden no serlo*: hay motivos para sentirnos culpables en ocasiones, el miedo puede salvarnos la vida, la agresividad puede expresar el instinto de supervivencia o la conciencia de la dignidad humana... Lo que pasa es que encerrarnos en estos sentimientos o vivirlos fuera de contexto puede hacernos mucho daño y habremos de superar los bloqueos. No obstante también debemos reconocernos el derecho a proteger nuestra intimidad de los ataques

de aquellos que no saben acoger sin juzgar nuestra comunicación profunda. Somos una mezcla emocional y no deberíamos negarlo queriendo tener sólo sentimientos "respetables". Aunque el crecimiento personal suele inspirar sentimientos positivos, la represión o censura de los impulsos oscuros suele pasar factura, aflorando del modo más imprevisto. Más vale reconocer la realidad y aprender de ella.

c) Habría que *distinguir entre mis sentimientos, su expresión pública y el comportamiento que generan*. Mientras yo no soy responsable de lo que siento, si lo soy de cómo reacciono ante ese sentimiento o como lo elaboro. Es cierto que resulta más sano expresar los sentimientos que callarlos, pero también hay que tener en cuenta el modo en que los expreso y la capacidad de los demás para acogerlos. En nombre de la espontaneidad y la sinceridad se cometen verdaderas burradas carentes del mínimo respeto y cariño que todos merecemos. Por otra parte, reconocer mis sentimientos no significa actuar conforme "me pide el cuerpo". Por amor hay que contener nuestros impulsos destructivos y egoístas, aunque ello no sea fácil. Hace falta más valor para controlarse que para pagar con la misma moneda.

*Respecto a la maduración sentimental, las comunidades pueden hacer mucho. Primeramente, creando *espacios de aceptación y liberación* de tantos sentimientos que no se pueden expresar en otro lado, porque se perciben como manifestación de debilidad o, al menos, como impropios. Por otra parte, practicando la *"corrección fraterna"*. Ya lo decía Tarancón, es fácil la corrección sin fraternidad pero esa daña y bloquea a la gente; es fácil la fraternidad sin corrección, pero esa no hace crecer a las personas. Jesús nos invita a las dos cosas, y ello sólo puede ocurrir cuando todos nos sentimos pequeños e iguales, no cuando algunos nos sentimos superiores o perfectos. A este respecto, hay que intentar abrirse a la humilde autenticidad y no cultivar el orgulloso y dañino perfeccionismo. En tercer lugar, hay que *romper implacablemente todas las etiquetas y roles* que encarcelan a las personas y necrosan tantas relaciones interpersonales. Todo el mundo merece otra oportunidad como se hartó de decirnos Jesús de Nazaret. Aunque no esté de moda en esta sociedad tan "avanzada" hay que recuperar el carácter sanador y liberador del *perdón*. Por último, el amor que nos inspira debería hacer de todas las comunidades cristianas *espacios cálidos, afectuosos y alegres en los que abundaran las manifestaciones expresivas de cariño*; es decir, "los achuchones de todo tipo" deberían estar a la orden del día. Como Jesús hemos de ser espontáneos, auténticos y delicados a un mismo tiempo. Fuertes sin agresividad, tiernos sin blandura.

*En ocasiones, es preciso dirigirnos a otras personas para ofrecer una *información que puede considerarse crítica o exigente*. A pesar de que a nadie nos gusta recibir observaciones críticas, muchas veces estas pueden ayudarnos a madurar y mejorar nuestras relaciones con los demás. En el fondo, es preferible recibir una palabra verdadera aunque dolorosa sobre nosotros mismos, a desconocer el efecto que causamos en los demás y que éstos nos eviten o critiquen por la espalda. Sin embargo, *no todas las formas de comunicar a las personas sus aspectos más negativos pueden considerarse constructivas y ayudan a cambiar o mejorar los comportamientos*. He aquí una serie de sugerencias prácticas para dar un "feed back" a alguien a quien queremos, pero que nos daña con su comportamiento: 1. describir la conducta que nos daña y no juzgar globalmente a la persona; 2. referirnos al hecho concreto sin generalizar hablando de actitudes "intrínsecas"; 3. tener en cuenta las necesidades y circunstancias del otro y no sólo las mías al expresar mis opiniones; 4. que se refiera a comportamientos que pueden ser cambiados razonablemente y no pedir "peras al olmo" que sólo generan frustración; 5. que la información sea pedida por el otro para que esté más abierto y nosotros aceptemos también sus posibles objeciones (un clima de revisión general puede ser óptimo); 6. facilitar que la otra

persona pueda contrastar la objetividad de nuestra percepción, para que no sea considerada un mero prejuicio; 7 ofrecer la información en el momento y modo oportuno, pero lo antes posible (evitando la acumulación de "molestias"); 8. es imprescindible que el contenido y tono de la comunicación deje clara la intención de ayudar a la otra persona, por lo que sólo cabe corregir a aquella persona a quién hemos dado numerosas muestras de cariño y muchas más "caricias positivas" que críticas.

*La madurez afectiva tiene que ver también con la posibilidad de crecer en la *comunicación libre y sincera de la propia intimidad*: ese núcleo original e irrepetible que constituye el núcleo de mi persona, con mis valores más queridos, mis experiencias más fuertes, mis sentimientos y creencias más profundas. Pero no se puede provocar artificialmente este tipo de comunicación. Requiere, más bien, un lento aprendizaje y una actitud de responsabilidad, correspondencia y respeto. Maite Melendo nos ofrece en su libro "Comunicación e integración personal" un esquema sobre los niveles de la comunicación que considero muy sugerente. El primer nivel, muy superficial, es el de los diálogos con desconocidos basados en frases hechas y tópicos (a veces me aterrorizo de pensar que el ascensor va a estropearse durante un rato cuando subo con algún vecino). El segundo se da en la comunicación "sobre otras personas (es más fácil hablar de los demás que de nosotros mismos y, no digamos nada, "cotillear"). El tercer nivel se da cuando expresamos ideas opiniones o juicios sobre algo (la comunicación es más personal porque damos y recibimos conocimientos sobre nosotros mismos, pero se mueve en el nivel racional que controlamos bien). En el cuarto nivel expresamos acontecimientos de la vida pasados o proyectos de futuro con su carga anímica (hay elementos informativos pero también implicación emocional y riesgo). El quinto nivel consiste en comunicar nuestros sentimientos tal y como son (sin racionalizaciones justificadoras, sino como salen del corazón). Por último, cabe la comunicación plena de la intimidad, del centro de nuestros sentimientos, valores e intereses vitales (también de nuestras zonas oscuras, sentimientos poco edificantes o experiencias vergonzosas). Esta forma de comunión y profunda sintonía sólo se da, de vez en cuando, entre grandes amigos o en la pareja. Requiere un clima exquisito de aceptación, empatía y agradecimiento porque nos muestra a la otra persona en su máxima vulnerabilidad. Este tipo de comunicación se agradece por su enorme valor pero no se debe forzarse. Creo que, este esquema, nos ayuda a entender que la comunicación sólo puede progresar sanamente cuando hay un crecimiento progresivo y mutuo en el grado de implicación, en la delicadeza y el tacto, en el intercambio de experiencias. Nadie puede exigir a otro la apertura de su corazón, si él no arriesga también en el encuentro o no responde con sensibilidad a la confianza depositada en su persona.

*Quisiera terminar esta larga reflexión sobre la afectividad reclamando el *derecho a equivocarse que asiste a cualquier persona*. Lo hago con mucha humildad y después de haber defendido con múltiples argumentos la propuesta a favor de unas relaciones amorosas cargadas de intensidad, fuerza y generosidad. También desde el reconocimiento de que la Iglesia no ha facilitado en general las cosas a quienes han visto fracasar sus relaciones. Al contrario, quienes dejaron las comunidades, abandonaron el celibato, se separaron o divorciaron han tenido que padecer una verdadera marginación y rechazo en el seno de la Iglesia, pasando a ser ciudadanos de segunda categoría. La dureza de la ley ha caído con toda su fuerza sobre personas que ya habían sufrido mucho, sin pararse en la consideración de las circunstancias que les llevaron a romper sus compromisos. Particularmente, creo que aquí se da una actitud profundamente contraria al espíritu del Evangelio, por más que se apliquen al asunto ciertos versículos interpretados literalmente (mientras otras exigencias de la fe quedan en el olvido). Creo que es necesario que la práctica de nuestras comunidades vaya abriendo un nuevo camino: el de la

acogida y el sentido común. Es cierto que el recurso a nuestra debilidad puede ser una justificación para un comportamiento irresponsable, pero también lo es que la realidad puede situarnos en situaciones realmente insolubles, incluso sin responsabilidad clara por parte de nadie.

**No debe tomarse a la ligera la cuestión de las rupturas afectivas* por varios motivos muy serios. En primer lugar, porque implican un fracaso que conlleva dolor para todos los implicados, ya que el amor tiende de suyo a perdurar, a permanecer e incluso a recuperarse. En segundo lugar, porque siempre hay perjudicados que confiaban en la solidez de esa relación y ven, de repente, amenazada su existencia y deteriorada su confianza en las demás personas (los hermanos de comunidad, la pareja, los feligreses, los hijos, etc). En tercer lugar, porque cada ruptura puede afectar a la capacidad de cada uno de nosotros para perseverar en nuestra propia vocación. El testimonio de los demás nos influye de modo muy profundo. Por eso parece una misión clara de la Iglesia otorgar recursos a las personas para que potencien sus opciones cuando aún es posible. Dicho esto, hay que reconocer, inmediatamente, que múltiples motivos pueden hacer necesaria o conveniente la ruptura *cuando se ha intentado seriamente salvar el amor sin éxito* (abandonos, malos tratos, descubrimiento de otros caminos, ausencia de amor, divergencias fundamentales en los valores, etc.). Los hechos son tozudos: de cada tres nuevos matrimonios uno se rompe, otro realiza con éxito su misión y otro sobrevive por inercia sin pena ni gloria; son decenas de miles de personas las que han pedido la secularización o dejado los votos al descubrir que ese camino ya no coincidía con sentir más profundo. ¿Hay que culpabilizar y marginar a los afectados en la Iglesia? ¿Hay que mantener los vínculos cuando las opciones han perdido su verdad? ¿Cuando las relaciones de cualquier tipo destruyen a alguna persona? ¿Son mejores los que permanecen en la comunidad cuando ya no comparten sus valores que los que reconocen el hecho y actúan en consecuencia? ¿Muestran mayor nobleza los que guardan las formas cuando no queda amor? ¿Es más honrado quien reconoce el fracaso o quién lo oculta? ¿Puede juzgarse desde fuera la viabilidad de una relación? Son preguntas muy serias ante las que cabe adoptar dos actitudes distintas: la *legalista* tratará de juzgar y condenar a los afectados por la ruptura del compromiso (incluso no tomaron ninguna decisión); la *misericordiosa* tratará de ayudar a las personas a salir adelante, aportándoles cariño y apoyo en unos momentos especialmente difíciles y dolorosos. Creo que ésta es la actitud que Jesús quería impulsar. Habrá que intentar resolver con justicia y sensatez la situación de todos los afectados para volver a empezar la aventura de la vida y no cargar a nadie con pesos innecesarios. La misericordia, nos recordaba hace poco Leonardo Boff consiste en que el "corazón" vibre ante la "miseria", es tener entrañas ante el dolor, sin hacer la vida más difícil de lo que ya es a los que sufren.

9. Conclusión

"¡Aspirad a los carismas mejores! Y aun os voy a mostrar un camino más excelente. (...) El amor es paciente, es servicial; la caridad no es envidiosa, no es jactanciosa, no se engríe; es decorosa; no busca su interés; no se irrita; no toma en cuenta el mal; no se alegra de la injusticia; se alegra con la verdad. Todo lo excusa. Todo lo cree todo lo espera. Todo lo soporta. La caridad no acaba nunca." (1ª Cor. 12, 31;13, 4-8) Es evidente: así sólo ama Dios mismo y aquél a quien Dios le concede el maravilloso regalo de su Espíritu.

10. Cuestionario para el trabajo en grupos

1. ¿Abordáis las cuestiones afectivas en la comunidad? ¿Cuáles? ¿Qué reacciones se producen? ¿Eso son asuntos privados?
2. ¿Coincides en la descripción que se hace de la sociedad en que vivimos por los que se refiere a los sentimientos? ¿Qué aspectos nos están influyendo más a nosotros?
3. ¿Qué importancia dais en la práctica a las relaciones personales en la comunidad? ¿El clima las favorece? ¿Qué elementos te resultan más importantes en la dinámica afectiva? ¿Cuáles son tus heridas? ¿Qué esparadrapo utilizas?
4. ¿La crítica a la visión tradicional de la afectividad que se propone te parece exagerada o demasiado corta? ¿Te afecta en algún sentido? ¿Y la crítica a los valores sociales dominantes?
5. En el terreno de los sentimientos, la afectividad y la sexualidad: ¿que te aporta la Buena Noticia de Jesús? ¿Qué te cuestiona? ¿Qué no entiendes?
6. ¿Qué te parece el celibato cristiano? ¿Qué vibraciones sientes al abordar este tema? ¿Qué aporta a la comunidad? ¿Descubres en tí esa llamada?
7. ¿Te sugiere algo la problemática presentada a propósito del matrimonio, la pareja o la familia? ¿Qué relación existe entre dinámica familiar y comunitaria entre vosotros? ¿Cómo se vive la condición de solteros? ¿Cómo afrontáis las crisis y fracasos en el campo afectivo en la práctica?
8. ¿La comunidad tiene algo que decir en el terreno de las relaciones entre los esposos o con sus hijos? ¿Hay comunicación y respeto en estos asuntos? ¿Somos un signo de amor y vida alternativa allí donde vivimos?

NOTA PRÁCTICA POSTUMA: Este tema debería incorporar un compact disc con boleros románticos para animar las reuniones de formación, pero la precariedad de medios económicos lo ha impedido. Aquí va una sugerencia. Ejemplo práctico:

- Uno canta: "Si tu me dices ven lo dejo todo" (tachín, tachan)
 - Otra contesta: "Lo dudo, lo dudo, lo dudo" (chin, chin, pun)
 - Insiste el primero: "Toda una vida, me estaría contigo" (tachín, tachín)
 - La otra repite: "Lo dudo, lo dudo, lo dudo" (chin, chin, pun)
 - El primero: pues si no me crees "Dos gardenias para tí" ("forte cabreato")
 - Ella: "Para ti... la perra gorda" (con donaire y "salero")
- y ya se puede pasar a hablar de lo que sea... que el clima de la reunión será ya de lo más "afectivo".

OTRA PRÁCTICA DE CORTE MÁS BÍBLICO:

- El: ¡Que hermosa eres amada mía! Son tus pechos dos crías mellizas de gacela (Cantar 4, 1 y 5).
 -Ella: ¡Que me cubra de besos con su boca! Son mejores que el vino tus amores... (Cantar 1, 2-3)

11. Bibliografía

- *AAVV: *Nuevo modelo de pareja y familia*. Ed. Nueva Utopía. Madrid. 1995.
- *ARANGO, E.: *El camino comunitario*. Ed. Verbo Divino. Pamplona 1989.
- *ARROYO, J.: *25 Lecciones sobre convivencia matrimonial*. Ed. Sal Terrae. 1986.
- *AUGER, L.: *Ayudarse a si mismo*. Ed. Sal Terrae. Santander. 1987.
- *AUGER, L.: *Ayudarse a si mismo aún más*. Ed. Sal Terrae. Santander.
- *AYERRA, M^a Patxi "Espiritualidad de la Sexualidad", en *Sal Terrae*, noviembre 1994
- *AYERRA, M^a Patxi "El difícil arte de hacer familia", en *Sal Terrae*, nº 980. Junio 1995.
- *AYERRA, M^a P.: *La vida compartida*. Ed. Reinado Social. Madrid, 1997.
- *BONET, J.V.: *Se amigo de ti mismo*. Ed. Sal Terrae. Santander. 1994.
- *BOROBIO, D.: *Sacramentos y familia*. Ed. Paulinas. Madrid. 1993.
- *BOURS, J. y KAMPHAUS, F.: *Pasión por Dios. Celibato-Pobreza-Obediencia*. Ed. Sal Terrae. Santander, 1986.
- *CABARRÚS, C.R.: *Seducidos por el Dios de los pobres*. Ed. Narcea. 1995.
- *CARLERO, J.M. y CIÁURRIZ, C. (Comunidad de NAVARES): "La vida comunitaria como compromiso", en *III Asamblea de Agentes de Pastoralde Juventud de Madrid*. 1988.
- *CORIA, C.: *El dinero en la pareja. Algunas desnudeces sobre le poder*. Ed. Paidós. Barcelona, 1991.
- *CORKILLE BRIGGS, D.: *El niño feliz*. Ed. GEDISA. México, 1989.
- *DIO BLEICHMAR, E.: *La depresión en la mujer*. Ed. Ediciones Temas de Hoy. 1991.
- *DYER, W.W.: *Tus zonas erroneas*. Ed. Grijalbo. Barcelona. 1990.
- *ELIZARI, Fco. J.: *Reconciliación del cristiano con la sexualidad*. Ed. PPC. Madrid. 1982.
- *FORCANO, B.: *Nueva ética sexual*. Ed. Trotta. Madrid, 1996.
- *FRIAS, I. y MENDIZÁBAL, J.C.: *Cómo elaborar un proyecto de pareja*. Ed. PPC.

- *FROMM, E.: *El arte de amar*. Ed. Paidós. Buenos Aires
- *FROMM, E.: *Tener o ser*. Ed. Paidós. Buenos Aires
- *GARRIDO, J.: *Grandeza y miseria del celibato cristiano*. Ed. Sal Terrae. Santander. 1987.
- *GIORDANO CABRA, P.: *Amarás con todo tu corazón*. (Celibato). Ed. Sal Terrae. 1982.
- *GONZÁLEZ DURO, E.: *Las neurosis del ama de casa*. Ed. EUEDEMA. Madrid. 1990.
- *GONZÁLEZ FAUS, J.I. *Sexo, verdades y discurso eclesial*. Ed. Sal Terrae. 1993.
- *GONZÁLEZ VALLÉS, C.: *Te quiero. Te odio*. Ed. Sal Terrae. Santander, 1994.
- *GONZÁLEZ VALLÉS, C.: *Viviendo juntos*. Ed. Sal Terrae. Santander, 1985.
- *ICETA, M.: *La familia como vocación*. Ed. PPC. Madrid. 1994.
- *ICETA, M.: *Vivir en pareja*.
- *JUAN PABLO II: *Familiaris consortio*. Ed. PPC.
- *KASPER, W.: *Teología del matrimonio cristiano*. Ed. Sal Terrae. 1984.
- *KENT HAYES, E.: *Malos hijos, ¿buenos padres?*. Ed. Ediciones B. Barcelona. 1991.
- *MANENTI, A.: *Vivir en comunidad. Aspectos psicológicos*. Ed. Sal Terrae. 1983.
- *MARTORELL YPIENS, J.L.: *¿Qué nos pasa una y otra vez?*. Ed. Marsiega. Madrid. 1983.
- *MELENDO, M.: *Comunicación e integración personal*. Ed. Sal Terrae. Santander, 1985.
- *O'CONNOR, D.: *Cómo hacer el amor con la misma persona para el resto de su vida (y con el mismo entusiasmo)*. Ed. Urano. Barcelona. 1991.
- *SAINT-ARNAUD, Y.: *Yo amo. Integración de los mecanismos del placer, el afecto y la emoción*. Ed. Sal Terrae.
- *SCHILLEBEECKX, E.: *El matrimonio: realidad terrena y misterio de salvación*. Salamanca. 1970.
- *SUTIL, L.: *Las claves de la afectividad femenina*. Ed. EDAF. 1997.
- *VANIER, J.: *La comunidad. Lugar del perdón y de la fiesta*. Ed. PPC. Madrid 1995.
- *VANIER, J.: *Hombre y mujer los creó. Para una vida de auténtico amor*. Material transcrito al ordenador del original francés por Juan Francisco Jiménez Santos

*VIORST, J.: *Pérdidas necesarias*. Ed. Plaza & Janés. Barcelona, 1990.

*WATZLAWICK, P.: *El arte de amargarse la vida*. Ed. Herder. Barcelona. 1990.

ÍNDICE GENERAL

PRESENTACIÓN	1
I. La desembocadura en la Pastoral de Juventud	
1. Introducción.....	3
2. Realidad actual de la desembocadura.....	6
3. El contexto en que se produce la desembocadura.....	8
4. Delimitación de la etapa.....	13
5. Contenidos fundamentales en la desembocadura.....	21
6. Sobre el método y los recursos.....	23
7. Conclusión.....	24
II. Haciendo comunidad	
1. Introducción.....	26
2. Qué es y que no es la fraternidad cristiana.....	27
3. El impacto ambiental.....	30
4. Del dicho al hecho hay un trecho.....	33
5. Principales dificultades.....	36
6. Aprender a amar.....	38
7. Conclusión.....	40
8. Cuestionario para el trabajo en grupo.....	41
9. Bibliografía.....	42
III. Fe y cultura	
1. Introducción.....	43
2. ¿Qué entendemos por cultura?.....	43
3. Evangelización y cultura.....	45
4. Análisis general de la cultura actual.....	46
5. ¿Cuál es la cultura de mi comunidad-grupo?.....	49
6. ¿Cómo la sociedad condiciona mi estilo de vida?.....	51
7. ¿Cómo actuamos en la sociedad nuestra fe?.....	54
8. Para terminar, una herramienta: el discernimiento comunitario.....	58
9. Bibliografía.....	60
IV. La fraternidad: otro modelo de relación	
1. Introducción.....	61
2. Una sociedad de individuos, no de hermanos.....	63
3. Algunas consecuencias negativas de esta mentalidad.....	65
4. "Como yo os he amado".....	66
5. ¿Cómo educarnos para la fraternidad?.....	69
6. Espejismos, ilusiones y alucinaciones.....	70

7. Dificultades reales y posibles respuestas.....	72
8. Estrategias para el crecimiento desde una perspectiva creyente.....	74
9. Conclusión.....	77
10. Cuestionario para el trabajo en grupo.....	78

V. Introducción al compromiso sociopolítico de los cristianos

1. Introducción.....	79
2. Dos problemas de entrada.....	79
3. Implicación Fe-Compromiso sociopolítico.....	82
4. Algunas pistas para nuestro compromiso sociopolítico.....	85
4.1. La participación ciudadana, base del compromiso sociopolítico.....	85
4.2. La Dinamización Social como estilo de Participación.....	89
4.3. Los valores que deben dominar el compromiso sociopolítico.....	92
5. Cuestionario para el trabajo en grupo.....	95
6. Bibliografía.....	97

VI. Los laicos en la Iglesia y en el mundo

1. Introducción.....	99
2. Una nueva manera de entender la Iglesia.....	99
3. La misión determina a la Iglesia.....	100
4. Humanizar el espíritu, espiritualizar lo humano.....	102
5. ¡Paso a los laicos!.....	104
5.1. Consagrados a Dios por el Bautismo.....	105
5.2. Un nuevo marco eclesial.....	106
6. Conclusión.....	108
7. Cuestionario para trabajar en grupo.....	109
8. Bibliografía.....	110

VII. La vivencia cristiana del trabajo

1. Introducción.....	112
2. Evolución del concepto Hombre-Trabajo.....	114
3. Funciones del trabajo.....	116
4. La situación actual.....	117
5. Hacia una reinterpretación del trabajo.....	121
6. Líneas para una política ocupacional alternativa.....	127
7. Cuestionario para el trabajo en grupos.....	131
8. Bibliografía.....	132

VIII. Afectividad y seguimiento de Jesús

1. Introducción.....	133
2. Dando un vistazo a la compleja sociedad en que vivimos.....	136
3. Principales elementos de la dinámica afectiva.....	140
4. El tratamiento tradicional de la afectividad en la Iglesia.....	143
5. Para una renovación evangélica de nuestras teorías.....	146
6. El celibato cristiano como llamada al seguimiento.....	151
7. La pareja y el matrimonio cristianos como llamada al seguimiento.....	158
8. Dinámica afectiva y dinámica comunitaria.....	170
9. Conclusión.....	175

10.Cuestionario para el trabajo en grupos.....	175
11.Bibliografía.....	177
ÍNDICE GENERAL.....	179

MATERIALES DE FORMACIÓN CRISTIANA PARA JÓVENES Y ADULTOS

"En el grupo de los creyentes todos pensaban y sentían lo mismo: lo poseían todo en común y nadie consideraba suyo nada de lo que tenía"

(Hechos 4, 32)

LAS PALABRAS DE JESÚS

***"Padre, Señor del cielo y de la tierra, yo te alabo porque has mantenido ocultas estas cosas a los sabios y prudentes y las has revelado a la gente sencilla"**

(Mateo 11, 25)

***"Venid a mí los que os sentís cansados y agobiados, que yo os aliviaré. Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy paciente de corazón y humilde, y vuestras almas encontrarán alivio. Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera".**

(Mateo 11, 28-30)

***"Felices los que tienen el espíritu pobre, porque de ellos es el Reino de Dios. Felices los que lloran, porque recibirán consuelo.**

Felices los pacientes, porque heredarán la Tierra.

Felices los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados.

Felices los compasivos, porque obtendrán misericordia.

Felices los de corazón limpio, porque verán a Dios.

Felices los que trabajan por la paz, porque serán reconocidos como Hijos de Dios.

Felices los que son perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de Dios.

Felices vosotros cuando por causa mía os maldigan, o persigan y levanten toda clase de calumnias.

Alegraos y mostraos contentos, porque será grande la recompensa que recibiréis en el cielo".

(Mateo 5, 1-12)

***"Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie va al Padre si no por mí".**

(Juan 14, 6)

***"El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha consagrado.**

Me envió a traer la buena nueva a los pobres, a anunciar a los cautivos su libertad y a los ciegos que pronto van a ver. A despedir libres a los oprimidos y a proclamar el año de gracia del Señor".

(Lucas 4, 18-19)

***"Los sanos no necesitan médico sino los enfermos. Procurad más bien aprender lo que significan estas palabras: *Más me gusta la compasión que el culto (Os. 6, 6)*. Pues no vine a llamar a hombres perfectos, sino a pecadores".**

(Mateo 9, 13)

***"Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su amo. Os llamo amigos porque os he dado a conocer todo lo que he aprendido de mi Padre".**

(Juan, 15, 15)

RECURSOS PARA CRECER EN EL CAMINO COMUNITARIO

1. Centros de Estudio en Madrid

- *Instituto Superior de Pastoral**
- *Instituto de Teología San Dámaso**
- *Instituto San Pío X**
- *Instituto teológico Don Bosco**
- *Universidad Pontificia de Comillas**
- *Escuelas de Vicaría**

2. Lugares de Oración

- *Casa de Espiritualidad "Santa María" . Javerianas (Galapagar)**
- *Monasterio del Santísimo Redentor. Religiosas redentoristas (Carabanchel).**
- *Monasterio de Buenafuente del Sistol. Religiosas cistercienses (Guadalajara)**

3. Revistas de teología, pastoral y vida cristiana

- *Sal Terrae**
- *Revista de Pastoral de Juventud**
- *Misión Joven**
- *Alandar**
- *Vida Nueva**

4. Congresos y semanas de formación

***Congreso de Teología. Asociación Juan XXIII. Septiembre.**

***Semana de Teología Pastoral. Instituto Superior de Pastoral. Enero.**

***Escuela de Verano. Instituto San Pío X. Junio-Julio.**

***Escuela de Verano de Pastoral de Juventud. Instituto Don Bosco. Julio.**

***Foro del Hecho religioso. Fe y secularidad. Principio de curso.**